SANTA

TERESA DE JESÚS JORNET E IBARS

NIHIL OBSTAT
Romae, die 15 mart. 1958
NICOLAUS FERRARO
S.R.C. Adsessor
Pidei Sub-Promotor Generalis

NIHIL OBSTAT
Romae, die 13 apr. 1958
Fr. HILARIUS M. MORRIS O.S.M.
Revisor Delegatus

IMPRIMATUR
E Vicariatu Urbis, die 15 apr. 1958
† ALOYSIUS TRAGLIA,
Archiep.pus Caesarien. Vicesgerens.

Primera edición: Roma (Italia), abril 1958.
Segunda edición: Valencia (España), diciembre 1983.
Tercera edición: Valencia (España), enero 1996.
Cuarta edición: Valencia (España), abril 2009.

I.S.B.N.: 84-398-0250-1
Depósito legal: V. 2.519 - 1983
Imprenta Nácher, S. L. - Milagro 7 . Tel. 96 392 27 59 - 46003 Valencia

MARIA EUGENIA PIETROMARCHI
O.S.B.

SANTA
TERESA DE JESÚS
JORNET E IBARS

FUNDADORA
DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANITAS
DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS

PROCURACIÓN GENERAL DE LAS HERMANITAS
ROMA - VIALE MEDAGLIE D'ORO, 400

PRÓLOGO

El día 27 de abril de 1958 la Madre Teresa de Jesús Jornet e Ibars, era solemnemente declarada Beata en la Basílica de San Pedro del Vaticano en Roma. La Iglesia católica exaltaba con esta declaración solemne la figura de la Fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados y con ello enaltecía su obra vocacional, la gran empresa caritativa de asistencia espiritual y material de la ancianidad desvalida, tan popular en España y en Latinoamérica. Para tan fausta ocasión la M. Eugenia Pietromarchi, O. S. B., escribió su precioso libro sobre la nueva Beata Teresa. La obra de la ilustre escritora benedictina es a un tiempo biografía amplia, estudio exacto de los orígenes del Instituto, ensayo sobre las virtudes y el espíritu de la Beata Teresa. Libro ágil, vigoroso, lleno de vida, se lee con el mayor interés y llega a despertar en el alma del lector amor y devoción hacia esta gran figura de la santidad de nuestros tiempos, abierta en su acción apostólica a las necesidades espirituales de los ancianos desvalidos y al fortalecimiento de sus cuerpos decrépitos y lacerados, en un movimiento de expansión heroica de la caridad evangélica.

Hoy nos hallamos en vísperas de un acontecimiento de mayor alcance: el próximo día 27 de enero de 1974 la Beata Teresa de Jesús Jornet, la Fundadora de nuestras Hermanitas de Ancianos Desamparados, será elevada al mayor honor que puede alcanzar una personalidad cristiana, a la máxima glorificación de la canonización solemne, el Papa Pablo VI declarará su santidad con la fuerza de su autoridad magisterial, el nombre de Teresa de Jesús Jornet, será escrito en el Catálogo

de los Santos y su culto extendido a toda la Iglesia universal.

Con esta declaración solemne de la santidad de Teresa de Jesús Jornet, su figura amable y el esplendor radiante de sus virtudes y de su obra cobrarán nueva vida y mayor realce. Podemos esperar que ha de producir, particularmente entre sus hijas, una corriente caudalosa de piedad filial, de devota entrega a su obra y de estímulo constante a la imitación de sus virtudes. También se puede esperar que signifique una renovación y un incremento en los sentimientos de devota gratitud entre la muchedumbre de ancianitos tan favorecidos espiritual y corporalmente por ella y por sus Hermanitas, un nuevo estímulo para los bienhechores de Institución tan insigne y un camino abierto al conocimiento de la misma en sectores mucho más amplios de la sociedad cristiana hasta lograr que el testimonio de santidad y la eficacia de su obra puedan alcanzar extensión universal.

Para facilitar tan nobles objetivos, en espera de nuevos estudios hagiográficos enriquecidos con información documental exhaustiva sabre su vida y su obra y no menos sobre su espíritu, virtudes y carisma fundacional, se ha preparado, con motivo de la solemnidad de la canonización, una nueva difusión de la obra bellísima de la M. Pietromarchi, puesta al día con información copiosa sobre los trámites seguidos para la glorificación de la insigne Fundadora, sobre sus milagros y demás hechos importantes hasta la fecha de su definitiva glorificación.

No queremos dar por cumplido nuestro modesto cometido de nuevos presentadores del libro, ya clásico, de la M. Pietromarchi, sin llamar la atención del lector sobre algunos hechos, ajenos al libro pero íntimamente relacionados con la obra de la Madre Fundadora que todos veneramos y que conviene dar a conocer al público cristiano para un mayor y más exacto conocimiento de la grandeza y de la actualidad de la Institución fundada por la nueva santa.

Con posterioridad a la fecha de beatificación de su Madre-Fundadora, la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados ha seguido muy adelante en su desarrollo,

tanto en España como en otros países. Ha establecido nuevas provincias, ha renovado sus instituciones de asistencia caritativa modernizando instalaciones, construyendo nuevos edificios y ampliando pabellones con esfuerzo ingente que no podemos describir. Todo ello animado por una voluntad firme de fidelidad al carisma fundacional de la Fundadora, al servicio de los ancianos de algún modo desvalidos.

Menos aparente, pero no menos valioso, ha sido el esfuerzo realizado por la Congregación de las Hermanitas de santa Teresa de Jesús Jornet, en sus últimos años, para el fortalecimiento de su vida interna aceptando con entusiasmo fervoroso las normas para una adecuada renovación de acuerdo con las exigencias del Concilio Vaticano II. Desde la primera hora, con admirable espíritu de fe y de filial obediencia a la santa Madre Iglesia, la Madre Superiora General Sor Mercedes del Niño Jesús Villarrica, emprendió la tarea con ilusionado entusiasmo, con unos bríos juveniles que le comunicaba la riqueza de sus virtudes, rejuveneciéndola a los ochenta años. Así pudo realizarse la obra por etapas: Congreso de Madres Provinciales, consulta a todas las Hermanitas, convocatoria del Capítulo general especial, que se celebró ya después de su muerte.

Fallecida la Madre Mercedes y elegida para sucederle la Madre María de San Francisco de Borja Borraz, que tanto había trabajado en la revisión de las Constituciones y preparación del Capítulo general, la empresa renovadora ha seguido con firmeza hasta la publicación de las nuevas Constituciones y después en los trabajos de preparación del nuevo directorio para superiora y formadoras y en la revisión del Manual de la Hermanitas redactado por la venerada Madre María de Jesús Jornet, hermana de la santa Fundadora, primera Maestra de novicias del Instituto y segunda Superiora general del mismo.

Así, la obra de la Madre Jornet, germinada, nacida y crecida por tierras de Lérida, Barbastro y Valencia, se ha hecho universal y sólida, uno de los bellos árboles de caridad que crecen y florecen en la Iglesia. Cuando el Papa Pablo VI, en uso de su plena potestad defina la santidad de la insigne Fundadora, muchas miradas de amor han de dirigirse a la gloria de

Bernini para contemplar la figura y recordar el testimonio de una santidad actualísima. Muchas almas han de bendecir a Dios dador de todo bien, por el don insigne que hizo a su Iglesia en la nueva santa Teresa de Jesús Jornet, y verán en la catedral del orbe con particular gozo espiritual a sus hijas las Hermanitas, rodeadas de ancianos como testimonio patente del valor actual de la nueva santa Teresa.

Las páginas del bello libro que ahora presentamos han de servir par ilustrar esta fervorosa admiración al ofrecer al lector un retrato vivo de la que fue a su paso por la tierra un alma profundamente unida a la Iglesia, que supo darse con caridad evangélica a los pobres ancianos y ahora nos ofrece desde el cielo el testimonio vivo de la verdad del Evangelio en su vida mortal y en su obra.

JOSÉ MARÍA DE GARGANTA, O. P.

PÓRTICO

El Eminentísimo Sr. Cardenal D. Cayetano Cicognani me ha pedido que prologue este libro, este nuevo estudio, acabado y perfecto, de una vida singular. No podía negarme a tan fino requerimiento. Confluían en este caso a mover mi voluntad, el afecto acendrado hacia quien fue inolvidable Nuncio Apostólico en España y la imantación que producen figuras tan egregias como la de la Madre Teresa de Jesús Jornet, cuya magnanimidad nos ilumina con el resplandor del mundo de los elegidos.

Desde que en el año 1943 D. Joaquín Pelayo Toranzo, Capellán de la Casa-Asilo de Santander, publicó en Valencia la primera biografía, documentada y espiritual, de la Fundadora de las Hemanitas de los Ancianos Desamparados, la historia de la que fue artífice de esta Institución española quedó puntualizada para estímulo y para ejemplo. Bien lo merecía el alma ardorosa que supo convertir en un jardín la árida tierra de la ancianidad necesitada de cuidadoso esmero.

El 9 de enero de 1843 se abre en Aytona, como un regalo de Reyes, la bella página de esta vida. Su infancia tiene la gracia recoleta de una miniatura; su juventud, la transparencia de una estampa; su edad madura, la sobriedad de un grabado antiguo. Un anhelo de caridad y de cielo la circunda. Establece una nueva Congregación y la organiza. Su actividad llega a lo indecible. El número de sus fundaciones rebasa los límites normales. Camina siempre, trabaja siempre, acechada por la enfermedad, por el dolor, por el sufrimiento. ¡Con qué maestría se va afinando, se van puliendo las aristas de su alma! El fuego de la tribulación la purifica. El alma así probada se acrisola. Claramente lo vieron en el siglo de Oro San Juan de la Cruz y Fr. Luis de León al escribir: en el padecer se hace el alma sabia; Cristo se forja sus amigos; Dios labra las almas conforme a su engaste. Esta obra primorosa del cincel divino encuentra su expresión y su estilo en las cartas de Sor Teresa de Jesús cuando deja salir de su pluma sentencias de raíz cristiana: «el que no sabe sufrir no sabe vivir»; «el que quiera gozar con Cristo ha de padecer con Él». He aquí los cimientos de una vida perfecta. Las almas más excelsas han sido talladas en la adversidad. Por la cruz a la luz.

Pero los perfiles de una vida perderían su dimensión más completa, su más noble fragancia, si no midiésemos las vibraciones de su vida interior. Es preciso adentrarse en los repliegues del alma, recorrer sus moradas, escuchar en lo más hondo el borboteo de los limpios hontanares, si queremos encontrar la razón última y definitiva de los heroísmos callados. Allí, en el silencio, habla Dios. ¡Felices los que saben oir sus palabras! Los veinticinco

años de labor abnegada, de apostolado fecundo de la Madre Teresa no hallarían explicación certera sin la existencia de este manantial de escondidas aguas. Toda la actividad de la Fundadora, toda la capacidad de renuncia y de sacrificio llevados con la serenidad de un manso río, procede de esta voz interior. «El alma pacífica y sosegada —dice el sagrado libro de los Proverbios— es como un convite continuo». ¡Qué bien le cuadraba esto a la madrecita de los ancianos! Su asombrosa vida activa era el reflejo del intenso fluir de sus virtudes y dones. Una encendida llama de caridad ardía en el más profundo centro de su alma contemplativa. Pudiera pensarse que la semilla teresiana del hermano de su abuela materna había prendido de lleno en lo más íntimo de su ser. Santa Teresa y su doctrina de amor divino e irradiante volvía a florecer en esta alma que en sus primeros años había sido terciaria carmelita y que luego, en el transcurso del tiempo, dejó patentes huellas de su influjo en la modestia del valenciano Portalico de Belén, en la devoción a San José y a la Virgen del Carmen, en la imagen de la Santa bordada por la misma mano de la Madre Fundadora y en aquella carta a las Hermanas en la que les infundía confianza en Dios con el ejemplo de la Doctora Abulense: «Tengan mucho ánimo y no se acobarden; acuérdense de los trabajitos que Santa Teresa pasaba en las Fundaciones».

Si el dolor la fortalecía, el amor le daba alas. Amó a Jesús en sus pobres, «parte escogida del Señor». Amó a Dios en el remanso de su alma, allí donde la abejita elabora su miel. Su temple apostólico la impulsaba a la acción, pero con una voluntad que sólo sabía vivir a la

sombra de la voluntad Divina. Por eso el Amado embelleció su alma; por eso le dió su paz; por eso a la hora del eterno vuelo se la llevó como en un dulce suspiro; por eso resplandece hoy con clarores de cielo.

En las antevísperas de la beatificación es un regalo del espíritu embelesarse en la oculta maravilla de esta vida. Las campanas de Roma se preparan par el júbilo. Y cuando resuenen ante la voz ecuménica de nuestro amadísimo Pontífice Pío XII, Urbi et Orbi, allá arriba, en la Gloria, brillará el gozo al ver enaltecido por la Iglesia, con un cántico siempre antiguo y siempre nuevo, el nombre de la Beata Teresa de Jesús Jornet e Ibars, fundadora de una Congregación de almas blancas y ángel tutelar de los que, en el ocaso de su vida, se preparan para el alegre día de la Resurrección.

Madrid, 1 de abril de 1958.

Luis Morales Oliver

La Santa recorre todas las semanas 20 kilómetros para confesarse.

LA PRIMERA GRACIA

El 9 de enero de 1843, mientras las campanas de S. Antolín, la monumental Iglesia Parroquial de Aytona, lanzaban al cielo del mediodía el toque del Ángelus, en la «Calle segunda de Barñueta», una niña abría sus ojos a la luz. ¡Jubiloso presagio el de aquella hora y el de aquel sonar de campanas para una existencia que irradiará tanto fulgor de virtud y tan ardoroso calor de caridad, y cuya actividad habría de conseguir una resonancia prolongada indefinidamente en el tiempo y en el espacio!

Pero estos pensamientos los trenzamos hoy nosotros, fáciles profetas del «post facta». Los padres y abuelos de la niña —en casa de estos últimos acaece el nacimiento— debieron pensar, más bien, al oir el último repique de la plegaria de los bronces parroquiales, que la Virgen Santísima acogía a la recién nacida bajo su protección maternal. Un rayo de alegría brilló en la mirada de todos los circunstantes. Luego, a fuer de cristianos cabales, todos su afanes se centraron en una sola preocupación: bautizar a la niña.

De hecho, al día siguiente, cuando la luz comenzaba a declinar, en la Iglesia Parroquial un nuevo miembro venía a formar parte del Cuerpo Místico de Cristo: era Teresa, la hija primogénita de Francisco Jornet y de Antonia Ibars.

En los brazos, un tanto temblorosos, de la bisabuela materna, Teresa Ibars Olona, contenta y con-movida en su papel de madrina, y teniendo al lado al abuelo paterno, Cayetano Jornet, orgulloso de su elección como padrino, la recién nacida se había parado en el pórtico del templo. La escena impulsa a un comentario poético y simbólico a la vez.

Hoy la recién nacida precede al encuentro de la Gracia, escoltada por dos ancianos; mañana será ella la que conduzca a las fuentes de la Gracia, no dos, sino centenares y centenares de ancianos, como sierva prudente y fiel en el negociar con los talentos recibidos que le dieron el fruto ganancioso del ciento por uno.

«*Theresia, ¿quid petis?*», pregunta D. Francisco Palau y Gaya, saliendo al encuentro del grupo. Si advertimos su voz, apreciaremos que delata cierta emoción. También él está emparentado con la pequeña, tanto por parte del padre como de la madre.

Con voz unánime responden la bisabuela y el abuelo: «*Fidem*».

«*Fides, quid tibi praestat?*»

«*Vitam aeternam*».

Con solicitud maternal la Santa Iglesia daba oídos a la exigencia de aquel pequeño ser, nacido apenas un día antes, pretendiendo una vida de plenitud, y lo orientaba por encima de los limitados horizontes terrenales hacia la verdadera, la eterna Vida. Era como una diminuta flor recién entreabierta y que dirige sus pétalos hacia el sol...

Hecha la señal de la Cruz sobre su frente, la pequeña Teresa podía ahora degustar la sal de la sabi-

duría, mientras la Santa Iglesia ponía acento y plena intención, al pedir que la niña «saciada de celestial alimento», fuese siempre «fervorosa de espíritu, jubilosa en la esperanza, servidora fiel del Nombre de Dios».

Llega luego la hora tremenda del duelo. Abierta la contienda en los albores de la Humanidad allá en el Paraíso terrenal, y sin solución definitiva hasta la última hora del mundo, todo hijo de Eva se ve solicitado en la lucha y juega en ella su destino eterno. Ahora se entabla la disputa en esta pequeña criatura; pero por parte de la niña rompe lanzas la Iglesia: «Te exorcizo, espíritu inmundo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, a salir y alejarte de esta sierva de Dios, Teresa...». Todavía un nuevo y terminante asalto: «Diablo maldito, reconoce tu sentencia... aléjate». Instantes después se elevaba solemne la plegaria a Dios: «...Invoco la eterna y justísima piedad sobre esta Tu sierva Teresa, a fin de que Te dignes iluminarla con el resplandor de Tu inteligencia; purifícala y santifícala, concédele la ciencia verdadera, a fin de que, hecha digna de la gracia de tu Bautismo, mantenga firme la esperanza, recto el consejo y santa la doctrina».

El futuro nos demostrará con qué radical plenitud habían de ser atendidos y realizados estos anhelos santos de la Madre Iglesia.

La estola sacerdotal protege ahora a Teresita. Con esta salvaguardia se le franquean los umbrales de la Iglesia. Don Francisco continúa recitando hermosas oraciones en que se implora de Dios la conversión de aquella niña en templo vivo suyo y morada del Espíritu Santo. Es cierto que al «*Effeta*» repetidas veces pronun-

ciado, permanecen sordos sus oídos, y que su inteligencia no se abre a la verdad de la Fe, ni sus labios prorrumpen en cánticos de alabanzas divinas; pero la Iglesia no desfallece. Ella continúa su oración y el desenvolvimiento de sus ritos sacros, firme en su fe, confiada en su esperanza, ardorosa en su caridad. Apoyada en estos conceptos, la Iglesia no duda de las misteriosas transformaciones que se van realizando en el interior del alma de la niña a cada palabra de sus plegarias, a cada uno de los gestos sacerdotales. No se echa atrás ni siquiera cuando la radical renuncia a Satanás, a sus pompas y a sus obras, parece dejar indiferente al alma que es objeto de tal acto, ni cuando nada se sigue a la venturosa unción con el óleo de la salud, ni cuando los labios de la niña no se abren para acompañar la solemne profesión de fe y nada saben responder a la crucial pregunta: «Teresa ¿quieres ser bautizada?» que debería ser contestada con una sencilla y breve palabra, un «Sí quiero», cortante, capaz de romper cualquier vínculo que tratara todavía de mantenerla en la esclavitud del demonio. ¿Qué importa a los ojos de la fe la carencia de toda manifestación externa y controlable, cuando la Iglesia está segura de que sus palabras sacramentales son poderosas indefectiblemente, porque ellas son palabras respaldadas por la fuerza omnipotente del amor de Dios?

La cándida vestidura que don Francisco le coloca en estos momentos, la depondrá inmaculada ante el tribunal de Dios. La luz de la lámpara, que ahora se le entrega, arderá sin extinguirse hasta el tiempo en que el Esposo haga su llegada para las bodas eternas.

«TODO ÁRBOL BUENO DA BUENOS FRUTOS» ([1])

Aytona, lugar donde Teresa nace a la luz, es un gracioso pueblo agrícola de Cataluña. Al presente cuenta con unos dos mil habitantes, forma parte de la diócesis y provincia de Lérida, y dista de la capital 22 Km.

Recostado en la falda de un collado alto y escarpado, que vigila la vida de la población como centinela fiero y alerta, y cortejado por la canción rumorosa del río Segre, se nos antoja el pueblo como un oasis en medio de la turbulenta y nerviosa España de la mitad del siglo pasado. La vida del pueblo abundaba en paz. Sus habitantes se afanaban en el cuidado de los campos y en la tarea de educar a la familia y llevarla adelante, fieles a la fe transmitida por sus antepasados. Cierto es que hasta Aytona llegaban ecos de los cambios institucionales, en que se debatía la nación; pero era éste un eco rebajado, incapaz de levantar descompuestas pasiones políticas, preñadas de odio y violencia. Los acontecimientos encontraban su comentario en el seno de la familia, a la luz de la fe, que manifestaba con evidencia la incapacidad de resolver los pro-

---

1 Math. VII, 17.

blemas de los hombres cuando éstos —hombres y problemas— quieren olvidar a Dios.

Labradores acomodados, Francisco Jornet y su mujer, pertenecían a viejas familias de Aytona. Como sucede siempre en estos pueblos pequeños, un tanto cerrados en sí mismos, habían terminado por ser parientes de todo el pueblo. De generación en generación, venían siguiéndose los matrimonios siempre entre familias de la localidad, y al fin toda Aytona era una gran familia. Gente honesta a toda prueba, fe robusta y moralidad intachable calificaban a la familia Jornet.

El certificado de bautismo de Teresa nos brinda los nombres de sus abuelos paternos: Cayetano Jornet y Josefa Gaya, y los de los abuelos maternos: José Ibars y María Palau. Un comentario singular se merece la familia Palau. Su influjo en la niña Teresa fue decisivo.

La abuela Palau y Quer es hermana del P. Francisco de Jesús, María y José, Carmelita Descalzo. En España es conocido y reverenciado como el P. Palau y Quer. Al nacer Teresa, el P. Palau es un joven religioso de treinta y dos años. El sectarismo imperante le constriñe a vivir fuera del convento. Cuantos le conocen quedan edificados de su piedad, austeridad de vida, celo intrépido y de su valentía en defender los derechos de Dios. Con el paso de los años, se acrecienta también más y más su santidad. Con ella aumenta a la par su ascendiente sobre la familia. Su hermano, el P. Juan, su hermana Rosa, y una sobrina llamada también Rosa, hermana de la madre de Teresa, constituyen, junto al P. Palau y bajo sus directrices, un grupo compacto de almas consagradas a Dios totalmente. Antonia, otra de las sobri-

nas y madre de nuestra biografiada, encuentra igualmente en el P. Francisco un consejero y guía en su misión familiar. Ella ha elegido el estado matrimonial. El tío Francisco le ayudará a ser consciente de sus deberes y de su responsabilidad de madre cristiana.

En el regazo de su madre, Teresita aprende pronto a orar. Cuando sus manitas se adiestran al gesto requerido por la familiar invitación, «Teresita, un beso», siempre los primeros de éstos, y con ellos los primeros afectos, son para Jesús y la Santísima Virgen. El ejemplo de sus padres y de sus abuelos, famosos en el pueblo por su proverbial caridad, le enseña a venerar en el pobre, la imagen de nuestro Señor.

La discípula aventaja pronto a sus propios maestros en lo que a caridad se refiere. Es este uno de los pocos rasgos, que de la infancia de Teresita se nos ha conservado. Se cuenta que, no satisfecha con asistir largamente a los pobres que llamaban a la puerta, la misma Teresita conducía a casa a los menesterosos que encontraba en la calle, para que sus padres pudieran darles el alimento. A veces la inquieta caridad de Teresita provocaba un tanto el enojo del abuelito, que gustaba también de hacer caridad, pero —y de este detalle tenemos expreso informe— deseaba hacerla a su debido tiempo, con medida y racionalmente. En Teresa, sin embargo, amanece ya una caridad que no sabe contenerse en los circunscritos límites de la razón, ni es capaz de esperar a que haya quien solicite la caridad, sino que sufre la necesidad imperiosa de entregarse y de adelantarse previsoriamente, ahorrando con esta providencia el sonrojo del pobre que tiene que pedir.

Aquél a quien la Iglesia invoca como «Padre de los pobres», el Espíritu de Amor, fijó sin duda con predilección sus ojos sobre esta alma tan abierta y dócil a las instancias de la caridad y tuvo prisa por imprimir en ella su sello indeleble.

El 12 de septiembre de 1849, durante la Visita Pastoral a Aytona, S. E. Mons. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Lérida, confirió a Teresita el Sacramento de la Confirmación. En aquel entonces Teresita no contaba todavía siete años. Antes de que las pasiones se desataran en su alma, el Amor Increado tomaba posesión de ella, y su dominio era de dueño absoluto (2).

¿Por qué maravillarnos y extrañarnos de que, de ahora en adelante, toda la juventud de Teresa sea limpia y luminosa, y que el camino de su vida discurra por las vías del Espíritu con rectilínea sencillez, sobre el trazado del deber cotidiano?

«No me des ni pobreza ni riqueza —pedía a Dios el Sabio,(3)— sino concédeme lo necesario para mi sustento». Teresa no tuvo que pronunciar esta plegaria, porque encontró, al nacer, una familia de la que está igualmente lejos la pobreza y la riqueza. En la familia Jornet campea una discreta comodidad, fruto del trabajo y de la economía. La verdadera riqueza de los suyos es el santo temor de Dios. Esta posición espiritual respecto a Dios, ha imprimido en toda la vida familiar un particular tono de austeridad y de cordialidad y a la vez, un ritmo ordenado y armonioso.

---

(2) No nos ha quedado recuerdo de la primera Comunión de Teresa. Según la costumbre de aquellos años, Teresa comulgaría por vez primera algo más tarde y privadamente. La Intensa piedad eucarística de toda su vida demuestra el gran amor que tuvo a Jesús Sacramentado.

(3) Prov. XXX, 8.

Los padres obedecen a Dios, los hijos a sus progenitores. No hay margen ninguno a exhibicionismos ni a fantasías ociosas en estas jornadas a las que pone medida el deber. Cada uno lo asume con responsabilidad; la humilde sencillez preside su ejecución. Todos y cada uno saben que es Dios quien exige y quien al final de la jornada exigirá el rendimiento. Pero, por encima de todos estos conceptos, aflora, con fe imperturbable, la idea de que Dios es Padre que, si ha impuesto a los hombres un deber diario, que a veces resulta fastidioso y pesado, ha sido para procurar a través del mismo el bien de las criaturas, a quienes verdaderamente ama.

Una actitud, no ya de rebelión, pero ni siquiera de crítica e independencia, resulta inconcebible. Yerra quien prejuzgue que un clima así enerva la voluntad de los hijos. Todo lo contrario. En este ambiente familiar se templan los espíritus, pues presupone e impone dominio sobre sí mismo y educa al joven en una postura de sacrificio: condiciones estas insustituibles para triunfar en la vida.

«En aquel tiempo —depone en el Proceso de la Santa una religiosa anciana— las jóvenes venían al Instituto mejor preparadas y con virtud sólida, inspiraban una mayor confianza aquellas vocaciones de entonces sin Noviciado, que las de ahora con dos años de Noviciado, durante los cuales las jóvenes se ejercitan en la virtud. Han cambiado mucho los tiempos... y las mismas circunstancias en que se encuentran, incluso las familias cristianas, son también muy distintas» (4).

---

(4) P.S.V. p. 31.

Teresa pertenecía a «los tiempos aquéllos». Esto nos da la clave para descifrar el por qué del casi absoluto silencio que envuelve los años de su edad juvenil. Cuanto de Teresa joven se puede decir, se comprende en bien pocas palabras: «se la vió siempre buena e inclinada a la piedad», depone una de las testigos ([5]). Los demás testimonios son similares a éste. El pensamiento se nos escapa espontáneo hacia el recuerdo de aquella divina infancia cuyo desarrollo se nos ofrece compendiado en cuatro palabras: «Crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia». O también, si queréis, a ese otro absoluto silencio que cela místicamente las ascensiones espirituales de la Niña de Nazaret.

Puede que a alguno le desilusione e insatisfaga esta carencia de noticias sobre los primeros años de Teresa. ¿No habrá posibilidad de adentrarnos en un conocimiento mas íntimo y personal de Teresa, niña y joven? No estaría de más algún episodio, algún suceso, alguna anécdota o traza alguna menos edificante. Esta pretensión nos brota del convencimiento de que no se nace santo, sino que el santo se hace a precio de renuncia y de combate. Hoy gustamos de ver en los santos, hasta un cierto punto, más las maneras de los hijos de Adán que los rasgos de los hijos de Dios, y una virtud, que no haya padecido eclipse alguno, se nos antoja irreal. Y, sin embargo, para convencernos de lo contrario, nos bastará fijar mientes en alguno de los santos más recientes; precisamente en aquéllos que mayormente han captado la atención de las multitudes: Teresita de Jesús

---

(5) P.S.V. p. 46.

y Gema Galgani, Pío X y María Goretti... Santos inocentes, santos que han sido «siempre buenos», y que la Providencia divina se complace en suscitar como una llamada de alerta a esta nuestra edad y momento histórico tan orgulloso y desganado, avezado más a hacer un uso abusivo de las gracias, que a atesorarlas y doblegarse dócil a las aspiraciones divinas. Teresa Jornet campea en esta selección: fruto sano de un árbol incontaminado, colmada de gracias y siempre fiel a ellas.

* * *

Entre tanto la familia se multiplicaba. A Teresa le siguen en el nacimiento otras dos niñas, Josefa y María, y, finalmente, el suspirado y agradecido «hombrecito»: Juan. Es entonces cuando la tía Rosa —que vive en Lérida— pide y obtiene el retener consigo a Teresa. Quizá trataba de aligerar un tanto la fatiga de mamá Antonia, alejándole el peso y la preocupación de una de las niñas. Quizá, más probablemente, abrigaba en su pecho la ilusión de asegurar con esta providencia una más esmerada educación a Teresita, ya que no era dado alcanzarla en el pueblo, en igual grado al que brindaba la ciudad.

Porque es el caso que Teresa daba muestras de poseer una inteligencia despejada y aguda. Voluntad de estudio tampoco le faltaba. Pero Aytona no daba mucho de sí en este orden. Por otra parte, conviene no olvidar que, siendo Teresa la primogénita, pronto se hubiera asociado a las tareas de su madre y con ello,

pronto se hubiera poseído —¡que duda cabe!— de su papel de «mujercita de su casa», pero nada más. Otros eran los proyectos de tía Rosa sobre Teresa. Sus planes, si hasta cierto punto ambiciosos, justo es reconocer que provenían de su gran corazón. Cuando a la postre obtuvo el consentimiento de los padres de Teresa, tía Rosa creyó que aquel ansiado permiso era un sueño...

Tía Rosa cuidó de que Teresita no se convirtiera en una niña caprichosa o mimosa. Más bien hay que decir en su elogio, que la convivencia con la piadosísima tía y la separación de los hermanitos pequeños, acentuó en Teresa la nota de seriedad que ya comenzaba a caracterizarla, a la par que acrecentó su piedad.

La estancia en Lérida se prolongó hasta los catorce años. Durante las vacaciones Teresita volvía al seno de la familia donde se ponía nuevamente en contacto con los suyos y con el pacífico ambiente natal. A la distancia de no pocos años, dos amigas de juventud recordarán a Teresa adolescente sencilla y serena, con un sello de gravedad y de inocente pureza en su rostro y en toda su persona. No se daba el aire de «niña de la ciudad», ni el tono de estudiante. Se mantuvo humilde y afable. Esto no era obstáculo para que Teresita se viera valorada con un cierto ascendiente sobre sus compañeras, del cual, sin embargo, ni ella ni sus amigas sabrían descifrarnos la razón. Su personalidad era ya entonces de esas que se nos imponen casi sin advertirlo y sin pretenderlo, debido ciertamente al atractivo de la belleza moral que las circunda.

Así vemos que Teresa es la que planea el programa de los domingos. Sus amigas lo aceptan y siguen gus-

tosas. Y conste que entre los «festejos» no se mencionan sino números exclusivamente piadosos, ajenos a todos aquellos pasatiempos más comunes entre la juventud de cualquier lugar y de todo tiempo.

Todas juntas asisten a la S. Misa. Luego, en la Capilla de la Comunión rezan el S. Rosario. A veces el rezo de las Avemarías se interrumpe, para dar lugar a un himno de alabanza a la Virgen. Por las tardes la meta se fija en una pequeña iglesia situada en medio de los campos, a unos dos kilómetros del poblado. El recorrido invita a peregrinar con el rezo del Vía-Crucis. Cuando menos lo advierten, quedan atrás las catorce estaciones de la Pasión del Señor y se han superado los dos kilómetros.

En Teresa, hoy adolescente, empieza a bosquejarse la «Fundadora» del mañana. He ahí cómo da muestras de su piedad y de su celo en atraerse el prójimo a la práctica del bien. Y ¿no destaca ya, acaso, su aptitud de organizadora?

Muy cerca de la ermita se encuentra una «santa cueva». El tío Francisco íba a ella frecuentemente. En ella le parecía hallar un trasunto de su añorado claustro, del que le habían alejado. En esta cueva se elevaba asíduamente la plegaria del P. Francisco. Aquí satisfacía su hambre de soledad y encontraba lugar para sus austeridades y penitencias. Aquí celebraba la Santa Misa, y, alternando los ejercicios de la soledad eremítica con los de la vida apostólica, convocaba a las gentes de los alrededores y mantenía con ellas jornadas de retiro y conferencias espirituales.

El alimento se lo proporcionan, por turno, los familiares. Es indudable que Teresa aprovecharía las vaca-

ciones para cumplir con el tío Francisco este deber de caridad, feliz de encontrar un motivo justificado para encontrarse con él. Aquél género de vida, sus palabras inflamadas en el amor de Dios, la aureola de casi mártir que le habían conquistado las numerosas persecuciones, eran más que suficientes para entusiasmar a la pequeña sobrina y contagiar su alma de niña de aquellos grandes ideales.

El P. Francisco, por su cuenta, la estudiaba atentamente sin que Teresita lo advirtiera. En medio de sus sufrimientos, y en su oración solitaria, él daba vueltas a vastos proyectos de apostolado. Se trataba de responder a las necesidades de los nuevos tiempos. Teresa no era extraña a estos planes, aunque el tío no la hiciera, por el momento, partícipe de sus ideas. Prudente hombre de Dios, esperaba a que maduraran sus intentos, y también a que madurase a la par la misma Teresita...

A la edad de catorce años había concluido los estudios en Lérida. Pero en lugar de enviarla al hogar familiar de Aytona, juzgaron más oportuno conducir a Teresita a la localidad de Fraga. Se trataba de que siguiera los cursos de Magisterio bajo la dirección de Dña. Petra de la Cruz. Se adivina en esta decisión la providente mediación del P. Palau. De este modo preparaba a Teresita con vistas a la futura actuación de sus proyectos apostólicos. Es muy posible que los padres de Teresa no alcanzaran a valorar este último acuerdo en toda su fundamental importancia. La nueva etapa estudiantil de aquella hija se les presentaba como el comienzo de una carrera socialmente honorífica. El futuro de Teresa quedaba suficientemente

respaldado con el magisterio. Esta consideración les era suficiente para prolongar todavía por algunos años la dolorosa separación de su primogénita, no negándose a satisfacer los nuevos gastos que les comportaban los estudios de Fraga. Pero si ellos no veían otros objetivos en este paso de Teresita, Dios y el P. Francisco, sí.

Por lo que a Teresa se refiere, el cambio de ambiente influyó en su alma enriqueciendo su experiencia. Los principios religiosos y morales que Teresita había recibido en el hogar cristiano estaban fuertemente anclados en su ser interior, y no sufrieron merma con el nuevo ambiente ni con las nuevas ideas, tal vez en manifiesto contraste con las alimentadas hasta este momento al amparo de la familia.

Estudiante consciente de su responsabilidad, alumna dócil, compañera amable y generosa; así la conocieron sus Profesores y sus condiscípulas. Y lo más atractivo del caso es que todo este conjunto de dotes, apenas si se dejaba entrever tras el sencillo velo de la más absoluta espontaneidad. Teresa no tiene pretensiones. Su corazón no se ha abierto a las semillas del orgullo. La bondad de Teresita se nos manifiesta como algo natural. Patente confirmación de que el bien no necesita ser pregonado.

Obtuvo el título de Maestra. Por avenirse a la voluntad de sus padres hizo oposiciones y le fue confiada la escuela de Argensola, en la provincia de Barcelona.

Por obedecer a los suyos había estudiado, y por obedecer se entregaba ahora a la enseñanza. Pero no deduzcamos, ante esta generosa sumisión a los designios

familiares, que era un ser pasivo esta joven Maestra, que todas las mañanas y todas las tardes salía de casa en compañía de su hermana María a dar su clase por obediencia...

No. Toda la trayectoria de la vida de Teresa testifica la fuerza de voluntad de que estaba dotada la hija de los Jornet. Los que la tratan saben apreciarlo en seguida. Precisamente porque la conocían y valoraban su voluntad, capaz de afrontar y vencer los obstáculos, fue por lo que los familiares de Teresa la indujeron a cursar los estudios de Magisterio. Pero si Teresa respondió con radical empeño a este quehacer, a nosotros nos toca descubrir en esta docilidad el pensamiento que fortaleció su voluntad.

MADURACIÓN

El período de Argensola es importante en la vida de Teresa. Es su primer vuelo. En Fraga no pasaba de ser todavía una estudiante bajo tutela. Hoy es ya una joven maestra, libre e independiente. Es esta hora el momento de la emancipación de Teresa. Nada más a propósito para poner en evidencia las convicciones personales y la madurez espiritual de una joven.

En Teresa no se produce ningún cambio. Peregrina por la misma ruta de siempre. No hay lugar ni aún para la más leve contradicción con la conducta precedente. En la fidelidad a las prácticas de piedad y en la dedicación generosa a su misión docente, se resume la vida toda de Teresa en Argensola.

Le acompaña María. Se reparten diariamente el pan de la mesa y el pan de las fatigas. Inconscientes de lo que el futuro les deparaba, la vida de Argensola prepara a las dos hermanas para condividir un día la fundación y dirección del Instituto. Juntas se daban a los ejercicios de piedad y juntas desempeñaban sus tareas con el ardiente celo e ilusionada pasión de las maestras del primer destino.

Las alumnas no olvidarán a Teresa, su maestra. Cuando después de muchos años, una religiosa del Ins-

tituto fundado por la Santa, vaya a pedir limosna a Argensola, se conmoverá profundamente al oír hablar de ella «con grandes alabanzas». Se hacía memoria aún de su paciencia en la enseñanza y de su solicitud en educar cristianamente. Alguien subrayará que sus mayores atenciones recaían sobre las más pobres de las alumnas. Recordarán, incluso las que de la maestra habían espiado todo movimiento y todos sus pasos, como todas las semanas se trasladaba a pie a Igualada para confesarse y como hacía la vuelta también a pie, recorriendo entre ida y vuelta, no menos de veinte kilómetros.

Así era en efecto. El largo camino no constituía para Teresa un motivo suficiente para dispensarse de la confesión semanal. Sentía en su alma la necesidad de los Sacramentos y de la oración. La enseñanza no representaba para ella un fin en sí mismo; la veía en función de un apostolado más sublime y más fructuoso: el de instruir a las niñas de hoy, educándolas cristianamente, y preparar por este medio a las madres cristianas del mañana.

Misión bella y santa sin duda alguna; Teresa, sin embargo, no se declaraba plenamente satisfecha con su cometido. En su corazón había resonado ya, tal vez ni ella siquiera habría sabido decir desde cuando, la llamada de Dios. Era una palabra exigente en toda línea. Dios la quería consagrada exclusivamente a su servicio y ajena a los intereses del siglo. Por esto Teresa oraba; por esto sentía la necesidad de frecuentar asiduamente los Santos Sacramentos. El misterio del por qué de los veinte kilómetros que, semana tras semana,

recorre a pie la maestra de Argensola, se hace luz con esta interpretación de la voz que sentía Teresa, como una granada al abrirse nos deja ver su roja pulpa...

Nuevamente la figura ascética del Padre Palau aparece en escena. También con el correr de los días maduraban los proyectos apostólicos del tío Francisco. Sin que renunciara al ideal contemplativo de su vocación al Carmelo, pero aguijoneado por las circunstancias que le habían hecho constatar la gran ignorancia de los fieles en materia religiosa —desconocimiento de lo sobrenatural que convertía a las gentes en presa fácil para los enemigos de la Iglesia— daba comienzo a la fundación del Instituto de Hermanos Terciarios Carmelitas y al de Hermanas Terciarias Carmelitas. La idea del fundador consistía en unir a la vida contemplativa, peculiar de la espiritualidad carmelitana, el apostolado activo, exigido por el momento de España en ese tiempo, mediante la enseñanza y otras obras de caridad.

Como piedra angular del naciente Instituto femenino, el Padre Palau había hecho recaer su elección en la Madre Juana Gracias. Dicha elección se había llevado a cabo desde el punto de vista de las exigencias de vida contemplativa, que el Padre quería para su Instituto. Pero éste necesitaba poner en juego una segunda carta y ésta era Teresa. Él la había elegido como fundamento precioso para los afanes docentes de su incipiente Institución. Conocía la virtud y los talentos de Teresa, su generosidad y su valiosa preparación. Además, su título oficial de maestra ofrecía una protección oportuna a las escuelas que el Padre trataba de inaugurar.

Hacia finales del año 1861 y comienzos del 62 hay que situar la proposición del Padre y la aceptación de Teresa. Nos dan pie a esta certeza algunas cartas del Padre Palau, que, a falta de otros documentos, desgraciadamente extraviados y perdidos, nos permiten reconstruir, aunque sea muy por encima, la parte que cupo a la Santa en la fundación del Instituto de las Terciarias.

El 3 de febrero de 1862, escribiendo desde Ibiza donde se había refugiado, el P. Palau habla a la Madre Juana Gracias, de Teresa. Y dice de ella: «reúne muchas buenas cualidades». Y al año siguiente leemos en otra carta ([1]): «Teresa ha sido encargada de la dirección de las escuelas y pondré a su disposición el personal necesario para la enseñanza. Teresa se hace responsable de todo el Colegio y en las cosas de enseñanza se entenderá directamente conmigo».

Así pues, Teresa se encuentra entre las Terciarias. No ciertamente, como un elemento más; sino como dirigente. El apostolado escolar le está confiado principalmente a ella. Una carta del 3 de diciembre nos lo confirma: «La Hermana Rosa y la Hermana Juana dirigirán todo lo concerniente a la enfermería, y tú, Teresa, lo perteneciente a la enseñanza».

Pero los cielos de España estaban cubiertos de espesas nubes. La rivalidad existente entre los Generales situaba la nación en un estado permanente de revuelta y malestar. Empeoraba las circunstancias el influjo de la Masonería y sectas secretas, y así era inevitable que los

---

(1) Carta del 2, n, 1863.

malos humores de las masas —a despecho del Concordato y de las Leyes— desembocarán en la persecución a la Iglesia, ya amordazada y vejada de mil maneras.

El P. Palau se daba cuenta de que se cernía sobre él y sus Casas la amenaza de la desatada tormenta. En 1864 escribía a la Madre Juana: «En vista de lo que ha sucedido en Francia y en Lérida, conviene y es voluntad de Dios que entregues el gobierno total a Teresa; a viva voz te diré el por qué. No preguntes nada más por ahora».

Era consejo de la prudencia escribir breve y veladamente; sin embargo bien se puede pensar que esta previsión estaba encaminada a salvar con el título de maestra que Teresa tenía, las escuelas y demás obras de las Terciarias. Pero la ilegalidad que caracteriza a los gobiernos sectarios, aunque se presenten como custodios de la ley, no garantizaba suficientemente la vida de las Instituciones católicas; los enemigos de la Iglesia, cuanto más cercana y a la mano creían llegada la hora de su victoria, tanto más se insolentaban orgullosos.

¿Quién no conoce las calumnias sembradas y las violencias cometidas contra hombre de santidad y de valer como un San Antonio María Claret? El P. Palau, sellado también él con la «desgracia» de ser un auténtico apóstol y un fiel religioso, no rehusará beber la parte que le corresponde en el cáliz de la pasión de la Iglesia de España. Prisionero primero, exiliado después, sus ojos se cerrarán ante el panorama de sus Casas abandonadas y de sus religiosas dispersas...

En un punto estuvieron acordes Teresa y la revolución. Crecía la persecución y se agigantaba el espíritu

de Teresa. Pero su avance era de signo contrario. Cuanto más se enfurecía la marea contra la Iglesia y sus instituciones, tanto más se le evidenciaba a Teresa su vocación a una vida religiosa, plena e integral, alejada del mundo y al mismo tiempo, solícita por la salvación de los mortales que en él se debatían. Los obstáculos que en todo momento encontraba el apostolado de las Terciarias eran otras tantas invitaciones dirigidas a Teresa, para romper todo titubeo y decidirse a abrazar la vida claustral.

Su hermana Josefa había escuchado el llamamiento divino. Su elección recayó en las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. En el Asilo que éstas tenían en Lérida había transcurrido, según las costumbres del Instituto, las primeras semanas de prueba y estaba ya decidida su marcha de la casa paterna para los primeros días del verano de 1868.

Teresa pensó en acelerar su marcha; así, el desgarrón de la partida de las dos hijas sería menos fuerte, sería por lo menos uno sólo, para sus padres. Pero la meta de Teresa estaba fijada en horizontes mas lejanos. ¿No hay un convento de Clarisas en la austera meseta castellana? ¿y por qué no el de Briviesca?

Hacia las tierras burgalesas miraba Teresa. Castilla parecía ofrecerle mayores garantías de paz que los pueblos catalanes, y las Clarisas, por demás, gozaban en Briviesca de una cordial popularidad, que las situaba al abrigo de violencias. Estando prohibida por el Gobierno la vida puramente contemplativa, las monjas Clarisas habían abierto una escuela para niñas. La petición de ingreso de Teresa llegaba en buena hora: Te-

resa era maestra. Su título y su habilidad hacían concebir altas esperanzas para la escuelita de las monjas. La llegada de Teresa tuvo pues, alegría de fiesta para el Convento.

La salida de ambas hermanas y su alejamiento del hogar nativo lo ponemos con certeza en el verano de 1868. Muy verosímilmente tuvo lugar el día 5 de julio. En los registros de las Hijas de la Caridad esta fecha señala el ingreso de Josefa en el Instituto.

Al partir de casa, daba adiós a todo cuanto había amado aquí abajo. No volvería a ver nada de todo aquello. Se marchaba para siempre. Sentía la necesidad de dar un paso definitivo, por eso no le turbó el pensamiento de un retorno a aquellos parajes... Daría, pues, el paso que la enclavará para siempre —¡siempre!— en un estado de vida conforme a sus aspiraciones, al ajustar su vocación y su temperamento calmo y equilibrado a aquella paz que es tranquilidad en el orden.

AÑOS DE PRUEBA

Se diría que la vida claustral ha sido ideada para ella. Y esto era así, a pesar de que la presencia de las niñas introducía una nota rumorosa e inquietante en el acompasado y moderado ritmo de la jornada monacal.

La austeridad del convento, su amplia iglesia, suntuosa y artística hasta el punto de no quedar a la zaga de una catedral o de una abadía benedictina, dilataron el corazón de Teresa. La pobreza franciscana se le presentó desde el primer momento en su verdadera luz: como medio único de liberación de las cosas materiales y como programa ideal para la identificación con Cristo. Teresa se encontraba feliz. Gozosa. Su alegría interior y el vehemente deseo de corresponder con fidelidad a la predilección divina, se trasparentaban al exterior en un sereno dominio de sí mísma, en una constante amabilidad para con todos que, años más tarde, obligará a decir a una de sus antiguas alumnas: «Aquella monja no era como las otras. Nunca se la veía irritada, sino que trataba a todos con gran dulzura» (1).

Por su parte, la comunidad se sentía también contenta de Teresa. El admitirla a la «Vestición» era una

(1) P.S.V. p. 201.

prueba de esta satisfacción. Teresa comenzaba con esta ceremonia su Noviciado. La inundaba una paz profunda, esa paz, precisamente que «*mundus dare non potest*». Y la mejor demostración de esta radical incapacidad del mundo para dar la paz, lo era entonces —como, desgraciadamente lo es aún hoy— el maremagnum de los acontecimientos políticos del momento.

La insurrección militar, intentada diversas veces inútilmente por los Generales y por la Logias masónicas, fulguró nuevamente el 17 de septiembre de 1868. Esta vez se vió coronada por el éxito. En ese día las milicias de Cádiz se amotinaron y proclamaron la República. De Cádiz se propagó, como un relámpago, a Madrid. La capital se levantó en armas, y de Madrid se difundió por toda la nación. Al momento se vió claro que la situación de la Reina Isabel II se hacia insostenible. Días más tarde, el 30 de septiembre, la familia Real abandonaba España. Francia, una vez más, se mostró acogedora a los refugiados políticos. Napoleón III y la Emperatriz les dispensaron un recibimiento cordial y conmovido. A disposición de los regios exilados quedaba el histórico Palacio Real de Pau...

España cacareaba a voz en grito su libertad. Libertad que no cuajó en la tan buscada paz nacional. El Gobierno provisional dudaba entre elegir la monarquía constitucional o la estructura republicana. Y era la política religiosa la que originaba esta vacilación. Sin tener en cuenta la infracción hecha al Concordato con la Santa Sede, se proclamó la libertad de cultos. Luego, en nombre siempre de la libertad, el Gobierno extendió

sus uñas a los bienes eclesiásticos. Todo terminó como siempre, en un desvergonzado y vulgar robo, al que, sin embargo, se disfrazó hipócritamente bajo el eufemismo de confiscación gubernamental. Una ley del Gobierno prohibía algo más tarde la emisión de votos religiosos.

La incoherencia, o mejor, la mala fe de semejante conducta política era a todas luces palpable y evidente: mientras proclamaba a voz en grito la libertad de cultos, prohibía, sin pudor alguno, a la Iglesia Católica el libre derecho de posesión y propiedad y le impedía acrecentar el número de sus religiosos. La hostilidad a la religión y el espíritu sectario se ocultaban sin alcanzar un total disimulo bajo el flamear impetuoso de las banderas de la libertad para todos y en todos los campos.

Sólo el abuso que se hace de la palabra «amor» usada para calificar situaciones y sentimientos que nada tienen que ver con el amor auténtico, sólo este abuso puede parangonarse con el que se hace de la palabra «libertad» por los politicastros de todos los tiempos que, cuanto más viles son en su traición y opresión de la libertad, tanto más desaforadamente proclaman sus liberales derechos y se autodefinen como tutores y celosos guardianes de los mismos.

En Briviesca, la joven novicia franciscana contaba los días que la distanciaban de la mañana de su profesión religiosa. No veía llegado el momento de unirse al Señor para siempre mediante la emisión de sus votos, cuando he aquí, que en el cielo azul, se agolpan las nubes de la tormenta originada por la prohibición del Gobierno. Te-

resa se sintió herida por la crueldad y la saña de aquel Decreto injurioso a Dios y a su Iglesia. Pero no se inquietó. Se le podía prohibir la emisión de su profesión pública; pero nadie ni nada sería capaz de alzar una valla entre su fidelidad total y la llamada divina.

Desolación en el Convento de las Clarisas de Briviesca. Desolación en el corazón de Teresa. Luego, uno no sabe si llorar o si sonreir por lo que tiene lugar en el Convento Franciscano. No habrá profesión. No puede haberla. Pero ¿qué puede impedir que a Teresa, terminado el período de Noviciado, se le cambie el velo blanco peculiar de las Novicias por el velo negro de las Profesas? Que cada uno interprete lo sucedido como mejor guste. ¿Sería una señal de protesta unánime contra el penoso decreto del Gobierno? Puede que sí. ¿Sería para dulcificar un tanto la amargura que sufría Teresa? Puede que fuera por éste y por aquel intento...

Durare lo que durare, las Clarisas estaban decididas a observar las disposiciones en materia de votos. Por lo que al Convento de Briviesca se refiere, sabemos hoy que las normas dadas de Madrid se mantuvieron hasta el año 1875. El Registro de las Profesas presenta una larga interrupción que abraza el espacio de tiempo comprendido entre febrero de 1868 y julio de 1875. Pero es inútil que busquemos en este Registro el testimonio de la Profesión de Teresa. En 1875, cuando vuelve a su normalidad la vida en el Convento de Santa Clara, la de Teresa ha sufrido ya una nueva e inesperada mutación.

Al poco tiempo de la prohibición gubernativa la salud de la novicia comenzó a alterarse. Una postilla

maligna hizo su aparición en la frente de Teresa. Rebelde a toda medicación, dejó entrever muy pronto su carácter contagioso (2). Las Superioras de Teresa desplegaron una solicitud maternal ejemplar. Pero resultando inútiles cuantas medidas se pusieron en juego, tuvieron que rendirse a la evidencia de que otros podían ser los designios de Dios sobre aquella alma. No sin razón la Providencia, que actúa sus planes sirviéndose de las causas segundas y es hábil en escribir derecho con renglones torcidos, había permitido que Teresa no emitiese su profesión religiosa.

Su Madre Maestra de Novicias había tenido el presentimiento de que Dios destinaba a algo grande a Teresa. Esto al menos nos es dado concluir de la siguiente deposición, hecha en el proceso de la Santa por la Hermana Sor Mercedes Miro Martí:

«Después de fallecida nuestra Madre, fui a postular a los pueblos y nos llegamos a Briviesca. Fuimos a visitar a las Religiosas de Santa Clara donde estuvo de novicia nuestra Madre. Aún vivía la Religiosa que fue su Madre Maestra, la cual nos amaba mucho y nos llamaba «las hijas de Teresa», refiriéndose a N. Madre. Nos contaba con emoción lo santa que nuestra Madre era, cuando estaba en el Convento; lo que sintieron su marcha. Pero que ella misma comprendió que el Señor la tenía destinada para cosa más grande que ser una simple religiosa, y que se sentía inspirada a comunicarle cosas que no eran propias para decir a las novicias. El Señor se valió para sacarla del Convento, de un

(2) N.P.. pág. 24.

grano muy malo que le salió en la cara y su padre tuvo que ir a buscarla.

Sor Venancia, que era su enfermera en el Convento, también estaba presente y decía «Teresa era una Santa y lo repetía varias veces.

Al fallecer nuestra Madre, —prosigue Sor Mercedes en la deposición— nos dieron un retrato suyo a cada una de las Hermanitas de Burgos y yo siempre lo llevaba conmigo y reconocía que, después de Dios, a ella debía mi vocación de religiosa. Al ver el retrato Sor Venancia y la Madre Maestra, dijo ésta última: «Nosotras estamos tan persuadidas de las virtudes y buenas cualidades de Teresa, que podemos con toda verdad decir que tenéis una Madre santa y este retrato no os lo devuelvo. Hay en el Convento varias religiosas que la conocieron y la querían mucho. Lo pondremos en un cuadro, en un lugar por donde pasemos todas y así todas disfrutaremos al verla. Hijas, tenéis una madre santa en el Cielo; era muy buena» ([3]).

La cita es larga pero merecía la pena su lectura, porque nos revela claramente la consideración que la novicia mereció a las Clarisas de Briviesca. Teresa había vivido entre ellas el retiro de Santa Clara y en su soledad y silencio claustral había gustado las delicias de la pobreza y de la obediencia. Con el corazón lleno de amargura había dicho adiós al tranquilo convento franciscano...

Francisco Jornet —como nos lo ha recordado la Madre Maestra— se presentó solícito a recoger a su

———

(3) P.S.V. p. 118-119.

hija apenas recibió el aviso de la enfermedad de Teresa. La condujo al hogar nativo. Confiaba en que el aire de sus campos y los cuidados de sus padres le devolverían la salud. Y la salud no faltó a la cita. Poco tiempo después de su reincorporación a la familia, Teresa se había restablecido. De la enfermedad padecida no le quedaba sino una gran cicatriz que conservaría toda la vida.

No resultaba tan fácil cicatrizar la llaga de su alma. Aunque se sometía con voluntaria adhesión a las disposiciones de la Providencia, Teresa sufría por el contratiempo de verse nuevamente en medio del mundo. Su futuro le era incierto, aunque sus aspiraciones a la vida religiosa no habían sufrido cambio alguno. Teresa la ambicionaba ahora más que nunca. Algo había, sin embargo, que no acababa de aclararse. El claustro no parecía ser su destino. Esta era la lección aprendida durante sus años de Clarisa. Sin embargo, en el mundo se encontraba desencajada, fuera de lugar.

Pocas cosas hay más penosas para las almas generosas y delicadas que la incertidumbre, la duda, el sentir que el pie no se apoya sobre suelo seguro. Se teme retardar con ello la obra de Dios, hacer vana la gracia, perder inútilmente el tiempo mientras que la juventud quiere lanzarse irresistiblemente. ¡Sería tan hermoso ver delante el camino para andarlo!

Por desgracia a veces es todo lo opuesto. Se desemboca en una calle, se juzga que es el camino oportuno, y en un momento nos encontramos con que el paso está interrumpido o que no tiene salida. Es preciso volver atrás. Hay que tantear una nueva dirección. Vuelta

a empezar, vuelta a correr, y vuelta por fin a tener que desandar lo andado... porque también este intento fracasa. «Así no se llega a ninguna parte». Es la voz del desaliento. Es la sentencia de la desconfianza. Porque juzgamos encontrarnos siempre en el mismo punto de partida. Sin embargo, nuestra ignorancia no sabe que es éste precisamente el modo como hay que andar los caminos que conducen a Dios, o mejor que éste es el entrenamiento providencial que nos adiestra y capacita para caminar por sus vías.

«Vuestros caminos no son mis caminos». Tenéis razón, Señor. Tú lo has dicho. Nosotros nos lo hemos aprendido en la teoría pero, después, en la práctica diaria, nuestra mente se olvida de tu sabia enseñanza. Nos obstinamos en dar con la gran vía, con la carretera espaciosa bien pavimentada y clara sobre la que nos sea dado correr a velocidades de fantasía. Tú, en cambio, nos has dictado la sentencia de que el camino es estrecho, tanto y tanto, que parece confundirse con los atajos del bosque, que para ganarlos es preciso empeñar todo el esfuerzo y que sólo teniendo a nuestro lado una persona conocedora del lugar, nos es posible recorrerlo sin el riesgo de perdernos a la vuelta de cualquier recodo.

El Padre Francisco Palau iluminó la noche oscura del alma de Teresa. Intrépido siempre a la hora de hacer el bien, despreocupado de los peligros, aprovechaba la mas mínima claridad en los cielos de España, para reemprender con sus hijos espirituales las tareas apostólicas.

Desde 1863, tenía abierta en Vendrell, provincia de Lérida, una de sus Casas. Envió a Teresa una caritativa

El Padre Fundador entrega a la Santa el libro
de las Constituciones

invitación para que se trasladara a estos lugares, donde había transcurrido los años de su infancia. Esto aceleraría quizás su definitiva curación. Al mismo tiempo hallaría ocasión de ejercitarse de nuevo en unión con las Terciarias en su apostolado escolar. El Padre Francisco continuaba contando con la Santa para los objetivos de su familia religiosa.

Teresa aceptó; en lo que ella pudiera, colaboraría generosa. Prefería encontrarse entre las Terciarias Carmelitas, ocupada en la Obra de Dios, que en el seno de su familia, en medio del mundo. Veía tal vez, que no era propiamente aquello el campo que el Señor le confiaba a su cuidado, ni la sementera que había de fecundar con sus sudores apostólicos. Por el momento, sin embargo, no sabía que otra tierra le correspondía roturar en la viña del Padre de Familia. Partió. El 20 de mayo el P. Palau escribía con satisfacción: «Teresita se encuentra en Vendrell muy buena y contenta».

Alentaba en el corazón la esperanza de poder trabajar en la dilatación del Reino de Dios, pero las pruebas no habían acabado. Fuera de las murallas de Barcelona, el Siervo de Dios había abierto unas escuelas en el Convento de Santa Cruz. Todo el conjunto de aquel centro hacía pensar en una Casa Generalicia del Instituto, donde él con sus hijos e hijas espirituales atendería a las diversas obras de caridad y de apostolado, que su celo le sugería.

Todo aquel mundo de caridad se vino abajo al finalizar el mes de octubre. Era el año 1870. Falsas acusaciones fueron lanzadas y un mal día el Convento fue invadido y saqueado. La cárcel sería desde ahora el

nuevo convento para los religiosos. Tenemos una carta del P. Palau escrita desde la cárcel de Barcelona. Lleva fecha del 3 de noviembre. Está destinada a la hermana Magdalena Calafella de Graus. Dice así:

«Hijas mías, nos aprisionaron, entre todos, en número de 39, y nos llevaron a la cárcel el 29 pasado. Ayer día 2 salieron todos menos yo, Juan Biel y mi hermana Rosa. Creo que nos dejarán pronto en libertad, porque no tenemos otro crimen que el poseer un convento. Por lo demás he recibido vuestras cartas. Teresa Jornet esta ahora en Aytona. Irán dos de éstas de Barcelona y así seréis cuatro...».

Entre los que habían sido primero encarcelados y luego dejados en libertad, figura la hermana menor de la Santa, María, que por motivos de salud pasaba unos días con el tío. Más tarde la veremos en la escuela de niños de Tarragona; finalmente se unió a su hermana en la nueva fundación, de la que había de ser uno de los más firmes puntales. Tres miembros, pues, de la misma familia habían tenido el honor de ser encarcelados.

La Santa no participó de esta gloria. Teresa la habría sabido apreciar en todo su valor, pero aquellos días se encontraba entre los suyos en Aytona. Por poco tiempo, sin embargo. Al declinar el mes, su tío le encomendó una misión nada fácil: visitar las escuelas que las Terciarias tenían abiertas tanto en la península como en las islas Baleares. Escribía el Padre a la Madre Juana María Gracias de Estadilla, con fecha 28 de noviembre: «Hijas mías, tenemos las llaves de Santa Cruz y los Hermanos y las Hermanas ya han vuelto. A fin de

que exista uniformidad, ordeno que todas estas fundaciones tengan para gobernarlas una Superiora y de hecho por ahora, te nombro a tí. De acuerdo entre vosotras en aquellas cosas sobre las cuales no tengáis algún consejo mío, obrad como el Espíritu Santo os dicte. A fin de que en las escuelas exista uniformidad envío una Maestra diplomada y ella cumplirá el oficio y encargo de Visitadora, de modo que todas tengan un mismo estilo. Escribo por esto a Teresa, que para esto es muy apta... Escribo a Teresa Jornet para que vaya como visitadora de las escuelas. Por ahora estamos tranquilos. Pienso que me dejarán en libertad dentro de tres días. Saludo a todas las Hermanas y recibid la bendición de vuestro afectísimo Padre... P. D. En las demás cosas poneos de acuerdo con Teresa por lo que se refiere a las escuelas. Adiós».

La precisión de obrar con cautela para no incurrir en las represalias de los Gobernadores y la destrucción de muchos de los Archivos no han permitido que llegaran hasta nosotros noticias más detalladas acerca de la actividad de la joven Visitadora de las escuelas. La Santa tenía en aquel tiempo menos de 28 años. Sólo sabemos que desempeñó su deber con celo, prudencia y caridad.

La restauración de la Monarquía con Amadeo de Saboya hizo confiar en días más halagüeños.

El Monarca parecía traer consigo de Italia un rayo de paz para la atormentada atmósfera española. Pero no fue más que eso, un rayo. Al cabo de tres años el Rey abdicaba. Su gestión al frente de los destinos nacionales había fracasado. No supo conducir a la nación

hacia el orden y la concordia. Al desaparecer la Monarquía, se podía temer mucho que también declinaran los resplandores de paz en los horizontes españoles...

Durante este período se multiplicaban las fundaciones de las Terciarias. Urgía coordinar las actividades de las distintas Casas y relacionarlas estrechamente como ocurre en todo Instituto Religioso. El P. Palau estaba ahora en esos afanes de organización. Para comenzar, había confiado a Teresa la supervisión de todas las escuelas y de las demás obras de apostolado. La presencia del Padre y su largo ascendiente de santo y de Fundador parecían por el momento insustituibles. Pero Dios trazaba las cosas de otra manera.

El 20 de marzo de 1872, herido de muerte por una rápida pulmonía, el infatigable apóstol entregaba su alma a Dios. Tenía 61 años. El desenlace tuvo lugar en la Casa de Tarragona, a donde había llegado de paso proveniente de Aytona. Teresa debía de estar presente, porque las últimas palabras del Siervo de Dios fueron éstas: «Teresa, ésta es la hora». Después de estas palabras su diestra se alzo a los cielos para bendecir a la Comunidad reunida en torno a él, junto a su lecho de muerte. E intentando dar su postrer saludo de padre, cayo exánime (4). Los Ángeles se encargarían de concluir el trazo de la cruz...

¿Qué presagiaremos en esta hora al joven Instituto de las Terciarias Carmelitas? Árbol excesivamente temprano y aún no maduro, parecía llamado a extinguirse, falto de los cuidados y solicitudes del Fundador. No fue

---

(4) Pelayo: La M. Teresa de Jesús Jornet e Ibars. - Manuscrito.

así. Una vez más los hechos que siguieron nos traen a la memoria la enseñanza de Cristo: «Si el grano de trigo muere...». Dios es fiel. Su palabra no cambia.

Tras un primer e inevitable período de desbandada y descorazonamiento, las Terciarias continuarán en el surco trazado por la mano del Padre.

Hoy, aprobadas canónicamente y conocidas bajo el nombre de Carmelitas Descalzas Misioneras, constituyen la viviente gloria terrena de su Fundador. Quiera el Señor, por boca de su Pontífice, decretar un día para él la gloria de los altares, una vez concluido el Proceso de beatificación, ya iniciado.

La crisis que atravesó el Instituto a la muerte del Fundador debía servir por otra parte en los planes de la Providencia, para separar a Teresa de una vía que no era la suya propia y cuyo recorrido había aceptado más por condescender a la invitación del tío, que por inclinación personal.

El apostolado de la escuela no le atraía. Sentía la necesidad de entregarse en caridad a las criaturas más necesitadas y pobres, mientras no se avenía a renunciar completamente a sus aspiraciones de alejamiento y separación del mundo. Con el cuerpo en la tierra, ambicionaba vivir ya con el alma en la eternidad.

En espera de la luz necesaria para discernir el lugar en que Dios la quería, Teresa vuelve a su familia. Reclamaba insistentemente su presencia en ella la salud de su madre que no se encontraba bien.

EL CAMINO VERDADERO

La presencia de Teresa en Aytona mitigaba un tanto el dolor de la familia por la inesperada muerte del P. Francisco.

El vacío en que esta muerte del P. Palau dejó a Teresa no tenía fondo. Era un vacío insondable; porque precisamente ahora Teresa se encuentra de nuevo en su casa y con los suyos, en sus campos y en su pueblo, a los diez años de iniciar su camino hacia Dios por la vida religiosa. Diez años de intentos infructuosos. Diez años de lucha. Al término de ellos, Teresa mira a su alrededor y ve que se encuentra en el mismo punto de partida.

Y esto, al fin y al cabo, era lo menos. Lo más era el futuro. Teresa no había aún resuelto el día de mañana y no tenía a nadie con quien aconsejarse y de quien recibir orientación. Para ella sí que era irreparable la pérdida del tío Francisco.

Mientras en apariencia era cierto que había perdido aquellos diez años, pues no le habían conducido a nada, el fruto de esta prolongada prueba era propiamente la paciencia, la voluntaria confianza con que, sin desfallecimiento alguno, continuaba esperando la luz de lo alto, interiormente libre y pronta a seguir las

indicaciones de la Providencia divina apenas se le manifestasen.

Es frecuente en la historia de las almas que Dios llama a grandes destinos, el andar a la deriva año tras año, sin otro objetivo, se diría, que el malbaratar el tesoro del tiempo. Y no es verdad este pesimismo. Esta incertidumbre de la noche oscura sirve para separar al alma de sí misma y de las criaturas, para convencerla prácticamente de su propia incapacidad para realizar el bien, para confiarse con humildad plena en las manos de Dios y para espiar con solicitud el menor gesto de la voluntad divina, a fin de obedecer con premura.

Dios tiene el brazo fuerte. Nada hay que resista a su omnipotencia. Él puede hacer que, en un abrir y cerrar de ojos, Teresa, como tantas otras almas a lo largo de la historia, encuentre delante de sí la solución que desde hace tanto tiempo viene buscando. En una sola hora, el alma puede encontrar el destino que se le ha ocultado durante varios años.

Teresa estaba a punto de experimentarlo.

Por junio de este mismo año, Teresa acompaña a su madre, todavía convaleciente, a las aguas termales de Estadilla, provincia de Huesca. Al regreso, se detienen en Barbastro. La Providencia quiso que se cruzaran con un digno sacerdote, D. Pedro Llacera. Cuando supo que las dos mujeres eran parientes del P. Palau, la conversación recayó sobre la figura y los hechos del inolvidable Siervo de Dios. Toda la región le recordaba. El diálogo se prolonga y, como ocurre en estas ocasiones, relacionando unas cosas con otras, se vino a hablar de Teresa. D. Pedro la observa. Las preguntas se

suceden unas tras otras; D. Pedro parece perseguir algún fin más alto que la satisfacción de una mera curiosidad personal. Parecía muy interesado en conocer los proyectos de la joven. En realidad, el plan lo había trazado ya él y no tardaría mucho en participárselo.

A decir verdad, más que por él, el proyecto había sido trazado por un amigo suyo, el M. I. Sr. D. Saturnino López Novoa, Maestro de Capilla de la Catedral de Huesca. D. Pedro hacía sinceros elogios de la personalidad de su amigo. Conmovido del estado de abandono y miseria a que estaban reducidos tantos pobres en su ancianidad, D. Saturnino proyectaba la fundación de un Instituto de Religiosas que se dedicara exclusivamente a la asistencia espiritual y material de los pobres ancianos de ambos sexos. D. Saturnino, forzoso es confesarlo, no es muy original en sus planes. Un Instituto de semejantes características existía ya. Pero se trataba de un Instituto francés y D. Saturnino, por la experiencia que del caso tenía, abrigaba el convencimiento de que se podría alcanzar mayor fruto con un Instituto de fisonomía y estructuración típicamente españolas. D. Saturnino, y con él otros sacerdotes amigos, estaba tratando de reclutar unas cuantas jóvenes que pudieran constituir la primera célula del Instituto.

Teresa lo había escuchado todo, y hubo de contener sus sentimientos. Veía ya claro. Estaba convencida de que era esa precisamente, la obra a la que Dios la llamaba.

Este encuentro con D. Pedro pudiera parecer fortuito. En la mente de Dios, nada lo es. Teresa daría por concluidas sus incertidumbres y tanteos.

La inseguridad de estos largos años, se convierte ahora en radiante claridad.

Teresa no podía prever la parte que le correspondería en el nuevo Instituto. Comprendía tan sólo que el objetivo que él se proponía, llenaba las aspiraciones de su corazón, mejor y más cumplidamente que los otros Institutos con los que había mantenido contacto.

D. Pedro veía más allá. Presentía que ella sería más que una simple colaboradora. En su convicción le confirmó luego el jesuita P. Puig, amigo suyo y *pars magna* también él en la fundación del nuevo Instituto, quien habiendo hablado con Teresa, se formó de ella un óptimo concepto.

No había tiempo que perder. Invitaron, pues, a Teresa a ir a Huesca para ponerse al habla con el Fundador.

Teresa no ambicionaba otra cosa. Fue. Hablaron. Se pusieron de acuerdo. Todo en poco tiempo y sin dificultades.

Por el momento Teresa vuelve a su familia para acompañar a su madre. Al exterior nada ha cambiado. Pero Teresa cree soñar: tan rápidos e imprevistos han sido los acontecimientos. Hubiera deseado comunicar a todos la alegría que anegaba su corazón. Había concluido la noche.

* * *

D. Saturnino López Novoa, había ejercitado durante nueve años el ministerio sacerdotal en Barbastro. De aquí había pasado a Huesca, donde era Obispo un tío suyo. No podemos detenernos en bosquejar su biogra-

fía. Era un sacerdote ejemplar, de vida interior y de una caridad inagotable. Un hombre al que la Sagrada Escritura denominaría un «vir iustus».

En aquellos años de revueltas políticas particularmente tristes y calamitosos para el clero y el pueblo humilde, cuyas condiciones económicas se agravaban por momentos, D. Saturnino pensó que no sería despropósito el abrir un Asilo-Colegio para estudiantes pobres, aspirantes al sacerdocio.

Prosperó la idea y más el Colegio. Unido estrechamente a la vida del Seminario Conciliar, la suerte de ambos establecimientos eclesiásticos fue paralela. Cuando el Seminario hubo de cerrar sus puertas, debido a las presiones políticas, también se cerraron las puertas del Colegio. En la mente del Fundador toma vida entonces una nueva idea, efecto de su exquisita caridad. Un día los locales del Colegio, acostumbrados a las risas de los jóvenes seminaristas, ven que se les adentra la venerable paz y tranquilidad de unos ancianos pobres...

Ya de tiempo atrás caracterizaba a D. Saturnino su compasión por los ancianos pobres. En el ejercicio de su ministerio le había tocado encontrar por todas partes ancianos que arrastraban su vejez en medio de una penosa miseria material y en el más absoluto abandono de sus espíritus. El mal, en los últimos años, iba acrecentándose. Las doctrinas revolucionarias habían agostado las ideas religiosas y, a un tiempo, los sentimientos de caridad y los mismos vínculos familiares.

Para abrir paso a su proyecto, D. Saturnino había ido a Barcelona, ciudad en la que tenían una Casa las

Hermanitas de los Pobres, Institución francesa, que echaba raíces en tierra española. El éxito coronó el diálogo sostenido entre D. Saturnino y la Superiora de las Hermanitas. Y es entonces cuando las «Petites Soeurs» deciden instalarse en Huesca, donde, por los días de marzo de 1872, con la debida aprobación de las Autoridades religiosas y civiles, y el aplauso de las gentes de la localidad, los ancianos pobres saben que se han franqueado las puertas de una Casa para ellos.

No estaba de Dios que las cosas terminaran con el mismo optimismo con que ahora se iniciaban. El espíritu y la actividad de las Hermanas, no merecían sino altos elogios. Pero D. Saturnino advirtió muy pronto que las diferencias de nacionalidad creaban inconvenientes no pequeños a los ancianos, y concibe la idea de dar vida a un Instituto similar, pero con elementos españoles.

D. Saturnino se entregó a la oración. Pedía luz, para ver con claridad cuál era la voluntad divina en este caso. Se aconsejó humildemente con varios religiosos piadosos y prudentes. Podemos recordar algunos nombres: el P. Gavin, Superior de los Claretianos de Barbastro, el P. Puig, jesuita y director espiritual del Seminario de la misma ciudad, el ya mencionado D. Pedro Llacera...

Dios habló por boca de estos sus siervos. La aprobación y el entusiasmo de todos acogía los proyectos de D. Saturnino. Sí, era Dios quien depositaba la semilla de tales ideales en el corazón del santo sacerdote. Ellos se ofrecieron a ayudarle en cuanto les fuera posible, aunque estaban convencidos de que D. Saturnino daría

realización a sus proyectos en la ciudad de Huesca, donde habitaba por aquel entonces.

Pero D. Saturnino prefirió Barbastro.

En Huesca se encontraban ya las Hermanitas francesas. No era prudente ni caritativo iniciar en un mismo lugar una perjudicial competencia. Por otra parte en Huesca, como en todas las capitales, las pasiones políticas eran más violentas y los ánimos se hallaban en una peligrosa efervescencia. Había, por último, un tercer motivo mas personal, quizá el que más pesó en la elección de Barbastro: el intento podía fracasar. No podemos dejar de tener en cuenta esta eventualidad en todas nuestras empresas humanas. D. Saturnino, hombre prudente, preveía la posibilidad del fracaso. Si las cosas llegaran a andar mal, la resonancia del hundimiento sería menos clamorosa —y por ello menos dañosa para la buena causa— en Barbastro que en Huesca.

Cuando los amigos de D. Saturnino, tuvieron noticias de la elección efectuada por el Fundador, se sintieron honrados y con un celo redoblado prometieron su apoyo a la empresa.

Comenzaron por alquilar una casa de varios pisos. Se la conocía con el nombre de Casa «Pueyo» y se encontraba situada en la calle del Palacio en el numero 2. Un grupo de damas caritativas ofreció algunos muebles y los utensilios más indispensables.

Asistimos a una conmovedora emulación en la caridad. Con todo, tanta generosidad no logró, afortunadamente, anular por completo la hermosura de la Hermana Pobreza.

* * *

Se diría que el «Pueyo» había sido construido a propósito para su nuevo destino. Con varios balcones y miradores en los distintos pisos, la construcción reunía sanas condiciones para los fatigados cuerpos de los asilados. Por el momento, sin embargo, es preciso cambiar no poco los proyectos. Y así, en lugar de los ancianos, el «Pueyo» deberá acoger al bullicioso grupo de las primeras Hermanitas.

Se elige la fiesta de S. Francisco de Asís para la apertura oficial de la casa. ¿No era muy justo que el enamorado de la Dama Pobreza presidiera la inauguración de una tarea que nacía en la pobreza y con el ideal de salir en socorro de los más pobres de entre los pobres, los que faltos de recursos, de ayudas, de afecto, son pobres incluso de fuerzas físicas, y privados de toda humana esperanza?

Las primeras aspirantes llegaron al atardecer del 3 de octubre de 1872. Al día siguiente llegaron las demás candidatas. Hubo una, sin embargo, que faltó a la cita: Teresa.

En carta dirigida a D. Pedro Llacera —la primera carta que de ella conservamos, fechada el 26 de agosto de 1872, casualmente, a veinticinco años de su muerte, que tendrá lugar en ese mismo día del año 1897— Teresa expresa su complacencia «en extremo» al ver que la nueva Obra se realizaba «a gloria de María y en honor de S. José». Necesitaba, no obstante, poner pronto en claro la cuestión económica que, aunque de valor secundario, no carecía de importancia.

Se le había pedido ajuar y dote. El ajuar lo tenía. La dote, no. Los suyos habían consumido muchos bienes

para que ella estudiara y su título de maestra constituía toda su dote. Tanto era esto así, que hacía tiempo había renunciado a cuanto le pudiese corresponder por herencia. Por lo que a ella tocaba, Teresa podía afirmar, apoyada en su experiencia, que «la Providencia es mi Madre amada, jamás me ha faltado, y confío, si yo soy fiel, que nunca me faltará». Pero ¿la podrían recibir en la nueva Obra en estas condiciones?

Teresa permanece en la palabra dada. Por eso no le era posible condescender a la invitación que le hacían las Terciarias, las cuales estaban necesitadas de una maestra. Prefiriendo vivir de la Providencia, más que de rentas o de algún sueldo, Teresa no había querido asumir ningún cargo hasta saber la decisión de sus Superiores sobre cuanto les había expuesto. «En cuanto a lo que me dice de ir a Huesca —proseguía— para mí todo me es patria... soy hija de obediencia; obedecer es mi dicha, por lo tanto puede disponer como una niña que se pone en manos de su Madre» ([1]).

Don Pedro, al enviar la carta al Fundador para que decidiese en último término, no escondía que tanto el como el P. Puig eran de la opinión de que se debía tener más en cuenta las cualidades de Teresa —y éstas eran muchas— que su falta de dote. Don Saturnino opinaba como ellos. No hubo, pues, ninguna dificultad. Para todos, Teresa no era únicamente una buena postulante, sino la que ellos consideraban ya como la piedra fundamental del nuevo edificio.

---

(1) Citamos las cartas únicamente según el número progresivo que tienen en la colección presentada a la Sagrada Congregación de Ritos con ocasión del Proceso de Beatificación. Carta número 1.

Las vicisitudes que había atravesado, en apariencia tan contradictorias y nada conducentes, a los ojos de aquellos hombres de Dios alcanzaban la valoración de una providente preparación y entrenamiento a la misión que el Señor la reservaba.

Las otras postulantes llegarían trayendo consigo sus buenos deseos y óptimos propósitos; pero a estas espigas no faltaría probablemente la zarza de una mentalidad y de unos hábitos puramente humanos, cuando no la cizaña de modos y formas, pensamientos e ideas mundanos, cuyas raíces habría que sofocar. Teresa, no. Ella era el terreno labrado, roturado con paciencia, trabajado solícitamente por el divino Agricultor, y con los surcos anchos y dilatados para cobijar la semilla y hacerla fructificar.

El Fundador la acepta. Teresa acelera los preparativos de su marcha. No pudo, con todo, estar pronta para la fiesta de San Francisco: su madre le había pedido que se entretuviera todavía algunos días y ella había consentido por afecto filial y... fraterno. Quería ganar para la nueva Obra a su hermana María, la fiel compañera de sus días de Argensola, y otra joven, amiga de ambas, Mercedes Calzada. Aquellos días, precisamente, las estaba «trabajando». El feliz resultado coronó sus esperanzas. Las dos decidieron seguirla a Barbastro.

Ya podía partir. La tarde del día 11 de octubre de 1872, víspera de la festividad de la Virgen del Pilar, invocada la protección de los Sagrados Corazones de Jesús y María para su nueva vida religiosa, Teresa abandonaba otra vez su hogar de Aytona para unirse a

La Santa en adoración delante del Santísimo.

las primeras Hermanitas. María y Mercedes la siguieron ocho días más tarde.

Desde el primer día Teresa fue, si no de nombre, ciertamente de hecho, la Superiora de la incipiente Comunidad. El cargo oficial de Superiora se lo darían después de la vestición.

Pero más que Superiora, Teresa era algo así como la hermana mayor de todo el grupo. Su humilde afabilidad encontraba por delante la juventud y el entusiasmo de aquel puñado de almas. De todo lo demás eran pobres y faltas. Pero ¿qué cuenta esta debilidad cuando se sabe encontrar apoyo en el corazón de Dios?

«Padre, —escribe Teresa al Fundador el 19 de octubre (2)— mucho tengo en meditación las palabras que usted dice, que se necesita mucha virtud para dar buenos ejemplos a las Hermanitas. Cabalmente, Padre, en mí no hay nada de eso, porque soy la mas ruín de todas sus hijas; sólo por la santa obediencia puedo hacer yo esto, que de lo demás no tengo capacidad para dirigir un pájaro, pero con todo, a pesar de mi insuficiencia, no dejaré de hacer lo posible para cumplir con la obligación que la Santa obediencia me ha puesto. Hoy esperamos a dos Hermanitas. Las demás, todas buenas y muy alegres».

Las dos Hermanitas esperadas eran María y Mercedes. Con este refuerzo, el número de las primeras Hermanitas era de 10. Más tarde, en el mes de marzo, ingresaron otras dos, y así el nuevo Colegio Apostólico estaba al completo. La mayor, Teresa Biu Samblancat contaba 32 años. La menor, Antonia Plana Budiés, 18.

---

(2) 2.

Las Hermanitas que vendrán después con el transcurso de los años, denominarán a estas primeras con el honroso nombre de «Fundadoras», sea cual fuere la intervención que cada una de ellas tuvo en el nacimiento de la Obra.

Sólo Dios estaba al corriente de lo que cada una de las Hermanitas «fundadoras» contribuía a la fundamentación del Instituto. Él, que las había llamado a ser las primeras para que fuesen partícipes de las difíciles pruebas y de las gracias de los comienzos, podía llevar cuenta de la correspondencia que todas ellas prestaron a sus divinos designios. De hecho, como en un pequeño colegio apostólico, pues como los Apóstoles, eran ellas también doce en número, diversos fueron sus papeles. Impar, también, la duración de sus vidas. Corresponderá a Sor Mercedes Calzada, entrada a los 25 años, el imitar a Santiago el Mayor. Ella es la primera que emprende el vuelo al seno del Padre. La fecha de su muerte nos remite al mes de marzo de 1874. Había trascurrido un año solamente desde su ingreso en la vida religiosa. Sor María Larratea, joven de 22 años al momento de la fundación, representa el papel de S. Juan por su prolongada vejez. Ella sobrevive a todo el resto de las primeras Hermanitas, muriendo el 26 de octubre del año 1932, en la ciudad de Santiago de Compostela. El libro de su vida totalizaba sesenta años de ejemplar vida religiosa. Completando esta analogía con los doce Apóstoles, preciso es decir que una de las doce «fundadoras» no supo perseverar...

* * *

La vida en común dio comienzo con un curso de Ejercicios Espirituales bajo la dirección del P. Puig. En carta escrita al P. Fundador le expresaba la esperanza de que, «ayudado de sus fervorosas oraciones, de las buenas disposiciones de las ejercitantes, y de la gracia, sobre todo..., acabarían todas enardecidas». Este mismo Padre dictó luego un breve reglamento de vida. La comunidad hizo uso de él en espera de las Constituciones, que el P. Fundador estaba escribiendo. De este modo, Teresa, por mediación del P. Puig, entra en contacto con la espiritualidad ignaciana. Sucesivamente, Sta. Teresa, S. Francisco y ahora S. Ignacio le comunicaron algún tanto de sus respectivas espiritualidades: vida de oración, pobreza evangélica y perfecta alegría, celo por la mayor gloria de Dios y por la salvación de las almas. Estos diversos elementos se fundirán en un estrecho vínculo; Teresa Jornet, con todo, no será ni carmelita, ni franciscana, ni ignaciana. Será ella. Con su propia fisonomía espiritual. Fuerte y suave, austera y mansa, retirada en intimidad con Dios, a la par que impetuosamente dada con total generosidad al servicio del prójimo.

Desde los primeros momentos, su virtud se ganara la estima y el aprecio de los Superiores. Podían, ciertamente, confiar a ojos ciegos en Teresa. Ella, en cambio, permanece inmutable, como sin advertirlo.

«Creo que V. puede confiar y esperar mucho de la M. Superiora —escribirá al P. Fundador el P. Puig al término de los Ejercicios— porque tiene grandes deseos, es muy prudente y, principalmente tiene un gran corazón».

De este juicio encomiástico se hace eco el mismo Don Saturnino. Escribiendo a Valencia, algo después, dice: «la Superiora... es una señora que vale mucho».

¿No decía el P. Puig que esperaba de sus ejercitantes que acabarían enardecidas los Santos Ejercicios? Su esperanza no se vio defraudada. Vibrantes de entusiasmo, ardorosas en santos deseos, las jóvenes postulantes dan comienzo a su nueva vida. Fuera de Teresa y de Micaela Bagues Marcelo, que con Teresa había compartido en Briviesca la regla de las Clarisas, ninguna de las restantes candidatas tenia noción de la vida religiosa.

El «Pueyo» tiene un aire fresco, espontáneo, alegre. Parece ser que en estos caminos no pueden crecer los cardos. Todo se hace fácil. Todo se aureola de bondad y sencillez. Todo es bello porque todo viene considerado como regalo de Dios y por Dios mismo amado. El alejamiento de los intereses del siglo y la pobreza les hacen felices y libres, ¡y cultivan la pobreza en tanta abundancia! Porque no puede ser de otro modo. Si un día han de volcar sus atenciones sobre los ancianos pobres, abandonados, bien está que ellas aprendan antes qué es pobreza y cuál es la vida de los auténticos pobres.

Dios se ha complacido en ajustar fuertemente este magisterio de la pobreza. Por circunstancias varias, pero que descubren un exquisito plan divino, ninguna de entre ellas ha podido traer de sus casas cuanto se les había solicitado como equipo y dote. Después de saber este «secreto», ya no nos admira la noticia de que, tanto los muebles como los utensilios necesarios,

se han pedido de prestado. Naturalmente, en la petición se ha cuidado muy mucho de no avanzar mas allá de lo estrictamente urgente y necesario. ¿Que falta, incluso, un modesto reloj para regular los actos de la comunidad? ¡Qué importa! A ellas se les hace natural pensar que Dios inspire a algún canónigo la iniciativa de plantar un magnífico reloj en la torre de la Catedral, previendo que, con el tiempo, había de resultar súmamente útil a una incipiente Comunidad.

Don Saturnino se prodiga por encima de sus posibilidades a fin de proveer a la pequeña familia. Sus colaboradores no le van a la zaga. La pobreza, sin embargo, no acaba nunca... Pero ella es riqueza de las obras de Dios en sus comienzos, contraseña divina que garantiza la autenticidad de una Obra. A las Hermanitas les preocupa muy poco que la pobreza vaya alargando sus raíces en el Pueyo. Su atención se ha desligado de los bienes terrenos, para procurarse tan solo las virtudes necesarias que las habiliten a ser verdaderas religiosas.

Este período de Noviciado colectivo no persigue sino un sólo objetivo: tranformarse interiormente, prepararse, hacer acopio de vida sobrenatural, de modo que puedan más tarde comunicarla a sus ancianos.

Los esperaban con ilusión ilimitada. La fantasía y la inexperiencia les pintaba su misión mucho más fácil y sonriente de lo que, en realidad, habría de ser. Cuando esta consideración venía a poner una nota de pesimismo, el «enjambre de Dios» —eso era «Pueyo»— gustaba de recordar que la gracia divina no les sería negada jamás en el ejercicio de su caridad.

Pero antes de dar paso a su tarea, una meta más próxima polarizaba sus aspiraciones: la vestición religiosa.

«Pueyo» se llena día y noche con una sola interrogación: ¿Cuándo será la Vestición? Y, a continuación, una segunda pregunta: ¿Cómo será el nuevo hábito? Se trataba no sólo de recibir el hábito, sino de idearlo *ex novo*.

Era Teresa la que debía decidir en este asunto. La Superiora hizo del caso argumento asiduo de oración y tranquila reflexión. Deseaba que el nuevo hábito fuera serio, modesto como conviene a pobres religiosas, y sencillo, para que no las estorbase en su trabajo.

Un profundo sentimiento de responsabilidad acompañaba a Teresa en todas sus acciones. Esto le hacía estar siempre vigilante y alerta. Pero sin agobiarla como una pesadilla y sin crear en ella un aire de pedantería. El continuo estado de vigilia y solicitud servíale de trampolín hacia Dios, por medio de la plegaria, de una manera particular si le tocaba expresar algún juicio y tomar una decisión grave.

Cuando se trataba de sus Hermanas religiosas, desconfiaba de sí misma, ponderaba delante de Dios sus propias impresiones en el deseo de ser objetiva y serena. Solía preferir un tiempo de espera antes que actuar rápidamente; aunque bien es verdad que la participación de una misma vida de Comunidad y la particular gracia de su estado, le ayudaba a conocer a sus compañeras, con sus pasiones y reacciones, mejor de cuanto podían conocerlas el P. Fundador o el P. Puig. Cuando el deber la constreñía a ello, expresaba su parecer con sinceridad, junto con una forma tan discreta y humilde que sólo era explicable teniendo en cuenta la madurez de sus virtudes.

A propósito de una postulante en estado de prueba, escribía de este modo al P. Fundador: «Es mi parecer que no valdrá para nuestra Institución. Entre otras cosas, es de un carácter muy adusto y esto para los pobrecitos no conviene, pero por esto obre V. lo que Dios le inspire. Lo demás marcha bien; nada tengo que decir del comportamiento de las Hermanitas, sólo ésta es la que daba más quehacer y por mí nada habría dicho si otras no lo hubieran notado, no por ninguna cosa, sino por no enredarme en asuntos de caridad; ahora la obligación me lo exige y así, bendito sea Dios en todas las cosas» ([3]).

Cosas mucho más delicadas y difíciles le exigirá el deber más adelante. Su comportamiento exterior e interior será siempre el mismo, como idéntica será siempre la palabra de alabanza que brote más de su corazón que de sus labios: «Sea bendito Dios en todas las cosas».

---

(3) 5.

COINCIDENCIAS PROVIDENCIALES

La marea revolucionaria y anticlerical que anegó a España, si pudo arrastrar a los espíritus más superficiales y agitados, provocó por el contrario, en los verdaderos cristianos, una reacción que les hizo cerrar filas con firmeza, para organizarse mejor y oponer a la violencia del mal, la fuerza compacta del bien.

En 1871 Valencia constituye, bajo la inspiración de su Arzobispo, Mons. Mariano Barrio Fernández, una «Asociación de Católicos», con miras apostólicas. Hacían así, su primera aparición los adalides de nuestra actual Acción Católica.

En sus propósitos entraba el desarrollo de un vasto programa de obras de caridad; flor natural que brota espontánea en la buena tierra de los sanos principios morales y religiosos de nuestro Credo católico.

Era natural que los miembros de aquella adelantada «Asociación de Católicos» fijaran sus miradas en el estado de miseria y de abandono en que veían sumidos a los pobres ancianos de las clases más bajas, inhábiles ya para el trabajo.

En Valencia, como en cualquier otra parte, nadie se interesaba por ellos; nadie había que se propusiera procurarles lo indispensable para vivir. La persecución

contra la Iglesia y contra las Órdenes Religiosas había paralizado, o al menos limitado mucho, el campo de actuación de las entidades católicas y los recursos de las instituciones de caridad. Se diría, por otra parte, que el número de los ancianos desprovistos de todo íba cada día en aumento...

Valencia y Barbastro no se diferenciaban nada en este particular. Por eso, no es extraño que la identidad del mal sugiriera la identidad del remedio: agrupar almas buenas, verdaderas y propias religiosas, que se dieran al cuidado y atención de los ancianos.

El Coronel Don José Pascual Navarro, uno de los miembros de la Asociación, había tenido ocasión de conocer en Madrid a las Hermanitas de los Pobres, la Institución francesa de que ya hemos hablado y que por aquellas fechas iba extendiendo sus casas por España. Don José propuso a la Asociación el ponerse de acuerdo con esta Obra.

Comenzaron los trámites. Por parte de las Hermanitas francesas interviene el abate Le Pailleur, a cuyo cargo estaba en aquella época la Dirección de los asuntos del Instituto religioso francés. Para la primavera de 1872, todo estaba ya dispuesto en Valencia para recibir a las Hermanitas. Se las esperaba de un día para otro, cuando...

Anotemos la fecha: 11 de mayo. La llegada del correo ha traído una carta de *Monsieur l'Abbé*. Carta cortés, distinguida, como corresponde a los buenos modales de un francos, máxime cuando de un sacerdote se trata. Pero carta que trunca las ilusiones de los católicos de Valencia, porque es portadora de una de-

negación definitiva. «Les agradecemos —escribía— las pruebas de confianza que nos han dado. Lamento, sin embargo, el verme obligado a comunicarles que nos es imposible fundar en su ciudad. Rogamos a Dios les inspire el procurar de otra forma a esos queridos pobres el bien que ustedes deseaban hacerles por nuestra mediación».

Podemos imaginarnos la sorpresa de los miembros de la «Asociación de Católicos» a la lectura de esta carta. Tanto más, cuanto por mucho que se ponderaban las varias circunstancias, no se alcanzaba a descifrar el motivo de un cambio tan inesperado y repentino del primer acuerdo. El misterio no ha encontrado su explicación hasta nuestros días. Hoy, la crítica histórica ha hecho luz en torno a la figura de Le Pailleur y acerca de la parte que él tuvo en la vida del Instituto de las «Petites Soeurs des Pauvres».

Las cosas se habían desarrollado así: el Sr. Arzobispo de Valencia, ejemplar y recto siempre en todas sus actuaciones, aunque muy satisfecho con la idea de que se abriera en su Sede Arzobispal una casa de las Hermanitas de los Pobres, había juzgado oportuno, sin embargo, el proceder con la acostumbrada formalidad canónica. A tenor de esta decisión, la Curia arzobispal pidió una copia auténtica del Decreto que, al decir del Reverendo Le Pailleur, confería a éste los derechos de Superior General «ad beneplacitum Sanctae Sedis».

La realidad de los hechos era un poco diversa. El Decreto expedido por la S. Congregación el 9 de julio de 1854 reconocía al Abate francés una sola función provisional en el Instituto. La petición, pues, de la

Curia de Valencia le colocaba entre la espada y la pared, por decirlo de alguna forma, al poner en evidencia una cierta disconformidad entre sus afirmaciones y la realidad canónica de su condición por lo que a las Hermanitas se refería. El Reverendo Le Pailleur pensó que era prudente tirar por la calle del medio y fue entonces cuando redactó a la mayor urgencia su carta denegatoria.

Nuevamente la mano de la Providencia ha tirado de los hilos inesperadamente y sirviéndose del libre juego de los hombres, hará realidad los planes de su misericordiosísima caridad.

Pero esto lo apreciamos hoy nosotros que conocemos el curso de la historia. Los miembros de la Asociación Católica valenciana ignoraban el futuro de los acontecimientos, y hasta el presente. Sólo sabían una cosa y ésta era bien amarga: que todo el castillo de su ilusión se había venido abajo. Pero, ¿como era esto posible? ¿Acaso no se había llegado a un acuerdo fácilmente, y estaba todo dispuesto? Y ahora ¿qué? La Asociación había lanzado al vuelo la noticia de la inminente apertura de la Casa para ancianos pobres. La ciudad estaba en espera de ver llegar a las Hermanitas. Se había obtenido —y sabe Dios a costa de cuántos sudores y fatigas, en lucha abierta con el viento anticlerical— la requerida licencia del Ayuntamiento. Los futuros bienhechores habían sido conquistados y respondían con calurosa benevolencia, dispuestos a ayudar en todo generosamente... ¡cuando todo se esfumaba en el aire!

El infortunio era suficientemente clamoroso como para ridiculizar la acción de los católicos y la religión

misma. Los adversarios de la Iglesia encontraban un acontecimiento que podían explotar en descrédito del catolicismo, y los pobres ancianitos hubieron que pensar que la última esperanza anidada en sus pechos se frustraba para siempre...

Pero los miembros de la «Asociación de Católicos» eran de corazón fuerte. Antes de que la noticia se extendiera, se ponen en comunicación con el Arzobispo, y elaboran un proyecto audaz: crear —¡nada menos!— y en el menor tiempo posible, un Instituto similar al francés, en el que las Hermanitas españolas cuidaran de los ancianos españoles. En el peculiar elemento de la «furia» española figuraba, desde ese instante, un original concepto de «furia a lo católico». Ellos, los valencianos católicos de la Asociación, confiaban ciegamente en el éxito de su buena causa.

Sin dilación alguna se comisionó al diligente y ejemplar Secretario de la Asociación, el abogado D. José María Jaldero, para que pidiera información a las Casas que la Hermanitas francesas tenían abiertas en Barcelona y Huesca, a fin de conocer al detalle la organización y métodos del Instituto francés, antes de lanzar a la vida la Obra española.

El abogado Jaldero se pone en contacto con Huesca. La Providencia le relaciona con el Maestro de Capilla de la catedral, D. Saturnino. Al celo de éste se debía precisamente el que las Hermanitas de los Pobres francesas hubieran montado su Casa en Huesca. Lo que aconteció luego es fácil de adivinar. D. José María expone la razón de su venida a Huesca y los proyectos que se barajan con urgencia en la capital valenciana. D.

Saturnino sonreía al oir a D. José. Lo que la Asociación ideaba en Valencia estaba a punto de cuajar en realidad en Barbastro. La escena tiene lugar en el verano de 1872.

«Qué coincidencia tan extraordinaria cuanto inexplicable —escribirá a continuación el P. Fundador—. La «Asociación de Católicos» deseaba confiar el cuidado y servicio de los pobres ancianos a Religiosas españolas y el Sr. López Novoa estaba meditando qué lugar sería el mas apto para establecer la Casa Madre y el Noviciado de su Instituto cuando, de modo providencial, los unos y el otro vieron satisfechos sus deseos».

De hecho, mientras Valencia pedía las Hermanas, el P. Fundador, por su parte, pensaba que la Casa de Barbastro resolvía sólo temporalmente el problema de la sede del Instituto. Para el futuro era urgente situar la Casa Madre en una ciudad más importante.

El abogado Jaldero ya sólo pensaba en volver a Valencia. Tenía prisa en comunicar al Sr. Arzobispo y a los miembros de la Asociación la buena nueva. El entusiasmo y la acogida fueron unánimes. Desde este momento —1 de agosto de 1872— comienza una ininterrumpida correspondencia, providencialmente conservada, que permite seguir, paso a paso, el desarrollo de las iniciativas en una y otra ciudad, hasta el día en que el traslado de la Comunidad de Barbastro a Valencia es una feliz realidad.

* * *

El 13 de noviembre de 1872 la «Asociación de Católicos» dirigió una petición oficial, adjunta a la cual remitió las oportunas facultades y licencias de las Autoridades eclesiásticas y civiles, al Reverendo Don Saturnino López Novoa. Éste trasmite la comunicación a Barbastro, donde la noticia es acogida «con una alegría inexplicable, de modo que —la que escribe es la Madre Teresa— las Hermanas saltaban de placer, dando gracias a Dios y a nuestra Madre la Virgen María. Hoy marcha la contestación a Valencia. En cuanto a lo que me dice que le diga cuándo me vendrá bien pasar a ésa, esto, Padre, soy hija de obediencia y por lo tanto siempre y cuando V. lo estime oportuno, estoy pronta para obedecer, no en eso únicamente sino en todo lo que V. quiera mandar» ([1]).

Entre los rompecabezas y solicitudes de los comienzos, Teresa descansa en la mas cumplida obediencia. Su humildad sincera le lleva a reconocer en ella el camino mas cierto para marchar a Dios. Teresa obedece contenta a todos los que le mandan: al P. Fundador, que se encuentra lejos, y a los amigos y colaboradores de este que están a su lado. Esto segundo ya no era ni tan fácil ni tan cómodo en todas las ocasiones. Teresa sabrá superar con elegancia toda dificultad.

A cuento de algunas disposiciones que se debían dictar, escribía en determinada ocasión al Fundador: «Se conoce que (al Padre Puig) no le parece bien. El porqué ya se lo dirá Mn. Pedro que lo sabe mejor. Sin duda será porque no somos capaces para ello y en esto

---

(1) 3.

tiene mucha razón, porque no somos capaces para nada».

Estaba, con todo, dispuesta a obedecer lo que el Padre decidiera porque —«siempre estoy contenta de obedecer, y así vivo muy tranquila y alegre; venga lo que venga, todo se puede con la gracia de Dios» ([2]).

Estas últimas palabras —que nos evocan el grito paulino «todo lo puedo en Aquél que me conforta» ([3])— son suficientes para demostrarnos, si de ello hubiéramos precisión, que la obediencia de la Santa no debe ser interpretada como una debilidad de su personalidad, sino como una superación del yo que, consciente de su propia limitación y flaqueza, sabe, por otra parte, que le es posible en la fusión de la voluntad humana con la voluntad divina, alcanzar la omnipotencia misma de Dios. La Santa sabía de memoria esta difícil sabiduría. Y así, fiada en esta lección, Teresa pone en todos sus actos el ímpetu gozoso del que, en el cumplimiento del deber cotidiano, ratifica la antigua donación total de sí mismo a Dios.

La incipiente Comunidad calcaba su vida en las huellas de su Madre. Las obligaciones de la vida religiosa perdían el cariz duro y austero de la ley impuesta y exigida, con sólo acomodar toda la existencia diaria a las formas y maneras con que la Madre Teresa realizaba cualquier acto. Tornábase el deber en invitación y los mandatos en exhortación convincente de ganar las cumbres de la virtud para conquistar el reino de paz, que es el premio preparado a los que luchan y se inmolan por Dios.

---

(2) 4.

(3) Phil. IV, 13.

La Santa examina personalmente el trabajo de las Novicias.

VESTICIÓN Y ADIÓS A BARBASTRO

Las primeras navidades que pasan juntas, las encontramos serenas y encendidas en santos deseos. «Las Hermanitas —había escrito la Santa a Don Saturnino unos días antes— contentas y alegres esperando las navidades para cantar y bailar al Niño Dios. Gracias al Señor que conservan un espíritu lo más tranquilo. De ahí es que no les falta el buen humor» ([1]).

La fecha de la Vestición estaba próxima. Las primeras Constituciones asignaban al período inicial de prueba la duración de solo tres meses. Por otra parte, el traslado a Valencia era inminente y en la ciudad del Turia esperaban ver llegar Hermanas religiosas, no simples postulantes. La solemne función de la Vestición fue señalada, por todo este conjunto de factores, para el día 27 de enero de 1873. Esta fecha marca el nacimiento oficial del nuevo Instituto.

A falta de una iglesia propia, las Hermanitas hubieron de recibir el Santo Hábito en la Capilla del Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino. Se encontraba muy cerca del «Pueyo» y el P. Puig era, además, el Director Espiritual del Seminario. Los Se-

(1) 6.

minaristas recibieron el encargo de disponer y adornar la Capilla. Se sintieron —no hace falta decirlo— honrados con la distinción. Mientras tanto, en el «Pueyo» las Hermanitas apresuraban la terminación de los Hábitos. La faena de la costura se realizaba con primor y... nerviosismo. Quedaba aún bastante quehacer a las tijeras y a la aguja, y los días parecían acelerar su carrera veloz...

El acontecimiento requería una preparación espiritual a presión. Se hizo un Retiro espiritual de tres días. También en esta circunstancia el predicador fue el P. Puig. Fuera, en la ciudad, el comentario del insólito suceso acaparaba la atención de todos. No se hablaba de otra cosa.

Todo Barbastro tenía una grande y profunda expectación. Las campanas del alba anunciaron, por fin, que el día 27 de enero acababa de llegar. También en el Cielo se saludaría esta fecha como jornada festiva de gracia y bendición. La Santa Iglesia contaba con un nueva familia religiosa. El nuevo árbol no tardaría en doblar sus ramas cuajadas de frutos de caridad.

Quien llegó más tarde de las ocho y media de la mañana a la Capilla del Seminario tuvo que contentarse con permanecer en la puerta. La iglesia estaba abarrotada de gente. Entre la multitud era notoria la presencia de los personajes mas conspicuos del Clero y de la población. El altar mayor, gracias al trabajo de los Seminaristas, ardía en luces y flores. En semicírculo, delante del altar, estaban arrodilladas las futuras novicias.

La ciudad estaba por aquellos días huérfana de su Pastor. La solemnidad, pues, corrió a cargo del Sr. Vi-

cario Capitular, D. Francisco Rufas. La bóveda de la iglesia se llenó con las cadencias del «Veni Creator». A continuación se procedió a la bendición de los hábitos y se hizo entrega de los mismos a cada una de las Hermanitas. Luego salieron todas ellas de la iglesia y se dirigieron a una casa de la vecindad. La multitud esperaba. La falta de ocupación y la excitada curiosidad hacían más larga aquella demora. Finalmente, un rumor fue difundiéndose entre la gente agolpada a lo largo de la calle: «Ya vienen, ya vienen». Y, luego, el silencio contenido, la respiración callada. Era el paso del ángel del Señor que precedía al ingreso de la fila de novicias en la iglesia: velo y griñón blancos aparecían sobre el hábito negro y la larga esclavina.

Procedían modestas. En profundo recogimiento. A sus lados volvía a surgir el murmullo, los susurros, el intercambio incontenible de un juicio de admiración. Forcejeaban las gentes por adelantar un paso y ver mejor el desfile de la comitiva. De los pies a la cabeza, todo había que verlo y examinarlo. Eran las Hermanitas algo propio, algo en que se nos va un interés personal. Barbastro, al menos, así lo consideraba. Por eso contribuía a que todo resultara inmejorable. Y lo habían conseguido. A la curiosidad de los primeros minutos sucede una bella sonrisa de complacencia en la boca de todos. El comentario es halagüeño. El juicio de la multitud, que no por devota dejaba de ser mundana, se había expresado favorablemente para con el nuevo hábito. Lo consideraban muy español. Serio a la par de gracioso.

Indiferentes a esta curiosidad, de que eran objeto a la vez que involuntaria causa, las novicias saboreaban

mientras tanto el gozo de verse revestidas con la librea del gran Rey. Ella levantaba una invisible barrera entre sus personas y el mundo.

La Santa Misa fue la oblación de las pequeñas esposas unida a la Oblación de Cristo. La Sagrada Comunión selló la incondicional promesa afirmada en el silencio del corazón; silencio interior no interrumpido por los acordes que arrancaba al piano —según fe de la viejas crónicas—, a falta de más apto instrumento, el anciano profesor Ferrer.

Terminada la Misa, subió al púlpito el Rector del Seminario, D. Juan Codera, Canónigo de la Catedral. En esta fecha, precisamente, celebraba la fiesta de su patrón S. Juan Crisóstomo y —a juzgar por los informes que se nos han legado— se esforzó en emularlo, dirigiendo a las Hermanitas un elocuente y arrebatado sermón. Conocemos el tema de la predicación. El orador se entretuvo en presentar ante los ojos de las Hermanitas el camino que conduce a la gloria eterna. Su palabra recordaba que la fe ha de servirnos de brújula, y de alta antorcha los ejemplos de la vida de Cristo, tanto para evitar los escollos que se ocultan en el mar de este mundo, como para cumplir con plenitud la misión que a ellas les confiaba la Providencia divina.

La alegría de aquella jornada tuvo —como todo gozo en este valle de lágrimas— su fondo de amargura. Faltaba aquél que, más que ningún otro, tenía derecho a estar presente, D. Saturnino. Ocupaciones urgentísimas, pertinentes al próximo traslado de las Hermanitas a Valencia, le habían impedido alejarse de Huesca.

¿Y por que no vamos a pensar, si el hecho es tan verosimil, que D. Saturnino, en su profunda humildad, llego incluso a alegrarse de no asistir a la ceremonia, cuando el sabia que su presencia iba a motivarle mil y mil parabienes?.

Si estos cálculos movieron a D. Saturnino, su fracaso fue enorme. El orador sagrado, sabedor de la ausencia del Padre Fundador, tejió libremente un cálido panegírico del celo de D. Saturnino. Sus palabras de elogio templaron la tristeza de las Hermanitas por la falta del Padre. «Estamos muy agradecidas —comentaba la Santa— porque nos puso a nuestro dignísimo P. Fundador en el sitio que le corresponde» (2).

La ceremonia concluyó con el canto del «Te Deum».

Nos referimos a la ceremonia religiosa. Porque una sorpresa esperaba ahora a las Hermanitas. En el amplio salón de Recepciones del Seminario, —puesto gentilmente a disposición del acontecimiento por la Autoridad eclesiástica— D. Pedro Llacera, al faltar el P. Fundador, había hecho preparar para el celebrante y las nuevas novicias un «adornado» chocolate. A los sacerdotes presentes y demás invitados les fue servido un refresco. Los seminaristas se encargaron de hacer los honores.

Uno de estos, Pedro Ubiergo y Bistuer, compuso para este acto y declamó una poesía, que, pese a su escaso valor literario, publicamos como recuerdo para las Hermanitas:

---

(2) 9.

Mas allá de aqueste mundo,
nace una fuente divina,
cuyas linfas cristalinas
alivio del alma son:
Vosotras, hoy, comprendiendo
su bondad y su dulzura,
llegáis con el alma pura,
a beber con grande ardor...

* * *

No importa que algún abrojo,
brote en aqueste camino,
porque en el amor divino
arde vuestro corazón:
Llegad, bebed y saciaos
en esa celestial fuente,
para que cumpláis fielmente
vuestra sagrada misión.

* * *

Esa fuente de dulzura,
que naciendo allá, en el cielo,
desciende hasta nuestro suelo
y alivia a la humanidad:
Es la fuente sacrosanta,
que nace de aquel costado,
que en el Ara fue enclavado:
es la Santa Caridad.

* * *

Y siendo vos destinadas,
para el alivio del pobre,
no olvidéis nunca este nombre,
que es de origen celestial:

Nada vuestro pecho arredre,
pues quien en su Dios confía
siempre gozará alegría,
y siempre tendrá la paz.

* * *

Y si ejecutáis fielmente
el ministerio sagrado,
que os ha sido confiado,
por mano del mismo Dios:
Después de esta breve vida,
radiantes ya vuestras almas,
irán a gozar la calma
a la celestial mansión.

* * *

Corred, volad presurosas,
al alivio de los hombres,
ya que Hermanas de los Pobres
os queréis apellidar:
Y ya que por Dios llamadas
al ministerio habéis sido,
no olvidéis que el desvalido
necesita Caridad.

* * *

¡Adiós, pues!, puras esposas
del Cordero Inmaculado;
aliviad al desgraciado
las penas, llanto y dolor:
Y en todas vuestras plegarias
acordaos del que atento
hoy os dirige su acento
pobre y de ningún valor.

La reacción psicológica de la Madre Teresa ante los sinceros plácemes con que, junto con las otras Hermanas, era festejada, nos demuestra cuán grande era su libertad de espíritu. Humilde con una profunda sinceridad, no se le hacía difícil prescindir de su propia persona y de la de sus compañeras —todas, lo mismo que ella, no eran sino pequeñas y frágiles criaturas— en aquella lluvia de honores. Por eso, en los homenajes que se les rendían, la Madre Teresa no acierta a ver otra cosa que la expresión del espíritu de fe y grandeza de ánimo de los presentes. La Madre Teresa prestaba una acogida serena y natural. Ni falsa modestia ni vanidosa ostentación. Se alegró, porque justo es gozarse en todo lo que es fruto de la caridad y de la fe, y, en consecuencia, digno de ser ofrecido a Dios; pero no se dejó prender en las mallas de una complacencia en la bondad y sacrificio de su propia persona, que los concurrentes tanto exaltaban. Mayores y más interiores alegrías gustaba su alma: el haberle sido concedido, — ¡por fin! — sellar con Dios un definitivo pacto de amor, y el poder ya dar comienzo a la misión de caridad, que Él le había asignado desde toda la eternidad.

La Madre Teresa podía, pues, escribir a D. Saturnino la crónica de la jornada más como una simple espectadora, que como la protagonista indiscutible de la misma. «Nada tengo que decir sobre los versos que nos dedicaron cuando tomábamos el chocolate; se veía la alegría en el rostro de todos los asistentes... En cuanto a las Hermanitas, no sé cómo expresarle la gloria que tenían en el corazón al verse ahora con el Santo Hábito. Cuando salimos todas vestidas iguales, habría

visto entonces a la gente asomarse a los balcones y la cantidad de chiquillos que nos seguían y que no nos abandonaron hasta arriba de la escalera; algo nunca visto. Las Hermanas, Padre, estaban, sin embargo, muy serenas; Dios nos dio en todo esto una serenidad que no me la esperaba». Luego, sin permitirse evocar demasiado largamente su propio gozo, su alma se precipita hacia la misión de caridad a la que tanto ansía consagrarse: «Padre, estamos esperando el aviso con grande ansia para poder ir a trabajar entre los pobres»(3).

Con la Vestición de las primeras Religiosas, la Madre Iglesia reconocía al Instituto el derecho a la existencia y lo tomaba bajo su tutela. Por eso, antes de que acabara el mes, el Vicario Capitular quiso hacer personalmente los primeros nombramientos. El cargo de Superiora General —o, como se decía entonces, de Directora General— se lo confió a la Madre Teresa Jornet, a la que se confirmaba, al mismo tiempo, el puesto de Superiora local, que con tanto celo venía desempeñando. Le fue también concedido que cambiara el velo blanco de novicia por el velo negro, peculiar de las profesas «para darle —escribe su primer biógrafo— mayor prestancia exterior en medio de las demás, bien que ya sobresalía, y mucho, por sus dotes naturales y su virtud».

Vicedirectora, Tesorera y Secretaria es nombrada Sor Micaela Bagues. Maestra de Novicias, Sor María Jornet, hermana de la Santa. Había nacido el Instituto

---

(3) 9.

de las Hermanitas de los Pobres Abandonados. La Iglesia, al implorar sobre él la abundancia de las bendiciones divinas, se prometía a sí misma una abundante cosecha de bienes.

Una pequeña espina atormentaba el gozo de las Hermanitas. Pese a que la Vestición había suscitado un prolongado aplauso entre las gentes, tanto D. Pedro Llacera como el P. Puig —de acuerdo, sin duda, con el P. Fundador— les aconsejaban utilizar el hábito religioso únicamente en el interior de casa. Corrían tiempos difíciles, preñados de ideas revolucionarias, y toda prudencia sería siempre menguada. Las novicias sin embargo, estaban dispuestas a sufrirlo todo. Incluso el martirio. Por eso, ¿cómo era posible dejar el hábito que con tanto gozo habían vestido? ¿No era esto algo así como una disfrazada traición?

Intérprete del deseo unánime, la Madre escribió en nombre de todas una humilde petición a los Superiores, para que se les permitiera «no dejar el Santo Hábito hasta la muerte. No tenemos deseos de llevar el vestido de pecadoras (aunque lo seamos) y si nos dicen algo por la calle, no importa nada, porque con el hábito nos sentimos más fuertes». Este deseo, con todo, estaba subordinado a la más estricta obediencia. Y no se trataba de una fórmula habitual, sino de una disposición constante de la voluntad. La carta concluía así: «Confiamos en que nos lo concederán, sin embargo nos sometemos en todo a la obediencia».

Y... ¡la batalla fue ganada! Los vestidos de pecadoras —como venían calificadas las ropas seculares, no obstante su modestia y sencillez—, fueron dejados defini-

tivamente a un lado. Más tarde servirán para dar una modesta alegría a las ancianitas de Valencia.

* * *

En Valencia, mientras tanto, los miembros de la Asociación estaban atareados con la búsqueda de una casa para las Hermanas. La empresa no era sencilla. Locales con condiciones suficientes para el fin de la Obra no abundaban. Y los pocos que existían resultaban caros para aquellos buenos católicos, más ricos de buenos propósitos que de dinero. Por fin, salieron del atolladero. Alquilaron la casa número 4 de la Plaza de la Almoyna. Les habían rebajado el precio, en atención a los fines caritativos que perseguían. La renta anual del alquiler no superaba las 2.700 pesetas. ¡Dios sea alabado!

El término «Almoyna» no es sino la versión al valenciano de la palabra castellana «limosna». En otros tiempos se habían distribuido las limosnas en aquella Plaza y la memoria de aquella caridad bautizaba ahora la típica solana valenciana.

Este mínimo detalle era ya un venturoso presagio. ¡Pero no era todo! La casa se encontraba situada precisamente detrás, a pocos metros, del gran Santuario de la Patrona y Reina de Valencia, la Santísima Virgen de los Desamparados, y a un tiro de piedra, como quien dice, del lugar donde había dado espléndido testimonio de su fe el Mártir Patrono de la ciudad, San Vicente, émulo de sus predecesores en el diaconado, San Esteban y San Lorenzo. Todo parecía significar

que la Santísima Virgen y el Santo Mártir deseaban manifestar de este modo el favor con que ellos, Patronos de la ciudad, acogían y ponían bajo su amparo a las Hermanitas. Esta noticia desbordó la alegría de la Madre y de las hijas. Valencia polarizaba todos sus pensamientos.

Pero todavía no había sonado en el reloj de Dios la hora de la partida.

La casa estaba ocupada por inquilinos, que estaban muy ajenos a la idea de abandonar la vivienda. De una en otra prórroga, siempre se estaban yendo y nunca acababan de marcharse. La Madre y las Hermanas debían prorrogar también la realización de sus aspiraciones.

Este fastidioso retardo resultaría providencial. Se vio claro muy pronto. El 11 de febrero, Madrid proclama la primera República española. Una sacudida revolucionaria conmueve las entrañas de la nación. La geografía de España conoce una marea de perturbaciones políticas y atentados contra la Iglesia. Valencia es una de las ciudades que vive con mayor intensidad estos días de cataclismo. Valencia y toda la región circundante.

Era imprudente ponerse en viaje en tales condiciones. D. Saturnino, dos días después de la proclamación de la República, escribe a la Madre esta hermosa consideración: «Cuando los hombres toman todas las providencias y, no obstante éstas, se presentan causas de retardo, es que la Madre de Dios se interpone por algún fin bueno».

Hubo, pues, que esperar. Aunque las Hermanas estaban dispuestas al supremo sacrificio. Cuál era el

ánimo de la Madre Teresa en estas circunstancias, nos lo ha dejado ella misma expresado en una carta que escribió al P. Fundador: «No hay que espantarse, Padre —dice—; que si Dios nos guarda, los hombres no podrán nada. Yo no tengo ningún temor que nos haya de pasar nada por el camino» (4). Madre Teresa clavaba sus pupilas en la altura, en Dios, y de Dios recababa fuerza y serenidad.

Los amigos de Valencia, por su parte, continuaban sin desalientos la obra iniciada, pese a todos los sucesos políticos. Apenas se hubo despedido el último de los inquilinos, hicieron en la casa los indispensables trabajos de acomodación a la nueva finalidad a que venía destinada, pagaron las facturas y, luego, con las 4.000 pesetas que aún quedaban en caja, pagaron el viaje de las Hermanitas y los tres primeros meses de alquiler, compraron camas para los ancianitos, y pusieron aparte las 250 pesetas que todavía sobraron, a fin de que la Fundadora pudiera con ellas hacer frente a los primeros gastos de la casa.

Y, por último, un gesto de exquisita delicadeza. Cuando fue ya inminente la llegada de las Hermanas, proveyeron la despensa de comestibles suficientes para un mes. A los miembros de la Asociación se les ocurrió el detalle como algo muy natural. Eran católicos y... valencianos.

* * *

(4) 14.

El reloj de Dios marcaba la hora exacta. Cuando abril tejía sus últimas flores —flor es en Valencia cada fecha de abril— el país gozaba también de unos días de relativa calma. Se pensó que sería bueno aprovechar la oportunidad y, así, el lunes 5 de mayo, partieron de Barbastro las primeras cuatro Hermanas, acompañadas por D. Saturnino. Habían sido fijadas de antemano las etapas: Huesca, Zaragoza, Madrid. Aquí se les unió la Madre con otras dos religiosas. Juntas emprendieron el viaje a Valencia desde la capital de España. Quince días más tarde llegarían las restantes cinco Hermanas, bajo la tutela de D. Pedro Llacera.

En Barbastro quedó vacía la cuna del Instituto. El «Pueyo», donde con tanto entusiasmo y gozo habían transcurrido los primeros meses de su vida religiosa, quedaba atrás. Pero las Hermanitas no le dijeron «adiós», sino un esperanzado «hasta luego». El P. Fundador tenía el propósito de destinar el «Pueyo» a casa de Noviciado. Por eso, en los ojos de las Hermanitas, entre las lágrimas de la despedida, brillaba la promesa del retorno.

Para la mayoría de las Hermanas el viaje era una novedad insólita. Nacidas en las proximidad de Barbastro, no se les había ofrecido hasta la fecha la oportunidad de un viaje tan prolongado. Se repartía, pues, el trayecto entre curiosidad y susto, entre fatigas y consuelos. Camino de la meta, tanto tiempo sonada, sólo conocían la alegría...

¿Y la Madre? Serena y dueña de sí misma, como siempre, se abandonaba ahora con mayor confianza que nunca en los brazos de Dios. Puede que su corazón

repitiera con voz queda, la palabra escrita un día: «Para mí todo me es patria».

Eso es cierto; pero Valencia no está a breve trecho de Huesca, como lo estaba Barbastro. Allí era fácil comunicarse con el P. Fundador. Menudeaban sus visitas. Y, después de todo, tratar con D. Pedro o con el P. Puig era como aconsejarse con el Padre.

Causa maravilla el considerar la situación en que se había encontrado hasta hoy la Madre Teresa, con el Fundador lejos y con dos... casi-fundadores vecinos, unidos, sí, entre ellos con sinceros lazos de amistad, pero cada uno con su personalidad propia y sus propias miradas personales sobre aquel pequeño grupo de almas, que se venían formando en la vida religiosa bajo las indicaciones de un reglamento escrito, casi a vuelapluma, por el jesuita P. Puig, y que sólo en un segundo tiempo reciben las Constituciones del Padre Fundador.

Realmente, era una situación a propósito para crear confusionismos, motivar malas inteligencias y encuentros; pero la Santa, siempre prudente, dueña de sí, había logrado unificar, fundir, labrar, por así decirlo, en cada una de sus hijas la fisonomía espiritual que luego ellas a su vez, habrían de legar a sus sucesoras.

Sincera y franca con sus Superiores, había hablado siempre sin tapujos. Con igual lealtad había siempre obedecido, y fruto de su actuación era aquella atmósfera de serenidad, de comprensión, de franqueza que ya daba una fisonomía al naciente Instituto. Ella, guiada por la sabia mano de Dios, había sabido mantener la difícil situación con un admirable equilibrio, sin comprometer la estabilidad del Instituto. Estaba se-

gura de que la Obra era de Dios y que Él intervendría con su Providencia en el momento justo; y así fue al llevar lejos a las Hermanitas, ahora que el P. Fundador les había dictado ya las normas de las Constituciones y cuando ya no falta sino que la Madre vivifique la letra con su ejemplo, con su magisterio, con el sacrificio de toda ella, de modo que en la vida de la Madre puedan encontrar las hijas su propia vida.

Misión materna por excelencia que asegura a la Santa, no únicamente el titulo de Superiora General, sino el de verdadera y auténtica Fundadora del Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

La Santa pide en el mercado una limosna para sus pobres.

LOS COMIENZOS EN VALENCIA

A la espalda, Castilla y la austera meseta. De cara, Valencia con huertas olorosas y las aguas azules del Mediterráneo...

Es jueves y 8 de mayo de 1873 cuando la Santa y las seis primeras Hermanitas llegan a Valencia. Con ellas, el P. Fundador.

Los miembros de la «Asociación de Católicos», puntuales y detallistas, han procurado que las familias mejor acomodadas de la ciudad hayan tenido a gala ceder sus tiros para esta entrada primera de las humildes Hermanitas en Valencia. La primera visita es para la Virgen de los Desamparados. El diálogo silencioso de la Señora con sus hijas es fácil de adivinar. Ella es la Madre de los Desamparados. Las Hermanitas vienen a dedicar sus atenciones a los más desamparados de entre todos los que padecen miseria, a los ancianos pobres y desvalidos. «Hijas, os los confío», dijo la Virgen. «Madre, los acogemos», responden las Hermanitas. No hacía falta ni una palabra más. Para esto han venido las Hermanitas a Valencia; para ello las ha llamado la Señora.

Ya desde los primeros días, el Instituto había sido colocado, en Barbastro, bajo la protección de la Santí-

sima Virgen. Pero no se había llegado a ninguna decisión acerca de la advocación con que la deberían invocar.

Es verdad que, dado el fin específico de la Institución, había parecido algo muy natural honrar a Nuestra Señora en su título de Madre de los Desamparados; pero no se rechazaban tampoco los títulos de las Vírgenes de la Salette y del Pilar. Cuando de Valencia llegó la oferta de la fundación del asilo para los ancianos, toda duda se vino abajo. La Virgen misma había jugado —y ganado— la partida.

Y ahora estaban ya junto a la Madre. En su hornacina, la Virgen parecía inclinarse aún más de lo que está siempre. Parecía como si quisiera expresarles que su protección no les faltaría jamás. La encontrarían siempre a su lado en las horas de gozo y en las horas de tristeza.

Profundamente emocionada, la Santa se recogió bajo la mirada de la Virgen, y dejó que en su corazón penetraran los encantos y la dulzura del primer encuentro con la Madre de los Desamparados. Y le pidió con toda su alma que la acogiese bajo su manto a ella y a la Obra.

La partida de bautismo del Instituto quedaba rubricada para siempre.

Luego, las Hermanitas fueron acompañadas a su casa y todos se desviven en detalles de caridad: cuando ellas llegan, la mesa está servida para la comida.

El día siguiente fue ocupado en las visitas de rigor. La primera de todas, naturalmente, se hizo al Sr. Arzobispo, su Excelencia Mons. Mariano Barrio y Fernán-

dez. Poco tiempo después de la llegada de las Hermanitas, Su Santidad Pío IX le concede la púrpura cardenalicia con el título de los Santos Pedro y Pablo en el Celio, y fue preconizado Arzobispo de Toledo y Primado de España. Las circunstancias políticas, sin embargo, no le consintieron abandonar Valencia. En esta dificultad encontrarán más tarde las Hermanitas una clara Providencia divina. Pero el nombramiento es de por sí suficientemente elocuente, para decirnos en qué gran estima era tenido por el Papa, y con razón, ciertamente, porque su piedad profunda, la pureza de su vida y de su doctrina, su fidelidad insobornable a la Cátedra de Pedro, el celo impaciente por la salud de su grey, hacen que la figura del Cardenal Barrio mantenga elevada su memoria como la de una de las personalidades mas relevantes del Episcopado español del siglo pasado.

Rebosante de caridad, Mons. Barrio tenía corazón de padre para todos los pobres y afligidos. Sus predilecciones, con todo, corrían hacia los pobres ancianos. Los veía abandonados en la mayor indigencia.

Se comprende, pues, que desde la primera hora hubiera apoyado incondicionalmente el proyecto de la «Asociación de Católicos», de abrir una Casa-Asilo para los ancianitos pobres. Su atención se había volcado tanto cuando se inició el proyecto con las religiosas francesas, como cuando se decidió la venida de las Hermanitas españolas. Las amaba antes ya de que llegaran a su Sede y, sobre todo, cuando conoce a la Madre, queda plenamente conquistado para la Obra.

* * *

Llegaba así, por fin, el momento de iniciar el apostolado especifico'del Instituto. Las Hermanitas se hacían cargo de la trascendencia del momento. Finalizaba el período de su Noviciado colectivo. Lo que equivale a decir que, desde hoy, se van a encontrar, cara a cara, con la realidad y los deberes de su propia vocación. La Madre, principalmente la Madre, se preguntaba cuál sería la respuesta concreta de aquellas almas a las exigencias de la caridad, cuando ya no era tiempo de meditarla solamente, sino de vivirla.

El día siguiente —obligación es concretar la fecha— sábado 10 de mayo, señala en la Historia del Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, la llegada del primer acogido a la caridad de la Obra. Los comienzos no podían ser más propios del Instituto. La primera en llegar era una anciana venerable de noventa y nueve años ¡paralítica!

Al otro día, segundo domingo de mayo, toda Valencia celebraba la fiesta de su Patrona y Reina, la «Mare de Deu», Nuestra Señora de los Desamparados. Ninguna fecha más propicia para la inauguración oficial del Asilo, y así se había acordado por unanimidad.

Hubo alguien que señaló una segunda coincidencia: el año anterior, en este día preciso, los miembros de la Asociación habían recibido la denegación del abate Le Pailleur. Hoy, en el aniversario de aquel fracaso, la feliz iniciativa en beneficio de los pobres ancianos cuajaba en realidad y en una forma que superaba con mucho a la fórmula del año precedente, dado que de la Obra se hacían cargo Religiosas españolas, en aquel entonces más acomodadas, sin duda, a las costumbres y hábitos de los ancianos. Todos se apresuraron a ver en esta

coincidencia una señal manifiesta de las predilecciones de la Señora para con el nuevo Instituto.

La Santa y sus hijas sabrán corresponder a tanta fineza con un amor tiernísimo y con una leal devoción a la Virgen de los Desamparados: no habrá Casa-Asilo en España y al otro lado del océano, en cuya Capilla, en el puesto de honor del altar mayor, no se halle colocada su imagen.

* * *

Toda Valencia desfiló aquel día por el humilde Asilo. Su comentario fue un coro unánime de elogios por el decoro y la limpieza que resplandecían por doquier, por la amabilidad de las Hermanitas, sencillas y afectuosas, por las pruebas de caridad que demostraban en la atenta acogida que dispensaron a todos los visitantes.

Los valencianos, que pasaron por la Casa, no sólo dejaron palabras de elogios, sino también generosísimas limosnas. En los registros del Paraíso, los ángeles de Dios se encargaban de trazar una nueva columna, cuya contabilidad sería desbordada, con los años, por la caridad, siempre en aumento, del pueblo valenciano.

Una prueba más convincente y conmovedora de la llama de caridad, que la abnegación de las Hermanitas había prendido en la ciudad de Valencia, tuvo lugar la mañana del día siguiente. Las Hermanitas iniciaban la cuestación en los mercados de la población. Asistimos a un espectáculo encantador: todos los vendedores, y muy especialmente las vendedoras, se afanaban por

proveerles de lo necesario en mayor abundancia de los que requerían en aquellos primeros días. Las llamaban de todas partes. Insistían una y cien veces en que se acercaran a sus puestos. Llegaban a molestarse si las Hermanas, impotentes para recibir más carga, se alejaban sin haber accedido a su ofrecimiento. Más que pobres monjitas necesitadas, parecían afortunados clientes a los que cada cual trataba de ganar la voluntad. Los recuerdos de aquellos primeros días nos han anotado un dato significativo, al recordar que a las Hermanitas se les hacía donación, incluso, de los productos vendidos a elevado precio.

La Santa quedó profundamente conmovida. Aquella generosidad brindaba una juiciosa lección: la invitación divina a depositar siempre la confianza en la Providencia. A esta enseñanza no le cumplía más que una respuesta: era necesario prestar acogida a cuantos ancianos abandonados fuese posible.

La Madre Teresa cantó su respuesta «a toda orquesta». A los pocos días no había un pequeño hueco libre en todo el Asilo. Y a los ancianos y las Hermanitas no les faltaba nada. Pronto se conmovieron con la constatación de una norma inflexible: a cada aumento en el número de los asistidos, crecían en igual proporción las dádivas de alimentos, de enseres y de vestidos.

La Santa trazó sus cálculos. Tomó una decisión que, con los años, continúa siendo ley constante en el Instituto: la de acoger nuevos ancianos precisamente cuanto mayores fueren los aprietos económicos. Este gesto de sublime confianza, no raro en los anales de la caridad cristiana y que los economistas del siglo esti-

marían un grave error, era, por el contrario, suficiente para restablecer el equilibrio en el balance doméstico. La Madre Teresa había descubierto que Dios no se deja ganar en generosidad. Se hizo, pues, proverbial en el Instituto la frase de la Santa que, siempre concisa y eficaz en sus palabras, afirmaba segura: «A más pobres, más protectores».

* * *

A causa del traslado del Instituto de Barbastro a Valencia, sus miembros y obras apostólicas caían bajo la jurisdicción del Arzobispo de esta última capital. Con fecha del 10 de mayo, en la vigilia de la inauguración oficial de la casa, Su Excelencia aprobaba las Constituciones de la naciente entidad religiosa y confirmaba a la Madre Teresa en sus cargos de Superiora General y local. Con una atención verdaderamente delicada, quiso el Sr. Arzobispo que fuera el mismo P. Fundador el encargado de comunicar a las Hermanas, con las debidas formas canónicas, la confirmación de la Madre y la aprobación del primer Directorio. Don Saturnino, que estaba todavía en Valencia, cumplió este grato encargo el día 29 del mismo mes. Su palabra habló en esta ocasión acerca de la veneración que las Hermanas debían tener para con la Autoridad eclesiástica: habló con tan sincero convencimiento, que sus Hijas mantendrían de esta plática un imperecedero recuerdo.

Resulta grato imaginar el fervor con que la Comunidad de Hermanitas puso mano a la obra de asistencia a sus primeros ancianos.

Trabajaban en paz. Las cartas de la Santa informaban minuciosamente al P. Fundador. Todos los sucesos, grandes y diminutos, de la vida diaria encuentran cabida en las comunicaciones de la Madre Teresa.

Ora es la noticia de la transformación del establo en Capilla y del arreglo del altarcico, «pobre pero decente, porque toda nuestra aspiración es la de poder tener el Santísimo»; ora le comunica, agradecida, que el Sr. Arzobispo no ha olvidado sus promesas y ha enviado, a los comienzos del mes, su oferta por medio de un doméstico.

Detengámonos en una estadística. El 6 de junio los ancianos albergados son 11. Seis días después, han subido ya a 14. Un mes más tarde, 19. En los campos valencianos el labriego se afana en la trilla. Madre Teresa decide hacer la postulación por las aldeas donde el grano de trigo fantasea, a lo lejos, imposibles montañas de oro. A mediados de junio la capilla está lista. «Muy bonita», comenta con ilusión la Madre.

El Clero se muestra muy favorable al Instituto y lo favorece de mil modos. Todo navega viento en popa. Por otra parte, la Santa, con su optimismo sobrenatural, no se deja sorprender de las dificultades. Las prevee. «Padre, —escribirá el 12 de junio al P. Fundador— debemos pensar lo que costaron a los fundadores las Órdenes que hoy vemos tan organizadas. También ellos tendrían su cositas, como nosotros. Por eso, suceda lo que tenga que suceder, todo lo que es de Dios, está bien».

Quizá, sin embargo, no previera nada de lo que inminentemente estaba por acontecer.

* * *

El 18 de julio de 1873 había sido llamado al Gobierno de la República D. Nicolás Salmerón. Su nombramiento encontró fuerte oposición. Máxime en las provincias de la costa oriental de España, Valencia entre éstas.

Las regiones se declararon independientes. Cada una se gobernaría por medio de una Junta propia.

En Madrid pensaban muy de otra manera. El Gobierno central acordó dominar la insurrección «a cualquiera costa», y confió el mando supremo de las tropas de toda la región al General Arsenio Martínez Campos. Al término de julio las tropas acampan en las provincias de Valencia.

Con el deseo de evitar una represión violenta, el General intenta llegar a un acuerdo con los rebeldes. Se dirige a los insurrectos en términos muy conciliativos. La Junta pasa revista a sus tropas de emergencia. El ejército rebelde supera los diez mil soldados, voluntarios todos ellos, y henchido de confianza en la bravura de sus escuadrones, responde con altanería a la propuesta de Martínez Campos. Los cañones arrastran su ronco peso por las calles de la ciudad hasta los puntos mas estratégicos. Valencia se declara pronta a resistir.

El General Martínez Campos responde a la altiva contestación con el argumento de su artillería. El 3 de agosto da la orden de fuego y se inicia el bombardeo contra la Plaza. La boca de los cañones no enmudece con el paso de los días...

La ciudad es presa del pánico. Cada cual trata de ponerse a salvo. La Madre Teresa extiende sus preocupaciones de las Hermanas a los ancianos, de éstos a aquéllas, ininterrumpidamente. Piensa en todos y en todo, menos en sí misma y en sus necesidades.

La Virgen vela por la Obra. A través del Mayordomo del Sr. Arzobispo hace llegar el oportuno socorro. Nos toca añadir a la lista de amigos y colaboradores de la Madre Teresa un nuevo nombre: Francisco García López. Así se llama el providencial Mayordomo, sombra fiel de la caridad del Arzobispo. Madre Teresa nos había hablado de él ya antes de que cayeran sobre Valencia las jornadas luctuosas. «Paco», como le llama familiarmente S. E., comparte el afecto por la Casa-Asilo; se presta a toda petición; confiesa a los ancianitos y, si se tercia, también a las Hermanas; visita diariamente a los enfermos. «Es el que mejor se porta y estoy muy contenta», escribe el 6 de junio la Santa.

Estos no son sino comienzos del poema de entrega sacerdotal, siempre sobrenatural e iluminada, siempre humilde y discreta, de esta ejemplar figura del Clero diocesano, el «P. Francisco», como llamaban con devoto afecto las Hermanitas y los ancianos al que el Sr. Arzobispo conoce con el nombre de Paco. Tan familiar y próxima les resultaba a las Hermanas y sus acogidos la persona del amado Padre Francisco que, sólo a duras penas y con mucha fatiga, se acostumbrarán, luego que fue consagrado Obispo, a darle el tratamiento de «nuestro Sr. Obispo».

Don Francisco sera el sustituto, y casi una prolongación del P. Fundador. Siempre que, por la distancia o cualquiera otra razón, no sea factible elevar la pregunta a Don Saturnino, la Santa confiará sus dudas a Don Francisco. Puede afirmarse muy exactamente que, dado el ascendiente de que gozaba por su virtud en toda la ciudad y ante toda clase de personas, y por el trabajo que desarrolló con las Hermanas en su actua-

ción de confesor, predicador y consejero, el Padre Francisco fue el más fuerte apoyo y como un segundo Fundador del Instituto en Valencia.

Así pues, ahora que las granadas llueven sobre Valencia, su primer pensamiento es buscar un refugio seguro para las Hermanas y sus acogidos. La catedral, tal vez, sea un lugar acertado para el caso.

La Junta de guerra ha tenido la misma idea que el Padre Francisco. Se tratará de encontrar acomodo para todos. Y se halló. La Junta monta su cuartel general en la Sala Capitular. Las Hermanitas y los ancianos oyen que se les asigna por hospicio la espaciosa Sacristía. «De modo que —escribirá la Santa, una vez restaurado el orden ([1])— en la Sala Capitular estaba la Junta de guerra y nosotros en la Sacristía; ya puede usted pensar como estaba esto; pero —añade a Don Saturnino— estoy muy contenta de los republicanos, porque nos han respetado. Quiero decir que no hemos tenido ningún insulto a pesar de estar tan cerca».

Los componentes de la Junta, bien ajenos a causarles la menor ofensa y fastidio, admiraron tanto la paciencia de las Hermanas para con los acogidos —y no era escasa la que se necesitaba para tener contentos a los ancianos en aquellas condiciones— que les pidieron el favor de recibir con ellas a otro ancianito.

La situación era crítica. La postulación por los mercados había sido suspendida por fuerza mayor. De ella dependía, sin embargo, la comida de la comunidad y de sus protegidos. La ciudad estaba desierta. Faltaban los víveres. La Madre Teresa no olvidó en esta ocasión

---

(1) 20.

gravísima su famoso contrasentido. Pues que todo les faltaba, ¡acogerían más ancianos! Y fue así como los acogidos llegaron a sumar ya veinte...

A la luz del alba, se movía desde el Convento-Asilo hacia la Catedral la fatigada procesión de las Hermanitas con sus ancianos. Al finalizar el día, idéntico recorrido para poder dormir por lo menos en casa propia.

El programa fracasó a los dos días; La resistencia de los insurrectos acabó por airar los asediantes y el fuego de los cañones no conoció tregua ni de día ni de noche. Había que desistir de volver al Asilo. El único recurso que les quedaba era convertir la Sacristía en dormitorio, sirviéndose de la Capilla de las reliquias para asistir a la Santa Misa y recibir la Comunión. Hermanas y ancianos hubieran acabado por morir de hambre, si Don Francisco, a riesgo de los mayores peligros y de consumir su patrimonio, no hubiera velado por ellos.

«Hagamos lo que hagamos por Don Francisco, no podremos jamás pagarle todo, porque no nos ha abandonado ni cuanto al cuerpo, ni cuanto al espíritu», escribía la Madre.

Desgraciadamente, llega luego un momento en que ni siquiera la Catedral ofrecía suficiente refugio. El General Martínez Campos amenazaba con arrasar la ciudad.

Una vez más Don Francisco les encontró cobijo. Ahora es en Alboraya. Alquiló para el transporte cinco carretas que... «no le costaron pocos duros», al decir de la Madre. Pues en casos de emergencia, hasta las reumáticas tartanas saben hacerse pagar a precio de oro.

Las primeras claridades del día 7 de agosto encuentran ya a los ancianos y a las Hermanitas «acomodados» en las carretas, si es que puede usarse este término en estas circunstancias. «No le digo nada de la procesión de los ancianos —escribía la Santa—; habría llorado al ver la comunidad y nuestros pobres en estos caminos».

Pero la caritativa acogida que les dispensaron el Párroco y el Alcalde de la localidad les confortó. Se alojaron en un establecimiento balneario. Allí les llevaron camas, ropas, y cuanto necesitaban. La estancia fue brevísima. Al día siguiente llegó la noticia de que los cabecillas de la insurrección habían huido poniendo el mar de por medio. La ciudad había capitulado.

El General Martínez Campos había entrado triunfante, la paz volvía a Valencia y con ella comenzaba el retorno de los evacuados.

Las Hermanitas imitaron el ejemplo y el sábado 9 de agosto estaban todos de nuevo en su casita «alegres y tranquilos».

Aunque la prueba había sido dolorosa, había dado ocasión para estrechar aún más los vínculos de afecto entre las Religiosas y los acogidos.

Como los niños despavoridos se cosen a las faldas de la Madre, así se habían estrechado en aquellos días de angustia los ancianos a las Hermanas. Había servido también para ampliar el círculo de los admiradores del nuevo Instituto. Su admiración se traduciría más tarde en benevolencia y ayuda a la Obra apostólica de las Hermanitas.

Todo iba a hacer falta. La «amada casita» de la Plaza de la Almoyna, como la denominaban siempre, resultaba insuficiente.

Aumentaban las vocaciones. Aumentaban, de día en día, los ancianos acogidos. En poco tiempo habían llegado a ser 40. No había un puesto libre en toda la casa. Las incomodidades se hacían intolerables sobre todo en verano, tan fuertemente caluroso en Valencia, sin que les fuera dado gustar del fresco reparador de un patio o de un jardín.

A cada obligada negativa ante la llamada de un pobre más, se le acentuaba el dolor a la Madre Teresa. Su espíritu de fe le hablaba muy claro y ella estaba convencida de que limitar la caridad —aunque fuere por fuerza mayor— resultaba perjudicial a la Obra. Aquellos días la Santa repetía con más frecuencia que nunca su valiente afirmación: «Cuanto más pobres, más bienhechores».

LÁGRIMAS Y SONRISAS

En el mes de septiembre se verificó la Vestición de Sor Joaquina. Era ésta la primera ceremonia de Vestición que se celebraba después de la inolvidable del grupo de las fundadoras y la alegría de la pequeña comunidad fue muy grande. Sor Joaquina poseía excelentes prendas. Con el tiempo rendirá largos servicios al Instituto.

Mientras tanto, las Hermanas continuaban instando a Dios para que les concediese una casa más grande y más acomodada a las necesidades de la Obra.

Después de haber barajado diversos proyectos, se les brindó uno que compendiaba todos los requisitos deseados.

Se trataba del antiguo convento de Santa Mónica, al otro lado del Turia, un poco en despoblado. La casa era espaciosa y presentaba, además, la posibilidad de ser ampliada cuando se juzgase necesario.

Antes, sin embargo, de que este proyecto llegue a madurar, pasarán muchos meses. Tiempo de preocupación, de cavilaciones para la Madre Teresa.

A los motivos que le hacían desear con premura una casa más amplia, se une ahora una razón no menos seria: el estado de salud de Sor Mercedes, aquella joven

que, ganada por Teresa, abandonó su pueblo de Aytona en compañía de María, hermana de la Santa. Desde que han pasado de Barbastro a Valencia, Sor Mercedes no se encuentra bien. Ciertamente que no se ha ahorrado cuidado alguno, y, sin embargo, no se aprecia mejoría en su enfermedad. Al comenzar el otoño se declaró la tisis abiertamente. Hasta ese momento había estado agazapada en el organismo, minándolo interiormente desde hacía tiempo.

La Santa lo sintió amargamente. El pensamiento de que Sor Mercedes, con la que contaba plenamente, les habría de abandonar dentro de muy poco, le atormentaba de noche y de día. Lo grave del caso era, que resultaba inútil todo intento para atajar este doloroso desenlace. La tisis era en aquellos tiempos «el mal que no perdona».

La pena se agravaba con la preocupación del contagio. La Comunidad, compuesta de elementos jóvenes, se apiñaba en pocas habitaciones, carentes de aire, y la Casa no daba de sí como para destinar una sala a servicios de enfermería. Algo había que idear. Así se acondicionó el guardarropa para enfermería, procurando con ello al menos una mínima separación entre la enferma y sus Hermanas.

Menudean en las cartas, que la Santa escribe durante este período al P. Fundador, las noticias sobre el estado de la enferma. Sus frases son el eco espontáneo de sus muchas preocupaciones. Con todo, la Madre Teresa confía humilde en la voluntad de Dios y esta consideración le da fuerza y serenidad. Hace al Fundador partícipe de la más pequeña consolación. Se la nota

Las ancianas escuchan entusiasmadas
las maternales palabras de la Santa.

afanosa y solícita en comunicar con el Padre los sucesos alegres, y no los tristes.

Su delicadeza filial desea evitar al Fundador el conocimiento de los hechos que podrían angustiarle demasiado a causa de sus Hijas. Por eso, cuando la Navidad se echa encima, las dolorosas noticias sobre la enfermedad de Sor Mercedes intentan ocultarse con las alegrías propias del tiempo. Además se ha terminado la construcción de la Capilla y en ella ha tenido lugar, precisamente la Nochebuena, la renovación mística del misterio natalicio; por vez primera Dios ha bajado al altar en la celebración de la Santa Misa. Un grupo de seminaristas ha emulado al coro de los ángeles de la Navidad. Todo se ha desarrollado con gran solemnidad e incontenida alegría. «Yo no sé cómo agradecer a Dios y a María Santísima todo lo que nos conceden».

No falta en las cartas la anécdota curiosa. Los valencianos han sido generosos con las Hermanitas y, entre gallos, gallinas, y pavos, les han regalado más de 17 piezas. Madre Teresa concluye: «Vea por esto cómo nos quieren».

En otra ocasión, para asegurar al Padre la benevolencia que les dispensa el Sr. Arzobispo, le escribe bromeando: «Cuando voy a Palacio me pone hasta la coronilla de "Hija mía"».

No se trataba de solas palabras de benevolencia. Tenemos el testimonio de los hechos. Un día las Hermanas hacen una visita al Sr. Arzobispo. Su Excelencia deduce, por lo hablado, que las Hermanas sufren el rigor del frío. Al poco de tornar las Hermanitas a casa, un mandadero del Sr. Arzobispo les lleva una docena

de mantas de calidad. Otro día, el Sr. Arzobispo llega a tener conocimiento de que la Madre no se encuentra bien y se apresura a mandarle su médico personal. ¡El Fundador podía, pues, estar tranquilo!

Con los primeros fríos vinieron los primeros lutos entre los ancianos. Gracias a Dios todos han tenido una muerte de santos, y «casi sin dejarnos enfriar la cama» escribe la Madre ([1]), el vacío dejado viene a ser llenado con nuevos acogidos.

Sor Mercedes sigue empeorando. El 7 de febrero recibe el Santo Viático. Dos días mas tarde, concedida licencia por el Sr. Arzobispo a petición de la Santa, emite su profesión religiosa. Sor Mercedes será, según esto, la primera Hermanita que pronunciará los votos, y no está falto de significado el que los recite en el lecho de muerte, porque para las Hermanitas, el pensamiento de la muerte es algo natural, propio y peculiar de su vocación. Preparar para la vida es cometido de cuantos se dedican a la educación de la juventud. Las Hermanitas, no. Ellas no tienen ante sí otra perspectiva que la de confortar los postreros años de sus acogidos y la de prepararlos a la muerte. La Casa-Asilo, en definitiva, no es sino el acto último a donde ellos llegan y nada tiene de raro, que a su puerta golpeen diariamente los nudillos de la muerte. Las Hermanitas dan cara a la muerte sin turbación. Saben que de su mano pueden recorrer el ultimo trazo de calle que falta para pasar del destierro a la patria, del tiempo a la eternidad.

---

(1) 25, 27, 28.

Que la primera Profesión de las Hermanitas tuviera lugar en el lecho de muerte, convenía y estaba perfectamente entonado con su apostolado peculiar.

«Estamos algo trastornadas; como es la primera, se siente»,— escribe con sencillez la Santa (2).

Tenía que celebrarse la Vestición religiosa de algunas postulantes; fue retrasada, y hasta la vida de la Comunidad permaneció como en suspense junto a aquel lecho donde, todavía por cuatro semanas, agonizó la amada moribunda. Fue el 8 de marzo, sobre las siete de la tarde, cuando la pequeña Sor Mercedes, consumida por el mal, rompió el vuelo hacia la Patria. Tenía veintisiete años.

«Pérdida sensibilísima para la Comunidad en general y doblemente sentida para mí —escribía la Santa— pues además de las cualidades no muy comunes que la adornaban, es la primera a quien he tenido el sentimiento de cerrar los ojos... Sí, ella sabía hacer el verdadero aprecio de la virtud practicándola en grado subido». (3)

En la pluma, habitualmente sobria, de la Santa, el elogio era muy elocuente.

La Vestición de un grupo de novicias, celebrada en la fiesta de San José, fue saludada como un rayo de sol que atravesaba las nubes y consolaba el llanto de la dolorosa pérdida.

Mientras tanto, maduraban otros acontecimientos. La Providencia disponía las cosas velando por la expansión del Instituto.

---

(2) 30.

(3) 31.

En mayo de 1874, a la distancia exacta de un año de la llegada a Valencia, la Santa, en compañía de cinco Hermanitas, desandaba parte del recorrido del año anterior, para trasladarse a Zaragoza y abrir una nueva Casa-Asilo.

Ya en los comienzos, cuando se amasaba la idea de trasferirse la Casa Madre a una localidad de mayor importancia que Barbastro, la mirada se había vuelto espontánea a Zaragoza, tanto con mayor razón, cuanto que en Zaragoza presidía la Sede Arzobispal D. Manuel García Gil, el cual había sido uno de los que con mayor interés había animado a Don Saturnino a la fundación del Instituto. La petición de la «Asociación de Católicos» de Valencia había concedido a ésta el honor de ganar la voluntad de las Hermanitas; pero no por esto se había desistido definitivamente de fundar también en Zaragoza. Y así, bastante más pronto de lo que era dado esperar, gracias al aumento de las vocaciones y gracias también a las estrecheces de la Casa de Valencia, que obligaban a romper en dos la unidad del grupo de las Hermanitas, la Santa había decidido complacer al Sr. Arzobispo y a la población de Zaragoza, que insistentemente reclamaban la presencia de las Hermanitas en la ciudad aragonesa.

La petición era también apoyada calurosamente por el Cardenal de Valencia. Aragonés de nacimiento, deseaba vivamente enriquecer su tierra natal con el tesoro de una Institución tan beneficiosa.

La Madre Teresa abandona Valencia en el mes de mayo y se dirige a Aragón.

Durante el camino, la Santa descansaba sus ojos en el paisaje. Después de todo, le iba resultando familiar,

de tanto ir y venir por las tierras de España. Su mente, sin embargo, rumiaba otros pensamientos. Zaragoza, ahora, y... ¿después? Abrigaba el presentimiento de que su pie ya no descansaría más. Al abrir una compuerta, la vena de agua se lanza a la carrera sin que nada la pueda contener. Así la caridad de la Madre Teresa. Pero el Instituto estaba apenas nacido, sus raíces eran todavía tiernas. ¿Cómo no iba a preocuparse y temer la Madre Teresa?

A su llegada a Zaragoza encontraron en la estación al P. Fundador y a varias de las más destacadas personalidades. La acogida fue cordial y devota. Era el sábado, 9 de mayo, víspera de la fiesta de N.ª Señora de los Desamparados. Todo sucede como si se siguiera un ceremonial prefijado. Los comienzos de la fundación en Zaragoza discurren sobre la falsilla de lo acaecido en Valencia el año anterior. La Virgen quería dar a la Santa —¿cómo no pensar de este modo?— la prueba de su particular asistencia y confirmarle, una vez más, que en el camino emprendido estaría siempre a su lado.

Un cortejo de carrozas acompañó a las Hermanitas hasta el monumental santuario de N.ª Señora del Pilar. Allí oyeron la S. Misa. La Madre Teresa depositó en manos de la Señora la ofrenda de todo su ser, del de sus Hijas, la existencia toda del Instituto, para que ella la uniera al sacrificio que sobre el altar ofrendaba su Hijo.

Comenzaba la fundación en un piso alquilado a este propósito del antiguo Palacio del Conde de Robles, en el número 66 de la Calle Mayor. Distinguidas damas

de la ciudad se habían tornado el trabajo de amueblarlo suficientemente, y, al igual que los bienhechores de Valencia, tuvieron la delicadeza de presentar todo a punto, incluso la comida de aquel día, para las fatigadas Hermanitas.

Al día siguiente, domingo, en la Parroquia de S. Gil se mandó celebrar una Misa solemne en honor de la Stma. Madre de los Desamparados. Asistieron la Santa y sus Hijas, los tres primeros ancianitos acogidos y muchos fieles. A continuación se trasladaron todos a la Casa-Asilo donde, con el canto del «Te Deum» se dio por finalizada la ceremonia de inauguración.

En Zaragoza, todas las clases sociales, desde la aristocracia a los más humildes paisanos, habían recibido con gozo y generosamente a la Institución, y cuando, a la mañana siguiente, se presentó la Madre Teresa en los mercados, conduciendo la postulación de las Hermanitas, se repitió el gesto espontáneo de las vendedoras de Valencia. El corazón ardoroso y noble del pueblo aragonés, no desmentía un punto la fama de sus sentimientos de caridad cristiana.

* * *

Estos inmejorables principios permitieron a la Santa emprender el camino de vuelta. La impulsaba el deseo de encontrarse de nuevo en la Casa Madre, donde le esperaban ansiosas sus Hijas. Como escribía al P. Fundador ([4]), las Hermanas estaban contentas por

(4) 33.

la nueva fundación, y la coincidencia de la ceremonia inaugural con la fiesta de la Virgen de los Desamparados les parecía era prenda de los mejores augurios. Echaban, sin embargo, en falta la presencia de la Madre en Valencia y su ausencia de la ciudad se les antojaba demasiado larga. Cuando llegó la Madre Teresa se desbordaron las cataratas de la alegría, máxime al recuento de tan buenas noticias.

En Valencia continuaban sin llegar a ningún acuerdo en lo que se refería a una casa más grande para las Hermanitas. La Santa creyó ser su obligación no concederse ni un minuto de reposo. Reemprendió su insistencia ante todos los buenos amigos de la ciudad. Con los amigos del Cielo tenía menos temor a que la considerasen importuna y su plegaria se alzaba constante al trono de Dios. Sus Hijas le ayudaban en el cometido. Desde hacía meses venían solicitando de S. José la providencia de una casa mayor.

El Cardenal Arzobispo tuvo la feliz idea de nombrar una Junta de personas celosas e influyentes, para que estudiasen el problema y trataran de darle solución. Fue tanto el empeño con que acogieron la petición de Su Eminencia, que el 16 de junio de 1874 se firmaba ya el contrato de compra-venta del ex-Convento Agustiniano de Sta. Mónica.

Detengámonos unos instantes a considerar la delicadeza con que la Providencia divina supo mover los hilos de la escena.

Durante los días de la fundación de la casa en Valencia, D. Saturnino, al visitar la ciudad en compañía del abogado Jaldero, había llegado paseando hasta el otro lado del Turia, al lugar preciso en que alzaba su cons-

trucción el ex-Convento Agustiniano de Sta. Mónica. Edificado en 1603, el Convento había sido la sede de la santidad y de la ciencia de los Religiosos por espacio de más de dos centurias. El «inmenso latrocinio» de Mendizábal los arrojó de su casa y el Convento pasó a ser propiedad del Estado. Con el obligado alejamiento de los frailes, Iglesia y Convento quedaron sumidos en absoluto abandono y sus celdas fueron ocupadas por numerosas familias pobres. D. Saturnino se entristeció a la vista de tamaña desolación. Los dos visitantes oraron breves minutos en la desierta iglesia y pasaron luego a la sacristía. Allí se asomaron a una alta ventana, desde la que era dado contemplar todo el conjunto de la construcción y los campos colindantes. El abogado Jaldero murmuró: «Sería el lugar ideal para la Obra». El Padre asintió con un ligero movimiento de cabeza, mientras algo le decía en su interior, que muy pronto aquel edificio sería convertido en Casa-Asilo.

La noticia de la adquisición del viejo Convento fue recibida con entusiasmo por toda la ciudad. Pronto comenzaron a llegar cuantiosas limosnas para sufragar los gastos previstos para la restauración del edificio. La Santa asistía conmovida a estas demostraciones de afecto: no eran únicamente los ricos los que daban de lo superfluo, sino también los menos adinerados, privándose a las veces, incluso de lo necesario. Tal es el caso de aquel paciente valenciano, que había sufrido grandes reveses de fortuna, y sabedor ahora en su carne de lo que es pobreza, ofrecía de su necesidad un simbólico contributo a los que eran más miserables aún que él. O ese otro pobre, carpintero de oficio, que

en su limitado sueldo sabía encontrar un pequeño margen para hacer su limosna en favor de los ancianitos...

Pruebas tan espontáneas, tan granadas de simpatía para con la Obra, no podían ser consideradas por la Madre Teresa sino como una confirmación del agrado con que Dios miraba al Instituto. Era lo único que le interesaba. Y ahora que los hechos de los hombres manifestaban las complacencias divinas, la Santa sentía que su corazón se dilataba, brotándole en el alma un himno de agradecimiento por tantos favores. Sus Hijas compartían el gozo de aquellas horas: «Las Hermanitas, buenas y alegres —escribía la Madre— esperando con ansia la nueva casa para tener más pobres» ([5]).

Realmente la Casa-Asilo de la Plaza de la Almoyna había llegado al límite de la saturación. Las postulantes continuaban acudiendo. Era gran trabajo el encontrarles un hueco y un mínimo de ambiente adaptado para su formación religiosa. Se trataba de buenas muchachas, «algunas —escribe la Santa— ([6]) me gustan mucho; así iremos proveyendo la Institución de buenas plantas y sobre todo, de jóvenes dóciles».

Los trabajos iban minando la salud de la Madre Teresa. Confesaba: «La mayor parte de los días y sobre todo las noches, paso muy malos ratos. Dios sea bendito y me de fuerzas para llevarlo con paciencia por su amor» ([7]).

Pero no era tiempo de poner freno al trabajo. No podía concederse en aquellas circunstancias ni un mi-

---

(5) 37.

(6) 39,

(7) 41.

nuto de reposo. A la asistencia a los acogidos, se sumaban los preparativos para el traslado a Santa Mónica y la necesidad de acomodarlo todo para recibir más ancianos.

* * *

El 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen en el Templo, cumpleaños del Sr. Cardenal, fue el día elegido para el traslado a la nueva morada... ¡y se hizo por todo lo alto!

Al abandonar la «casita» —su primer nido en Valencia— Religiosas y ancianos pasaron a saludar a Nuestra Señora de los Desamparados. Diez y ocho meses antes, la Santa y las Hermanitas se habían postrado allí, en la Capilla Real, a los pies de la Madre, para ofrecerle y poner bajo su amparo las primicias de su Obra en Valencia. En sus pechos golpeaba entonces el temor. Ahora el «muchas gracias» brotaba espontáneo, incontenible, arrebatado, porque, día tras día, la Virgen les había hecho experimentar la eficacia de su protección y la ternura de su afecto. Antes de que languideciera la tensión de estos sentimientos, Don Francisco Peris daba por terminado el Santo Sacrificio de la Misa, ofrecido por las intenciones del Instituto. El primer período en Valencia se clausuraba junto a María y a los pies del Calvario.

Un prolongado, entusiasta aplauso, acogió a las Hermanitas y a los ancianos al salir del Templo. Una multitud se había concentrado a las puertas de la Iglesia. Treinta carrozas habían sido puestas a su disposición por las familias mas linajudas de la ciudad.

Caballeros y damas ayudaron a los ancianos y a las Hermanitas a subir a los coches, y cuando el cortejo inició la marcha, un atronador aplauso retumbó en el aire, y los gritos y las lágrimas eran impotentes para expresar la emoción de aquellos momentos. Cerraba el cortejo la carroza del Cardenal. Su caridad había querido que tomara asiento en su coche el anciano más contrahecho de todos, un pobre paralítico al que la Santa cuidaba personalmente. Junto al anciano tomo asiento Su Eminencia. Junto al Cardenal y al anciano, ella, la Madre, la Santa. Los ojos de la multitud estaban puestos en su persona. Madre Teresa los tenía fijos en Dios, despreocupada de lo que a su alrededor sucedía. Con febril actividad había atendido los días anteriores a la más solícita acomodación de las Hermanitas y de los ancianos. Ahora, todo estaba ya a punto. Había acabado de representar su parte y sólo debía cuidar de una cosa: de amar a Dios en la persona de un pobre anciano paralítico.

Al llegar a Sta. Mónica se celebró una segunda Misa en la Capilla que se había acomodado para las Hermanitas (la antigua Iglesia del Convento Agustiniano pasaba a ser Parroquia). Era el sacrificio de propiciación para la nueva fase de vida que se iniciaba aquel día. Lo era también de acción de gracias, porque los deseos de todos los buenos llegaban a su cumplimiento.

En esta ocasión el Celebrante es el Ilmo. Vicario General del Arzobispado. D. Lorenzo Carcavilla era también gran amigo y bienhechor del Instituto. La predicación sagrada corrió a cargo del canónigo de la Catedral, Doctor D. Ricardo Arteaga. El programa, exclusivamente de carácter religioso, se cerró con el

canto del «Te Deum», a cargo de la Capilla de la Catedral, a cuyas voces se unieron las notas de gratitud de las Hermanitas, las de los fieles devotamente conmovidos y, también, las agradecidas y enternecidas voces, aunque no tan armoniosas, de los pobres ancianitos. Cuando S. Eminencia impartió la bendición, todos pudieron advertir que estaba «emocionadísimo».

De la Capilla pasaron al comedor. Estaba engalanado de gran fiesta y con la mesa servida. Por una vez las Hermanitas tuvieron que consentir que los señores y señoras de la aristocracia valenciana tuvieran a alto honor el asistirles a la mesa, a ellas que, por amor a Dios, se habían hecho siervas de los más pobres de este mundo. Las Hermanas, siguiendo el ejemplo de la Madre Teresa, no se amilanaron por aquella deferencia, ni por la presencia en su casa de tanto linaje valenciano, de tantas autoridades y del mismo eminentísimo Cardenal. Gustaron tranquilas la bien compuesta comida, atención de un aristócrata de la ciudad que había querido correr él sólo, con todo el gasto, y supieron recibir con sencillez los homenajes de que eran objeto. Tenían el alma fija en Dios.

A las cuatro de la tarde fueron abiertas de par en par las puertas. El público se precipitó en el interior de la casa. Como ya había acontecido en otras inauguraciones, en este y en los días sucesivos, «un enorme gentío» se llegó a la nueva morada de las Hermanitas. Quizá no les moviera otro sentimiento que la curiosidad. Pero al término de su visita, en los ojos de todos brillaba una luz de admiración: por la caridad cristiana de las Hermanitas, por el ambiente de serenidad de los ancianos.

Lo que empezaba en curiosidad finalizaba en ternura. Los motivos humanos trocábanse en temas divinos.

De la puntual correspondencia del abogado Jaldero con el Padre Fundador, se desprende que toda Valencia visitó Sta. Mónica. Las limosnas fueron grandes. Los vecinos de la calle Murviedro tuvieron la buena iniciativa de regalar a las Hermanas un carro, por cuanto que —como escribe el abogado— «ya tienen un magnífico y buen asno, que hasta ahora lo han tenido... a pensión del Sr. Cardenal». Como la casa quedaba un poco en descampado, burro y carro resultaban de gran valor para la obra de las Hermanitas. Desde ese día, Valencia conoció el paso por sus calles y plazas del carro de las Hermanitas. Iba provisto de un letrero que indicaba su propiedad y de una gaveta para recoger las limosnas. Carro y burro, letrero y gaveta se hicieron populares en Valencia. Apenas se veía avanzar por las calles la tartana de las Hermanitas, las gentes salían a su encuentro para depositar sus limosnas, sin que las Religiosas tuvieran que tomarse las molestias de pedirlas por amor de Dios.

Santa Mónica será de aquí en adelante la Casa Madre, la cuna de las nuevas generaciones de Hermanitas, el corazón del que la caridad operosa se difundirá por todo el Instituto, vivificándolo. Cuando las Hermanitas tengan que abandonar sus muros tutelares se llevarán prendido en el alma el recuerdo de Sta. Mónica. Cuando les sea dado volver allí, saltarán de gozo, seguras de respirar el espíritu genuino de su Instituto y de sentir que en el corazón se les aviva el entusiasmo de caridad de sus años de Noviciado.

ENTRE SUS QUERIDOS ANCIANOS

Pocos días después de la inauguración de la Casa-Asilo de Sta. Mónica, en la fiesta de S. Saturnino, por una dispensa firmada por el Cardenal para adelantar en casi dos meses la fecha prescrita por las Constituciones, la Santa experimentaba la grande, íntima alegría de emitir su Profesión religiosa temporal.

La larga demora de tantos años acaba ya. La esperanza veía colmadas sus aspiraciones. Después de tantos trabajos y preocupaciones en aquellos últimos meses, la Santa gustaba de una hora de paz. Se abandonó una vez más en el corazón de Dios, ofreciéndose a los designios divinos. Sintió renovársele el espíritu; pero el cuerpo, castigado tan duramente por la intensa actividad, se resentía sin fuerzas. Pasaba las noches en claro. A la mañana se alzaba, como si nada de anormal ocurriera y se entregaba de lleno al cuidado de los ancianos y de las novicias.

La asistencia a los ancianitos satisfacía las exigencias de su vocación. La vigilancia del noviciado garantizaba la continuidad de la Obra.

Hora es que nos detengamos a considerar con calma a la Madre Teresa en medio de sus ancianitos. Pongamos nuestro pie en las huellas de la Madre y espiemos los pasos de una jornada cualquiera.

¿Quienes son estos ancianitos? «Normalmente los que llaman a nuestras puertas —depondrá en el Proceso de la Santa una de las Hermanitas, Sor Josefa de San Luis— son aquellos para los cuales la vida es más dura». Y Sor Antonia de San Estanislao concretará: «Los ancianos que son acogidos en nuestras casas, son pobres».

Ancianos, pobres, privados de toda ayuda; esto basta para que ya adivinemos que es si no imposible, sí ciertamente, muy raro, que se encuentren entre los huéspedes de las Casas-Asilo esos ancianitos ideales, de aspecto digno y reposado, cuya presencia inspira veneración. Ancianos de la mirada limpia y mansa, de frente serena, de sonrisa indulgente y benévola, de gesto sobrio y calmo, de palabra ponderada, de consejo sabio... Ancianos que demuestran de estar en posesión todavía de las riendas de su espíritu, dueños de sí, por encima de sus pasiones. La vida, con su cortejo inevitable de pruebas y sufrimientos, no ha alcanzado a agostar las tierras de sus almas. Más bien, la carrera de los años les ha confortado interiormente, madurándolos en experiencias valiosas, dándoles un sentido de bondad y de comprensión de las personas y de los sucesos. Estos ancianos pacíficos y pacificadores no se encuentran habitualmente entre los que llaman a las puertas de las Casas-Asilo de las Hermanitas.

«Sus» ancianos son... los desengañados de la vida. Pertenecen a la categoría de los pobres. Pobres que nacieron ya en la miseria o creados por los reveses de la fortuna. La mayor parte de las veces se trata de pobres desamparados de todo y de todos. Pobres tan faltos de

La Madre quería probar siempre la comida
que había de distribuirse a los ancianos.

todo, que ni siquiera tienen quien pueda darles la limosna del afecto, que si siempre es necesaria, lo es mucho más cuando la vida se marcha. Son hombres que han encorvado sus espaldas, durante años y años, en penosos trabajos; que han arruinado en ellos su salud, que han visto desvanecerse las ilusiones de su juventud sin que las flores de sus sueños se hicieran frutos; trabajadores pobres, que se han sacrificado por sus seres queridos y que, cuando les ha llegado a ellos el momento de no poder dar más y sienten la necesidad de recibir, la muerte, o aún peor, la ingratitud o el egoísmo, ha abierto en torno suyo un foso y, de repente, se han encontrado solos en medio del mundo. A las veces queda a sus espaldas una vida de desordenes y de descarrios, que los ha amargado y desilusionado, sin extinguir, por desgracia, en ellos la sed de los placeres... Son también pobres madres de familia que, enviudadas prematuramente se han consumido en sacrificios para poder sacar adelante a los hijos y éstos, hechos hombres, las han considerado un peso o un estorbo. Son solteras, que renunciaron un día a constituir una familia propia, para mejor prestar sus atenciones a sus padres ancianos o a sus hermanos enfermos, y que ahora no tienen ninguno, que se cuide de ellas, ancianas, a su vez, y enfermas.

Cada acogido tiene su historia personal, y todos su capítulo largo de dolor y de lágrimas. Su única y sola compañía es ahora el peso de los recuerdos, de las esperanzas desvanecidas, de las injusticias que han sufrido, y que pesa sobre sus almas y las opresiona, al igual que el cansancio y los achaques gravan sobre su cuerpo.

Espontáneamente o por interés de otras personas —tal vez deseosas de quitárselos de en medio— han llamado a las puertas de la Casa-Asilo. Los primeros días están allí, apartados de todos por una testarudez voluntaria, humillados, inmersos en sus recuerdos, tanto mas tristes y rencorosos, cuantos mayores son las atenciones y cuidados con que se quiere uno acercar a ellos.

Pero la crisis concluye presto. El cielo se va haciendo limpio y amanece la paz en el alma. La caridad de las Hermanitas ha hecho el milagro. Bueno, también, sin duda, habrá tenido su parte la cuidada pitanza, la cama templada, la limpieza y serenidad del ambiente y los cigarrillos o los caramelos, que las Hermanas parecen multiplicar en sus faltriqueras. Comienzan a levantar la mirada y espían en su alrededor. Pronto se dan cuenta de que no han sido los únicos que han sufrido en esta vida. También otros hay, que suman sus voces al inmenso y doloroso coro de los desgraciados... Y, ya se sabe: mal común es medio gozo. Comienzan a hermanarse con los que les han precedido en su caminar hacia la Casa-Asilo; se van interesando por las personas y vidas de los demás, por los intereses de la Casa, por los gustos y costumbres de todos. Al cabo de poco tiempo, el dolor ha sido amordazado y no puede gritar.

La Santa había estudiado y seguido estas diversas fases de la aclimatación de los ancianitos al nuevo hogar. Su inteligente amor y su paciencia seguía los movimientos del corazón de sus acogidos como una madre advierte las crisis de su hijo. Aquellos ancianos

eran sus niños. Sabía muy bien la Madre Teresa, que las desilusiones, las traiciones, las injusticias de la vida habían abierto en sus almas unas llagas difíciles de sanar y les habían dejado una desconfianza habitual de todos y de todo, una acentuada tendencia a la envidia y a los celos. Basta cualquier pequeñez para que comiencen a reñir y disputar. ¡Cuántas veces la Madre Teresa les ha encontrado in fraganti, mirando con el rabillo del ojo al plato del vecino, para ver si estaba mejor servido que el suyo! ¡Y cuántas otras, más numerosas, ha apreciado en el rostro de una ancianita el contenido enojo, porque el vestido entregado a otra le parece más nuevo que el de ella!

¿Y qué decir de los antagonismos entre ancianitos y ancianitas? Separados siempre en las Casas-Asilo, sólo tienen en común la Iglesia y esto es suficiente para causar, de tanto en tanto, pequeños incidentes. Las crónicas y recuerdos de las diversas Casas están llenas de estos detalles y uno no puede menos de sonreirse al leerlos...

Los ancianitos, por ejemplo, exigen que cuando cantan ellos estén en silencio las mujeres, afirmando —y no sin razón, ciertamente— que están desentonadas.

«¿están las mantillas confesandose? —decían en otra ocasión los ancianos asomando la cabeza por la puerta de la Capilla—; pues mientras estén, aunque sea una sola, nosotros no metemos el pie dentro».

Cuanto a las... «mantillas», su susceptibilidad inventa fantasmas por doquier. En cierta ocasión, se sentían ofendidas porque un venerable Capellán comenzaba siempre la explicación de la homilía con estas palabras:

«Mis queridos ancianitos», olvidándose de mencionar también a las ancianitas, como si ellas —lo decían— no fuesen hijas de Dios. Los lamentos llegaron a conocimiento del sacerdote.

Causa involuntaria de tan dolorosa omisión, prometió reparar su inadvertencia, y así, desde el siguiente domingo en adelante, sus homilías comenzaban siempre con: «Mis queridos ancianos y mis queridas ancianas», poniendo intención en las últimas sílabas. Las ancianitas se miraban unas a otras, movían casi imperceptiblemente sus cabezas, y... ;sonreían! ¡Estaban, por lo menos, seguras de ser hijas de Dios!

La Madre se las ingeniaba para alegrarles, para mantenerlos en paz, para hacer brotar en ellos, a fuerza de afecto, de bondad, de comprensión, la confianza en las Hermanitas. No porque se buscara a sí misma, o ambicionara tal suerte a sus Hijas, no. La Madre Teresa con certera inteligencia, sabía que mientras los ancianitos no entregaran el corazón a las Hermanas, tampoco se lo querrían ofrecer a Dios. Pasaba por entre sus acogidos, sonriente, amable con todos. Se entretenía en escuchar, por enésima vez, un largo, interminable cuento de una ancianita, sabiendo que, a continuación, tendría que hacer lo mismo con otra y otra, y otra más, para que ninguna pensase en pretendidas y espiadas preferencias. Cuántas veces, después de haber escuchado fastidiosas lamentaciones y quejosas insatisfechas, la salida graciosa de cualquier ancianito o ancianita le hacía a la Santa la impresión de un rayo de sol, que alejara pesadas nubes. No faltan entre los ancianos algunos tipos graciosos y alegres

que, bajo las arrugas y debilidades, han conservado algunos restos de las bromas amables de la primera edad.

Si un día recogieran las Hermanitas en un volumen los episodios y salidas de sus «niños», la lectura resultaría interesante y amenísima. Un día, por ejemplo, se descubrió que una ancianita se metió en la boca, antes de la Comunión, un caramelo. Se le pidió una explicación de semejante transgresión y ella con un candor envidiable «Lo hago —dijo— para que cuando Ntro. Señor se digne venir a mi alma, encuentre dulce la boca».

Otro día es uno de los ancianitos el que está sentado en la Capilla, fumando tranquilamente su cigarro. Cuando le hacen notar el despropósito que está cometiendo, el pobre hombre, sin acabar de entender todo aquel lío que se traen las Hermanas, abre muy maravillado sus ojos y dice tembloroso: «Pero... ¡si yo pensaba que estaba consolando a Dios!» Y así era, sin duda. El Señor le amaba como un padre, y ¿quién nos dice que no sonreía al ver al ancianito allí, en el banco primero de la Capilla, satisfecho y feliz con el cigarro en la boca?

¿Y aquel otro ancianito que se consideraba ilustrado en religión y que se sentía tan ofendido por haber ignorado hasta ese día que S. Antonio de Padua era el que «confesaba» a Ntro. Señor? Hubo quien se rió del pobre ancianito, pero él, firme, seguro, mantenía una y mil veces su afirmación. ¡Si lo había leído el día anterior la Hermana, cuando dijo que S. Antonio era «Confesor» de Cristo!

Aquella ancianita enferma tenía miedo a morir de noche. «De noche o de día —le decía la Hermana— es

igual». Y ella, moviendo la cabeza para reafirmar más su negativa: «¡Ah, no, no... porque si muero de noche, ¿cómo haré con todo oscuro para dar con el camino del Cielo?».

Se podría continuar indefinidamente.

No decimos que todos estos episodios le sucedieran a la Santa, pero éstos, y otros muchos parecidos a éstos, ocurren diariamente en las Casas-Asilo. La vena del buen humor de las Hermanitas viene alimentada por estos sucesos alegres. Dios ha querido que sea así, para aligerar un poco su misión que —no lo olvidemos— es particularmente pesada.

En contraste con estas bromas, con estas salidas chispeantes, quizá sean más frecuentes las lamentaciones, las palabras enojadas, a menudo hasta vulgares, el improviso y mezquino despertar de las pasiones, tanto más violentas, cuanto menos fácilmente satisfechas...

No ignoraba la Santa el abismo de miserias que el pecado deja en el corazón humano. Por esto se mantenía siempre alerta. Por esto recomendaba a sus Hijas, que fueran siempre muy prudentes en la necesaria asistencia a los ancianos. Las quería buenas y diligentes con ellos, pero «nos decía siempre —depone una de ellas— que no nos fiáramos y que fuésemos siempre con mucha atención en este particular» (1).

Los cuidados y la asistencia corporal, prestada con manos llenas de afecto, eran camino para alcanzar su mejoramiento espiritual. Se preocupaba, por ello, de que el alimento de los ancianos se condimentara siem-

---

(1) P.S.V. p. 164.

pre bien, de que se les distribuyese abundantemente. Que sus camas fuesen cómodas, bien arropadas, limpias. Que se cuidara la guardarropía. Que los ambientes en que se desenvolvían los ancianos tuvieran luz suficiente, aire, comodidad. No les podía faltar a los ancianos la posibilidad de quemar algún cigarrillo, sin el que se sentirían malhumurados. A las ancianitas se les debía regalar, de vez en cuando, una fruslería cualquiera, una cinta, un pañuelito, o un caramelo, pequeñas cosas —en apariencia superfluas— indispensables, sin embargo, para dar paso hacia una atmósfera de serenidad y establecer una corriente de confianza y afecto entre los ancianos y las Hermanas.

La Madre Teresa enseñaba con la palabra y con el ejemplo el modo de encontrar los caminos que conducen al corazón.

En cierta ocasión, la Santa vio a una ancianita que se negaba a comer. Se sentó junto a ella, y, como se hace con los niños cuando son pequeños, comenzó a comer ella una cucharada y a darle otra a la anciana, una a ella, otra a la anciana, una a ella, otra a la anciana... siempre con la misma cuchara, hasta que, casi terminado el plato, la ancianita, conmovida, se decidió a comer sin ayuda alguna.

Procuraba también el tenerles ocupados. A los que estaban en condiciones de ejecutar algún pequeño trabajo, la Santa les concedía la satisfacción de sentirse útiles para la casa. A quien había sido carpintero, le brindaba el arreglo de un sillón paticojo. Al que había trabajado como albañil, la Madre Teresa le ponía en la mano derecha una brocha gruesa, y en la mano iz-

quierda una lata con cal, y le pedía el favor de blanquear una pared ennegrecida. No faltaba quien recibía el cargo de guardián de la pollera o una azada para cavar la huerta. Era de ver el entusiasmo con que todos se daban a la obra que se les confiaba. Máxime, cuando, al honor de saberse personas de confianza, se les unía alguna ventaja material: su medio vaso de vino o alguna meriendilla en compensación por las fatigas del trabajo.

Esta tradición continúa viva en las Casas-Asilo de las Hermanitas. Se necesita una prudencia extremada para no dar paso a celos, envidias y rivalidades a causa de pretendidas preferencias. El anciano que ha recibido uno de estos encargos, se entrega a él con una intensidad enorme. Al poco tiempo, las gallinas, los frutales, o la huerta son ya un pequeño feudo, en el que a nadie le es permitido meter baza. El ancianito defiende los intereses de su encomienda con un fervor que, a las veces, sitúa a las Hermanas en circunstancias delicadas. En una ocasión la Hermana, a falta de otro pienso, cogió un poco de la cebada destinada al burro y la echó a las gallinas. Al otro día, como urgiese hacer un encargo, da orden de uncir el jumento al carro, para salir hacia la ciudad. El tiempo pasa y el carro no llega, como es costumbre, a recoger a la Hermana en la puerta de la Casa. La Hermana se dirige al establo. El burro continua allí su aburrida meditación, pero... el carretero no da señales de vida. Por fin lo encuentra. «Pero, señor Antonio, ¿qué hace que no se prepara?» Y el señor Antonio clavando en la Hermana una mirada entre orgullosa y airada, responde: «Que aten y pongan los arreos a las gallinas».

Pero, más numerosos que los trabajadores, son los ancianos que nada pueden hacer, aquellos a los que la edad o las enfermedades han reducido a total invalidez y necesitan de especiales asistencias. Ellos constituyen la corte de honor de las Hermanitas. La lección de cómo comportarse con éstos la pueden aprender las Hermanitas en los ejemplos de la Madre Teresa.

«Ella misma les servía, —depone Sor Josefa de S. Luis, testigo ocular— asistiéndoles con mucho cuidado, bajando a la cocina para comprobar la comida, qué se les daba y cómo estaba condimentada; era delicadísima en este aspecto... Les respetaba mucho, aún a los tontos, y nos mandaba a nosotras que hiciéramos lo mismo» (2). Por la noche hacia una visita por los dormitorios, para ver cómo estaban y si se les asistía suficientemente.

Su caridad, sin embargo, como la de Cristo, estaba orientada hacia un polo más alto. Ella tenía clavada su estrella en el bien de las almas. La aguja de sus acciones estaba siempre clavada en el horizonte de Dios.

«Cuidar los cuerpos para salvar las almas» era, diríamos, su lema preferido. A sus hijas les decía: «Dios les ha dado la misión de curar y asistir corporalmente a los ancianos pobres y el guiarles con sus buenos consejos y la práctica de las obras de misericordia espiritual, para que eleven el propio corazón a Dios, se unan a El, le conozcan siempre más. Cuiden a los pobres ancianos instruyéndoles como puedan, para que salven sus almas».

———

(2) P.S.V. p. 223.

Su fundación fue con mucha exactitud y justicia definida ([3]) como «la manifestación más esplendorosa de su caridad». La razón era una sola: La Obra extendía sus raíces en el amor, en el amor a Dios y al prójimo y no podía sino producir frutos de amor.

«El cuidar a los ancianos es cosa de sí desagradable» ([4]). Sólo una mirada bañada en caridad puede transformar y hacer hermosa esta empresa. Cuando se contempla a los ancianos con ojos del espíritu, se acierta a descubrir en los ancianos, pobres y enfermos, a los miembros doloridos de Cristo.

No era raro encontrarse con ancianos que llegaban a la Casa-Asilo «sin conocer ni siquiera los elementos del Catecismo y sin noción alguna de la vida cristiana». Había quienes no habían recibido aún la Sgda. Comunión.

La Santa se convertía en su Maestra, aisladamente o por grupos, les explicaba pacientemente la lección del Catecismo. Todos los resortes de la pedagogía resultaban pocos, para poner al alcance de las mentalidades de los ancianitos las verdades de la fe; pero había que hacerlo con suma discreción. Los ancianos podrían molestarse, si advertían que las explicaciones que se les impartían, se asemejaban a las que oían los párvulos de la escuela. Se debían también escamotear las posibles envidiejas de unos para otros.

En las deposiciones del Proceso de Beatificación se afirma de la Madre Teresa que «si alguna vez la instrucción era para varios en común, nunca hacía quedar mal a ninguno ante los demás. Solía preguntar a los

---

(3) P.S.V. p. 153.

(4) ibid.

que mejor podían dar razón, haciendo que se fijasen los otros» ([5]).

Mantenerles lejos del pecado, hacerles crecer en el amor de Dios, preparándose de este modo a hacer una buena muerte, era —se puede decir— la santa obsesión de la Santa. Si acontecía que algún anciano se obstinaba en permanecer ajeno a Dios, la Madre Teresa redoblaba entonces sus oraciones y penitencias. Nunca echó en saco roto la enseñanza de Cristo de que «hay demonios que sólo se arrojan con oración y con ayuno». En estas ocasiones movilizaba a todas las Hermanas, para que con sus plegarias aceleraran el triunfo de la gracia de Dios en aquella alma; pero quería que todo esto se llevara a cabo sin perder la serenidad. No con asperezas y mala cara sino con una mayor caridad y un más sincero afecto. Ya nos ha dicho la Madre Teresa antes de ahora, que sólo cuando el corazón del ancianito se ha rendido a la caridad de la Hermana, comienza a situarse en disposición de rendirse a la caridad infinita de Dios.

El espectáculo era conmovedor. Nos ha dejado de él testimonio en su deposición la señora Purificación Lleó:

«Cuando los ancianitos veían a la Madre, corrían a ella y la seguían a todas partes, como se sigue a una madre» ([6]).

¿Y es que acaso no era para ellos la verdadera Madre, en su segunda y desvalida infancia?

---

(5) P.S.V. p. 258.

(6) P.S.V. p. 104.

MADRE DE ALMAS

La asistencia a los ancianos no podía, sin embargo, ocupar completamente a la Madre Fundadora. El cuidado del Instituto y particularmente la formación de las Novicias, exigían de la Madre Teresa tiempo y atención. El Noviciado, es verdad, estaba dirigido por la Madre María de Jesús, su hermana; sin embargo, en aquellos primeros tiempos, cuanto todo estaba aún en sus comienzos, la Santa valoraba cuánto importaba al bien de las almas y al futuro del Instituto, seguir paso a paso la formación de las novicias. Hurgaba en el corazón de la Madre la necesidad imperiosa de comunicar a sus Hijas el ideal que Dios había puesto en ella, no para riqueza personal únicamente, sino para que hiciera partícipes del «secreto del Rey» a todas las Hermanas.

Cuando la Comunidad se transfirió de Barbastro a Valencia, se abrigaba el pensamiento de convertir el «Pueyo» en Casa Noviciado del Instituto. El P. Fundador era del mismo parecer. Al mes, sin embargo, de asentarse en Valencia, la Santa hacía notar a D. Saturnino la conveniencia de rechazar el propósito ([1]). La

(1) 18.

constitución del Noviciado en Barbastro comportaba la excisión en dos de la pequeña Comunidad, antes, como quien dice, de que ésta hubiera comenzado a andar.

No hay que olvidar que todas, incluso la Madre, eran todavía novicias. A las puertas de Valencia habían trocado sus velos blancos por los negros, peculiares de las profesas. ¡Quién sabe si no habrían desconfiado un tanto de encomendar a las solicitudes de unas manos inexpertas la dirección de una empresa de caridad en la que convergían tantos y tan altos intereses!

Había incluso una razón mucho más grave: el formar a las aspirantes en una casa que se viese privada de la asistencia a los ancianos, podía traer consigo largas desilusiones y dolorosas sorpresas, cuando les llegara a las Hermanas la hora de iniciar su apostolado específico.

La forma peculiar de apostolado a que el Instituto se dedicaba, ¿no exigiría, tal vez, que las jóvenes que a él se ofrecieran, pudieran ya desde su primer ingreso en la religión, adquirir un conocimiento, no solo teórico, sino experimental, del género de vida a que se creían llamadas por Dios?

Y, sobre todo, era indispensable que, no existiendo todavía una tradición, una fisonomía, una característica del Instituto, ni siquiera unas Constituciones, las futuras Hermanas recibieran su conformación religiosa bajo la mirada de aquélla, que había recibido del Señor una misión de maternidad para engendrarlas en la vida religiosa. La Madre Teresa entreveía estos motivos. Para todos los demás, con mayor claridad de lo

que se le representaban a la Madre, estas razones eran contundentes. Y el Noviciado se instaló en Valencia.

El instinto de maternidad de la Santa sintió colmarse con el consuelo de ver cómo iba en aumento el número de su Hijas. Dios había concedido a la Madre un atractivo irresistible. Su ascendiente personal se imponía a todos cuantos se acercaban a ella, y les cautivaba. Un encuentro en apariencia casual, una conversación con la Madre Teresa, una sola frase pronunciada con palabra serena y acompañada de una larga mirada..., cualquiera de estos leves tú a tú, era suficiente para revelar a un alma la propia vocación y suscitar en ella la generosidad impetuosa, exigida en ocasiones a costa de dolorosos sacrificios.

Las Hermanitas estaban acordes en que la Madre poseía excepcionales dotes de penetración. La Madre intuía la vocación de las jóvenes, antes de que éstas despegasen los labios. Los ejemplos confirmatorios de esto corrían por todo el Noviciado. Se diría que cada una de las novicias contaba, sin advertirlo, su propio camino de Damasco, en el que la voz de la Madre había susurrado muy quedo: «Hija mía, tu eres amada por Dios como vaso de elección».

Durante la estancia de la Madre Teresa en Lérida, durante la época de sus estudios, trabó amistad con Cecilia Martí. Los años pasaron y Cecilia se encontró cambiada en la señora de Don Santiago Miró. Cuando la Madre se encontraba con Cecilia, una alegría fraterna las embargaba. La Madre estimaba mucho a su antigua amiga de juegos y de estudios. Cecilia le correspondía en igual grado su amistad. Hablaban de

todo en aquellos encuentros. De sus años lejanos y de sus ocupaciones de ahora. La Madre le confiaba noticias sobre la vida de su incipiente Obra. Cecilia hacía participe a la Madre de los secretos de sus hijos... En una de estas conversaciones, la Santa dijo a Cecilia, con aquel hablar sereno, entre serio y jovial: «Tus hijas no son tuyas, son de Dios y, en consecuencia, son mías». Cecilia se fijó en los ojos de su amiga. Por el momento no alcanzó a comprender las intenciones de Teresa. Las comprendería mas tarde, cuando una tras otra, cuatro de sus hijas le dieron el último beso y el mayor de los abrazos y se despidieron del hogar para entrar a formar parte de la familia —¡familia de Dios!— que la Madre Teresa estaba formando por tierras de Valencia.

De estas cuatro, hemos trabado amistad con dos, a lo largo de estos recuerdos: Sor Josefa de San Luis y Sor Mercedes del Niño Jesús. Las dos figuran entre las testigos más autorizados del Proceso de Beatificación.

La menor de las hermanas, Sor Josefa, conoció a la Madre cuando apenas había cumplido siete años. Ya desde entonces declaraba a todo el mundo, que ella quería ser Hermanita (2). Con Sor Mercedes las cosas anduvieron muy de otro modo. Nos lo cuenta ella misma: «Conocí a nuestra Madre Fundadora a la edad de 14 años. Sor María del Pilar, Superiora de la Casa de Zaragoza, por la fuerza y sin vocación, me llevó a Valencia para hacerme Hermanita. En Valencia nos recibió la inolvidable Madre María, hermana de la Madre

(2) P.S.C. 84.

Cariñosa despedida de la Santa a las primeras
Hermanitas que parten para América.

Fundadora, la cual quedó muy maravillada al conocer la manera y forma cómo me habían conducido. La Madre Fundadora no estaba en aquella ocasión en Valencia. Viendo que pasaban días y más días, y que yo en manera alguna quería hacerme Hermanita, mientras a costa de todo deseaba volverme a casa, se lo escribieron a nuestra Madre Fundadora. (Esto lo supe en el año 1903, cuando marché a Zaragoza para acompañar a una Hermana). La Madre respondió: «Déjenla, porque dirá que sí». Como era muy niña, era el juguete de las novicias y de todas y me llevaban al recreo todos los días. Me preguntaban si quería hacerme Hermanita, y a esta pregunta respondía: «De ninguna manera quiero hacerme monja».

Al cabo de diecinueve días de llegar a Valencia, un día, durante la recreación de la noche, sin que me diera cuenta respondí que sí, y de este modo se verificó la profecía de la Madre Fundadora. He cumplido setenta años y, gracias a Dios, nunca me ha resultado pesada la vida religiosa y siempre he estado muy contenta y feliz, muy agradecida a la Madre Fundadora, porque, después de Dios, a ella se debe mi vocación» ([3]).

Sería un error concluir por lo que antecede, que la Madre formaba parte de esas personas que se dedican a la caza de vocaciones. Para confirmar esto, si fuese necesario, se podrían citar numerosos casos, semejantes al ocurrido con la señora Purificación Lleó Cobanda. Purificación tenia una hermana entre las Religiosas de la Madre Teresa. Cuando llegó a la edad

---

(3) P.S.C. 104.

de quince años, atraída por el ejemplo de su hermana, también ella deseó ser Hermanita. Pidió hablar con la Madre. «Me recibió la Madre Teresa —depone en el Proceso— y desde el primer momento me dijo: «Mira, hija mía, tú no serás nunca Hermanita; Dios te quiere en el mundo, para que seas una buena madre de familia, educando a tus hijos cristianamente para el Cielo». Este consejo se me quedó muy grabado, lo consideré como una inspiración de Dios por medio de la Madre y no volví más a pensar en hacerme religiosa» (4).

Con iluminado espíritu de fe, la Santa se ponía al servicio de las almas; jamás éstas al servicio de la Obra. Sabía intuir y respetar los derechos y los designios de Dios sobre las almas. Ayudaba a todos a conocer y cumplir la voluntad divina. Sabía entusiasmar a los que se le acercaban, para que fueran siempre fieles con Dios. Pero no era su voluntad —voluntad de pobre mujer, pensaba la Madre— sino la soberana voluntad de Dios, la que todos los hombres habían de realizar en su vida.

Madre Teresa, quizá sin tener de ello conocimiento, seguía la antigua tradición monástica, que recomienda no apetecer ni demostrar excesiva solicitud por engrosar las filas de los «escuadrones del Señor». En lugar de manifestarse demasiado fácil para recibir a las candidatas, gustaba más bien de diferir algún tiempo su aceptación. Ya por septiembre de 1873, cuando el deseo y la necesidad de aumentar el número de las Hermanitas, se hacían sentir particularmente imperio-

---

(4) P.S.C. 83.

sos, la Madre Teresa escribía al Fundador: «Padre, no nos conviene a las aspirantes hacerles ver que las necesitamos, antes al contrario» ([5]).

Los Institutos religiosos no son empresas de trabajo. Sus miembros no se reclutan como obreros, a los que se ofrece una soldada pingüe y un salario ganancioso. Nunca al que se acerca a una Casa religiosa se le ha de considerar como imprescindible y, consecuentemente, como un valor precioso. El nombre mismo de «postulante» que el Código de Derecho Canónico confiere al que entre en Religión, dice de él que es uno que pide, y si pide es porque lo necesita. Las puertas de los Conventos se franquean a los que, mendigos de lo sobrenatural, del mayor amor de Dios, de una vida religiosa organizada, humillan su petición de ser aceptados para poder, con la ayuda de las Reglas, realizar en este mundo la vocación religiosa que Dios les ha concedido desde toda la eternidad. No es el hombre quien hace girar la ruleta de sus posibilidades y le cabe en suerte elegir a Dios; sino que es Dios, el que, en un designio de predilección, ha tenido la deferencia de elegir a unos pocos, de entre los hombres, a la vida religiosa.

El legítimo deseo de dilatar las obras de bien a favor de la ancianidad indefensa, no llegó jamás a inducir a la Santa a desvalorizar el primario y principal fin de la vida religiosa: la glorificación de Dios mediante la santificación de las almas a El consagradas en la Religión. Sea cual fuere el apostolado a que se entrega una determinada Institución religiosa, nunca deberá olvidarse

---

(5) 22.

de que el primero e indispensable afán apostólico se ha de situar en la santificación de los mismos apóstoles. Y es claro que esta meta permenecerá inaccesible, si los que recorren el camino de la vida religiosa no han sido «seleccionados» por Dios.

La Madre Teresa era cauta en la admisión de las postulantes. Las trataba personalmente, pedía informes, las estudiaba y, sobre todo, oraba. De este modo ocurría que muy raras veces erraba en sus juicios. Cuando esto ocurría, no dudaba jamás en alejar, con caridad sí, pero con energía y decisión, los elementos no aptos, ya por falta de vocación, ya por defecto de generosidad en seguirla.

«Prefiero ocho columnas firmes a muchas cañas movedizas», solía repetir a menudo.

La Vocación es un don demasiado excepcional, para que pueda ser mediocremente vivida. Su exigencia es siempre radical. El alma que se embarca en la vida religiosa ha de estar decidida a empeñarse sin miramientos. Al menos a la Madre Teresa no le cabía otro pensamiento en la cabeza y quería que sus Hijas no tuvieran otras ideas.

En cada instante de la vida, en cada acción diaria, por pequeña que esta fuese, la Madre estaba enteramente entregada a aquel afán. La Madre volcaba todo su grande amor a Dios en cada una de sus actuaciones. A sus Hijas les decía: «La verdadera grandeza de las almas está en el modo como se realizan las cosas, no en el puesto que se ocupa».

«Nada hay pequeño cuando se hace por la gloria de Dios».

«Más gana la más humilde de las religiosas cuando hace a la perfección las cosas, que la Superiora General si no es santa» ([6]).

Con sólo mirar a la Madre, las jóvenes se sentían forzadas a ser mejores y a imitarla. Emanaba de ella el atractivo de la santidad. Era como un fuego que abrasaba a las almas y las orientaba hacia Dios.

Su exterior era sencillo, digno. Su mirada modesta y profunda. Su rostro, habitualmente iluminado por la bondad, a la par que por la gravedad, hablaba no menos elocuentemente que sus palabras.

Las jóvenes solían decir que, al principio, se habían encontrado un poco cohibidas a la vista de la Madre; pero esta reverencia primera se trocaba pronto en devota admiración, siempre creciente cuanto más se trataba a la Madre. Impresionaba, sobre todo, el dominio de sí que tenía la Santa, su inmutable humor, la serenidad y sencillez constantes, que le hacían aparecer siempre igual a sí misma, superior a los sucesos de cada instante, recogida y en paz bajo la mirada de Dios.

Quería que sus Hijas fuesen almas sencillas y serenas, con esa naturalidad y equilibrio, que no germina sino en tierra abonada por una lealtad amorosa a la voluntad divina y por una sincera humildad. Le desagradaban las almas complicadas. Le mortificaban los espíritus herméticos, «los cajones cerrados», como los denominada la Madre ([7]). La novicia —explicaba

---

(6) P.S.V. 239.

(7) P.S.V. 38.

luego— ha de ser «como un vaso que transparenta lo que en él se pone» ([8]) Esta transparencia, la consideraba como indispensable para el progreso espiritual.

Gustaba de exigir fidelidad al silencio religioso. En su concepto, el silencio vigilaba la vida de oración. Pero era contraria a la melancolía y a la tristeza. «Nos decía con frecuencia —depone Sor Josefa de San Luis— que nos quería llenas de virtud, pero sin las extravagancias de una apariencia mística» ([9]).

A este particular, Sor Josefa conservaba un recuerdo de los años de su Noviciado. En un momento de fervor, como sucede en los Noviciados, se había presentado a la Madre «con un rostro compungido y toda cubierta con el velo y acurrucada. «Madre —le dijo— yo quiero ser santa». La Madre le mira con calma y confirma que sí, que es deber de las Hermanitas hacerse santas, pero no con aquel aspecto. Y, cogiendo un alfiler, sujeta el velo de la novicia a la espalda obligándole a mantener la cabeza en posición natural, «más bien levantada», y en esta posición la envía al Noviciado. «Aquella fue para mí una gran lección, que la Madre reforzó al día siguiente con una instrucción».

Este modo de corregir y formar, con calma y buen humor, facilitaba la obediencia y garantizaba que sus consejos serían inolvidables.

A distancia de muchos años, Sor Antonia de San Estanislao refería un hecho, acaecido a ella misma, cuando era novicia de diez y seis o diez y siete años.

---

(8) P.S.V, 233.

(9) P.S.V. 224 ss.

Un buen día la había llamado la Madre al Asilo para marcar la ropa de los ancianitos. Cuando llegó la hora de comer, en lugar de enviarla otra vez al Noviciado, la Madre le había hecho quedarse a comer con las profesas y con el Consejo. Podemos imaginarnos la alegría de Sor Antonia por semejante distinción. ¡No cabía en sí! Por la tarde continuó el trabajo, hasta la noche. Según se iba aproximando la hora de la cena, Sor Antonia se preguntaba dónde le mandarían cenar. Se ilusionaba con el pensamiento de sentarse a la mesa con... el estado mayor; sin embargo, la Madre no había dicho nada. No pudiendo contener por más tiempo su nerviosismo, trató de patrocinar su causa con un chiste. Haciendo alusión al pueblo donde había nacido, se acercó alegremente a la Madre: «Madre, en la ciudad de Villena, donde se come se cena». La Santa caló la intención de la Novicia, y con una sonrisa le respondió alegre: «Hija, en la ciudad de Valencia manda la obediencia».

También Sor Antonia caló el significado de la frase de la Madre. Aquella cena, en el comedor de las Novicias, no se le olvidaría en toda la vida ([10]).

Otra novicia, Sor Teresa de S. Juan, trabajaba un día en la cocina. Por un descuido dejó caer sobre el delantal un poco de aceite. Al momento, más preocupada por la penitencia que le impondrían, que por la falta de pobreza, corre temblorosa a excusarse ante la Madre. La Santa, más solícita de formarla en el espíritu, que de castigarla en el cuerpo, prefiere explicarle

---

(10) P.S.V. 73.

cómo con su distracción ha cometido no una, sino cuatro faltas contra la pobreza: derramar el aceite, ensuciar el delantal, gastar jabón para limpiarlo y emplear un tiempo en este trabajo. «Este aviso —confesaba Sor Teresa— se me grabó tanto que no lo olvidé nunca y deseé imitar su espíritu de pobreza» (11).

Mejor que nadie conocía la Madre Teresa los problemas de la economía de sus casas. «Sabía perfectamente que la Institución, por ella fundada, era pobre —encontramos dicho en las deposiciones—. Puedo asegurar que nada dejaba perder y se afanaba a fin de que no les faltara lo necesario a los ancianos. Nos inculcaba mucho a las novicias el que nada desperdiciáramos» (12).

De la Madre Teresa es la siguiente enseñanza:

«Lo que la Congregación tiene no pertenece a las Hermanitas, pertenece a los pobres, de los que las Religiosas no son sino simples siervas» (13). Este es el catecismo de pobreza y humildad que dictaba la Santa.

«Era muy buena y generosa, pero se mostraba fuerte cuando las circunstancias lo aconsejaban. No dejaba pasar sin la correspondiente sanción las faltas advertidas» (14).

Despegada e imparcial, no dejaba adivinar ninguna preferencia por cualquier religiosa y mucho menos por su hermana carnal o por sus tres sobrinas, hijas de uno de sus hermanos.

---

(11) P.S.V 86.

(12) P.S.V. 208.

(13) P.S.V. 230.

(14) P.S.V. 207.

En los primeros días de internado en el convento, una de las sobrinitas creyó poder dispensarse de alguna observancia, por su condición de pariente de la Madre Fundadora. ¡Se ve que no conocía bien a su tía! La Santa la llamó inmediatamente al orden porque «en las relaciones con la sobrina no transigía con nada. En cierta ocasión —continúa el testimonio— le dijo delante de mí que, si no era ejemplo para todas, la mandaría a su casa para que la educasen» (15).

Cuidaba principalmente de que reinara la concordia entre todas sus Hijas. Era lógico que la Madre, por salvaguardar la paz, fruto de la caridad y de la humildad, alejara de sus casas a los espíritus orgullosos, puntillosos, pagados de sí. Abría también las puertas de la calle rápidamente a los espíritus mundanos, incapaces de compenetrarse con el «mysterium crucis» y de entender qué clase de renuncia se exige a los que se declaran totalmente de Cristo.

La ya mencionada Sor Antonia nos recuerda una famosa instrucción dada por la Santa a las novicias en el Capítulo de un cierto viernes, en la que «nos dijo tantas cosas y con tanto espíritu que lloramos casi fuerte. Entre otras cosas, nos dijo que las novicias que se asomaban a las ventanas no habrían perseverado, aunque hicieran la profesión». Sor Antonia quedó muy impresionada porque, precisamente ese día, había visto a una compañera de Noviciado asomarse a las ventanas del Coro, sin advertir que la Madre la estaba viendo. Y, efectivamente, esta novicia, poco después abandonaba el Instituto.

---

(15) P.S.V. 74.

Esta ligereza irresponsable, distraída, que nada cuenta con la sana alegría, dice muy poco de favorable en un alma consagrada al servicio de Dios. Lo mismo que la negligencia en el trabajo, el abandono en las cosas personales o de la Comunidad. Cuando el alma mantiene alerta su entrega al Esposo divino, parece como si se le alargaran las alas del espíritu y como si una tensión nueva le obligara a realizar con precisión, delicadeza, cuidado sumo, todas sus ocupaciones diarias.

Si la Madre advertía que una novicia o una religiosa había hecho descuidadamente su propio lecho, apenas terminaba de leer en la capilla los puntos de la meditación, llamaba a la interesada y con palabras suaves le decía: «Vaya, Hermana, a hacer la oración a los pies de su cama». No era preciso ni una palabra más.

Sucedía, a las veces, que alguna Hermana se dejase vencer del sueño durante la meditación. La Madre se acercaba quedamente y retirando con cuidado el libro de las manos de la religiosa, se lo guardaba consigo. La vergüenza que tenía que sufrir la Hermana al ir a buscarlo a donde estaba la Madre, sería el mejor despertador para otros días.

En ocasiones echaba mano a otro recurso: hacía colocar una pequeña almohada bajo la cabeza de la durmiente y... ¡adiós sueño!

«Hermanas, decía con celo, si la primera acción del día la hacemos mal, ¿qué sucederá durante toda la jornada? Pensemos que estamos delante de Dios y que le ofrecemos nuestras primicias, para hacer durante todo el día su santísima voluntad» ([16]).

---

(16) P.S.V. 87.

¡Presencia de Dios! ¡Voluntad de Dios! A la luz de aquella divina presencia y según las disposiciones de aquella santísima voluntad se desarrollaba toda la vida de la Santa. Jamás se cansaba de repetir: «Atiendan, Hermanas, piensen que Dios está en todas partes y así haremos bien todas las cosas».

Quería que el amor de sus Hijas a Dios, se manifestara en las obras. Repetía: «Fervorosas y de vida interior, sí, pero no de aquellas que dejan el trabajo para las demás» ([17]).

Por eso, enseñaba siempre: «Tengamos mucho cuidado de los ancianos, porque si faltamos en esto, no cumplimos el objetivo principal de nuestra misión». Otras veces recomendaba: «Buscar a Jesús dentro de nosotras y servir a los pobres con todo esmero».

Le urgía asegurarse de si las novicias tenían o no aptitudes y amor a un género de asistencia tan poco atrayente para la juventud. Es significativa, a este respecto, la deposición de Sor Josefa de San Luis en el Proceso de Beatificación: «Recuerdo haberme sucedido una vez cuanto sigue: Yo era pequeña —todavía no había vestido el Santo Hábito— y, hablando de los viejos, hice un gesto de repugnancia y la Madre lo advirtió. Me llamó y me dijo que fuera al Oratorio y rogara al Señor, para ver si Él me quería santa y Hermanita; yo, después, le dije que sí. Y entonces ella me respondió que para esto era necesario amar mucho a los ancianos y tratarlos dignamente» ([18]).

---

(17) P.S.V. 221.

(18) P.S.V. 226.

«Amar mucho». Sin un grande amor, la vocación y la vida de las Hermanitas sería inconcebible. Sólo el amor, y un amor que proceda de su verdadero origen, que es Dios, explica el misterio de su consagración. A este manantial, —manantial de amor infinito es el Verbo hecho carne— conducía la Santa a sus Hijas. «Su Corazón —decía del Corazón de Cristo— arde en llamas de purísimo amor. Con este amor purísimo es necesario que tratemos siempre a nuestros pobres, interesándonos muchísimo de su bienestar temporal y eterno».

SÍNTESIS

Parca en palabras, la Santa acostumbraba a compendiar en frases breves, de fácil memoria, los ideales, los deberes, las normas prácticas de la vida de las Hermanitas. La madre Teresa intentaba con esta elemental Pedagogía, que aquellos aforismos se convirtieran en ideas —fuerza de la actuación de las religiosas. Sus Hijas debían hacer recaer sobre aquellos principios la atención de su plegaria, de su meditación, de su consideración asidua. El edificio espiritual de sus Hijas debía alzarse sobre estos fundamentos valiosos.

Su «a más pobres, más protectores» marcaba la norma que sus Hijas habían de seguir en la aceptación de los ancianitos que llamaran a la puerta. Una sentencia tan breve, llegaría a ser la clave de la actuación del Instituto.

Tal vez lo que sintetice mejor que otra sentencia alguna la sabiduría de la Fundadora, sea aquella su famosa expresión: «Dios en el corazón, la eternidad en la cabeza, el mundo bajo los pies» ([1]).

Dios en el corazón, primero. La Madre Teresa estaba plenamente convencida —ya lo hemos visto— de que, sin un amor grande, sin un amor total a Dios, re-

---

(1) P. S. V. p. 7.

sultaba imposible abrazar la vida sacrificada de las Hermanitas. Lo que trabajó la Madre por llevar esta convicción a sus Hijas, sólo Dios lo sabe. Las consideraciones de la Fundadora afluían de continuo: Dios las amaba con una predilección singular; tocaba ahora a ellas responder a esta atención divina con una donación plenísima. Si amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas es el primer deber de todo cristiano, un alma consagrada a Dios debe esforzarse en satisfacer esta obligación en manera perfecta. Dios no acepta los corazones a medias. Cuando El se puso a dar el suyo divino, nos lo dio entero.

«Por las criaturas no recojan ni siquiera una paja del suelo —recomendaba la Santa—, sino todo por amor de Dios».

El verdadero amor a Dios comienza en la huida y odio al pecado. La Madre insistía constantemente en sus exhortaciones a las Hermanitas en que fueran «muy fieles al Señor en procurar con todas sus fuerzas que los ancianitos se alejaran del pecado».

Esta parte negativa prepara y anuncia la llegada de una fase más positiva. Dios no nos llama a evitar el mal; Dios nos quiere en las trincheras avanzadas del bien. La santidad no se edifica sobre los «No» al pecado. Nuestra unión con Dios levanta sus torres con las piedras preciosas del «Sí» a los requerimientos de la voluntad divina. La boca de la Madre Teresa florecía frecuentemente en esta oración: «Hágase en mí, Señor, Tu voluntad santísima, justísima, impenetrable, digna de toda alabanza» (2).

---

(2) P. S. V. p. 7.

Para una religiosa, la voluntad divina no se acaba en las fronteras del simple cumplimiento de los preceptos de la Ley. Dios espera de sus escogidos mayores muestras de caridad. Los consejos evangélicos y la fidelidad a las Constituciones y Reglas del propio Instituto, indican el término donde Dios ha fijado la meta para sus escogidos.

Cuando el P. Fundador hubo dado fin a las Constituciones, la Santa, indicando con un gesto de su mano el pequeño libro que las contenía, le dijo: «Padre, este librito me ha de salvar o me ha de condenar» (3).

Cuantas convivieron con la Madre, por mucho que la observaran, no pudieron encontrar en ella la más ligera infracción de las Constituciones.

Bástenos un ejemplo por todos. Una sobrina de la Madre, Hermanita también, le había pedido un permiso. La Madre se lo negó. Desilusionada, no pudo por menos de preguntar: «Pero, Madre, ¿no es usted la que manda?». Y la Santa, rápida, segura, como quien se sabe de carretilla la respuesta, porque en ella ha pensado mucho, respondió: «No, hija mía, yo estoy sujeta a los Superiores eclesiásticos y a las Reglas».

A su vez, exigía de las Religiosas una fidelidad a toda prueba a los mandatos de las Constituciones. Las quería fieles en toda línea. No con una fidelidad nacida del temor o de consideraciones humanas, sino fruto del amor. Decía con abierta claridad: «Si no se sienten con fuerza para cumplirlas, vuélvanse a sus casas, tanto las profesas como las novicias; más deseo veinte Herma-

---

(3) P.S.V. p. 244.

nas buenas que cien mediocres, que no tengan verdadera vocación; porque de lo contrario irán arrastrando toda su vida y no alcanzarán jamás a ser verdaderas Religiosas» ([4]).

Y también: «Observen las Reglas a la letra y todo andará bien; además de ser el camino más fácil y más seguro».

La fidelidad a la voluntad divina se nutre en la oración. Ésta es el óleo que mantiene encendidas las lámparas de las Vírgenes que esperan al Esposo. «A aquéllas que no son fieles a la oración, Dios las abandona a sí mismas, y ellas mismas se van y se desnudan», escribía la Madre a propósito de una novicia que se mostraba descuidada en las prácticas de piedad y que acabó por abandonar el Instituto.

Vana ilusión es creer amar a Dios y no alimentar una intensa vida de piedad. Toda despreocupación en la oración arrastra un descenso en el amor. La Madre Teresa deducía, pues, que el alejamiento de la piedad indica suficientemente que el alma se ha apartado unos metros de Dios.

Alma eucarística, que desde la juventud había saboreado a diario el Pan de los Ángeles y ya, desde entonces, quedó prendida irresistiblemente en sus dulzuras, la Madre Teresa se afanaba por comunicar a las almas —a las de sus Hijas en primer lugar— la sed y el hambre de la Eucaristía. El Tabernáculo es el granero divino donde las Hermanitas encuentran el Pan que les da vida, luz y fuerza. El Instituto reconoce como Pa-

---

(4) P.S.V. p. 86.

En la enfermería, mitigando el dolor
de los ancianos enfermos.

tronos principales y modelos de su vida a la Santísima Virgen de los Desamparados y al Patriarca San José, junto con Santa Marta, la ardorosa y solícita mujer que hospedó al Divino Maestro; pero es Jesús, Rey eucarístico, el verdadero Padre de Familias de las Casas de las Hermanitas.

Al pie del Sagrario consume la Madre largas horas. Cuando finaliza sus ocupaciones diarias, sus visitas, sus encargos, sus cuidados, ante el Santísimo Sacramento encuentra su reposo. Allí sus decisiones más importantes, allí sus problemas enmarañados, allí sus consolaciones más regaladas. Allí encontraba el bálsamo para la herida, la luz para las tinieblas, la paz para la tempestad. A su ejemplo y con su palabra, la Fundadora formó en torno suyo un escogido grupito de almas enamoradas de la Eucaristía. En la Comunión frecuente e incluso diaria (en aquellos tiempos en que el acercarse todas las mañanas al altar era algo insólito), hallaban la fuerza para salir gozosas al encuentro de su monótono y pesado deber.

El itinerario espiritual de las Hermanitas no tiene sino dos estaciones: del Jesús oculto bajo los velos sacramentales, al Jesús oculto bajo los miembros acabados y enfermos de los ancianos. Es un itinerario de fe y de amor.

¡La eternidad en la mente! Era el deseo de la Madre. El programa de las Hermanitas. Todo había de eternidad en la misión del Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. En sus casas se alberga el pensamiento de la muerte, porque ellas dan cobijo último a la caducidad de la vida. Los ancianitos han lle-

gado a ellas para concluir la jornada de la vida terrena y dar el último golpe de mano a la obra de su existencia.

Misión de la Hermanita es susurrar esta lección de eternidad al oído de los ancianitos. Sería muy triste que, ni siquiera al último día de la jornada terrena, aquellos despojos de la tierra se acordaran de elevar sus ojos al cielo.

Las Hermanitas han sido creadas para esta tarea. Es la empresa más difícil que se les encomienda, pero también la más sublime. ¡Ah!, pero es muy cierto que la Hermanita se encontrará sin la palabra afortunada, sin el pensamiento granado, sin la convicción suficiente, si su mente no ha sido ganada antes por la idea del mas allá. Si sus ojos están demasiado abiertos a la luz de este siglo, ¡qué extraño que no acierte a acomodar sus pupilas a la luz de Dios!

«La vida es breve —repetía con machacona insistencia la Madre— y si no procuramos atesorar méritos, nos encontraremos a las puertas de la eternidad con las manos vacías».

El espectáculo que, día y noche, tenían las Hermanas ante su mirada, revestía de realidad estas palabras. ¿Qué era la vida? Los ancianitos la consideraban breve. Como un soplo de viento. Como un abrir y cerrar de ojos. Ellos lo experimentaban en sí mismos. Habían nacido ayer y hoy apenas viven. Mientras se recorre la juventud y luego la madurez, parece dilatado el camino de la existencia. Aquellos ancianitos lo habían pensado así un día, cuando la primavera de los años lanzaba al vuelo los pájaros de la ilusión. Tal vez, algunos —¿no

sería la mayoría?— llegaron a pensar, que la carrera de la vida era demasiado larga, por los dolores y las espinas que encontraron en su existencia... Hoy, cuando ya no restan sino pocos metros de camino, se ve que la vida ha sido breve y, ¿qué es lo que negociaron con los talentos recibidos al nacer? ¿Cuáles habían sido las ganancias de su administración? La angustia ante la inutilidad de su existencia y el temor de la cuenta que debían rendir a Dios, desolaban el alma de los ancianos.

Toca a la Hermana reavivar en ellos la esperanza sobrenatural, fuente de paz y de serenidad. Y lo curioso del caso es, que mientras las Hermanitas dictan a los ancianos estas ideas, ellas aprenden de sus asistidos una importante lección. El fruto que las Hermanitas han de recabar en su apostolado, es una más exacta valoración del tiempo. El tiempo —recordaba la Madre— «pasa muy aprisa y es necesario no perderlo». Y en otras ocasiones: «¡No perdamos tiempo! Un minuto perdido en una comunidad, son muchos minutos multiplicados».

Un minuto corre presto en la pequeña circunferencia de nuestros relojes. En el reloj de los cielos, el paso acelerado de las pequeñas agujas arrastra consigo un valor inmenso. A la luz de esta consideración se debe dar la cara al tiempo. Vivir bajo la influencia de esta luz, es sustraerse a la vanidad de todo lo que es caduco, para anclar más profundamente el alma en la única realidad permanente: Dios.

A los ojos de los mortales, resulta un misterio sin clave la constatación de que las Hermanitas rinden mucho trabajo en pocas horas. El tiempo cunde en las casas del Instituto. La razón es una sóla y ésta, elemen-

tal: Las Hermanitas saben que el tiempo es moneda de eternidad y su lealtad a Dios no les permite malgastarlo nunca. Este pensamiento es causa de redobladas energías, de serenos impulsos, de apresurada actividad. Las Hermanitas trabajan y su trabajo se multiplica, porque el sueldo con que se les recompensa su fatiga no es de este mundo, sino del otro. ¿Qué le importa a la Hermanita si el anciano a quien atiende afectuosa no sabe —o no quiere— compensar tanta fatiga con una sonrisa de gratitud, si ella está cierta de que Dios sonríe en el Cielo? Cuanto más falto de satisfacciones humanas, tanto más rico es de esperanzas inmortales el trabajo y la misión de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

No es en la tierra, sino en el Cielo, no en el tiempo, sino en la eternidad, donde las Hermanitas esperan la recompensa de su cotidiano afán; trabajo oculto a las criaturas, pero conocido por Dios.

«Saben que en el otro mundo —son palabras de la Madre Teresa— cada una se encontrará con el bien que ha hecho durante la vida. Con este pensamiento es necesario darse ánimos y no hay tiempo que perder, porque nosotros pasamos presto como el tiempo mismo. Hagan de su parte cuanto puedan y el Señor les ayudará. Sepamos extraer de todas las cosas el fruto debido y nuestros trabajos estarán llenos de la presencia de Dios».

¡El mundo bajo los pies! Un corazón saturado de Dios y una mente fija en la eternidad no pueden ser esclavos del mundo. Ellos son los que tienen el siglo como escabel de sus plantas.

En la síntesis de las ideas de la espiritualidad de la Santa, estas palabras compendian la actitud de la Hermana frente al mundo. Ella se sabe pequeña criatura, que cumple un trabajo humilde, escondido, ignorado. Ella es sierva de los pobres ancianos abandonados, de estos pobres para los que el mundo no tiene sino conmiseración, cuando no desprecio. La vocación de la Hermana se caracteriza por su humildad, por la pobreza, por la obscuridad y el ocultamiento. El alma que abraza la misión de Hermanita ha de saber prescindir totalmente de todo lo que pudiera halagar su yo. La Hermanita se coloca, por esto, en contraste con todo lo que el mundo ambiciona.

«El cáracter de su fundación, destinada a recoger a los pobres abandonados —dicen las deposiciones del Proceso— no es el más propicio para dar satisfacciones de gloria humana o de ambiciones» (5).

Ni ocupaciones artísticas, ni tareas intelectuales condividen con la oración las horas del día; sólo los trabajos humildes, pesados, rectos, a menudo repugnantes a la naturaleza; trabajos que exigen un continuo superarse a la carne y un inalterable espíritu de sacrificio, son los que, con la oración, llenan las horas de la jornada.

Esta es la forja en la que se forman los caracteres de Las Hermanitas, se templan sus voluntades, se queman los prejuicios humanos, se quiebran las cadenas de las pasiones, se fabrica la libertad de los hijos de Dios. Cuando la Hermanita formada en esta escuela se lanza al trabajo diario, la voz de Cristo le sale al encuentro para decirle: «No temas: Yo he vencido al mundo».

---

(5) P.S.V. p. 185.

FERMENTACIÓN

Dicen que el corazón de la madre se dilata a cada nuevo hijo que Dios le regala. El ex-Convento de Sta. Mónica es ahora un corazón de caridad materna. Nada tiene de extraño, pues, que con el pasar del tiempo, sienta la necesidad de una dilatación. Ya sabemos que la Madre era de la opinión de recibir cuantos ancianos llamaran a las puertas del Asilo.

Esta su atrevida doctrina le costó a la Madre Teresa fatigas y sacrificios capaces de descorazonar un alma menos templada que la suya. La de la Madre se fortalecía en la oración y en la plegaria encontraba fuerza para trabajar sin descanso. Éste llegaría únicamente con la muerte.

A los pocos días de abrirse la Casa-Asilo de Sta. Mónica, el número de ancianos subió a ochenta. Era el doble exactamente de los que, con fatiga, se acomodaban en la casita de la Plaza de la Almoyna. Después ascendió a cien. Después... Las peticiones continuaban afluyendo a Santa Mónica y de nuevo se daba comienzo a una etapa de agobios y estrecheces, similar a la que habían padecido en la primera casa. La Madre no podía cerrar a cal y canto las puertas del Asilo. Era madre y cada nuevo ancianito que llegaba a Sta. Mónica, si bien disminuía el espacio de la mansión, dila-

taba, por el contrario, la anchura de su corazón maternal.

No quedaba sino el recurso, que siempre había sido infaliblemente eficaz. La Madre redobló su oración. Las Hermanitas siguieron el ejemplo de la Fundadora; y por este medio, un día se logró solucionar el problema del espacio en Sta. Mónica.

El canónigo D. Francisco Peris —que tanta parte había tenido en la adquisición y restauración de Sta. Mónica— impulsó los nuevos trabajos. Sus planes estaban respaldados por la anuencia del Sr. Cardenal y por la ayuda de numerosos bienhechores del Instituto.

Por de pronto, se pensó en construir un nuevo cuerpo de edificio de dos pisos. La ampliación permitiría doblar el número de los asistidos. La construcción se inició sin pérdida de tiempo. D. Francisco consumió en la obra todos sus ahorros. Apenas tenía un momento libre, se le veía correr a Sta. Mónica. Su presencia era un estímulo para los obreros y su mirada garantizaba la seriedad de la mano de obra. Por unos meses, el canónigo creyó que su vocación del momento era la de ser « albañil de Dios». «Este bueno de D. Francisco Peris —escribía el P. Francisco a D. Saturnino— tiene la monomanía de los trabajos, se está consumiendo, sin concederse un minuto de reposo».

No obstante el celo y la solicitud de D. Francisco, la obra le valió a la Madre muchas horas de preocupación y una buena suma de sacrificios no pequeños. Para ahorrar algún dinero, las mismas Hermanitas se dispusieron a trabajar. Las Hermanas arrastraban las piedras, removían el cemento, transportaban los ladrillos.

Treinta y dos eran, por aquellos tiempos las novicias y se dieron a la faena con toda su exhuberancia juvenil, y sus risas y sus voces y sus gritos y sus cantos armaban tal «guirigay», que la buena Madre Teresa pensó que se le trastornaba la cabeza. Pero no decía nada. Ella hubiera deseado unir su alegría y su trabajo al de sus Hijas. Su salud, sin embargo, era precaria, hasta el punto de que, en los primeros meses de 1875, tuvo que ponerse en camino para tomar las aguas en Almunia. Su ausencia se prolongó hasta el verano, sin que su salud se viera mejorada por ello. Menos mal —pensaría la Madre— que le fue dado aprovechar el viaje para visitar la casa de Zaragoza.

De año en año sentía la Madre el peso de sus enfermedades, que le agobiaban más y más. Pero, ¿cómo hacer un alto en el camino de sus trabajos, cuando tanto quedaba por realizar en pro de los ancianitos? La Madre, a la edad de treinta y un años, era ya una enferma crónica. Su mal había sido dictaminado como incurable. Pero esto no importa. Ella continuará siendo la Fundadora enérgica, inalterable, serena y ninguno que no esté al corriente de sus achaques, advertirá el continuado esfuerzo a que la Madre se somete para no ceder ante la enfermedad.

Las diagnosis de su mal fueron varias. En un principio se creyó que se trataba de una inflamación del peritoneo. Con el tiempo se fue agravando la enfermedad, de modo que su tubo digestivo se vio reducido a una llaga ([1]). Hubo quien habló de un tumor maligno

---

(1) P.S.V. p. 97.

y quien se inclina por la tuberculosis intestinal. Sea lo que fuere, lo cierto es que la enfermedad le mordía las entrañas con un ardor continuo e irresistible, al que se unían frecuentes vómitos, hemorragias, un dolor cortante, una disentería cíclica, una jaqueca habitual por la que, en los momentos mas álgidos, no podía resistir ni el más mínimo rumor, ni el más leve rayo de sol, condenada a encerrarse durante varias horas en la más absoluta obscuridad y silencio.

Cuando se considera que la vida de la Madre fue luego un continuo viajar —¡y cómo se viajaba hace un siglo, en aquellos trenes primitivos, (cuando se tenía la fortuna de poder servirse del tren), y en aquellos coches tambaleantes y agitados!— se comprende el sufrimiento y la humillación, que le causaban sus achaques. Sin embargo, nos dice Sor Josefina de S. Luis, «procuraba mantener dentro de sí sus dolores y no manifestarlos al exterior. Yo estuve muy próxima a ella en sus últimos años y conocía apenas por la contracción ligerísima de su rostro o la ansiedad de sus labios lo que debía sufrir, porque ella no se lamentaba jamás, y si le preguntaba si sufría mucho, me respondía con una amable sonrisa, indicándome que debíamos ser mortificadas y prontas a sufrir» (2).

«Dígnese el Señor aceptar mis sufrimientos —escribía la Santa—, que ellos redunden en gloria suya y provecho espiritual de mi alma». Y también:

«Alabado sea Dios tanto en la enfermedad como en la salud».

---

(2) Ibid.

Con los calores de junio emprendió el viaje a Valencia. Estaba impaciente por retornar a Santa Mónica. Los tres meses transcurridos le parecían interminables, aunque también llenos y fecundos. De hecho, había podido visitar la casa de Zaragoza, que tantas preocupaciones le procuraba, pero donde el número de los ancianos iba en continuo aumento y presagiaba un constante desarrollo. Por otra parte, aquellos meses de forzada, aunque relativa, quietud, le habían servido para mantener una más frecuente correspondencia con el Padre Fundador, comunicándose ambos provechosas ideas referentes al futuro del Instituto. Aunque la mejoría no había sido muy grande, la Madre se consideraba con un ánimo rejuvenecido para acelerar la culminación de los trabajos que se llevaban a cabo en Valencia.

La acogida que le dispensaron en Santa Mónica superó todo lo imaginado por la Madre. Sabía —¿cómo podía ignorarlo?— que sus Hijas y los ancianitos la querían mucho; pero jamás la Madre hubiera podido soñar que la idolatraban tanto. Mientras la Madre Teresa faltó de Santa Mónica, una oculta idea había ido corroyendo la alegría de todos: se llegó a abrigar serios temores por la salud de la Fundadora. Luego, aunque algo calmada esta preocupación, la ausencia de la Madre se prolongaba demasiado, para lo que ellos la querían. Cuando, por fin, se supo que iniciaba el viaje de retorno, una manifestación de alegría incontenible sacudió a todos los habitantes de Santa Mónica. Una febril actividad se desarrolló aquellos días en la Casa Madre. Hermanitas y ancianitos, todos unánimes, se

entregaron a preparar el recibimiento a la Fundadora. La alegría parecía dar alas a los miembros acabados de los acogidos. En el corazón de las Hermanas repicaba a fiesta... Y cuando llegó ella, la Madre, y se vio con todo aquello, sorprendida y llena de emoción, sonrió con aquella su sonrisa buena y maternal. Todos corrían a la Madre como pequeños hijitos. Todos la querían saludar, besar su mano, decirle una palabra de bienvenida. ¡No siempre las lágrimas han de ser de dolor! ¡También se puede llorar de alegría...!

«No puedo describir el entusiasmo con que la Madre fue recibida y aclamada por la Comunidad, por los ancianos e incluso por una multitud de vecinos que se acercó a la puerta de la casa para presentarle sus congratulaciones —escribía el Capellán de la Casa, Don José Monmeneu al P. Fundador—. Palomas, flores, poesías, cantos, arcos de hiedras, iluminaciones por la noche, volteo general y, por fin, hasta se improvisó un espléndido jardín cubierto con ramas de árboles, todo iluminado con farolillos a la veneciana, colgados de árbol a árbol, sorprendente y encantador; tanto que la Madre decidió cenar allí con la Comunidad sin otra luz que aquella fantástica, que daban los farolillos.

Tanto mayor ha sido nuestra alegría al ver de nuevo a la Madre, cuanto más la habíamos creído ya en el Cielo...».

La Madre, les dejó obrar a sus anchas. La manifestación era tan sincera y tan unánime el júbilo, que la Fundadora se sintió consolada, no del homenaje que se tributaba a su persona, sino por la corriente de ca-

ridad, que circulaba entre todos los miembros de su familia —Hermanitas y ancianos— y que para ella representaba la mejor garantía de encontrarse Dios entre todos. «Donde hay caridad y amor, allí esta Dios» (3).

Una nubecilla empañaba el cielo azul de aquella gloria. La Madre volvía de Zaragoza con el presentimiento de una grave defección. La Madre sufría con esta idea. Y la verdad de los hechos vino a confirmar poco después sus dolorosos presagios. La Superiora de Zaragoza, una de las doce Fundadoras, abandonaba para siempre el Instituto. Para el mes de julio la salida se había realizado. La Madre Teresa notifica el hecho al P. Fundador. Le duele en el alma, pero no se maravilla porque —escribía— «aquéllas que no tienen vocación, Dios las deja, y ellas mismas acaban por dejar el Santo Hábito». A distancia de años, la herida que esta deserción abrió en el corazón de la Madre, todavía estaba abierta...

* * *

Octubre encuentra a la Madre peregrina de los caminos de España. Esta vez sus pasos la encaminan hacia el Sur. De Cabra, en las proximidades de Córdoba, le llegan insistentes peticiones de que abra una Casa-Asilo en aquella población.

Al viaje ha precedido una abundante correspondencia, de la que era dado esperar no poco bien para la fundación pues evidenciaba la buena voluntad de los

(3) Himno de Jueves Santo.

que la pedían. La Madre Teresa, por su parte, había elegido con detenido cuidado las seis religiosas que constituirían la nueva Comunidad y había nombrado Superiora a la Hermana Joaquina del Stmo. Sacramento. La Fundadora depositaba toda su confianza en la nueva Superiora. Antes de abandonar Santa Mónica, practicaron los Santos Ejercicios, y fortalecido con la bendición del Sr. Cardenal, el pequeño grupo se puso en movimiento. Las últimas plegarias resonaban aún en las bóvedas de la Capilla, cuando la Madre, acompañada de Sor Dolores Cuesta y de las seis religiosas de la nueva fundación, ponía pie en el estribo del tiro que les había de conducir hasta la estación del ferrocarril. Eran las tres de la tarde del 21 de octubre de 1875.

¡Ya está la Madre Teresa de viaje! Y ¿cómo esquivar al llegar a este punto, la alusión a otra Madre Teresa, viajera infatigable, impaciente por multiplicar sus «palomarcicos», Fundadora enérgica y Santa? A la distancia de más de tres siglos, dos monjas avanzan por la geografía española en dirección a las tierras del Sur. Teresa de Ávila se dirige a fundar en Sevilla. Teresa Jornet va por las proximidades de Córdoba. La Santa castellana sufre el vaivén de los carros cubiertos por pesados paños que enrarecen el ambiente del interior de las carretas, y lo hacen espeso por el polvo y el sudor, pareciendo en frase chispeante de la Santa, «una especie de Purgatorio». Nuestra Madre Teresa viaja en tren correo. Algo, sin duda, ha mejorado la Teresa del 1875 sobre su homónima de hace tres centurias; pero no se crea que por esto el viaje es placentero y privado de sobresaltos. La carbonilla del tren, el tufo

de la humareda, las lenguas de fuego de la locomotora que ponen un brillo rojo en los espacios, tal vez resulten elementos más plásticos y no menos apropiados que los ambientes espesos de los carruajes del siglo XVI, para recordar muy de cerca «una especie de Purgatorio».

A diferencia de la gran Teresa que se puso en camino en el mes de mayo bajo el ardiente sol de Andalucía —«que no es el sol de Castilla, sino mucho más fuerte»—, esta otra Teresa parte cuando los primeros fríos de otoño se descuelgan de los montes y ventean en las sierras las primeras nieves.

Córdoba saluda a la Madre Teresa con la fabulosa mole de su mezquita. En los horizontes se recorta la torre de la Malamuerta, y el río serpentea por entre las calles retorcidas de la ciudad, blancas y limpias, como un imposible laberinto pensado para divertir a las hadas.

La Madre Teresa, obsequiosa siempre y respetuosa, deseó saludar al Sr. Obispo. En ausencia de éste, visita al Sr. Vicario General, que se le muestra muy propicio. Con grande consolación por esto, y con las más rosadas esperanzas, a la tarde siguiente, reemprende el viaje hacia Aguilar.

Se trataba de dos horas de viaje. Nada más. Pero es precisamente en estas dos horas de trayecto cuando más aproximado encontramos el viaje de la Madre Teresa y los itinerarios de la Santa. Las Carmelitas del siglo XVI han de viajar siempre con el temor de que en cualquier momento, la avaricia de un salteador de caminos cierre el paso al carruaje. Las Hermanitas que

van a Aguilar se ven obligadas a dividir su asiento del tren con un muchacho desvergonzado, que además de hacer estúpidos juegos, se divierte con un revólver cargado, cuyo cañón apunta despreocupado —o maligno— contra las religiosas.

Las dos horas de viaje se les hicieron interminables. A la «especie de Purgatorio», para que nada le faltara, se le vino a sumar esta otra «especie de eternidad».

La Madre recibe con cariño
a los pobres ancianos.

UNA FUNDACIÓN AGITADA

Una delegación de señoras y señores esperaba en la estación a las viajeras. Tras los primeros saludos, fueron invitadas a subir a las carrozas para recorrer el trayecto que separa Aguilar de Cabra.

Llovía copiosamente. Las caballerías avanzaban inciertas. El tiempo, mientras tanto, corría veloz... Llegaron a las ocho de la noche. La obscuridad parecía más negra que nunca. La iglesia del poblado estaba ya cerrada y las pobres hermanitas no pudieron visitar a Cristo en el Sacramento, para agradecerle las providencias del viaje y encarecerle mucho que no las abandonara en el futuro.

Una de las señoras que figuran en la comitiva, una noble viuda, las conduce a su morada donde ha hecho servir una abundante cena. De aquí se pasó a rendir homenaje a otra rica dama, que había tomado con todo su corazón el favorecer la obra de las Hermanitas. De aquí... finalmente las Hermanas pudieron llegar a su casa, en la Calle de Tresuela, número 12.

Al bajar de las carrozas comienzan las desilusiones. La casa está situada casi en descampado. A su puerta pasa una vía solitaria y negra. La construcción se encuentra en las peores condiciones: las cerraduras de puertas y ventanas no ofrecen ninguna garantía porque

están inservibles; el patio al que da la escalera, comunica con los otros patios mediante unos arcos abiertos, defendidos de la calle por unos muros bajos, que amenazan con venirse por tierra.

Las Hermanitas miran a la Madre. La Madre devuelve la mirada a las Hermanitas. Aquí concluye este diálogo... sin palabras, pero con toda una elocuencia. Prosigue el recorrido de la casa. Ilumina sus pasos tambaleantes la luz de dos lámparas de petróleo. Caminan de sorpresa en sorpresa. Algunas habitaciones estaban ocupadas por gruesos troncos de encina; en otra habitación descubren una imponente máquina de hierro, cuya utilización es un enigma; no hay en la casa más que dos o tres camas, con la ropa precisa; seis catres completos, doce sillas, un baúl, algún que otro puchero, una mesa y... las dos lámparas de petroleo. Aquí acaba el inventario de bienes. En verdad que pueden decir que son pobres de todo y ricas de una sola cosa: la pobreza.

«Si el Padre Francisco nos viese, no nos dejaría en este estado», decían las Hermanas. «¿Cómo no? Se alegraría y mucho, porque es amante de la pobreza», replicaba la Madre.

San Francisco había bajado a la tierra. Porque lo más hermoso del caso es que la Comunidad, desde el primer instante, se abrazó alegre a un estado de cosas tan poco satisfactorio. El buen humor crecía cuando cualquiera de las Hermanas venía a descubrir alguna otra novedad... «trágica ».

La única mesa que había fue transformada en altar. Sobre él colocaron las imágenes que traían consigo

desde Valencia. Con esto, las Hermanitas vinieron a quedarse sin mesa en qué comer. Se halló, sin embargo, una solución. En uno de los patios dieron con la base cuadrada de una columna; la subieron a una de las habitaciones, colocaron sobre ella el plato común y se sentaron en el suelo formando un amplio círculo. Mientras se vieron obligadas a comer con semejante pobreza, podían decir —y con verdad— que poseían bienes superfluos. ¿Acaso, faltas de mesa, no eran superfluas unas sillas en las que no podían sentarse para comer, porque habrían resultado demasiado altas?

Continuaba lloviendo como el día de su llegada, y un poco por la lluvia, y otro poco por el temor a aventurarse por aquellos caminos solitarios, el caso es que llegaba la noche y las Hermanitas se encontraban sin pan con que acompañar la cena.

A los tres días de instalarse en Cabra, la Madre escribe al P. Francisco y le dice que está muy contenta y alegre interiormente por todo lo que les acontece. Con su delicada caridad comenta: «No diré que estos buenos señores nos hayan engañado, porque Dios quiere probarnos». Y en cuanto a las Hermanitas añade: «Si viera la alegría de las Hermanitas a pesar de estar así... Yo doy gracias a Dios» ([1]).

Se les había asignado un confesor buenísimo y piadoso, pero... «Se reirá de lo que le digo —escribe la Santa— pero hasta en la confesión Dios quiere ponernos a prueba; porque el sacerdote que nos debe confesar es sordo y tenemos que decir los pecados gritando

(1) 293.

a fin de que nos oiga. Nos hemos confesado ya una vez y nos parecía una verdadera comedia». Y con una espontaneidad que recuerda los relatos jocosos de la Santa de Ávila, proseguía: «Yo, que Dios me perdone, me he ya encomendado al Señor, para que no permita que cometa ningún pecado, para no verme obligada a decirlo gritando... Es un Padre buenísimo, que tiene mucho interés por las almas, me gusta, pero si no fuese sordo, me gustaría mucho más; pero Dios lo quiere así y también yo lo quiero».

Su reposo es siempre la voluntad de Dios. No es este reposo una pasividad inerte, sino un surtidor del que manan fuentes de fortaleza y serenidad.

Desde el primer momento era claro que la Obra no podía continuar en aquella casa. La Madre pensó que la solución no era volverse a Valencia, sino encontrar otra morada menos incómoda. Lo malo del problema era que esta solución resultaba dificilísima, y que cada día pasado en aquel tugurio traía una nueva dificultad.

La casa carecía de agua y de tinas en las que hacer la colada. Como no lejos de las Hermanitas se veía un molino inactivo, con la presa en buenas condiciones, bastante independiente y apartada de la vista de las gentes, pensó la Madre que quizá podrían hacer uso de ella. Habló con el dueño del molino y obtuvo su licencia para servirse de la presa. Cuando al día siguiente fue la Madre con una Hermanita a hacer el lavado, se les interpuso una inquilina de la casa que estaba junto al molino, cerró el paso a la presa y se negó resueltamente a ponerse de acuerdo con las monjas. Por aquella vez no quedó más remedio que volverse atrás con toda la ropa sucia.

¡Estaba visto que nada salía bien!

Decididas a cumplir con lo ordenado en el Reglamento, el día 28 de octubre fue recibida la primera anciana. Su nombre merece ser recordado en esta historia hecha de minucias: Bernabela. Días después se encontró acomodo, como mejor se pudo, para otras dos pobres ancianitas.

Ahora que la casa tiene ya tres acogidos, es el momento indicado para que las Hermanitas inicien su postulación por las casas y los mercados. Al día siguiente salió la Madre a pedir. No esperaba encontrar, ciertamente, la acogida entusiasta que caracterizó a las fundaciones de Valencia y Zaragoza, pero sí, al menos, una cierta comprensión e interés por la Obra que, en definitiva, toda ella cedía en beneficio de la población. ¡Nada de esto! Las limosnas no podían ser más escasas en número y en calidad, y, lo que es peor, la Santa advirtió que, más que indiferencia, lo que existía era una frialdad intencionada contra las Hermanitas. Por algún que otro gesto, por alguna frase dicha entre dientes, acabó por entender la razón de aquella inexplicable cerrazón. Sucedía que la apertura de la Casa y la llegada de las Hermanitas no había sido comunicada a la población. Ésta se había ofendido. Puesto que la Obra quería ser llevada por unos cuantos señorones, allá se las apañarán ellos para dar a las Hermanas lo que necesitaren. Con la población de Cabra no se había contado para traer a las Religiosas; ahora que ya están en el pueblo, los que las invitaron a venir deben afrontar todas las responsabilidades de su resolución.

La Santa y sus Hijas no tenían culpa alguna en lo que había sucedido, pero, lógicamente, el resentimiento de las gentes se desahogaba con ellas.

¡Y todavía no había sucedido lo más grave!

Muy pocos días después de su ingreso en la Casa-Asilo, Bernabela sufrió un ataque cerebral que la colocó en las puertas de la muerte. Nada extraño, atendiendo a su edad y a sus debilitadas condiciones físicas; pero en el clima de frío y hostilidad que se había amasado contra las Hermanitas, la enfermedad de Bernabela representaba un contratiempo serio; tanto más, cuanto que la hija de ésta, fuera de sí por el dolor, culpó a las Religiosas de haber envenenado a su madre.

Así las cosas, otra de las acogidas comienza a sentirse enferma. Fuera real enfermedad, fuera, más bien, aprensión y miedo, el hecho es que no quiso permanecer ni un minuto más en la Casa-Asilo y decidió ir a morir a casa de una amiga suya.

Es lo único que faltaba para acreditar ante la población de Cabra la voz de que las Hermanitas mataban a sus asistidos. Alguno más benévolo creyó encontrar la explicación de lo que sucedía en la opinión de que los ancianos, faltos de ejercicio, se hinchaban y morían de repente...

Sin descender a detalles que podrían preocupar excesivamente a Don Saturnino, la Santa le escribía: «No deje de encomendar a Dios este asunto... Espero que Dios nos dará fuerzas para vencer las dificultades que se presenten, porque usted no ignora que las cosas de Dios tienen sus contrariedades» (2). Un mes más tarde, apenas alzada del lecho donde por varios días le había detenido clavada su enfermedad, la Madre Teresa comunicaba lo siguiente: «Aún estamos sin el arreglo de

---

(2) 52.

casa: parece que Dios cierra las puertas y no oye lo que le decimos; pero —decía con su agudo instinto sobrenatural— yo creo que nos está probando de muchos lados y que se complace en esto; si no, no estaríamos tan alegres como estamos. Esta fundación tiene historia que contar. El enemigo hace muchos esfuerzos y esto nos prueba que ha de ser para gloria de Dios» (3).

La Madre estaba decidida a perseverar costase lo que costase. Tentó todas las puertas de salida de aquella situación insostenible. Estaba, esto no obstante, dispuesta a plegarse en todo a la voluntad divina.

«O esta fundación será para una gran gloria de Dios, o es que no quiere que estemos en Cabra. Dios dirá».

Al P. Francisco le escribía con mayor espontaneidad y naturalidad aún. Él la dirigía espiritualmente y seguía de cerca, paso a paso, la vida del Instituto.

Le confiesa encontrarse en la tierra de los desengaños, pero sin dejarse turbar por el cúmulo de las dificultades que se avalanchan sobre la nueva fundación. Por lo que se refiere a las Hermanitas, su alegría y buen humor no conoce fronteras. Ahora precisamente, mientras la Madre escribe, las Hermanitas están haciendo... ¡versos! La Santa comenta divertida: «¡Fíjese usted qué fantasía!».

Mientras se desgrana el rosario de estas contrariedades —¡misterios dolorosos, sin duda!—, la Santa ha planeado la constitución de una Junta entre los amigos del Asilo. Infructuosas por largo tiempo sus gestiones, por fin la Junta ha sido ya creada. Había que buscar

---

(3) 53.

una casa más adaptada a los fines de la Obra. No es fácil la empresa. Los edificios que podrían utilizarse para este cometido son propiedad de ricos señores, que viven lejos de Cabra y cuyo interés por el bien de la población es nulo.

Este egoísmo contrasta violentamente con la generosidad de un noble caballero de la población, Don Juan de Dios Alcántara. Desde la primera hora en que se proyectó la venida de las Hermanitas a Cabra, Don Juan ha apoyado la iniciativa con toda el alma. Cuando venidas las Hermanitas, las cosas comenzaron a torcerse, Don Juan no desertó de su primer propósito. Cuando supo que la Madre andaba a la búsqueda de otra casa, porque la que se había alquilado no reunía las condiciones requeridas, Don Juan se presentó a la Fundadora y con toda sencillez le dijo: «Madre, no se preocupe. Si la casa de mis abuelos, en la que yo habito, es buena para las Hermanitas, es suya desde este momento. Vengan a verla hoy mismo».

El ofrecimiento, por la generosidad que supone y la sencillez con que fue hecho, no tiene necesidad de comentarios. La Santa escucha en silencio, conmovida, y se apresura a visitar la casa. No es grande, no tiene agua corriente; pero sus puertas se abren sobre la Plaza mayor, y con ligeros retoques, puede acomodarse magníficamente a las necesidades de una Casa-Asilo. Sin embargo, la Madre no se decide a aceptar la generosa oferta. Don Juan vive junto con su hermano Rafael. Ambos son solteros. ¿Qué pensara Don Rafael del desprendimiento de Don Juan? ¿No provocará esta generosidad de Don Juan una excisión entre los dos hermanos?

La conciencia delicada de la Madre Teresa no sabe cómo resolverse. Por una parte no quisiera ser ocasión de una rotura familiar; por otra, teme impedir con su negativa a Don Juan la realización de una obra altamente meritoria.

La Madre escribe a su director espiritual, el P. Francisco. A él, solo a él, puede manifestarle su tortura de conciencia.

El correo de la Madre sale con urgencia hacia Santa Mónica. Tarda unos días en recibir la respuesta. Don Juan no acaba de explicarse la dilación. La Madre trata de calmarle. Para complicar más las cosas, el confesor de la Comunidad de Cabra apoya decididamente a D. Juan. La Madre se confía a el y le dice que ha escrito a Valencia, sometiendo el asunto a su director espiritual. El confesor se cree entonces ofendido. Y decide: o la Madre acepta la oferta de D. Juan, o sera necesario que las Hermanitas recojan sus bártulos y se vuelvan a Valencia. La Santa trata de calmarle y de hacerle comprender sus puntos de vista. «Ya ve, Padre, —escribe al P. Francisco— si esto llegaría al alma, pero con todo no cedí» (4).

Fue la última prueba. De aquí en adelante se desenmarañan todas las complicadas madejas. Don Rafael y todos los miembros de la familia Alcántara se declaran contentos con la cesión. Parece que la población va cambiando y que las Hermanitas comienzan a entrar en el corazón de las gentes. Se presumen días de ventura y triunfo... Ahora la Madre puede ya marcharse. Mientras hubo en Cabra necesidad de una mano enér-

(4) 244.

gica y de un corazón templado, allí estuvo la Madre Teresa. Ahora que se aproxima la alegría del éxito, la Madre juzga que su misión ha concluido y abandona la escena, camino de Valencia. El calendario ha perdido muchas hojas desde aquel veintiuno de octubre, a las tres de la tarde, en que la Madre da inicio a su viaje con destino a Cabra. Hoy el almanaque señala el uno de diciembre. Han transcurrido cuarenta días exactamente. Un poco a contrapunto con las fechas de la liturgia, pero no cabe duda que la Madre ha vivido una dura cuaresma durante la fundación de la Casa-Asilo de Cabra.

Fue inaugurada oficialmente el 22 de marzo de 1876. Hubo gran fiesta y, quizá, más que en las dos anteriores inauguraciones; en ella cupo la mayor parte a las gentes sencillas, humildes, del pueblo. Con sus pequeñas limosnas se habían hecho las oportunas acomodaciones en la casa de los Alcántara. Los que ayer volvían el rostro a la Madre, hoy con sus limitados pero constantes contributos han colaborado eficazmente a poner la Obra en su punto. Por eso, en este día en que la Casa-Asilo abre oficialmente sus puertas a los pobres ancianos de Cabra, allí está, el pueblo entero con una presencia unánime, para testimoniar que ahora sí que consideran como propia la empresa de las Hermanitas.

En el viejo molino de las afueras del pueblo las Hermanitas ya lavan la ropa sucia. La señora impetuosa, que un día se encaró con la Madre y le negó el favor de jabonar su pobre colada en las aguas represadas, llora confundida entre la multitud.

La fundación de Cabra se cierra con un epílogo conmovedor. Reveses de la caprichosa fortuna redujeron a D. Juan de Dios Alcántara en los postreros años de su existencia, a una situación miserable. Las Hermanitas tuvieron así oportunidad de hacer patente la gratitud que ellas alimentan para con todos sus bienhechores. Las Hermanitas le franquearon con toda solicitud las puertas de la casa que un día fue la suya nobiliaria. D. Juan volvía a su casa. Es suya, no por sus títulos de alcurnia y nobleza sino por su estado de miseria: en las Casas-Asilo los propietarios no son los miembros del Instituto sino los pobres acogidos. D. Juan volvía a ser propietario de la casa de la Plaza Mayor de Cabra. En el cielo, Dios, que no deja sin recompensa un vaso de agua dado a los pobres por su amor, le había preparado una morada mejor.

LUCES Y SOMBRAS

Los primeros meses del año 1876 los pasó la Santa en Valencia, atenta a los trabajos de construcción del nuevo pabellón. No se sabría decir si costó más preocupaciones que dinero o viceversa.

A Santa Mónica afluían las peticiones de fundar Casas-Asilo en varios puntos de España, e incluso, de la América Española. Antes, sin embargo, de proceder a una expansión mayor, importaba asegurar la sistematización canónica del Instituto.

Aprobado por los Excelentísimos Ordinarios de Huesca y de Valencia, sedes episcopales en las que la Obra había tenido los comienzos, las miras de la Santa y, con ella, las de D. Saturnino, estaban fijas en Roma. La aprobación romana era la única garantía para la conservación del genuíno espíritu en todas las fundaciones que se siguieran. Ya desde el 27 de febrero de 1873, Don Saturnino había iniciado por vía oficiosa las primeras gestiones en Roma, conducidas a obtener de la Santa Sede el «Decretum Laudis». Al año siguiente, se comenzaba a gestionar esto mismo por vía oficial.

Roma, sin embargo, no tiene prisa. Ella sabe pagar el tributo necesario al tiempo que pasa, por ver si con él se esfuman también aquellas organizaciones que, hijas de la voluntad contingente del hombre y no de la

eterna voluntad de Dios, estan llamadas a desaparecer. Si la Obra es de Dios, siempre será hora de que la Iglesia le conceda carta de ciudadanía; si la iniciativa no tiene más fondo que la decisión humana, presto desaparecerá.

Desde hacía dos años se encontraba en Roma la petición de la Madre Teresa y todo hacía confiar que la respuesta de la Santa Sede no sufriría larga dilación. La Santa había ordenado especiales oraciones con este fin y ella personalmente insistía ante Dios, para que la contestación de Roma fuese acorde con los deseos de todos los miembros del Instituto.

Pero no era posible retardar más las nuevas fundaciones. Les llamaban desde Catalayud, Tarragona, Oliva, Santiago de Chile... La Madre se decidió por la fundación de Oliva. Tenía la ventaja de que la población formaba parte de la misma provincia de Valencia y además tenía preparada la casa.

Hacía dos años que había fallecido en Valencia una rica señora, Doña Dolores Pascual y Mayans, y en su testamento dejaba ordenado que la casa de su propiedad en Oliva, fuese transformada en Asilo de pobres ancianos. Dejaba también una suma de dinero para sufragar los gastos de acomodación del edificio a la nueva finalidad. Los albaceas de la señora se dirigieron a la Santa. Ésta, pedida antes la aprobación del Cardenal y la de D. Saturnino, aceptó la oferta.

En el segundo aniversario de la muerte de la donante, 18 de abril, partió la Santa con cinco Hermanitas. Por deseo expreso del Sr. Cardenal, fueron acompañadas por el P. Francisco y por dos señores.

La llegada fue triunfal. En la estación de Gandía comenzaron los homenajes. Allí estaban los elementos más reputados del clero de Oliva. el Ayuntamiento y la Magistratura, los miembros de la Conferencia de San Vicente de Paúl, y numerosos privados. Una vez más las Hermanitas subieron a las carrozas y el cortejo inició su marcha hacia Oliva.

A la una y media del mediodía se comenzó a ver, en la lejanía, la población de Oliva. También desde Oliva unos ojos espiaban la llegada de la comitiva. Desde las atalayas dieron la voz de alerta e inmediatamente se lanzaron al vuelo las campanas de todas las torres de Oliva. La gente se precipita fuera de sus casas. Los niños corren al encuentro de las Hermanas. Una marea de gente, fuera de sí por la alegría, avanza en dirección a las carrozas. Suena la banda municipal, resuenan los aplausos, los «vivas» rasgan el ambiente... La Guardia Civil y la policía municipal se empeñan vanamente en contener la avalancha de las gentes...

A duras penas se abrió paso la comitiva hasta la iglesia de Santa María. Comienza el cortejo con el desfile de un grupo de jóvenes caballeros en briosos y lujosos corceles. Seguía una hilera de pobres agrupados tras una enorme bandera, en cuyos amplios pliegues figuraba escrita en caracteres grandes la palabra «caridad». A continuación el grupo de las Hermanitas con la Madre Teresa. Luego el clero. Después el Ayuntamiento en Corporación, autoridades y toda la población de Oliva...

La iglesia de Santa María conoció «un lleno» como jamás se había alcanzado. Las voces del «Te Deum» resonaban en las altas bovedas del templo. La gente no

pudo contenerse más y, como si una voz misteriosa hubiere dado una serial de mando, al unísono prorrumpió en atronadores —la palabra pertenece a la crónica del memorable suceso— salvas y vivas a las Hermanitas, a la Religión Católica y al Sr. Cardenal...

De la iglesia se pasó a la Casa-Asilo. La fachada estaba adornada «con mucho gusto». Un magnífico arco de triunfo, ornado con figuraciones simbólicas y lemas de caridad; ricos tapices y reposteros colgaban de las ventanas; collares de farolillos a la veneciana le daban «una encantadora perspectiva».

Las Hermanitas entraron en la casa seguidas por la flor y nata de la población de Oliva. El P. Francisco, con aquel su instinto sobrenatural que le distinguía, paró los pies de todos en el umbral de la Casa-Asilo. Ésta había sido regalada por Doña Dolores Pascual. Justo era en aquellos momentos acordarse de ella. El vocerío se amansó; de la boca de todos subía al cielo una plegaria conmovida por el eterno descanso del alma de quien había donado la casa a los pobres...

El alcalde de la población dirigió unas palabras de saludo y bienvenida a las Hermanitas, y de elogio y agradecimiento al Sr. Cardenal, al pueblo, a los bienhechores. Siguió el discurso del párroco. Invitó a todos los fieles a cooperar asiduamente con la obra de la Casa-Asilo, a protegerla con su generosidad, a mirarla como una obra más de todos. Todos habíanse unido en aquella fecha. La caridad de Cristo había procurado el milagro de unificar los sentimientos, que estaban divididos por las pasiones políticas. Si todos unidos se disponían a ayudar a la Casa-Asilo, la unión de esta jornada permanecería de generación en generación. Ter-

Al partir de la Casa Madre para hacer nuevas fundaciones,
la Santa se despide de sus ancianos.

minó con un «Viva Pío IX» que, unánimes, contestaron todos con la más grande emoción.

Cuando todos, por fin, se marcharon y las Hermanitas se encontraron solas, pudieron respirar a sus anchas. Estaban fatigadísimas por todos aquellos actos. Pero no podían quejarse. Eran todos ellos expresión sincera y espontánea de la bondad de las gentes de Oliva y, si fatigaban el cuerpo, endulzaban el alma.

Se equivocaron, sin embargo, al pensar que el capítulo de los festejos había concluído. Cuando menos se lo esperaban, el sueño de las Hermanitas se vió interrumpido por la melodía de una serenata. Poco después le sucedía lo mismo al sueño de Don Francisco en la casa que le habían ofrecido como alojamiento.

Al igual que otras fundaciones, la Santa inició en Oliva la postulación por los mercados y las casas. En todas partes se le acogió con simpatía y afecto. La generosidad era grande. Sólo faltaba una cosa: dificultades; por lo que la Santa apresuró su marcha. Sus Hijas podían caminar sin ella.

* * *

El mes de junio de aquel año reservaba a la Santa dos grandes consuelos: vio finalizados los trabajos de Santa Mónica y de Roma llegó el «Decretum Laudis».

La Madre había tenido muchas preocupaciones con las obras de Santa Mónica. Su conciencia sensibilísima se sobrecogía ante la sola posibilidad de faltar a la justicia con nadie. Los pabellones levantaban al cielo sus muros, pero a la par se elevaban igualmente los gastos

cuantiosos. La Madre había tenido miedo de no poder satisfacer a sus acreedores y, no por otra razón, sino por el perjuicio que su insolvencia podía acarrearles. Hoy la Madre está tranquila de conciencia: las obras han sido coronadas por el fin y los gastos han sido satisfechos.

El segundo acontecimiento era, sin duda, mucho más importante. Con fecha del 2 de junio, el Santo Padre Pío IX, en la audiencia concedida al Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, alabó y recomendó el Instituto. El 14 del mismo mes venía extendido en la Ciudad Eterna el «Decretum laudis».

Este primer paso, que encamina a la Obra hacia su aprobación definitiva, se había dado con excepcional rapidez, pues el «Decretum Laudis» no solía ser conseguido sino a los 10 o 15 años de la fundación de las nuevas Obras.

La Madre Teresa intuyó todo el alcance del Decreto. Sus formulas eran frías, sus expresiones rígidas, sus términos comedidos; pero la Madre sabía que el Decreto tenía la virtualidad de elevar el Instituto a la condición de Instituto de Derecho Pontificio y no ignoraba que esta vinculación a la Santa Sede provocaría en su Obra una considerable aportación de gracias y de santidad, de catolicidad y de unidad.

Lo comunicó a sus Hijas de Valencia y escribió la noticia a todas las otras casas. Quería que en todas ellas se celebraran solemnes funciones de acción de gracias. Deseaba, sobre todo, que sus Hijas hallaran en esta conyuntura un motivo más para crecer en santidad. La Santa Sede habíase mostrado confiada y bené-

vola con las Hermanitas. Obligación de las Hermanitas era, en consecuencia, no defraudar las esperanzas de la Madre Iglesia.

La santidad de sus Hijas era tema obligado en los labios de la Madre. Hablaba de esta obligación continuamente. Ambicionaba para ellas una persuasión siempre alerta de que la tendencia a la santidad es el primer deber de una Hermanita. Cuando, en los momentos de amor filial, sus Hijas le preguntaban qué podían hacer para contentarla, pues que dispuestas estaban a todo por la Madre, la respuesta de la Santa era una sóla: «¿Que cómo podrán corresponder a mi amor? Hijas mías, siendo muy santas».

Esto es lo importante. ¡Lo sólo importante! El resto, se nos dará como añadidura.

* * *

¡Y vuelta a Zaragoza! Es a primeros de julio cuando la Madre hace de nuevo su entrada en la ciudad del Pilar. La enfermedad le había obligado el año anterior a dejar sin terminar la visita canónica. Ahora venía a concluirla.

Quebraderos de cabeza de la Madre Teresa: aquella Casa-Asilo de Zaragoza florecía, se dilataba, era amplio su apostolado; pero... Este «pero» atormentaba a la Madre. «Veo —escribía al P. Francisco— a las Hermanitas con miedo y con una cierta prevención, yo procuraré estar muy amable para que se expliquen» ([1]).

---

(1) 249.

Advertía ciertos tapujos en las relaciones de aquella fundación con los Superiores del Instituto; la caridad fraterna se resquebrajaba; se descuidaba la asistencia espiritual a los ancianos; faltaba el orden, la limpieza. A decir verdad, no se trataba de inconvenientes graves. No es que padeciera la casa una crisis profunda. En definitiva, un manojo de insignificancias y pequeñeces. Pero todo ello se agravaba con la consideración que todo este mundo de cosas pequeñas tenía lugar en los comienzos de la fundación. Y la Madre calculaba: «Si esto ocurre hoy, en los primeros años, ¿qué no sucederá más tarde?».

Su correspondencia con el P. Fundador y con el P. Francisco testimonia el estado de su ánimo, solícito, vigilante, a menudo entristecido: «¡Salen seis Hermanas para Zaragoza —escribia a Don Saturnino el 2 de diciembre (2)— entre ellas Sor Dolores, Si ahora no se arregla esa casa con el personal que le mandamos (que es el mejor)...». En otra ocasión: «Me es muy penoso alejar a las novicias del Noviciado y hacer venir a las profesas; aquellas que debían, como primeras, ser las columnas más fuertes del Instituto y, sin embargo, son todo lo contrario. Esto es muy penoso, me llega hasta lo más profundo del corazón».

El P. Francisco había comunicado a la Madre, durante la visita de ésta a la fundación de Cabra, malas nuevas sobre la vida de la Casa de Zaragoza. La Fundadora responde: «Siento en el alma los disgustos que V. tiene en todas estas cosas. Allí interviene gente de fuera en las cosas de las Hermanas. No haremos nada con

(2) 69.

sacar las profesas, que no tienen toda la culpa. Yo me temo que allí hay una mano oculta; pero no tan oculta que no se deje ver» (3).

Con suave energía, como era su particular estilo de obrar, trató de encontrar remedio al mal. Asistió con solicitud de Madre a aquella casa, la visitó frecuentemente, la hizo caminar cogida de la mano hasta que, habiendo retornado la tranquilidad a los ánimos, —como se nos refiere en el Libro de las Visitas con fecha del 23 de mayo de 1881— pudo, por fin, «complacerse de la exacta observancia y del complimiento de los propios deberes por parte de las Hermanas, así como también del desarrollo adquirido por la casa».

De Zaragoza, en el verano del 76, pasó a Calatayud. Requerían su presencia y le aseguraban que una casa estaba ya a disposición de la Obra. La visita le procuró a la Madre un gran desengaño. Cuatro años tendrán que pasar aún para que sea un hecho aquella fundación.

Regresó a Valencia por la línea de Madrid. El calor la había reducido a un estado deplorabilísimo. «Tres meses de invierno y nueve de infierno», se dice del clima de la geografía central española. La Madre se había aventurado a pasar por allí, precisamente en uno de aquellos meses... infernales. Volvía, con todo, contenta. Personalmente se había podido dar cuenta de cómo iban las cosas. Se había enderezado lo torcido; a las Hermanas desconfiadas les renació la seguridad en la Madre. Era un buen premio, alcanzado, es verdad, a pago de grandes sufrimientos. Pero el bien hecho, allí quedaba.

---

(3) 254.

En el mes de octubre se trasladó a Cabra y los días que trascurra en la población cordobesa constituirán para la Madre unas jornadas de alegría y consuelo. Aquella fundación nació entre el buen humor, cuando, en realidad, motivos había, y muchos, para comenzar entre llantos. Entonces la Madre y las Hermanas prefirieron comerse «las lágrimas y romper a reir y hoy todavía continuaban las risas. Todo marchaba bien en Cabra. La fidelidad a la Regla era absoluta. La caridad entre las Hermanas no conocía fisuras. El amor a los ancianitos, cordial y sincero. El de los acogidos para con las Hermanas, agradecido y filial. ¡No quedaba sino reir!

Los agobios económicos de la fundación de Cabra habían pasado también a la historia. «Dios ama al que da con alegría». Las Hermanitas inmolaban su vida y ocultaban su sacrificio bajo la broma de sus cantares y el buen humor de sus risas, y esta alegría en el dar y en el darse conquistaba la generosidad. Por eso la Casa de Cabra tenía resueltos sus problemas económicos. La población no negaba nada de lo que las Hermanas precisaban. La Santa vio que Dios estaba muy metido en los asuntos de aquella Casa y su alegría fue muy grande. «Dios protege a los humildes, que no tienen pretensiones —escribía con emoción la Santa al P. Francisco» ([4]). Y a Don Saturnino más tarde, excusándose de no haberle escrito antes, porque entre la Visita y... las visitas de los andaluces —que son muy cumplidos—, se le había volado el tiempo, teje este hermoso

(4) 254.

elogio de la Comunidad de Cabra: «Estoy satisfecha del espíritu y observancia que hay en esta Casa. Estoy plenamente satisfecha y contenta. De fondos andan bien. Dios les bendice, porque son humildes» (5).

Volvió en seguida a Valencia. Algo le hablaba en su interior de que pronto tendría que ponerse nuevamente en camino. Todavía la Madre no sabía nada. Pero ya era esperada en otra ciudad.

---

(5) 254.

BURGOS. LA FUNDACIÓN DEL NIÑO.

Durante el verano, precisamente mientras la Madre se encontraba en Aragón, el Arzobispo de Burgos había escrito al Cardenal Barrio, manifestándole el deseo de abrir una Casa de Hermanitas en aquella ciudad. Se consideraba con un cierto derecho. Las conocía desde los tiempos, ya un tanto remotos, de Barbastro y poco había faltado para que las Hermanitas, en lugar de dirigirse a Valencia, hubieren recorrido, a la inversa, la carrera del Cid. ¡Era, pues, hora de que cumplieran sus deseos!

El Cardenal respondió que, por su parte, haría cuanto estuviere en su mano para contentarle. Su deseo era encomiable. Su derecho... casi hasta derecho legítimo.

Cuando la Madre volvió a Valencia, se adhirió entusiasta a los intereses de los dos Prelados. Se fue adelante en los trámites, cuando he aquí que el cielo visita a la Madre con el dolor. La vida de una nueva fundación exigía el tributo de la sangre.

En la presente ocasión, el pago fue alto. El Cardenal Arzobispo de Valencia, que tanto interés había puesto en la fundación de Burgos, como ya de siempre tenía tan en el corazón todos los intereses del Instituto, enfermó y el 20 de noviembre concluyó con una santa muerte su santa vida. Tenía 71 años, menos un día.

Las Hermanitas, más que un Pastor, perdían un Padre. El dolor de la Madre Teresa fue muy grande.

Desde el día en que las Hermanitas habíanse convertido en sus diocesanas, la benevolencia del Cardenal para con ellas iba continuamente en aumento. Prueba del alto aprecio en que el Cardenal tenía a la Obra y a la Madre es el cúmulo de elogios que amontonó su Eminencia en el escrito con que pidió al Santo Padre la concesión del «Decretum laudis» para la naciente Institución.

Dos o tres días a la semana, Su Eminencia se llegaba a Santa Mónica, para hacer entrega de cuantiosos socorros.

«¿Qué os dicen —preguntaba sonriendo a las Hermanas en una de estas visitas— qué os dicen cuando vais pidiendo por Valencia? ¿Que sois las «filletes» del Cardenal? Sí, decidlo fuerte, muy fuerte: que sois mis Hijas amadísimas, las Hijas de mi corazón».

Este corazón de padre había ahora cesado de latir; las Hijas se sentían abatidas por el dolor. «Nada digo del sentimiento que tenemos —escribía la Madre a Don Saturnino ([1])— estamos trastornadas, por haber perdido un Padre que tanto interés se tomaba por el aumento de la Institución».

Pero si el Cardenal había muerto, había también dejado como heredero de su afecto, de su celo, de su solicitud por las Hermanitas, a su propio Secretario, el Padre Francisco, y, ciertamente, que no podía haber firmado testamento mejor.

---

(1) 68.

Veinte días después salía la Santa hacia Burgos. La fundación de Burgos confortaba a la Madre. Ella no sólo satisfacía sus ansias de caridad para con los pobres, sino que daba cumplimiento al deseo del finado Cardenal. Este pensamiento la animaba. Estaba dispuesta a afrontar cuantos sacrificios se le presentaran, con tal de dar cuerpo y vida al deseo del que, en la tierra, había satisfecho con generosidad y amor tantas de las más importantes aspiraciones del Instituto. Porque los sacrificios no podían faltar. Todas las fundaciones los exigen. Pocos meses antes, en carta escrita a la Superiora de Cabra, como respuesta a una de ésta en que se felicitaba, por lo bien con que todas las cosas habían procedido en la fundación de Oliva, la Fundadora anotaba agudamente: «Me alegro de que se hayan enterado de la acogida que se nos dispense, pero no crea que todo fueron flores, porque también hay espinas; aunque éstas, no se deban decir en el periódico» ([2]).

En los mismos sentimientos abunda la Madre Teresa escribiendo a la Superiora de Oliva. Era su intención haberla visitado antes de finalizar el año. La muerte del Cardenal había precipitado la marcha de los asuntos, y ahora está ya la Madre con el pie en el estribo, cuando redacta esta carta. «El lunes 11 salgo para la fundación de Burgos. Vea lo distantes que estaremos; el espíritu, sin embargo, estará unido y ofreceremos al Niño este pequeño sacrificio. Hijas mías, este año nos toca la cruz; aceptémosla con gozo. No dejen de encomendarnos a Dios, porque el viaje es muy largo

(2) 487.

y dicen que la tierra es la más fría; yo espero que el Niño nos calentará desde el momento en que nos manda en esta estación de frío. Que todo sea por Dios» (3).

Por expresa disposición del Arzobispo de Burgos, no se había realizado obra alguna en la casa, que un señor había ofrecido para ser transformada en Casa-Asilo. Su Excelencia pensó, que nadie como la Madre podría ordenar los trabajos más oportunos para la transformación de aquella vivienda en hogar de los pobres ancianitos. La medida era toda prudencia y sabiduría. Tenía, no obstante, un grave inconveniente y era que obligaba a la Madre a detenerse en Burgos por mucho tiempo. Decidió, pues, llevar consigo una sola Hermana, Sor Dolores. Estaba destinada a ser la Superiora de la nueva fundación. El resto de la Comunidad se pondría en viaje cuando los trabajos estuvieran finalizados.

Dos noches y un día de viaje separaban Valencia de Burgos. Las dos viajeras descendían en la estación de Burgos, medio heladas por el frío, la mañana del día 13. Habían salido a recibirles el Secretario del Arzobispo, D. Manuel Rivas y un señor, D. Domingo Rico, que fue presentado a las Hermanas como el caballero que ponía su casa a disposición del Instituto.

La histórica ciudad hizo honor a su nunca desmentida hidalguía. Estaba revestida de una espesa capa de nieve. Las dos religiosas sintieron todavía más frío; pero les pareció mejor considerar, que si en Burgos ne-

---

(3) 582.

vaba de esa forma, era porque la ciudad quería vestirse de fiesta para celebrar la llegada de las Hermanitas. Después de haber alentado este pensamiento, el frío continuaba igualmente intenso y cortante; pero la Madre Teresa pensó lo contrario...

Todo era blanco. Al arco de Santa María se le acrecían las almenas con la blanca nieve. En la fachada de la Catedral, la silenciosa e inmóvil ringlera de santos —reyes, prelados, monjes...—, encapuchados con nívea cogulla, escrutaban a las recién llegadas. Nadie lo observó, porque el lenguaje de las viejas estatuas resulta incomprensible para nuestros sentidos; pero, ¿qué duda cabe de que, desde los altos nichos de la Catedral, los santos burgaleses saludarían a la Madre Teresa, como a una persona amiga, que, andando los años, vendría a formar parte de la familia de los bienaventurados?

Todo era bello, aunque todo era terriblemente frío.

Don Manuel y Don Domingo tuvieron el buen acuerdo de acompañar a las Hermanas directamente a su nueva casa. Estaba situada en la calle de los Heros de Santa Clara. Se sirvió el ritual chocolate. Luego por aquel día, dejaron solas a las Hermanas, para que descansaran y pudieran inspeccionar detenidamente su alojamiento. «Nos habían dicho que tenía ocho balcones —escribía la Santa al P. Francisco— y, ciertamente, es grande, pero hay que hacer muchos trabajos. Parece Santa Mónica cuando la compramos» ([4]).

Al día siguiente, la Santa visitó al Sr. Arzobispo, Su Excelencia Don Anastasio Rodríguez Yurto, un Pastor

---

(4) 265.

según el corazón de Dios, todo encendido en caridad, hasta el punto de merecer ser motejado, «el Obispo de los pobres». A él se le debía exclusivamente el proyecto de abrir en la ciudad una Casa-Asilo, para la asistencia de los pobres ancianos. Puede, pues, imaginarse sin dificultad la alegría y afabilidad con que acogió a la Madre Teresa. A ella, la cordialidad del Arzobispo de Burgos le recordaba la del Cardenal de Valencia. «Me parece —escribirá— que tomará las cosas como suyas, si no me confundo. Cuando le he dicho que fuera nuestro Padre, me ha respondido: «Sí, Hijas mías, desde este momento lo seré con alegría». Yo he sentido una gran emoción mientras estaba allí y suplicaba al Señor que no me diese lágrimas. Dios sea bendito» ([5]).

Estas palabras retratan a la Madre tal como era: con un corazón sensible y leal, y con una voluntad viril.

El Arzobispo le dio carta blanca para efectuar en la casa los trabajos y transformaciones que considerara necesarios. «Obre con amplia libertad, no tiene que hacer otra cosa que pedir; yo pagaré lo que sea, y lo mismo para la comida y para los muebles».

La Madre no había ni remotamente soñado en tanta liberalidad. Hasta le parecía excesiva. Tuvo que escribir al Padre Francisco y preguntarle si debía o no aceptar. Ella hubiera preferido llamar a una puerta y, luego, a otra, y a otra, y a otra... y pedir, por amor de Dios, la caridad de una limosna.

Tuvo que hacer de arquitecto. Estaba claro que el Sr. Arzobispo deseaba que ella condujera la transfor-

---

(5) Ibid.

mación de la vivienda en Casa-Asilo. Se puso al trabajo inmediatamente. Cuanto antes acabara, antes podría volver a Valencia. Se ilusionó con concluir las obras, al menos para la Navidad. No le cabía en el corazón el pasar aquellas jornadas lejos de sus Hijas. Pero tuvo que sufrir esta pena, y hacer de la necesidad virtud. «Estos trabajos me han procurado bastante dolor de cabeza por la distribución, ya que no hay otros arquitectos a excepción de las Hermanitas; pero Dios nos asiste y ya se ha sistemado todo». Y al Padre Fundador: «Ya están los albañiles en casa y me han hecho arquitecto sin entender de construcción. Dios nos conceda salir con bien».

Mientras tanto, en la casa deshabitada y abierta a los cuatro vientos, la Madre padecía el intenso frío de aquel invierno. «Esta tierra es friísima —escribía a la Superiora de Oliva— y como tenemos la casa grande y estamos las dos solas, estamos fresquitas, gracias a Dios» (6). Y, con una espontaneidad graciosísima, le dice al P. Francisco: «Tengo un frío que no puedo ni escribir. Veo que el Niño este año quiere divertirse, pero no sé cómo acabará».

La Madre pensaba también en sus Hijas. Estaba preocupada de que no podría alguna de ella resistir tan baja temperatura. «Que las Hermanas se preparen ropas personales, que todo será poco... No sé si será prudente hacer venir a Sor Rosa, porque hace un frío atroz y además hay mucho todavía por hacer; ella no sirve para esto, yo lo siento, y su complexión no es para un cambio tan fuerte».

---

(6) 584.

Pero el día 29 llego un puñado de Hermanas y entre ellas venía Sor Rosa. La Comunidad de Burgos estaba ya allí. La Madre comenta: «Han llegado sin percances, gracias a Dios. Están muy contentas y ya me han dicho que tratarán de ser muy buenas. Pobrecitas mías, ¡cuánto las quiero!». (Esta vez, a la Madre, tan sobria y comedida, se le ha escapado el corazón por la pluma).

Apenas la casa está ya en orden y la siervas a disposición, llegan los dueños. Comenzarán las ancianitas; más tarde vendrán también los ancianitos. La estadística no se para nunca: diez, veinte, cuarenta. A los dos años son cuarenta y seis. Antes de la muerte de la Santa, el número oscilaba entre los noventa y los cien.

Ella, la primera sierva, al día siguiente de recibir a los primeros acogidos, tomó el capacho y con una Hermana se marchó al mercado. Era su costumbre. Cuando se abría una casa, la Madre era siempre la primera en comenzar la postulación. La impulsaban a ello su sed de humillaciones y su insobornable sentido de responsabilidad: ella tenía que dar ejemplo a sus Hijas y abrir la primera brecha...

Lo de Burgos fue muy diverso a lo de Cabra. Además, ¿qué mano se niega a abrirse con largueza en los días que median entre la Navidad y Reyes? Las cestas se colmaron en un santiamén, la limosna en las casas fue abundante. Al otro día se dirigieron al mercado de la fruta. La Santa comentaba riendo: «Como al Niño le gustan mucho los dulces, hace que también los demás se endulcen».

¡El Niño! Es el pensamiento que taladra, segundo tras segundo, la mente de la Santa mientras se echan

los cimientos de la fundación burgalesa. La soledad, el frío, el alejamiento de los serás queridos, dejados huérfanos de madre en Valencia, le hacían vivir intensamente el misterio de la Navidad. Ahora comprende mejor lo que fue Belén con su pobreza, con su frío, con su abandono, con la falta de un hogar acogedor. La Madre Teresa piensa en el Niño. Y siente un profundo gozo de verse también ella pobre, helada, sola, alejada de sus serás queridos, para imitar, aunque sea desde muy lejos y muy pálidamente, al Niño que, por amor de los hombres, bajo a la tierra...

El Niño supo recompensar a la Madre. Las cartas de estas fechas rezuman dulzura. La Madre Teresa gusta una época de consolación interior. Nada cuentan los sinsabores de la fundación. Todo encuentra sobrada compensación, en la dulzura que anega el corazón de la Madre por la amabilidad de los burgaleses, la cordialidad del Arzobispo, la buena voluntad de la Hermanas. La identidad entre la Navidad primera y ésta que la Madre transcurre en Burgos es perfecta. El frío, el abandono, la soledad de Belén tuvieron su larga réplica en la dulzura de un coro de ángeles que cantó durante la noche, y en la buena voluntad de unos pastores sencillos. La Navidad, desde entonces, es difícil y trabajosa, pero dulce.

El regalo de Reyes fue un obsequio de excepción: el Niño vino a tomar posesión de la Casa-Asilo. Pobre entre los pobres, en su llegada abundó la pobreza. La Capillita era en extremo modesta. Tuvieron que pedir prestados los ornamentos; D. Manuel les regaló el alba... Todo pobre. Pero cuando ya el Niño estuvo entre

ellos, la pobreza se trocó en riqueza, y la Madre, las Hermanitas, los Ancianitos, llegaron a sentirse poseedores como lo eran del mayor tesoro. Tenían a Cristo, y esta posesión —la única, pero la sola necesaria— les inundaba de dulzura.

La Santa no podía prolongar indefinidamente su estancia en Burgos. No sabía cómo ahorrar a sus Hijas este sufrimiento. Veía que, cuando se hablaba de su partida, las Hermanitas se ponían tristes. También la Madre sufría aquella pena. Sentía que el corazón se le encogía, porque —como ella confesaba— «no se deja sin dolor aquello que se ama». Pero el deber es el deber. Había de romper con todo y salir. Acababa el tiempo de Navidad. Con él concluían las dulzuras y al primer plano de la actualidad se asomaba la frase que la Madre escribió a la Superiora de Oliva: «Hijas mías, este año nos toca la cruz. Abracémonos a ella gozosas».

El Niño de Belén crece pronto y hay que seguirle en su desarrollo, para poderle acompañar al huerto de Getsemaní y a la cima del Calvario.

ESTE AÑO NOS TOCA LA CRUZ

Comenzamos con un descarrilamiento de tren. Viajeras de este infortunado accidente, la Madre y la Hermana que la acompaña. Gracias a Dios, ahí quedó todo. Habían subido al tren en la estación de Burgos; iban camino de Madrid cuando, a la vista de Valladolid, el tren se sale de las vías. Nadie se explica cómo la Madre Teresa no fue cogida por un vagón. Ella se acordó que era miércoles y creyó que San José le había dispensado su protección muy oportunamente. De todas formas, se iniciaba el año como ella había escrito, con una pequeña cruz...

Este año no habrá ninguna fundación nueva. Cierto que no del número mayor o menor de casas es de donde se deduce la vitalidad de una familia religiosa, pero es significativo que este año, augurado como de gran dolor y prueba, el Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados no conozca la ya habitual alegría de una nueva fundación.

Año de estancamiento, de desilusiones, de humillaciones, aparece en los planes de Dios, como un período de purificación del interior de la Santa y de sus Hijas, a fin de que no levaran anclas del fondo de la humildad. Existe un orgullo colectivo, un orgullo de «cuerpo» de los Institutos religiosos en cuanto tales, más sutil y peligroso que el orgullo individual.

La concupiscencia de la soberbia está muy enraizada en la naturaleza humana; durante años nos damos enteramente a doblegar la cabeza del orgullo en nuestra alma y, cuando creemos que estamos a punto de vencer la batalla, sucede, de improviso, que un hecho cualquiera nos revela que el orgullo esta allí, vivo, amenazador, porque lo único que hemos conseguido, ha sido desplazar sus manifestaciones, desde un plano individual hasta un plano colectivo. Comprendemos la estupidez de un orgullo personal, pero quizá, inconscientemente, admitimos por buena una soberbia colectiva, arropada bajo un pretendido legítimo amor a nuestra Obra.

El Señor trató de librar a la Santa Madre Teresa de este defecto. Por eso, como regalo de su amor, encarriló la empresa del Instituto por una vía estrecha, tan angosta en algunos momentos, que llegó a parecer un callejón sin salida. Dios no perseguía con toda esta tremenda humillación, sino conseguir que, una vez más, la Madre Teresa dijera con absoluta lealtad: «Siervas inútiles somos, Señor».

La entrada en Valladolid tuvo que hacerla a pie. El tren continuaba aún fuera de los railes...

Se dirigió al Palacio Episcopal. La acogida fue entusiasta, cordialísima; pero la fundación no llegó a cuajar. Así durante todo el año. Confianza, invitaciones, propuestas, cartas. La Santa iba, hablaba, todo parecía dispuesto... y luego todo se venía abajo.

Este es el caso también de la sonada fundación de Gandía. El ofrecimiento no podía ser más halagüeño. Se les proponía un antiguo convento, en una posición

geográfica maravillosa, y con una pequeña iglesia, que era todo un primor. La Madre Teresa visitó la construcción, quedó encantada, soñaba con los ojos abiertos en un próximo Asilo en Gandía. La cercanía de Gandía y Oliva facilitaría la ayuda mutua entre ambas casas...

Después de tanta ilusión, todo quedó en agua de borrajas. Lo mismo en Pamplona. Lo mismo en Baeza. Lo mismo en varios sitios más. Este año era como esas primaveras precoces, que salpican de flores blancas los brotes de los árboles. «Mañana llegará el buen tiempo, y el sol y las claras estrellas en el cielo azul», se dicen las gentes. Mañana... Sí, mañana; ese mañana que se ve rosado, amanece turbio, preñado de negras nubes, corre un viento fresco, de los montes baja la escarcha, y, una a una, caen por tierra las prometedoras flores, que ayer amanecieron en las ramas altas de los árboles.

La Madre advertía ese viento frío, que daba al traste con sus mejores esperanzas. Una mirada, un gesto, una contracción de labios le hablaban con mayor elocuencia que un largo discurso. «Don X no se mostró ni alegre ni triste, pero noté una cosa, un no se qué...» ([1]).

Y en otra ocasión: «No me sorprende que dijera un no más grande que Santa Mónica, porque no me gustó la risilla del Secretario y lo demás que... se queda en el tintero» ([2]).

Lo malo es que la Madre Teresa acertaba y que sus previsiones se cumplían irremisiblemente.

El pueblo estaba entusiasmado con las Hermanitas; las autoridades civiles, fuere cual fuere el color del par-

---

(1) 263.

(2) 265.

tido en que profesaban sus ideas políticas, miraban bien la obra del Instituto. Las prevenciones, sin embargo, procedían de más arriba...

Cuando el quince de octubre, en la fiesta de su Patrona, la Madre Teresa subió por primera vez al Palacio Arzobispal para presentar su homenaje al nuevo Arzobispo Mons. Antolín Monescillo, su dolor fue grande —bien que no le cogió de sorpresa— al saber de labios de S. Excelencia que la Nunciatura Apostólica había cursado al Prelado de Valencia, para su examen, una petición de las «Petites Soeurs des Peuvres» en la que proponían la fusión o mejor, la absorción del Instituto español de las Hermanitas por el de las francesas. Si esto no era factible se pedía, por lo menos, que la Institución española cambiara de nombre.

Mons. Monescillo desconocía las razones que habían impulsado a la fundación del Instituto español y los motivos por los que se había transferido a Valencia la Casa Madre de la reciente fundación. Conocía, por el contrario, y apreciaba mucho a las «Petites Soeurs». La situación era, por esto, particularmente delicada.

La Madre Teresa advirtió la gravedad del momento. Su corazón voló a Dios. Con sobria objetividad expuso al Sr. Arzobispo el origen, los fines y la historia de su Instituto. Las Hermanas españolas no se habían instalado en Valencia, sino porque las francesas habían declinado la invitación que se les hizo por parte de la población. Insistió la Santa en la idea de que el Instituto español respondía más adecuadamente al carácter y exigencias del temperamento nacional, y por eso la Obra adquiría tan rápido crecimiento y se extendía por

varias provincias de España. Si las vocaciones afluían numerosas, esto era asunto de Dios, que no de las criaturas, y no parecía prudente que se le impidiera a Dios realizar sus planes...

El Arzobispo fue conquistado por la sencilla exposición de la Madre. Comprendió el razonamiento que justificaba su Obra y prometió apoyar con decisión los intereses del Instituto español. Rápidamente, escribió a la Nunciatura para que no se diese curso a la petición.

Don Saturnino, puesto al corriente de lo que estaba sucediendo, se trasladó a Madrid. Fue recibido en la Nunciatura y, por el momento, del asunto no se volvió a hablar.

Las nubes, sin embargo, quedaban agarradas en el horizonte y la Madre Teresa sufría.

Más de una vez, en los años siguientes, le tocaría oír de boca de personas poco iluminadas o de espíritu pequeño, cómo se intentaba enfrentar un Instituto con el otro, cómo se sembraban insinuaciones injustas, y verá obstaculizada la expansión de su Obra con perjuicio, sobre todo, de los ancianos.

Trataba de no escuchar, de no ver, de despreocuparse de tanta maledicencia. Quería elevarse por encima de las pasiones humanas. «Se conoce que estamos en tiempo de prueba... Dios sea bendito, que tantos golpes nos da a la vez» ([3]).

Dios la probaba al mismo tiempo con pruebas interiores, enfermedades, defunciones en el Instituto. Acabó por caer tan gravemente enferma durante el verano, que el médico temió se tratara del cólera.

---

(3) 91.

Era el año de las cruces. Una vez más los hechos confirmaban los presentimientos de la Madre. Es cierto que todo este mar agitado estaba enfurecido por un error y una mala inteligencia. Los hechos sucesivos nos lo manifestarán claramente. Pero mientras tanto, se puede uno imaginar la angustia y el temor de todos. Solo la Madre, aunque dolorida, permanecía en calma. «No hay que perder el ánimo —recomendaba— Dios nos ayudará en todo. Por nuestra parte no omitamos nada, aunque repugne a la naturaleza».

Aparece por enésima vez el estilo de la Madre. El remedio de todos los males, la solución de los problemas siempre había de proceder de Dios. La oración y el esfuerzo viril y generoso aseguran la fidelidad de la Madre. «Seamos fieles a la gracia». ¡Cuántas veces esta recomendación apuntó en la boca de la Fundadora a lo largo de su vida! Para nosotros tiene un valor de excepción esta habitual llamada a la fidelidad. Nos indica que la existencia de la Madre era toda ella un acto —estaríamos tentados a definirla, más bien, un estado— de fidelidad a la gracia. Hija verdadera de María, la Madre Teresa se esforzaba en acomodar su vida a los ejemplos de lealtad de la Madre de Dios, la Virgo Fidelis, a la plenitud de la gracia.

Bajo la mirada de María, junto a su Corazón Inmaculado, florecía entre tanta espina, la única rosa del año. Ella compensaba cumplidamente todo dolor. El 8 de diciembre de 1877, fiesta de la Inmaculada Concepción, la Santa, con su hermana María, pronunciaba los votos perpetuos.

¡Para siempre! Para siempre esposa de Cristo, para siempre sierva de los pobres. ¡Para siempre! Qué ale-

gría para el alma repetir esta palabra que sacia la exigencia del verdadero amor, su perennidad, y fundir en una sola llama el amor y la entrega, para rendir en el amor al Esposo la humildad de la sierva, y en el servicio a los ancianos la dignidad y el amor de esposa del gran Rey!

La Santa vivió esta hora singular con humilde reconocimiento y con total, absoluta entrega. El silencio cubrió con un sello el misterio de gracia que se efectuaba en su corazón. Los hombres nada sabemos del diálogo que mantuvieron el Esposo y la esposa. Sólo podemos conjeturar que sus palabras fueron fuego y espada, porque la Madre Teresa, al día siguiente de los votos, apareció con una redoblada energía, para seguir su ruda, fatigosa, ensangrentada carrera.

TE DARÉ UN NOMBRE NUEVO

Un río cualquiera. Rumoroso. Despreocupado. La madeja de plata de sus aguas se destrenza en un fácil curso. Pero llega el hombre y alarga su mano robusta, para interrumpir la carrera del río. Ha nacido una presa. ¿Creéis que es pretensión infantil del hombre paralizar las aguas azules? «Abrid las compuertas», dice una voz y, al instante, las aguas se lanzan a carrera veloz, con un potencial de fuerza formidable que nada y nadie puede ya dominar.

El año de cruces fue la represa de energías del nuevo Instituto. Dios ha clamado hoy a los ángeles del cielo para que desgarraran la presa y ya nada tiene de extraño que el Instituto de la Madre Teresa inunde de Casas-Asilo las regiones de España, surque los océanos y anegue en caridad las tierras de Hispanoamérica.

Es imposible seguir a la Santa en toda su actividad. Imposible, no por falta de crónica, que es sobrada, sino porque el poner nuestra planta allí donde corre peregrino el pie de la madre, nos forzaría a una serie ininterrumpida de viajes a través de toda España. Porque ininterrumpido fue el itinerario de la Fundadora.

Y es que el mero fundar no es todo. Abrir una Casa cuesta fatigas, sin duda; pero la misión de maternidad no concluye con dar a luz un hijo. En cierto sentido, el

trabajo de la Madre comienza cuando el pequeñín sueña ilusiones de oro en el regazo materno, cuando tambalea los primeros pasos, el día que hace por vez primera la señal de la cruz, cuando atraviesa la carretera, cuando va a la escuela, cuando viste de pantalón largo...

Fundar no es el todo. Hay que vigilar la vida de la nueva fundación, asistirla en sus necesidades, impulsar su desarrollo, orientar su existencia... La Fundadora es madre, y esta condición exige de ella algo más — ¡mucho más!— que el plantar en tierra extraña una Casa-Asilo y olvidarse para siempre de los hijos que allí quedan.

La Santa concedía extraordinaria importancia a la visita de las Casas. Hubo vez que prefirió ser sustituida en la inauguración de un Asilo antes que abandonar o retrasar una visita a la Casa ya fundada de años. La Madre Teresa, obediente a lo ordenado en las Constituciones, jamás se toleró la libertad de distanciar la visita canónica de una Casa-Asilo mas allá de los tres años indicados en las Reglas.

El continuo crecimiento del Instituto y la multiplicación de las Casas, redoblaba la labor de la Madre Teresa. ¡Y aquellos viajes cansados! ¡Y aquella su salud fatigada!

¿De qué comodidades podría gozar la Madre? La red ferroviaria era muy limitada, las unidades... lo que podían ser en una nación que se desangraba en guerras civiles de partido. Allá donde el tren no había llegado, continuaban haciendo su servicio las viejas carretas, los penosos tiros, la calesa pueblerina. Los caminos eran todos vías penitenciales.

La Santa estaba siempre enferma. Padecía unos males que requerían una vida tranquila, ordenada, sin excesos, con una dieta estudiada y un reposo continuo. La Madre Teresa, por el contrario, se colocó en la otra banda. Siempre en movimiento, lo mismo en invierno que en verano, fatigada, insomne, viviendo una existencia de misionera de la caridad, sin cuidarse lo mas mínimo. ¿Exageraciones? No. Las palabras no tienen fuerza suficiente, para expresar lo que fue la vida de la Madre Teresa.

En marzo de 1878 se encuentra en Castellón de la Plana, poco después en Valencia, por abril en Almería y tierras andaluzas, un mes más tarde, en Santiago de Compostela, donde abre dos Casas, por julio y agosto visita las de Burgos y Zaragoza, en septiembre se encuentra en Játiva, en el interior de la región de Valencia, de donde pasa a Yecla, en la provincia de Murcia, siguiendo hacia Guadix, en la provincia de Granada, para volver nuevamente a Yecla. Siete nuevos Asilos abiertos en un año, en diversas regiones de España, es la mies segada con estos sudores.

El siguiente año no es menos laborioso: en febrero ha vuelto a Játiva, de aquí a Alcoy, en el mes de mayo la encontramos por el norte, en Gijón; pasa luego a Burgos... Sus achaques continuos la obligan a detenerse en Sobrón para la cura de aguas. Por noviembre se encuentra en Cabra, más tarde en Castellón...

El balance de 1879 registra la apertura de nueve Casas; seis el año siguiente y tres en 1881.

Una pregunta sale espontánea al leer esta estadística: ¿De dónde sacaba la Madre Teresa el personal su-

ficiente para tantas Casas? Aquí era donde Dios se manifestaba impetuosamente. Si maravillosa es la multiplicación de las Casas-Asilo, mucho más lo es la floración de vocaciones para el Instituto. De hecho, la apertura de un mayor o menor número de Casas estaba condicionada, principalmente, a la existencia de un suficiente número de Hermanas.

Elogiosa y elocuente era la palabra de Dios a través del número abundante de postulantes que pedían su admisión en el Instituto. Dios mostraba su gran complacencia en aquella Obra, confiaba en ella, y por eso conducía las almas a la puerta del Instituto, porque en él encontrarían el medio de santificarse y de cooperar en la obra apostólica.

Pero más que al número, la Santa atendía a la calidad. La formación de las novicias era la preocupación constante de la Madre. Por eso, ¿cómo podía la Madre Teresa aguantar por más dilatado tiempo la falta de un local apto para la formación de las nuevas Hijas que Dios le enviaba?

Cuando la Comunidad se trasladó a Santa Mónica, aquello parecía un palacio regio en comparación con la pequeña casa de la Plaza de la Almoyna y fue dado acomodar convenientemente a las novicias. No se contaba en aquellos días con una tan acelerada multiplicación de éstas y nadie pensó en el futuro problema. Ahora estaba ya ahí, grave, trascendental, el primer problema del Instituto. Las condiciones presentes eran insostenibles. Las novicias se agolpaban en sus limitados locales, invadían las salas de las profesas y ya no era posible mantener la obligada separación entre unas y

otras. La formación de las jóvenes se resentía de estos inconvenientes.

La Madre María, hermana de la Santa, insistía en que se diese solución a este estado de cosas. La Madre Teresa se lo decía a Dios. Las mismas novicias metieron en danza a San José. Sus aspiraciones eran legítimas, pero... se pedía, nada menos, que un Noviciado de nueva planta. Ininterrumpidamente se recitaban las oraciones todas que la Iglesia ha aprobado en honor del Santo Patriarca, pero en vano.

No quedó más remedio que reforzar la carga. Se eligió la mediación de Santa Teresa de Jesús. A ella no le había negado nunca nada San José. Esta vez no le dejaría tampoco al descubierto.

La Santa abulense, tan despreocupada siempre de economías, fue nombrada tesorera de las limosnas que se alcanzaran para la construcción del Noviciado. Su caja de caudales —una sencilla gaveta de madera— se encontraba a sus pies. La Santa, lo mismo que San José, se hacían los despreocupados. Pasaban los días; las novicias continuaban en sus plegarias; la Madre Maestra de novicias no desistía en sus ruegos; la Fundadora confiaba más que nunca en la intervención divina y... nada. No se hablaba de otra cosa que de la construcción del nuevo Noviciado. Tan unánime no era el pensamiento sobre el lugar en que debería ser emplazado. Quién lo quería aquí, quién allá. La Madre María, con su ingenuidad espontánea, colocó una estampa de San José en una pequeña cajita de cartón, la llevó hasta uno de los antepechos de una ventana que daba sobre los huertos de Santa Mónica y dijo: «Vea-

mos, Santo bendito, de qué parte quieres que se edifique el Noviciado». Mientras así decía se le escapó la cajita de las manos; se produjo un revuelo de algazara enorme, pero luego, reflexionando, se vio que el lugar donde habían caído caja y Santo era el más oportuno para levantar el edificio.

Por fin llegó la hora de atender a tanta insistencia. Había costado mucho la consecución de esta gracia; pero cuando la voluntad divina se avino a concederla, compensó con creces la fatiga y preocupación anteriores.

El Conde de Casa-Rojas, que tenía por nombre José, fue el mecenas del nuevo Noviciado. La primera piedra fue colocada el 19 de marzo de 1882, en la festividad del Santo Protector.

Un año más tarde, en el aniversario de aquella fecha, se podía ya celebrar por vez primera la Santa Misa en la nueva capilla. Dos años después, siempre en la festividad de San José, tenía lugar la solemne inauguración del grandioso edificio. Hoy se alza todavía como un testimonio pétreo de la eficacia de la plegaria y de la benevolencia de San José para con el Instituto.

Santa Teresa de Jesús quedaba licenciada de su cargo ministerial de tesorera y podía ocuparse en otras tareas más a tono con su amor a la pobreza...

* * *

Mientras se revolvía este problema de la construcción del Noviciado, precisamente en los primeros meses de 1882, otro asunto, más arduo y penoso, acaparaba las solicitudes de la Madre Teresa.

Al filo de la Navidad recibió la Madre una noticia confidencial desde Roma. Se le comunicaba que un nuevo tentativo había sido efectuado ante la Congregación de Obispos y Regulares para obtener un Decreto de fusión del Instituto de la Madre Teresa con el de las «Petites Soeurs» francesas. Las razones aducidas para apoyar la petición, se reducían a insistir en que la organización francesa precedía en tiempo a la Institución española, en que era uno mismo el fin de ambas entidades, y, finalmente, en que la identidad de nombre de ambos Institutos se prestaba a amparar equivocaciones, orientando hacia el español las vocaciones y limosnas que debían venir a desembocar en el francés.

La fusión de los dos Institutos en el primero resolvía de golpe este conjunto de inconvenientes. Si esta absorción no era concedida, se pedía que, al menos, la organización española fuera constreñida a cambiar de nombre.

Con el fin de librar al Instituto de una desaparición definitiva, la información secreta recomendaba a la Madre Teresa elevar rápidamente preces al Santo Padre, en que solicitara un cambio de nombre.

Urgía obrar con prisa y tacto. Raramente se pueden conciliar ambos intereses, pero la Santa lo consiguió.

Como primera providencia se dirigió a los Reverendísimos Señores Obispos de todas las diócesis en que tenía Casas-Asilo, a fin de que se dignaran elevar a Roma las oportunas y rituales cartas laudatorias a favor del Instituto. Ella misma redactó un extenso Memorial, sobrio, claro, preciso, en el que daba una ceñida explicación del origen, fin, nombre de la Obra.

Desde un principio, decía, la organización española había añadido a su nombre el termino «Desamparados», con lo que se caracterizaba al Instituto.

Bajo el nombre de «Hermanitas de los Pobres Desamparados» se había extendido rápidamente por 19 diócesis de España y había abierto 28 Casas-Asilo. Bajo esta misma denominación habían sido canónicamente aprobadas por los Prelados de Huesca y de Valencia y la misma Santa Sede había extendido bajo ese nombre su Decretum laudis.

Un cambio substancial del nombre reportaría grave perjuicio al Instituto. Con la prueba de los hechos demostraba la Madre Teresa lo infundado de las acusaciones levantadas sobre que las limosnas y vocaciones de una de las organizaciones derivaban en provecho de la otra. La Santa se tomaba la libertad de someter a la consideración del Sagrado Dicasterio romano algunos puntos básicos, para llegar a un eventual acuerdo, que facilitase la pacífica coexistencia de los dos Institutos. Terminaba el Memorial pidiendo a la Sagrada Congregación que, si era considerada absolutamente precisa la mutación del nombre, les fuese permitido asumir el de «Hermanitas Españolas de los Pobres Desamparados» o, por lo menos, el de «Hermanitas de los Ancianos Desamparados».

En Roma se ponderaron las razones de una y otra parte. Las calurosas y favorables relaciones de los Obispos españoles, y en particular del Arzobispo de Valencia, movieron a la Sagrada Congregación a encomendar al Nuncio de Su Santidad en Madrid la convocatoria de las representaciones de los dos Institutos con vistas a la firma de un acuerdo mutuo.

El Instituto francés delegó su representación en las personas de la Secretaria General y en la de la Superiora de la Casa de Madrid, que era también Asistente General. Por el Instituto español intervinieron la Santa y su hermana la Madre María de Jesús.

El P. Fundador y el Padre Francisco proyectaron, en un principio, acompañar a las Hermanas; al final se abstuvieron de hacerlo. El primero —según escribe el primer biógrafo de la Santa— «porque se encuentra profundamente afligido»; el segundo por delicadeza: no quería que pudiera a nadie parecer que él usurpaba las veces del P. Fundador. Esta obligada ausencia fue un bien. Ella manifiesta «la santa independencia, comenta el biógrafo citado, con la que se comportó la Madre en aquellas históricas deliberaciones» ([1]).

El acuerdo firmado a la vista del Nuncio Apostólico, S. E. Mons. Angel Bianchi, establecía que el Instituto francés conservaría el nombre con el que era llamado en España desde un principio. El Instituto español, por el contrario, asumiría la nueva denominación de «Hermanitas de los Ancianos Desamparados».

Las dos organizaciones proseguirían con la misma independencia, de que hasta el presente habían gozado la una respecto de la otra. Evitarían, sin embargo, como ya lo venían haciendo, establecerse en las localidades en las que ya se encontrasen las otras. Las Casas ya abiertas o en construcción, o sólo en proyecto, de las Hermanitas españolas serían de su sola propiedad y viceversa.

---

(1) Vida manuscriti, p. 111.

Las donaciones y los legados —siempre que no se especificare nada en contrario— se entenderían hechos a favor del Instituto que tuviese la Casa en la población del testador. Caso de que no hubiere ninguno de los dos, se recurriría a la libre voluntad de los donantes o a la interpretación de los albaceas testamentarios.

El 21 de julio el acuerdo era sometido a la Santidad de León XIII y aprobado a continuación.

Se resolvía de esta forma una situación penosa. De haberse prolongado por más tiempo, los mayormente perjudicados hubieran sido los mismos pobres, aquéllos por cuya mejor asistencia contendían con óptima voluntad ambos Institutos. No era la vanidad o el espíritu de cuerpo lo que fortalecía el brazo de la Fundadora en la defensa de su parte. Tenía conciencia de actuar siempre con gran rectitud, con absoluta lealtad, con juego limpio, sabedora de defender, no la propia Obra, sino la Obra de Dios. Ella no era sino una sencilla ejecutora de los planes divinos.

La Madre Teresa estaba plenamente convencida de que era posible la vida de las dos organizaciones. ¿Acaso no coexisten tantas y tantas Congregaciones Religiosas dedicadas a un mismo y similar fin? ¿Tal vez, por mucho que fuera el desarrollo de las «Petites Soeurs» y del Instituto de las Hermanitas, llegarían a procurar una total asistencia a todos los pobres ancianos desamparados? Su corazón de Madre soñaba con una ancianidad asistida por la caridad cristiana en todo el mundo; pero su inteligencia le decía que, no únicamente para esos dos Institutos, sino para muchos más similares a éstos, habría en el mundo trabajo y

lugar para la caridad. Urgía, pues, lanzar por la borda cuanto pudiese en modo alguno contener los impulsos de la caridad. Salvar lo esencial, sí, era un deber; sobre este extremo no había posibilidad de ceder en nada. Pero por lo accesorio, lo accidental, ceder —la gran palabra de la Madre en estos momentos supremos— ceder de todo corazón en la paciencia, en la caridad, en la humilde sumisión a los deseos de la Santa Iglesia y de su cabeza visible. Esta era... la política partidista de la Madre Teresa.

Dios bendijo el espíritu de longanimidad y pacificación con que obraba la Madre. Roma aprobó e hizo suyos todos aquellos puntos básicos, que la Santa había juzgado como necesarios para la solución del caso en su famoso Memorial. Se le mandó cambiar de nombre, es cierto; pero el cambio fue mitigado por la concesión romana a aceptar como denominación una de las propuestas por la Santa. Hoy tenemos que convenir que el Instituto salió ganando.

«El nuevo nombre era, sin comparación, mucho más hermoso y preciso que el que antes utilizaban: sólo con enunciarlo, se conoce ya el objeto y la modalidad de la Congregación que lo ostenta» (2).

¡Hermanitas! Así, en diminutivo. Para expresar alegría. Para significar una juventud que el paso de los años puede cubrir de arrugas en los cuerpos, pero que no será hábil para formar pliegues en el corazón, ¡Hermanitas! Ni Hermanas ni Madres. Porque ellas se entre-

---

(2) Pelayo: «Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Bodas de Oro. Santander, pág. 269 ss.

gan a Dios con el fin de servirle en la asistencia a los ancianos desamparados, que son sus hermanos mayores. No es oportuno que se llamen Madres, porque madres y padres son los ancianos a los que ellas sirven. No es conveniente que se digan Hermanas, porque cuando los hermanos crecen, cada cual hace de su existencia un feudo y una torre. Sólo hay un nombre que les cuadra: ¡Hermanitas! Pequeñas, juveniles, dispuestas, prontas a cumplir con los mandatos del hermano mayor, prontas a llenar de sonrisas el hogar, a sembrar de ilusión las cabezas que se doblan con los pesares. ¡Hermanitas! Para que la boca del anciano amargado se llene necesariamente de dulzura al llamar a la que le sirve. ¡Hermanitas! Para abajar soberbias, para trazar entre el anciano que llama y la religiosa que responde, un puente de cordial confianza... ¡Tantas palomas se lanzan al viento al decir este nombre! «Hermanita» es, en verdad, una palabra dulce en la que están incluidos gran número de títulos hermosos y significativos, adoptados por tantos otros Institutos religiosos. Las Hermanitas son, en una palabra, auxiliares, siervas, madres, hijas, oblatas, enfermeras, celadoras, esclavas, misioneras de estos pobres Ancianos Desamparados, representantes de su dulcísimo Esposo, el buen Jesús (3).

Dios, al final de tanta lucha, tenía razón. «Vocabitur tibi nomen novum quod os Domini nominabit et eris corona gloriae in manu Dei tui» (4).

---

(3) Pelayo: Bodas de Oro, pág. 271.

(4) Is. LXII, 2: «Tú serás llamado con un nombre nuevo, escogido por la boca del Señor y serás una corona de gloria en la mano de tu Dios».

LA FUNDADORA

Durante el año 1882, la geografía de España se alegra con la inauguración de seis nuevos hogares para los pobres ancianos: Tuy y La Coruña, Oviedo y Logroño, Villarobledo y Ocaña conocen en este año lo que es la caridad de Cristo, para con los más despreciados de los hombres.

Había pasado un decenio en la vida del Instituto. Cuando, al término de esta primera etapa, las Hermanitas vuelven su cabeza hacia el tiempo que ya se fue, no pueden menos de recordar la parábola del Señor sobre el grano de mostaza. Porque, si algo había habido pequeño en sus comienzos, era la fundación del inolvidable «Pueyo». Hoy el Instituto era ya un árbol frondoso. Sus frutos no eran escasos: treinta y dos Casas en diecinueve diócesis, doscientas noventa y tres Hermanitas y casi dos mil ancianos asistidos en aquel momento, sin contar aquellos que habían ya entrado en la eternidad. La Santa Iglesia había otorgado al Instituto un nombre propio y lo había alabado en sí y en su actuación.

Este es el parte estadístico de los diez primeros años de existencia del Instituto. Es preciso, sin embargo notar, que esta manifestación exterior de empuje, de fuerza, de expansión, alimentaba sus raíces en tierras de humildad, de pobreza, de sencillez, de caridad.

Las criaturas consideraban y admiraban el número de Casas, de Hermanitas y de Ancianos. Dios mira con otros ojos. Su mirada es más penetrante y sabe llegar hasta el profundo de corazón. Y aquí es donde Él se complace. Por eso, ahora, a los diez años de aquella sencilla jornada de la festividad de San Francisco de Asís, la atención de Dios se dirige hacia el espíritu de las Hermanitas. Bien están las Casas, bien la nutrida estadística. Pero lo que a Dios interesa y agranda es la lealtad del corazón, la fidelidad a la palabra empeñada un día, la ilusión de todas las mañanas de hacer la diaria tarea con afán, con amor, con caridad. Al caer estos diez primeros años, Dios ha cogido en sus manos el corazón de las que Él llamó un día para cooperar en su obra, y lo ha encontrado rebosante de juventud en su ideal primero. Al cabo del primer decenio no había desfallecido el amor para con los ancianos abandonados. ¡Desfallecer! Había ido en aumento, porque, ¿no hemos, acaso, convenido, en que las entrañas de amor maternal se dilatan a medida que se acrecienta el número de los hijos?

La mirada de Dios se fijó, de una manera especial, en la Madre Teresa. Él la había escogido para piedra fundamental de la nueva Institución. Sobre ella había gravado el peso de la mayor responsabilidad en aquellos años.

Superiora de hecho desde el primer día de su llegada a Barbastro y nombrada como tal oficialmente a continuación de la Vestición, ella había sido confirmada por el mes de mayo de 1873, al trasladarse a Valencia, al tiempo que, al tenor de las Constituciones, se

procedía al nombramiento de los primeros cargos. Los miembros del Directorio o Consejo del Instituto condividirían con la Madre Teresa la responsabilidad de aquellas horas iniciales de la Obra.

Esos, al menos, eran los planes. Se esperaba que el Instituto contaría, en un plazo de nueve años, con todo su personal directivo. La previsión no se verificó. Las aguas de la vida correrían un cauce muy diverso del que podía imaginarse.

De los cuatro miembros del Consejo, una, Sor Mercedes Calzada, moría dentro del año. Otra, Sor Rosa G., enviada como Superiora a Zaragoza, había desistido de su primer propósito y había abandonado el Instituto. Sor Micaela Bagües, tercer miembro del Consejo, tuvo que sustituir a la Superiora de Zaragoza. Junto a la Madre no quedaba sino una sola de las Consejeras: Su hermana María, Maestra de Novicias. A la vista de tanto contratiempo, cualquiera pensaría que Dios se había empeñado en hacer el vacío en torno a la Santa, para que fuera aún más evidente, que ella era la verdadera Fundadora, la auténtica mano de la Providencia en la realización de los proyectos, que sus designios divinos tenían trazados para el Instituto.

No cabe punto de comparación entre la parte que tuvo en la fundación un Don Saturnino o un Cardenal Barrio o, incluso, la que le cupo al P. Francisco, y la que le tocó realizar a la Santa.

Diversos entre sí y con varias misiones, estos tres hombres de Dios aportaron a la fundación del Instituto una cooperación preciosa e insustituible; pero es obligado afirmar que, pese a todo, su intervención fue limi-

tada siempre al empeño asignado a ellos por la Providencia y en la medida en que se lo permitieron sus otras ocupaciones sacerdotales. El caso de la Santa es muy diferente. Su entrega a las tareas del Instituto es total. Su vida se funde totalmente con la vida del Instituto. Más: el Instituto crece y vive con la vida de la Madre. Era natural que, el tiempo, la dilatación y el crecimiento del Instituto acabara por consumir la vida de la Fundadora.

* * *

Con un ritmo creciente, que casi provoca una sensación de vértigo, el Instituto continúa su expansión en el segundo decenio de su vida. Sólo en el año 1883 se llega a la apertura de diez Casas y se inician los trámites de varias fundaciones más.

Personalmente la Santa había preparado las nuevas fundaciones. No pudo, sin embargo, inaugurarlas todas en persona. En el mes de febrero presidió la apertura de la Casa de Alcira, a poca distancia de Valencia. Tres meses más tarde, el 11 de mayo, cuando se disponía a emprender el viaje para asistir a la inauguración de la Casa de Orihuela y, luego, la de Alcázar de San Juan, se vio presa de tales dolores neurálgicos, que no tuvo más remedio que quedarse en la Casa-Madre. En sustitución de la Fundadora, salieron urgentemente de viaje la Madre Maestra de Novicias hacia la primera fundación y la Secretaria, Madre Concepción, para la segunda.

El 5 de junio la Santa se encuentra en Badajoz. De un extremo de España a otro extremo. Y vuelta a via-

jar. A lo largo de la frontera portuguesa, la Madre Teresa gana nuevamente el norte español. Sube hasta Galicia. Visita la Casa de Tuy, abre la de Vigo, se entretiene en las de La Coruña y Santiago de Compostela, luego inaugura la de Caldas de Reyes y vuelve a Vigo... El calendario señala el mes de agosto. ¿A dónde irá la Madre? Atravesando España, la veremos ir de viaje a la ciudad de Cuenca, continuar hasta Córdoba y, de nuevo, seguir hacia Valencia. Al concluir su itinerario, la Madre Teresa ha recorrido dos veces en zigzag toda la ancha península Ibérica.

Estos viajes interminables consumían sus fuerzas físicas y, sin embargo, no lograban saciar los deseos de su corazón. «Habría deseado ir a verles a todas, —escribía a las religiosas de Cabra— porque saben que las amo mucho a todas, pero no me alcanza la salud. Dios sea bendito».

La Madre soportaba más fácilmente la molestia de los viajes que la extenuaban, que el dolor de verse imposibilitada a realizar las visitas de las Casas. Únicamente, cuando no era absolutamente posible el ponerse en viaje, la Madre Teresa acababa por dar su conformidad.

Las alforjas de viaje de la Madre, en sus visitas a las Casas del Instituto, abundaban en prudencia, orden, tranquila energía, bondad, devoción. Su presencia en una Casa valía por unos Ejercicios espirituales a la hora de enfervorizar los espíritus, difundir un sentimiento de gozo y de alegría, de cordialidad y de paz. Las visitas de la Madre Teresa nada sabían de esa tensión y malestar que, no raramente, acompaña a estos actos.

Todas las Hermanitas habían sido recibidas en el Instituto por la Madre. La mano de la Madre les había franqueado a todas el umbral del Noviciado, todas se habían formado bajo su mirada y la palabra de la Madre había ido conformando internamente su fisonomía espiritual. Ella les había hecho avanzar seguras hasta el altar y su presencia había dado ánimo y aliento a todas al pronunciar su Profesión religiosa. Todas la llamaban Madre. Y, en realidad lo era en el más pleno significado de esta palabra por lo que a su vida religiosa se refería. La llegada de la Madre a cualquiera de las Casas del Instituto constituía, por tanto, una gran alegría.

Las Superioras salían a su encuentro en las estaciones. La Comunidad concluía los preparativos para la fiesta. Una Hermanita miraba a lo lejos y cuando se divisaba el movimiento del pequeño grupo en el que venía la Madre, las campanas rompían a tocar en signo de fiesta; las religiosas se ponían sus hábitos de coro, en un dos por tres se componían las filas y, a paso procesional, seguidas de los ancianitos, caminaban hacia la Madre. Después todos se dirigían juntos hacia la Capilla, para agradecer a Dios el viaje felizmente concluido y, luego, era el momento de la alegría, de los besos, de los abrazos, de la voz entrecortada por la emoción de un grupo de ancianitos que grita a coro: ¡Madre! ¡Madre! y que sólo se calla cuando la Madre Teresa les dirige una mirada cariñosa, les dice una palabra cordial y, abriéndose paso por entre sus Hijas, avanza hacia ellos, para que puedan cogerla de la mano, besarle el escapulario, tenerla cerca de ellos y

poder decirle en voz baja... ¡qué decirle! Tanto preparar la frase y repetirla una y mil veces por lo bajo, para olvidarse ahora de todo y no saber sino mirar fijamente a la Madre, mientras en sus viejos rostros florece una ancha sonrisa... Fiesta familiar, espontánea, alegre, sencilla. Fiesta en que tenía su más exacto cumplimiento el «Cor unum et anima una» (1) de las primitivas comunidades cristianas, donde los formalismos estereotipados no tenían cabida, donde la prevención, el temor, la sospecha, la postura calculada, la palabra interesada, el disimulo... no tenían sitio. Todo era ingenuo, todo natural, franco, noble, sincero. La visita de la Fundadora no era una inspección. Era todo y lo más elemental de un hogar: la presencia de la Madre.

Tras algunos días de descanso de las fatigas del camino —lo que permitía a la Madre participar en la vida de la Comunidad y con sus ojos experimentados ver el curso de las cosas en sus Hijas— comenzaba la visita oficial.

De los Verbales conservados en varias de las Casas podemos hoy deducir el esquema de preguntas y de temas que se seguían en estas Visitas. Se abría la Visita con la plegaria en común y con el canto del «*Veni Creator*». Después, la Santa visitaba minuciosamente la Casa, comenzando siempre por la Capilla. Quería que, por muy pobre que fuera la Casa, el amor de sus Religiosas se las ingeniase como fuera, para preparar al Huésped divino un alojamiento lo menos indigno de Él. El local, la sacristía, los manteles, los ornamentos...

---

(1) Act. IV, 32.

Todo debía de ser decoroso y cuidado con suma diligencia. No es necesario decir que exigía, antes que nada, limpieza. Y esto, naturalmente, no sólo en la Capilla sino en toda la Casa. En este punto era de una exigencia máxima. En la boca de la Santa eran frecuentes la recomendaciones de «se procure mucha limpieza», «todo sea limpio», «sean limpias en el vestir».

Cuando uno piensa en la edad y en las condiciones físicas de los acogidos en las Casas-Asilo, comprende plenamente la insistencia de la Madre Teresa sobre este extremo de la limpieza. Sus Hijas sabían obedecerla a pie juntillas: «La Reverenda Madre ha quedado muy satisfecha de la mucha limpieza y aseo que ha podido observar en toda la Casa».

De la Capilla, la Santa pasaba a visitar los locales de las Hermanitas y de los ancianos. La «funcionalidad» de los edificios era algo que le interesaba mucho. Junto con la Madre María, que demostraba unas ciertas aptitudes de... ingeniero, la Santa se las arreglaba para trazar un plano de Casa-Asilo perfecto. La Madre sabía aconsejar y dirigir los trabajos de adaptación de un edificio viejo a su nueva finalidad de Casa-Asilo tan bien cuando no mejor que un arquitecto de profesión.

Estaba dotada de un gran espíritu de adaptación; a sus Hijas las quería también fáciles para acomodarse a las diversas situaciones. No obstante, la Madre exigía inflexiblemente aquel mínimo necesario de cosas y de comodidades, sin el que las Casas-Asilo perderían su carácter de casas religiosas. Por eso quería que la Capilla constituyera el centro y corazón de toda la Casa. Exigía también que hubiera una clara separación entre las estancias destinadas a las Hermanitas y las utiliza-

das por los ancianos; así como también urgía la separación entre los ancianos de diverso sexo. Se esforzaba por dotar de luz, sol y aire los sitios en que los ancianos pasaban más tiempo. Examinaba atentamente los libros de cuentas. Tenía una clara conciencia de que los poseedores de todos los bienes y propiedades del Instituto eran los ancianos. Ella se creía mera administradora de las posesiones de otros y quería que sus Hijas fueran escrupulosas en no malbaratar dinero y propiedades que no eran suyas. Gustaba de ver la despensa y el guardarropa...

Pero todo esto no era sino el exterior. El alma interior que daba vida y calor a las visitas era lo que, con término ya consagrado, se llamaba «la escucha», esto es, el coloquio privado, cara a cara, —¡corazón con corazón!— que la Madre mantenía con todas y cada una de sus Hijas. Diálogos sinceros, confidenciales, en los que las Hermanitas se abrían a la Madre, le hacían partícipe de sus alegrías y de sus cuitas, recibían de la Santa sus orientaciones, sus consejos, su alma entera, en una atmósfera familiar, libre de todo engolamiento.

A los diálogos de las Hermanitas, seguían los de los ancianos. La Santa se entrega, uno a uno, a todos los acogidos en la Casa. De todos se acordaba la Madre. En cambio se olvidaba de ella hasta lo inverosímil, hasta quedar sin fuerzas. Ella sabía que esa era su obligación de madre y que, como tal, no tenía derecho a acortar lo más mínimo su dedicación total a los Hijos que Dios le había dado.

La voz de estos diálogos perdura, de algún modo, todavía en los Decretos de las Santas Visitas. Los De-

cretos se articulan en relación a tres argumentos básicos: la observancia de la Regla, las relaciones de las Religiosas entre sí, y el cuidado de los ancianos. Sin pretenderlo, la Santa nos ha dejado en sus Decretos el orden que tenían sus preocupaciones de Fundadora y Madre.

Todo Decreto —sobre todo si la Visita es la primera de aquella Casa— comienza con la siguiente recomendación: «Obsérvense con exactitud nuestras Constituciones». A diario se deberá leer un párrafo de las Constituciones, se ahondará en su significado, se estudiará con detenimiento cada una de sus ordenaciones y, en caso de alguna duda o de alguna dificultad, se deberá hacer recurso a la Superiora General, para que, dadas las oportunas disposiciones, «se mantenga igual la observancia en todas las Casas del Instituto». «Sin causa evidentemente grave y urgente no se dispense de ellas porque de otra manera pronto dejarían de observarlas y vendría a faltar el mérito de la unidad y obediencia, gobernándose sólo por capricho» (2).

Cuando la necesidad o la conveniencia aconsejaban descender a mayores detalles, los Decretos de las Santas Visitas saben hacerlo con toda precisión. «Que al toque de la campana para los actos de Comunidad haya mayor puntualidad de la que hasta ahora ha habido, y se deje cualquier cosa comenzada para acudir a dichos actos, a menos que no se trate de una necesidad urgente y en tal caso se pedirá el permiso a la Superiora». Otras veces es preciso insistir sobre la pobreza. Los Decretos en ese caso se expresan así:

---

(2) L.F.V, 247.

La Santa en el lecho de muerte.

«Que la Santa Pobreza se observe con más exactitud, pues se han notado algunas faltas contra esa virtud tan recomendable a nuestra misión; por lo que de hoy en adelante deberá procurarse que en todos los departamentos, ropas y demás sea todo modesto y humilde como propio a nuestra misión» (3).

Pero no se crea por estas palabras un tanto severas, que la Santa fuese de un temple de alma militaresco, duro, rígido, atento nada más a lograr los objetivos propuestos, sin atender a los medios con que alcanzar la meta. Sabedora de la debilidad humana y de la instintiva rebelión de nuestra naturaleza caída, frente a toda ley, aunque ésta haya sido abrazada libérrimamente y sea santa y buena, la Madre no dejaba jamás de añadir en sus Decretos: «Se procure mitigar el rigor de la Regla y Constituciones con el entrañable amor que la Superiora profese a las Hermanitas y éstas a ella y entre sí, evitando toda singularidad y predilección» (4).

El amor fraternal entre todas las Hermanitas era una constante y primaria preocupación de la Madre:

«Huyan de las amistades particulares, amándose todas con unión de caridad, y de este modo conservarán el espíritu de unión que exigen nuestras Reglas» (5).

«Haya entre las Hermanas la verdadera paz por la que de tal manera estén unidas entre sí, que no haya en ellas la menor aspereza ni de palabra ni aún de sentimiento» (6).

———

(3) L.F.V. 253.

(4) Ibid. 209.

(5) Ibid. 194.

(6) Ibid. 135.

Esta lección es difícil para nuestro innato egoísmo Si queremos mantener la caridad sin fisura alguna, tendremos, a las veces, que morder nuestros labios, acallar nuestros impulsos de egoísmo, pasar como inadvertidas la indelicadezas de nuestros prójimos, ceder de nuestros derechos particulares... La Santa sabía que esta lección superaba con mucho las fuerzas de nuestra naturaleza. No había más que un remedio y éste era Dios. Sólo cuando nuestra alma advierte lo más continuamente posible la presencia de Dios en todas las cosas y en todo momento, se hace posible la superación de nuestros instintos pecaminosos y puede florecer en nosotros la caridad cristiana. La Santa, en consecuencia, se esforzaba porque sus Hijas miraran siempre a Dios. Es el modo de alcanzar la santidad. Hoy, como en la lejanía de los siglos, tiene una plena realidad la palabra que Dios le enseñó a Abraham: «Camina en mi presencia y serás perfecto» (7).

«Guarden silencio —decía la Madre—, que no es posible haya presencia de Dios donde anda suelta la lengua; ni puede estar recogido el espíritu, cuando no lo está la lengua» (8).

El discurso que la Santa se hacía en su mente era claro: el recogimiento dispone a practicar más perfectamente las virtudes religiosas y la práctica de éstas fundamenta los vínculos fraternos, haciendo más fácil y ligero el yugo del Señor. «Sean cada día más humildes, dóciles y sumisas y así se mantendrán muy unidas

(7) Gen. XVII. 1.

(8) L.F.V. 135.

entre ustedes, formando una sola voluntad, que haga converger todos los esfuerzos a un mismo fin; de esta manera se les harán más fáciles y soportables todas las obediencias que, por otra parte, deben cumplir con puntualidad y fervor, excluyendo toda negligencia y tibieza, que disponen los ánimos a la relajación y al abandono de la vida religiosa» (9).

Esta profundísima espiritualidad no hacía olvidar a la Santa que sus Hijas tenían un cuerpo pasible y necesitado. El equilibrio de la Madre se nos patentiza en la facilidad con que pasa del argumento sobrenatural a los temas caseros y humanos, de la exigencia de santidad a la necesidad de que la Superiora de la Casa no prosiga una torturante tacañería al condimentar la comida de las Hermanitas y de los ancianos. «Recomendamos instantáneamente a la Madre Superiora de esta Casa una comida para las Hermanas, que ha de estar bien cocinada y ser sustanciosa, porque es mucho el trabajo que realizan durante el día y las fuerzas se debilitan. Igualmente recomendamos que sea también mejor el alimento de los ancianos» (10).

¡Los ancianitos! ¿Cómo podía olvidarlos la Madre si ellos eran la razón y el motivo de por qué se empeñaba en tamaños afanes? ¿No se los había dado la Virgen de los Desamparados con la tremenda e impresionante responsabilidad de hacer valer ante los ojos del mundo lo que es el amor de la Madre del cielo? ¿No habían cerrado un pacto en aquella primera ocasión en que la

---

(9) L.F.V. 217.

(10) L.F.V. 69.

Madre Teresa se arrodilló a los pies de la Señora y no habían sido sus palabras: «Hija, os los encomiendo», «Madre, los aceptamos»?

¡Los ancianitos! Hasta ayer estaban y se sentían desamparados. Hoy, ni lo son ni han de sentirse solos y privados de protección. La Santa repetía estos conceptos continuamente. Si un día llegara a saber que en sus Casas-Asilo los ancianitos pudieran sentirse sin amparo lo mismo que antes de llamar a las puertas de las Hermanitas, la Madre Teresa hubiera llorado amargamente, porque su Obra, su Instituto se hundía y peligraba de dar al traste con todo.

Para evitar este fracaso, la Madre Teresa se empeñó en dar a sus Hijas unas directrices terminantes y definitivas: «Con los ancianos téngase muchísima caridad y paciencia y se cuide de que estén bien asistidos, en medio de nuestra pobreza, sobre su mantenimiento y sobre los vestidos, que estarán siempre aseados y limpios.

Con todo, más aún que de su asistencia corporal, procúrese la espiritual, que es el objeto principal de nuestra misión, no omitiendo los ejercicios fijados y otros más, si es posible, para conseguir la reforma de sus costumbres: de tanto en tanto la Comunión mensual y las acostumbradas en las festividades del Señor y de la Santísima Virgen; el Rosario diario y los ejercicios diarios de la noche, guiados uno y otros por las Hermanitas» ([11]).

Estas disposiciones generales se ven completadas con unas palabras, que la Madre decía como de paso.

---

(11) L.F.V. 108.

Ellas, mejor que ninguna otra cosa, nos demuestran los sentimientos del corazón de la Fundadora respecto a sus ancianos. Así, en un Decreto titulado Ancianos, podemos leer: «Son en número de 99 de ambos sexos. Encarecemos muy calurosamente que sean asistidos con toda solicitud física y espiritualmente, ya que ellos son y deben ser nuestro único pensamiento, que nos tenga alerta en la búsqueda de su bienestar» (12).

Y en otra parte: «Traten a todos los ancianos con mucha amabilidad y no se permitan expresiones de indiferencia y ni siquiera de queja respecto de ellos, porque lo que se hace por su bien, debe un día servirnos a todas de corona en el cielo» (13). Y también: «La Rvda. Madre ha visitado a los ancianos de uno en uno en sus respectivas salas y se ha informado de su estado físico y espiritual, animándoles a esforzarse en el servicio de Dios, dedicando el resto de sus días a santificarse asegurándose así una muerte más tranquila» (14).

Al mismo tiempo que insistía sobre la caridad y la entrega a los ancianos, ponía, por otra parte, en guardia a sus Hijas sobre los peligros de las familiaridades y les prevenía con oportunas disposiciones, al ordenar que las Hermanas no trataran jamás a solas con personas de otro sexo y esto, incluso, en las salas de visita.

Es muy significativa, a este respecto, la recomendación que la Santa hizo a su hermana en determinada ocasión, en que ésta tuvo que sustituirla en una Santa Visita a las Casas del Instituto de una región de clima

---

(12) L.F.V. 69.

(13) L.F.V. 135.

(14) L.F.V. 102.

muy frío. La Madre Teresa la escribió, que recomendara a las Religiosas de aquellas Casas no colocar braseros en las salas de visita, porque esto daría pie a prolongar desmesuradamente las entrevistas y las tertulias alrededor del fuego, con pérdida de tiempo y otros inconvenientes para las Hermanas ([15]).

Normas muy similares a estas dictó la Santa Madre Teresa a propósito de la prudencia y reserva que se debía procurar, en caso de enfermedad de las Religiosas y en el desempeño del oficio tan gravoso y delicado de la postulación por los mercados y casas.

«Saliendo de casa para la postulación, ya a domicilio, ya a los mercados, no se separen jamás la una de la otra, aún cuando las personas a donde van o las que les hospedan sean muy buenas y santas» ([16]).

Con aquel tan comedido lenguaje que usaba, la Madre compendió en cuatro palabras el comportamiento de la Hermanita fuera de casa: «Ojos al suelo y corazón al Cielo».

Que ese conjunto de prescripciones no fue letra muerta para las Hermanitas se puede deducir de los Decretos de las santas Visitas siguientes, en los que muy raramente la Santa ha de volver a reclamar la observancia de cuanto ya había ordenado anteriormente; mientras, por el contrario, son frecuentes los testimonios como éste: «La Madre Superiora General ha quedado satisfecha tanto de la obediencia y del cumplimiento de los propios deberes por parte de las Hermanitas, cuanto del desarrollo que ha alcanzado la

---

(15) Pelayo, Op. cit. 445.

(16) L.F.V. 21.

casa desde la última Visita General» ([17]). O también: «Con satisfacción no hemos encontrado nada que reprender, ni se deja escrita ninguna prescripción, estando la Rvda. Madre contenta del buen espíritu y del orden de la Casa» ([18]).

---

(17) L.F.V. 65.

(18) L.F.V. 129. Cfr. también 146, 209.

MAGISTERIO PERENNE

Sería un error creer que la Madre se consideraba desligada de la vida de las Casas, con la visita trienal. Si la Santa Visita ordenada por las Constituciones tenía lugar cada tres años, las visitas, en minúscula, las de la Madre y las de las Hijas eran mucho más frecuentes. Cualquier coyuntura era buena. En los continuos viajes que la Santa emprendía a diario, como quien dice, por el suelo patrio, le servía de gran alegría y consuelo el detener su marcha para visitar las diferentes Casas-Asilo, que iban cubriendo las provincias españolas. En ocasiones la Madre no podía detenerse sino de tren a tren; quizá unas horas más; tal vez un par de días. Lo importante, sin embargo, no era el lapso de tiempo mayor o menor; era el entrar de nuevo en relación directa la Madre con sus Hijas. Estas visitas reavivaban los primeros propósitos, vinculaban más estrechamente a las Hermanitas con la Madre y creaban una conciencia cada vez más clara y casi palpable de unidad entre todas las Hermanitas del Instituto.

La presencia de la Santa perduraba luego en su continua correspondencia. Escribía frecuentemente unas cartas muy breves. Con todo, aún en medio de aquellas fórmulas expeditivas y dirigidas a un asunto concreto o a un problema urgente, una palabra dejada caer al

vuelo, una sentencia elevada, arroja una luz espiritual portadora de un mensaje de vida interior, de unión con Cristo, de caridad para con los ancianitos.

Más extensas, más precisas y más profundamente sobrenaturales eran las circulares que dirigía a todas sus Hijas en determinadas ocasiones o en las más solemnes festividades litúrgicas.

Pero nuestra atención reposa con mayor curiosidad en las cartas. La Madre se refleja en ellas con una espontaneidad y una claridad envidiables. En las cartas la Madre se nos manifiesta tal como era, tal como hablaba y actuaba a diario. Por eso nos gustan las cartas de la Madre; porque ellas nos ponen en contacto directo con lo que la Madre fue.

En los primeros años del Instituto la Santa escribía de su puño y letra toda la correspondencia con las Hermanas. Cuando el Instituto fue extendiendo sus ramas y las casas se fueron multiplicando y el número de las Religiosas crecía... Madre Teresa se vio obligada a encomendar la correspondencia a una Hermana Secretaria. Así pues, de las 2.123 cartas recogidas en dos volúmenes y examinadas en los procesos de Beatificación, sólo un corto número son enteramente autógrafas de la Madre Teresa. El pensamiento, sin embargo, de todas las cartas es siempre suyo y muy a menudo, a la hora de firmar, la Madre no puede reprimir sus instintos maternales para con todas sus Hijas, y coge la pluma en su mano y añade unas palabras de postdata, sabedora de que aquellas cortas lineas serían portadoras de un testimonio elocuente de su amor maternal para con las Hijas ausentes...

Precisamente por la espontaneidad con que la Madre Teresa escribe sus cartas es por lo que hoy nos es dado ver en ellas el equilibrio y medida con que se daban cita en su espíritu las virtudes aparentemente más contradictorias. En las cartas vemos a la Madre combinar la más ardorosa generosidad con la más ponderada prudencia, la más intransigente fidelidad con la bondad más condescendiente. Ésta era la forma de actuar de la Madre. Sencilla, humilde, ordinaria; pero a la par —¡siempre!— sin negar nada a la exigencia de la llamada de Dios. La Madre, inalterable, siempre igual. En todo momento ella, sin variaciones de temple, sin alteraciones del carácter, sin altibajos ni estancamientos. La nota que caracteriza la espiritualidad de la Santa es su diamantina fidelidad a la voluntad divina, tanto en el amanecer de sus primeros años, como cuando le llega la hora de emprender el vuelo hacia el seno del Padre. Se comprende, después de esto, la insistencia con que recomendaba la observancia de las Reglas y Constituciones. Es que a la Madre no le cabía en la cabeza una traición, aún la más leve, a la palabra de Esposa empeñada un día.

«No tengo ningún recelo de las que quedan —escribía en determinada ocasión— porque son observantes en todos los puntos y comas de la Regla; esto llena el corazón de un Superior» ([1]).

En otra ocasión supo que el cumplimiento de lo ordenado en la Regla dejaba algo que desear. La Madre interviene con energía: «Si bien es verdad que hasta

---

(1) 73.

ahora han tenido como excusa para el cumplimiento y observancia la pequeñez de la Casa y demás, ahora ya no tienen ninguna; por lo tanto quiero que de hoy en adelante se cumpla la Regla con toda exactitud, no sea cosa que, con un pretexto de aquí y otro de allá, decaiga nuestro espíritu y vaya nuestro pobre edificio a tierra. El enemigo va muy suelto y busca sólo pretextos para prender nuestras almas. Por lo tanto observancia, que si la hay, huirá» ([2]).

Y en otra ocasión: «No me olvido de mis amadas Hermanitas de Burgos; sobre todo en este mes de María no dejen de pedir mucho a la Virgen que nos dé luz y que todas seamos Santas y para ello tener las reglas muy presentes en la observancia y sobre todo la humildad, que tanto agrada a María; seamos buenas, Hijas mías, que es lo único que puede dar alegría al Corazón de nuestro amado Jesús» ([3]).

Estos temas del epistolario encuentran un desarrollo más amplio y más estructurado en las Circulares. La Santa no escribe por escribir. Los temas que la Madre desarrolla en las Circulares son los que ella consideraba como de mayor importancia para la formación de las Hermanitas.

El conjunto de las Circulares daría pie para redactar un Directorio espiritual hermosísimo, para uso de las Hermanitas.

«Con gran gozo de mi alma — escribe en vísperas de Navidad — aprovecho la ocasión que me propor-

---

(2) 771.

(3) 793.

ciona la proximidad de estas Pascuas del Nacimiento del Niño Dios, para felicitárselas. Quisiera llevar a sus corazones abundancia de consuelos espirituales, que les hicieran más gratos todavía de lo que ya son de ordinario, los presentes días. ¿Qué les voy a decir, para ello, sino que acudan a la cuna del Divino Niño con toda confianza y le ofrezcan bien limpio y sencillo su corazón, para que quiera entrar en él, dispuestas a seguir sus santas inspiraciones y compartir con Él, sin reserva, así las glorias como las fatigas? Por nosotras viene. Miren si es poco lo que nos quiere ¿y nosotras a El? Yo no sé, pero si he de juzgar por mis obras y las de algunas otras como yo, está nuestro amor muy resfriado. Por Dios, que pongamos en ello remedio, y ofrezcamos con verdad al Niño, que, de hoy en adelante, al cumplir con nuestros deberes, hemos de imitar las virtudes de que, en su Nacimiento, se nos presenta como modelo. Y para que todas sepan a lo que nos obligamos y a una trabajemos por lo mismo, apuntaré cuáles sean, a mi ver, estas virtudes».

Ya está, la Madre en su terreno. Lo que precede tiene valor de introducción. Ahora la Madre se lanza derecha a precisar su mensaje: «La obediencia a los designios del Padre Celestial le trae al mundo, y la obediencia a las potestades de la tierra le lleva con sus padres a nacer en Belén. Correspondamos nosotras marchando sumisas a donde quiera que se nos envíe y sujetándonos gustosas a la regla y al trabajo que se nos impongan. Acredita su humildad sometiéndose a los desprecios. Sus parientes no le reciben; para Él no hay lugar en la posada. Mortifiquemos nuestro amor pro-

pio y no obremos por bien parecer, que ni la vanidad nos seduzca, ni el resentimiento nos consuma. Su pobreza se manifiesta en los pañales con que se le envuelve en el pesebre, que le sirve de cuna, y en el sitio en que nace, un desmantelado establo. ¿Por qué nosotras nos hemos de lastimar de que el Hábito sea más o menos viejo, más o menos remendada la toca, más o menos pobre la casa y mesa? Su paciencia se demuestra en cómo acepta risueño los sufrimientos a que se somete con su obediencia, humildad y pobreza; la hora de la media noche y estación fría en que nace; y para que también al espíritu los sufrimientos alcancen, sufre por sus padres que ve despreciados y padeciendo privaciones con Él y por lo que sabe le espera toda su vida y muy especialmente en su Pasión y muerte que tiene a la vista.

Sean las que quieran las pruebas a que el Señor nos sujete ya de necesidad, ya de enfermedades, ya de desprecios y aun de calumnias, suframoslas resignadas, que el Niño las endulza con su ejemplo.

Pero todas estas virtudes suponen otra más principal, que les de realce. La de su ardentísima caridad. Es tan grande que dice: «Fuego he venido a traer a la tierra y ¿qué quiero sino que se abrase?». Por eso su Corazón arde en llamas de purísimo amor. Con ese amor purísimo es menester que amemos y tratemos a nuestros pobres, interesándonos por su bienestar temporal y eterno; con ese purísimo amor, limpio de toda suciedad y porquería de la tierra, hemos de amar a todos nuestros prójimos y nos hemos de amar muy especialmente unas Hermanas a otras, para que siempre haya

unión fraterna con las que juntemos nuestros hombros para ayudarnos a llevar la carga y no haya entre nosotras ningún genero de división o rencillas» (4).

Esta Circular es una de las más largas. La siguiente es más breve: «Hoy me dirijo a todas en general para tener el gusto de felicitarlas en estos días en que la Santa Iglesia, con sus festividades, nos recuerda los grandes misterios del Nacimiento de nuestro Divino Salvador. Días en verdad grandes, los cuales debemos celebrar con alegría, al recordar que todo un Dios se hace Niño y viene a nacer en un humilde pesebre, para darnos ejemplo de esa virtud tan necesaria de la humildad, particularmente a las personas que le estamos consagradas.

Deseo, pues, que celebren estas Pascuas con alegría, al mismo tiempo que animadas del espíritu de unión que tanta tranquilidad trae al alma de la religiosa. Ya me supongo que este Sto. Tiempo de Adviento lo habrán pasado con mucho recogimiento, preparando la cuna al divino Niño, y ahora, al nacer, irá a ocuparla, y llenarla de su divino amor. Mucho deseo que estén preparadas para recibirle, seguras de que si lo están, el Señor les llenará de sus gracias. Pero también debo decirles que el Señor no se contenta con corazones de un momento; quiere le sean constantes y fieles en lo que se le promete. Para nadie más propio esto que para nosotras mismas; le prometimos, pues veamos cómo va el cumplimiento; procurando sea con toda exactitud y en todas las cosas, particularmente esa observancia, que

(4) 201.

tanto les tengo encargada, y que es el camino más seguro de nuestra santificación. No hay que asustarse con vanos temores; vayamos al portal de Belén y al ver a todo un Dios hecho Niño por nuestro amor, nos inspirará tanta confianza y amor, que hasta las cosas más dificultosas, nos parecerán nada, para ofrecerlas en retorno» ([5]).

El misterio de la Navidad le parecía inagotable. Tal vez la razón es que la Navidad es el misterio del Amor que se entrega en la humildad de la infancia. La Madre Teresa adivinaba el vínculo misterioso que unía al Dios Niño con la Hermanita, pequeña, humilde, dócil; alegre y gozosa Hermanita; pobre en bienes y propiedades terrenales, pero rica de caridad y de amor.

Todas las Navidades llegaba a las Casas del Instituto la Circular de la Santa con una interpretación, cada vez más íntima, del misterio natalicio. Parece como si la Madre considerara la Navidad como el misterio propio y típico de la espiritualidad de su Instituto. Ella enseña a sus Hijas cómo deben vivirlo serenamente, gozosamente, con alegría interior, en un ambiente de sentido religioso, y de una manera práctica y positiva.

El corazón de la Madre Teresa borda primores ascéticos sobre el mensaje navideño. Un año se refiere a la caridad y a la obediencia que el Niño nos ha enseñado «con los ejemplos, no con las palabras». «La primera, dice, lo hace descender del Cielo a la tierra para salvarnos; la segunda, lo hace obediente hasta la muerte y muerte de cruz». Y prosigue con aquella magnanimi-

(5) 200.

dad y visión realista de las cosas: «No pido a las Hermanitas la perfección de Jesús (aunque el Señor dice: "Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos"). Estamos revestidas de una carne tan miserable, que mientras vivamos no faltarán fragilidades... Lo que pido es que, aplicándonos más particularmente a las virtudes de caridad y de obediencia, sean éstas las que regulen nuestras obras». Y tras haber precisado cómo deben practicarse estas dos virtudes entre las Hermanas y con respecto a los ancianos, concluye: «Grande será el consuelo que tendrá mi alma, cuando por diferentes puntos llegue a mí noticia de que las Hermanitas de esa Casa son ejemplares y no dejan nada que desear ni entre ellas, ni con los ancianos ni con nadie que tienen ocasión de tratar» (6).

La alegría se cultiva principalmente en la Navidad. La Madre Teresa mira a su alrededor y ve a las gentes que pasan por las calles con la sonrisa en la boca; ve a las familias reunidas en torno al hogar, entonando las viejas canciones, que alegraron otras navidades lejanas; ve que todo florece en gozo mientras los aires se llenan con el son de las panderetas y las nubes se perfuman con el humo que sube de las tahonas donde se cuece el pan de la Nochebuena... Madre Teresa quiere que sus Hijas no desfiguren la Navidad. Otros días y otras horas serán propicias para el llanto. Ésta de la Navidad es la hora de la alegría. Y, entonces, la Madre Teresa escribe sonriente: «En estos días en todo y por todas partes se ve la alegría reflejada hasta en los sem-

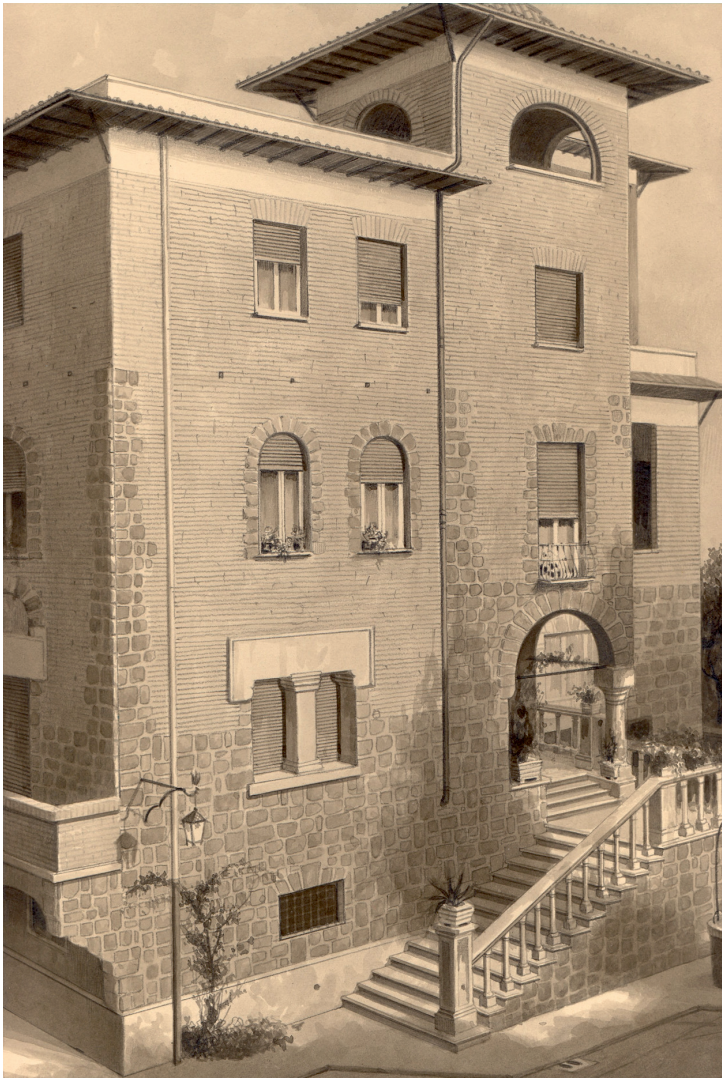
(6) 202.

blantes; tal es la grandeza del misterio que se celebra... Sabemos que nosotras somos religiosas y por lo tanto obligadas a que esa alegría que se ve por todas partes en nosotras haya de profundizar más. Sabemos que el Señor no se contenta con las palabras, que se pronuncian con los labios, si éstas no salen del corazón; por lo tanto, tampoco se contentará con que en el exterior demos muestras de alegrarnos, si nuestro interior está poseído de los vicios contrarios. Si esto, Dios no lo quiera, fuera así, desde ahora deséchenlos, procurando amar mucho a ese Dios de amor, que tanto se humilló por el hombre y con nuestros buenos ejemplos edifiquemos a cuantos nos rodean» (7).

La Madre Teresa ha dicho una palabra importante. El deber de la edificación y del buen ejemplo suele tener sus peligros. Se inicia por amor de Dios, y cuando menos lo pensamos, hemos desfigurado tanto los objetivos, que nuestra intención no trata sino de buscarnos el parabien y la estima de nuestros prójimos. La Madre Teresa quiere, por eso, explicar el alcance de sus palabras y escribe: «Cuiden con esmero a los ancianos y acostúmbrense a practicar las obras de caridad con el recto fin de agradar a Dios, único blanco de nuestras acciones. Quiero decir que no hagan las cosas por respeto humano» (8). Otras veces decía: «Nunca faltan en este mundo cosas desagradables; pero el Señor lo permite siempre, para que nos acordemos de Él, y tengamos que ofrecerle. Por eso, siempre nuestras obras han de ser hechas con recta intención,

(7) 203.

(8) 214.



Casa-Asilo de Roma, sede de la Procura Generalicia.

para que si no les satisface a las criaturas, el Señor que nos ha de juzgar vea nuestro corazón» (9).

La Santa quería que sus Hijas fuesen almas sencillas, francas, siempre sobrenaturales en la intención y en la acción.

«Huyan muchísimo de las exterioridades —insiste—. Con ninguno se manifestó el Señor más ofendido, que con los hipócritas que aparentando mucha virtud por de fuera, se encontraban por dentro como sepulcros blanqueados, llenos de rapiña y de inmundicia. Que no seamos ninguna de nosotras así... No busquen excusa a sus faltas, que si es muy provechoso el callarse siendo inocentes, ofende al Señor el que se excusa siendo culpable. Ni tengan que exagerar en sus contestaciones; el Señor recomienda la sencillez, encargando que sean nuestras palabras sí, sí, no, no. No debe exigirse más al cristiano, ni mucho menos a una religiosa, que no es de creer falte a la verdad, ni por todo el mundo» (10).

La necesidad de sencillez y de verdad con los hombres —mucho más con Dios— es una enseñanza fundamental e insobornable en los labios de la Santa Madre Teresa.

«Si los seglares nos manifiestan muchas veces aprecio y respeto, es porque nos suponen buenas; desdichadas de nosotras si no fuéramos ante Dios lo que pretendemos parecer ante los hombres».

Leal consigo misma y con sus Hijas, la Madre no podía ocultar a las Hermanitas que la santidad es una

---

(9) 1.918.

(10) 308.

difícil aventura. La perfección no es un bien baladí. Su precio no es una nonada. Es un riesgo en el que hay que empeñar todo el esfuerzo de la voluntad humana, sabedores de que Dios no dejará de poner su parte en esta tarea. La santidad es totalitaria. Decía la Madre: «Si se cree que para ser buenos basta tener una o dos cualidades, no es así. La que quiere ser buena, entienda que ha de serlo por cualquier lado que se la mire, pues como dice el Espíritu Santo, el que guarda nueve mandamientos y quebranta uno, en ese uno se hace reo de todos. El Santo Evangelio llama fatuas y excluye del reino de los cielos a aquellas cinco vírgenes que, habiendo tenido fortaleza bastante para superar las tentaciones de la carne y mantenerse en la virginidad, flaquearon en otras virtudes acaso más fáciles de lograr» ([11]).

Es natural que la Madre Teresa se fijara principalmente en la caridad —*vinculum perfectionis*—, porque la caridad es la virtud que agrupa las diversas virtudes a la manera de, como las perlas multicolores de un collar, están unidas por un hilo que les da orden.

La Santa definía la caridad fraterna como la virtud «por la cual las Hermanas mutuamente se estiman y se ayudan y se disimulan unas a otras. Esta virtud les da muchísima fuerza y constituye la verdadera comunidad en la que todas trabajan, como miembros de un mismo cuerpo, para lograr el mismo fin.

Si esta unión faltara, serían en la Comunidad las Hermanas lo que los miembros separados o dislocados del cuerpo, que sólo sirven para producir grandes do-

(11) 204.

lores. No encajando unos con otros, mutuamente se mortifican y producen un malestar continuo. Es el malestar de las Comunidades en que falta la unión y de consiguiente la paz y la gracia de Dios, que nos tiene dicho que «reino dividido será asolado y una casa caerá sobre otra casa» ([12]).

Pero, ni aún insistiendo mucho en la caridad fraterna, hemos alcanzado el fundamento primario de la santificación. Es preciso ahondar más. El edificio de la santidad cristiana apoya sus cimientos sobre el mismo Dios. El amor a Dios nuestro Señor es la piedra angular, sobre la que debe apoyarse —y sólo sobre ella— la virtud cristiana. La Madre Teresa quiere que el corazón de sus Hijas se consuma en amor de Dios. Y la Madre ora por esta intención. Y la Madre ruega a Jesús que inflame a las Hermanitas «en su puro y divino amor, para que cada día le sean más fieles y mejor cumplan lo que le tienen prometido... Y procuren cuanto esté de su parte, que nadie ofenda a Dios en lo más mínimo y no se propongan en sus obras otros fines, que los de agradar a Dios y darle gloria» ([13]).

Cuando uno lee estos requerimientos de la Madre Teresa sobre el amor a Dios, se siente tentado a acusar a la Santa de un cierto contrasentido entre su doctrina espiritualista y el trabajo activo, fatigado, constante, al que la Regla somete a las Hermanitas. Es como si la Madre deseara para sus Hijas una espiritualidad de monjas contemplativas y, sin embargo, las sometiera

---

(12) Ibid.

(13) 205.

a una tarea apostólica, en que se consumen todas las horas del día...

La Madre Teresa advirtió cumplidamente esta objeción. Por eso, en el conjunto de sus doctrinas ocupa un lugar sobresaliente la enseñanza constante, de cómo la Hermanita ha de procurar unir en su vida la contemplación y la acción. «Es verdad —escribía una vez— que nuestra vida es muy activa; por eso mismo hay que poner mayor cuidado, para no derramarnos en las obras exteriores. Cuanto hacemos, por Dios hemos de hacerlo, a El hemos de referirlo y llevando este cuidado, se nos facilitará toda obra y se suavizarán asperezas y lograremos tener presencia de Dios en todos nuestros actos, aun los más ordinarios de la vida, hasta cumplir lo que nos manda el Espíritu Santo; esto es, que cuanto hiciéremos de palabra o de obra, hasta el mismo comer y beber, en el nombre de Dios lo hagamos» ([14]).

Para cerrar las puertas a la disipación, la Madre no se cansa de aconsejar el recogimiento y el silencio. Ellos son los centinelas, que custodian la fortaleza de la vida interior y el castillo de la caridad fraterna.

«Estamos ya —escribe— en el santo tiempo de Cuaresma, que como sabemos, lo es de recogimiento, pero de un modo especial para las personas que, como nosotras, están consagradas a Dios. Mucho deseo hagan cuanto esté de su parte por pasarlo con paz y tranquilidad, a la vez que cumpliendo cada una con sus respectivas obligaciones, sin dejar por cualquier cosa los

---

(14) Ibid.

actos de Comunidad, que tanto nos ayudan a enfervorizar nuestro espíritu. También deseo que, durante esta temporada de la Cuaresma, no salgan a pedir por los pueblos. Son días de ayuno y de estar en casa con todo el recogimiento posible y no está bien andar distrayéndose por los caminos» ([15]).

Por lo que se refiere al silencio, recomendaba: «Cuídenlo, porque contribuye no poco a conservar aquella vida interior tan propia y tan necesaria a la religiosa, para que sea toda de Dios».

Pero si es difícil el saber callar, mayor dificultad entraña el saber hablar. Por esto recomendaba mucha prudencia, que es «la reina de las virtudes y tenemos que pedirle a Dios que nos la conceda». Quería que las Superioras inculcaran mucho a las Hermanas, que al cambiar de casa, tuviesen buena atención a no contar en la nueva residencia lo que habían visto de menos edificante en la primera.

El último año de su vida, al responder a las felicitaciones de Año Nuevo, invitaba a las diversas Comunidades a empeñarse en un cometido común: «No permitir en la Comunidad ni la más pequeña palabra, que pueda tener algún indicio de murmuración. Este es un pecado que el Señor aborrece y que, por desgracia, se introduce muy suavemente hasta en las Casas más santas. No se permitan hablar entre las Hermanas de las disposiciones de las Superioras, ni la Superiora hable de las Hermanas».

Para evitar todo aquello que pudiera dar pie en la Comunidad a murmuraciones y malcontentos, reco-

---

(15) 214.

mendaba a las Superioras suma prudencia y caridad en sus actos de gobierno. «Cuando se trate de distribuir los oficios que deben desempeñar las Hermanitas, procuren estudiar antes su carácter y sus aptitudes, para poder elegir mejor el sitio y todo se hará de acuerdo y a gloria de Dios».

Mientras de las religiosas exigía obediencia y respeto para con las Superioras, a éstas les pedía paciencia y caridad para con las Hermanas y con los ancianos. Recordaba la enseñanza de Cristo: «El que quiera ser el mayor, hágase como el más pequeño y el que preside, sea como uno que sirve» (16).

Las cartas de la Madre Teresa son una mina inagotable. Jamás acabaríamos, si quisiéramos recoger aquí todas y cada una de sus sabias enseñanzas. Concluyamos con estas sus palabras de delicadeza y bondad realmente maternales:

«Nunca digan a los ancianos, por incorregibles que sean que, si no están contentos, tienen la puerta abierta y se pueden marchar. Trátenlos con paciencia y caridad, pues si no hubiera ancianos, tampoco habría Hermanitas (17).

---

(16) Luc. XXII. 26.

(17) P. S. V. 119.

EL MODELO

Las enseñanzas escritas de la Madre valen para las Hermanitas de todos los tiempos; pero las contemporáneas de la Santa, más que en sus escritos, encontraron en el ejemplo de su vida la guía y el modelo para su santificación.

La Santa no lo dijo nunca; quizá en su humildad ni lo llegó a pensar. Pero hubiera podido apropiarse las palabras del Maestro: «Os he dado ejemplo para que, como yo he obrado, así obréis también vosotros» (1); o también, aquellas otras palabras del Apóstol: «Imitadme» (2).

Ese es el testimonio unánime de sus Hijas. Las que con ella vivieron, las que hora tras hora la vieron desgranar el rosario de su existencia, nos han dejado testimonios como éste: «Fue siempre una Religiosa perfecta. Siempre nos dio ejemplo» (3).

Sobresalía en la Madre Teresa, antes que ninguna otra característica, su intensa vida de oración y de unión con Dios. En los testimonios de las contemporáneas son frecuentes estas expresiones: «Su vida entera

---

(1) Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum... feci vobis, ita et vos faciatis». Joan. XIII, 15.

(2) Imitatores mei estote». Phil. III, 17.

(3) P.S.V.

era vida de oración» (4). «Predominaba en la Madre su continua unión con Dios; parecía que no perdía jamás su presencia actual» (5). «Cuando andaba por casa... parecía que anduviese en oración» (6). «Observé con qué serenidad estaba en oración sumamente fervorosa, hasta el punto de que yo quedaba siempre impresionada del tiempo y de la manera como estaba en la oración» (7).

Y así podríanse multiplicar los testimonios indefinidamente. Pero serían todos ellos repetición de una sola cosa: cuál era para la Santa el manantial del que se alimentaba su vida interior y su actuación externa.

Una sola palabra descifra todo el misterio de su vida: Dios. Hacia Dios se había orientado ya en el primer albor de su jornada terrena y, con el avanzar por el camino de la vida, la luz de Dios había ido creciendo en intensidad, iluminando los horizontes de su alma, hasta brillar como un radiante sol de mediodía. Luz de fe, es verdad, pero tan diáfana, limpia, clara, que parecía ya casi visión. Y esa luz, en un momento, había sido tan ardiente, que hizo saltar la llama y la Madre Teresa sentía, que las entrañas se la consumían en amor de Dios y que ya nada ni nadie sería capaz de impedir el ímpetu de su caridad. Era el sello de que nos habla el Cantar de los Cantares, colocado sobre el corazón y

---

(4) Ibid. 111.

(5) Ibid. 91.

(6) Ibid. 117.

(7) P.S.V. 121.

sobre el brazo ([8]), para que todo en ella, afectos y trabajos, llevase la contraseña de la caridad.

La caridad arrastraba a la Madre a los pies del Tabernáculo. La fe le aseguraba que allí, tras aquella leve puertecilla estaba oculto el objeto de su amor. Una vez que la Madre cayó presa en el divino Imán, no supo ya jamás alejarse de su órbita. «Tan grande era su amor a la Eucaristía —depone una de las testigos— que la veíamos muchas horas absorta en oración ante el Sagrario, en postura de sumo recogimiento y veneración; no parecía anhelar otra cosa sino el momento de estar en oración ante Jesús Sacramentado» ([9]).

El recogimiento y la devoción de la Madre en las horas de oración era una cosa que impresionaba vivamente a sus contemporáneas. «Estaba por largo tiempo tan absorta, que parecía más una estatua que una persona humana» ([10]).

Su incesante actividad y la elección que hizo de Santa Marta —símbolo viviente de la vida activa— como uno de los Santos Patronos del Instituto, podría tal vez inducir a alguno a juzgar a la Santa, como un alma dinámica, preocupada sólamente de la acción exterior. Para los que venimos siguiendo el curso de su vida, es cosa clara que la Santa supo aunar en su persona las cualidades de María y de Marta. Como María, la Santa gustaba de atesorar la riqueza sobrenatural en la contemplación; como Marta, sabía dejar caer de sus

---

(8) Cant. VHI, 6.

(9) P.S.V. 49.

(10) P.S.V. 94.

manos sobre cuantos la rodeaban, los bienes acumulados en la plegaria.

La prolongada oración ante el Sagrario, la Santa Misa, la Comunión diaria, constituían para la Santa el necesario abastecimiento de luz y de fuerza, que había de entregar luego a los demás. Sentía la necesidad, la urgencia de llenarse de Dios hasta el fondo de su alma, más aún, de ser absorbida como una pequeña gota de agua, que se derramara en la hoguera ardiente del Corazón divino, como el único modo de poder luego, aún sin advertirlo, comunicar a Dios.

De hecho, sólo el verla orar ante el Santísimo «en una forma tan recogida, tan reverente, con tanta compostura y tanto fervor, me parecía que estaba extasiada ante Él, y al verla procuraba yo —deponía Sor Josefa de San Juan Bautista (11)— componerme y recogerme lo más devotamente posible, para orar como nuestra Madre; y lo mismo se que ocurría con mis connovicias y las demás Hermanitas».

«Cuando estaba delante del Tabernáculo, irradiaba de tal manera la fe de que estaba compenetrada, que la infundía en las que estábamos allí». Así testifica Sor Josefina de San Luis (12) la cual, ya a la edad de siete años, conoció a la Santa y, despierta y avispada como era de chiquilla, tuvo buen cuidado de que no se le escapara ni un gesto ni una palabra de la Madre Teresa para imitarla en todo. Su declaración continúa así: «Cuando... la veía arrodillada delante del Señor, enten-

---

(11) P.S.V. 92.

(12) Ibid. 214.

día que algo me inducía a creer firmemente que allí estaba Jesús».

A la edad de catorce años, esta misma testigo había asistido a un hecho, que no dudaba de calificar como extraordinario. Un buen día, como de costumbre, había entrado en la habitación de la Madre Teresa, para rezar el Santo Rosario. La encontró en oración, inmóvil, con los ojos abiertos y fijos en un algo invisible; las manos juntas... Como siempre, besó el crucifijo de la Madre y se quedó de pie, junto a ella, en espera de que la Madre la saludara o la mandara algo. Pero la Santa no se movía. Sus labios no decían nada. Pasaba el tiempo y continuaba igualmente inmóvil. La niña comenzó a tirarle primero suavemente de la cadena del Crucifijo; luego, algo más fuerte; después, más..., pero todo fue inútil. Decidió tirarle del velo. Una vez, dos... La Madre no se percataba de nada. La miró a los ojos fíjamente. Se los vio abiertos. Tenían un brillo insólito, penetrante, clavados en una lejanía sin fin. La muchacha sintió que el miedo se apoderaba de todo su cuerpo... y escapó corriendo.

Cuando se serenó, volvió a la habitación de la Madre Teresa. «Yo me acerqué —concluye Sor Josefina— y le conté lo que había sucedido; ella no me había sentido ni me había visto, a pesar de tener los ojos abiertos. Me hizo arrodillar junto a ella y me dijo insistentemente que no refiriera a nadie lo que había pasado» (13).

La piedad de la Madre era profunda, recogida, devota, ardiente; pero sin amaneramiento alguno. Sin

---

(13) P.S.V. 219

ninguna exageración. Precisamente aquí se encuentra la mejor garantía de que su piedad y devoción eran auténticas. «Yo la vi siempre fervorosa, pero sin ostentación de ninguna clase, que podría parecer vanidad. Ella tenía en todas sus cosas un modo de obrar normal, pero se veía bien que tenía habitualmente el pensamiento fijo en Dios» (14).

Era que la fe iluminaba constantemente los senderos por donde caminaba. Su manera de hacer los signos litúrgicos, de recitar el Oficio Parvo, de decir las plegarias comunes, su obediencia a todas las disposiciones de la Autoridad Eclesiástica, el respeto inquebrantable a la Jerarquía... todo era una continua demostración de que la Madre obraba siempre a la luz de la fe. ¿Cómo podríamos explicar sino aquella su serenidad imperturbable, aquel su equilibrado temperamento, aquel no dejarse jamás derrotar por las adversidades, calumnias, maledicencias, etc.? Toda explicación meramente humana es insuficiente. La única explicación está en la fe.

Jamás —dicen las testigos— se la vio preocupada y angustiada. Tenía mucha tranquilidad y nunca perdía la serenidad, ni siquiera en las mayores pruebas, que tuvo que superar la Institución; más aún, cuando nosotras nos encontrábamos en alguna grande necesidad o dificultad, la Madre nos animaba y exhortaba a la confianza en Dios» (15). «Comenzó la fundación de su Obra, sin retroceder ante cualquiera dificultad u obs-

---

(14) Ibid. 217.

(15) P.S.V. 35.

táculo, en los tiempos mas difíciles de nuestra Patria, sin medios, sin socorros humanos, confiada únicamente en la amorosa Providencia de Dios». « En las dificultades permanecía impasible, serena y equilibrada, elevando nuestros ánimos con aquella seguridad y aquel espíritu resuelto, para hacer frente a los peligros y dificultades, por muy graves que fuesen, con la ayuda de Dios» ([16]).

«Dios proveerá», acostumbraba a repetir cuando la dificultad o las adversidades llamaban a la puerta de las Casas de las Hermanitas. Por muy altas que se elevasen las olas y por muy brava y desencadenada que azotase la galerna, la Madre no olvidaba, que en el mar de este mundo, hay un puerto franco en el que puede guarecerse el alma: la oración.

La tempestad es un elemento que abunda en la biografía de la Madre Teresa; pero, si queremos ser imparciales, debemos reconocer, que los sufrimientos de la Santa fueron menos dolorosos, que los que padecieron otras Fundadoras contemporáneas, las cuales tuvieron que sufrir el alejamiento de su propia Congregación, puestas en la calle por sus mismas Hijas; o que vieran su Obra malparada y perseguida, incluso por aquellos que debían haberle prestado sostén y protección.

La Madre Teresa se encontró siempre circundada por una dulce y afectuosa veneración de sus Hijas. Los Prelados de las diócesis en que abrió sus Casas-Asilo se le mostraron Padres y protectores. Las Autoridades

---

(16) Ibid. 65.

civiles consideraron un honor el manifestar su estima y aplauso a la Obra de la Santa, no obstante los aires de frío sectarismo que anunciaban horas de pasión para la Iglesia en España.

Esta benevolencia del poder civil se explica si tenemos en cuenta la finalidad especifica del Instituto.

¿Qué Gobiemo podría encararse con una Obra que, en definitiva, no venía sino a liberar al poder civil de una carga, como en realidad eran considerados los pobres ancianos? Por otra parte, el naciente Instituto era pobrísimo. La avaricia de los poderes anticlericales nada podía sustraer de la economía y de las posesiones de la Madre Teresa, como lo venía realizando con los bienes y rentas de los antiguos Institutos Religiosos, gloria de la nación. Ciertamente que, si el Instituto de la Santa hubiese dedicado sus trabajos a la juventud o si hubiere poseído riquezas, las cosas habrían discurrido muy diversamente; pero como se trataba de una Obra pobre, integrada por pobres Religiosas, cuyo cometido se centraba en recoger y cuidar a pobres ancianos...; ¡estaban contentos los gobernantes!

Quizá la primera impresión de aquellas Autoridades anticlericales de la España de final de siglo pasado estuviera teñida de ironía al paso de las Hermanitas; pero la sonrisa tuvo que ceder lugar al reconocimiento y a la benevolencia. Al fin y al cabo también los alcaldes enciclopedistas y masones tenían un corazón, y la abnegación con que las Hermanitas se entregaban al cuidado de los ancianos tenía, a la larga, que causar mella en sus sentimientos.

No poco contribuyó a la captación de la benevolencia del ambiente oficial español la recia personalidad

de la Santa. Quien la trataba, tenía que reconocer su ascendiente. En la Madre había un algo que se imponía. Una fuerza suave, a la par que irresistible. Tal vez la Madre no lo apreciara. Porque no provenía de sus cualidades humanas, que como mujer de temple las tenía y muchas. Procedía más bien, de su caridad divina que, adueñada de su corazón, irrumpía fuera y la llevaba a triunfar con humilde sencillez de todos los obstáculos. ¿No nos ha dejado dicho el Señor que los mansos poseerán la tierra?

Pero esto no quiere decir que en la vida de la Madre Teresa falte la cruz. Fiel discípula de Cristo, su Esposa leal, ella tenía que seguir al Señor, lo mismo en el triunfo que en la muerte. Sólo que la cruz de la Madre Teresa no será un sacrificio clamoroso y público; será la crucifixión diaria y escondida, que no forma escena aparte en la representación de su vida, sino que se difumina y oculta en el quehacer cotidiano. Cruz monótona. Cruz que sacrifica y taladra y sangra, sin que al alma le quepa la posibilidad de una preparación psicológica que diga: «Ha llegado la hora de morir; vayamos allá». La cruz de la Madre Teresa mortifica, sin que al espíritu le llegue la alegría del sufrimiento. Por eso es más gravosa. Más difícil cuanto más monótona. La Madre sentía, como el Apóstol, la «*instantia mea quotidiana*» (17). La solicitud y la preocupación apremiante de todas las casas fundadas la consumían, mientras la enfermedad minaba su cuerpo y la sed de Dios ponía en sus labios la tortura del «Sitio» del Calvario.

---

(17) 2 Cor. XI, 28.

Su fuerza era Dios. Cuanto más aplastada y oprimida se sentía por la adversidad tanto más se elevaba a las alturas, apoyándose en la promesa del Divino Maestro: «Te basta mi gracia» (18). Entonces podía ella repetir con verdad: «Cuando me siento débil, entonces soy poderosa» (19). Es la paradoja cristiana, que sólo las almas llenas de fe pueden experimentar.

La Madre Teresa había aprendido bien esta lección. Se comprende que, poseedora de esta sublime sabiduría, obrara luego como nos la presentan actuando los testigos de los procesos de beatificación. «Procuraba cumplir con su deber con ánimo firme y resuelto y pronto a cada instante a cumplir con lo que creía que era su obligación» (20). «Siempre constante en el cumplimiento de todas y cada una de sus obligaciones» (21). «Era perfecta, aún en las cosas más pequeñas» (22). «Su vida era la de una religiosa modelo; era la primera en la oración, la primera en el sacrificio, la primera en el trabajo y la primera en la observancia exacta de las Constituciones... Seguía con fidelidad el horario de la Comunidad, no gozando para sí del menor privilegio... Sus virtudes fueron en grado heroico, por su constancia y por el ánimo alegre con que siempre nos alentaba a todas nosotras en el ejercicio de la caridad» (23).

---

(18) «Subicit tibi gratia mea». 2 Cor. XII, 9.

(19) «Cum enim infirmor, tunc potens sum». Ibid. XII, 10.

(20) P.S.V. 65.

(21) Ibid., 228.

(22) Ibid.. 239.

(23) P.S.V. 70.

Capilla de la Casa Generalicia, Valencia.

A la lectura de estos testimonios, es fácil concluir que la vida de la Santa Madre Teresa no tiene sólo el valor de haber dado origen a un Instituto religioso, sino que, ante todo, tiene el gran mérito de poder servir de modelo para toda religiosa que ambicione adelantar en las vías de la santidad.

No todas las religiosas están llamadas a fundar; pero sí todas deben y pueden tender a la santidad a través de la observancia fiel y minuciosa de las obligaciones propias. Es aquí donde la Santa se ofrece como modelo acabado.

Existe una vieja y amarillenta fotografía que no sabemos cuándo ni dónde se hizo. Si el paso del tiempo ha podido decolorar sus tonos, no ha logrado quitar actualidad y lozanía a lo que significa. En ella aparece de pie el Fundador. Viste el hábito coral de los Cabildos aragoneses. La Santa está arrodillada y así, humilde, postrada en tierra, recibe de manos del sacerdote el pequeño ejemplar de las Constituciones. ¡Sabía la Madre que en las Constituciones hablaba para ella Dios y que sus reglas y ordenaciones no eran otra cosa sino la voluntad divina! ¡Había que recibir el mensaje de Dios de rodillas!

La Madre Teresa se esforzó por conformar su modo de ser y de obrar a los dictámenes de la Regla, fiel en todo a la letra y al espíritu de las Constituciones.

Enferma como estaba tantas veces, obligada a permanecer en su celda sin poder unirse físicamente a la Comunidad, estaba siempre unida a ella espiritualmente. Hacía la oración y recitaba el Oficio Parvo en las horas mandadas, entreabriendo la puerta, para

poder oir mejor a las Hermanitas que rezaban. Si el reloj marcaba la hora de la limpieza, la Madre se unía a la Comunidad y en su pequeña celda quitaba el polvo y ordenaba sus cosas. Comía cuando sus Hijas lo hacían. Mientras pudo, se acomodó a la comida de la Comunidad, pese a que su falta de salud requería otra diversa; y cuando los médicos le prescribieron un régimen especial, la Madre continuó tomando el alimento ordinario de la Comunidad gustando, cuando no podía otra cosa, alguna cucharada de la comida común.

En las cosas de uso personal y en su celda, su amor fiel a la pobreza no admitió distinción alguna con el resto de las Hermanitas. Si alguna vez hubo alguna diferencia, fue a favor de una mayor pobreza en la Madre que en las Hijas. Era su virtud preferida ya desde los tiempos en que la Providencia la condujo a las Clarisas de Briviesca.

«Usó —se nos dice en los Procesos (24)— con gran parsimonia aún de las cosas que eran necesarias. Jamás se procuró alguna comodidad; en ninguna ocasión se excedió en aquello, que podía considerarse como no absolutamente necesario. Así sus vestidos eran muy pobres, aunque muy limpios. En su humilde celda no había nada que pudiera tener la apariencia de comodidad o de bienestar y, por lo que se refiere al dinero, era tan rigurosa para su persona cuanto generosa para las demás religiosas y para los pobres».

Preocupada de formar a sus Religiosas en este espíritu de pobreza, les enseñaba también a ellas a practicarla, evitando cualquier descuido o negligencia.

---

(24) P.S.V. 239.

Puede fácilmente acontecer que, la religiosa, no poseyendo nada suyo personal, tienda a tratar las cosas del Convento con algo de descuido, perjudicando con ello a toda la Comunidad. No dejar inútilmente encendida una luz; no abandonar abierto algún grifo de agua sin utilidad alguna; cuidar de las cosas pequeñas, como un alfiler o una hebra de hilo; procurar, agudizando el ingenio, hacer más duradero algún vestido o alguna prenda que otra Hermana dejó abandonada como inservible... estos y otros muchos eran los consejos diarios, que la Madre daba a sus Hijas, para que la pobreza fuera práctica efectiva.

Considerándose, como ya hemos visto, mera y simple administradora de los bienes destinados a los pobres, evitaba cuidadosamente los gastos inútiles. Quería para las Hermanas que «no se comprara nada que no fuera indispensable y que tratasen de arreglarse con lo que tenían», mientras que «por el contrario, le parecía todo poco para los pobres» ([25]). A las Superioras recomendaba que no hiciesen grandes reformas sin una necesidad absoluta. Cuando no quedaba otro remedio que construir, quería entonces que los edificios respondieran plenamente a la finalidad a la que se destinaban; pero sin lujos arquitectónicos, inútiles y ostentosos. En cuanto a los muebles y enseres de las Casas, exigía practicidad, limpieza y orden. La pobreza religiosa ha de calcar su trazos en la vida de la Sagrada Familia: ni miseria, ni riqueza; ni suciedad, ni lujo. Por lo demás es mejor carecer de lo necesario, que abundar

---

(25) P.S.V. 36.

de lo superfluo. En el primer caso, queda siempre el recurso al Padre de los cielos; en el segundo, se aventura el riesgo de caer en la condenación evangélica contra el mundo y sus riquezas excesivas.

Cuando las estrecheces económicas venían sobre las Casas-Asilo de las Hermanitas y alguna de las religiosas se mostraba angustiada y preocupada, la Santa la llamaba junto a ella y con palabra suave y cordial se entretenía en comentar la generosidad de la mano de Dios, que suministra el trigo a las aves del cielo y envía las gotas de rocío sobre los tiernos lirios de nuestros campos...

No consentía jamás la Madre Teresa un abuso contra la pobreza. Más de una vez tuvo que imponerse enérgicamente sobre las Hermanitas, porque es natural que éstas desearan aminorar de alguna manera, a impulsos del afecto filial, los rigores de la pobreza en la Santa. Un día es necesario comprar algunas mantas nuevas. La Casa las necesita. Las Hermanas aprovechan la ocasión para cambiar las mantas ya muy pobres de la cama de la Madre. Cuando ésta advierte el cambio, que se ha tramado a sus espaldas, reacciona enérgica y manda que devuelvan las mantas viejas al sitio que ocupaban.

Otro día las Hermanitas pensaron, ingenuas, que no estaría fuera de propósito coser el hábito de la Madre con hilo de seda. Lo que sucedió, es fácil de imaginar: El hábito tuvo que ser cosido de nuevo con el hilo que se usaba para todas.

Cuando se trata de la pobreza, la Madre Teresa utiliza un lenguaje claro, directo, sin ambages. «Hace ya

tiempo que le quería decir que no importune a ninguno pidiendo cosas, que no son necesarias, como tapetes y otras».

Sería, sin embargo, un error deducir de cuanto venimos indicando, que la Santa no fuese comprensiva para las necesidades del prójimo o que ella quisiera exigir de todas una virtud heroica. Cuenta Sor Teresa de San Juan de la Cruz: «Estando ocupada en la cocina de nuestra Casa-Madre de Valencia, poco antes de distribuir la comida a los ancianos y a la Comunidad, (la Santa) me ordenaba que le llevara todos los días un plato servido, para probarlo y ver si estaba en condiciones de ser puesto en la mesa. Un día, que los garbanzos estaban duros, me dijo: «Mire, Hermana, si usted quiere mortificarse, mortifíquese, pero no mortifique a los demás y esfuércese por condimentarlo bien» ([26]).

Puestos a escoger algún probable defecto en la Santa, parece natural pensar en una excesiva rigidez, pues es cosa frecuente que la fortaleza de ánimo y la fidelidad al deber degeneren fácilmente en rigor, cuando no intervienen a moderar estos impulsos la caridad y la discreción. Pues bien, éstas no faltaron jamás a la Madre Teresa. Y la cosa es clara. La fidelidad de la Santa y su fortaleza de ánimo no eran elementos prevalentemente humanos; era fidelidad a la Gracia y a las inspiraciones del Espíritu Santo; era fortaleza para el cumplimiento de la voluntad divina. Y, en consecuencia, su ánimo inflexible no derivaba en rigor y dureza, sino que, más bien, se sentía lleno de comprensión y de dulzura para con los demás.

---

(26) P.S.V. 86.

El influjo de la discreción —que más que virtudes, al decir de San Benito, «la madre de las virtudes» ([27]), y que un autor moderno define como la aptitud de «juzgar qué virtud ha de ser practicada en cada momento ([28])— es evidente en la vida de la Santa y da a su fisonomía espiritual un rasgo muy característico.

En ella la fuerza era suave y la suavidad fuerte; la sencillez era prudente y la prudencia sencilla. Esto puede antojársenos un juego de palabras más o menos elegante; pero no es así. Quien piense de este modo, ignora que existe una sobrenatural armonía en el ejercicio de las virtudes. La perfección de la criatura no es sino un reflejo de la sapientísima acción de Dios y ya es sabido que Dios dispone todo «con medida, orden y peso» ([29]).

Un día, durante la recreación, las Hermanitas se agruparon por provincias y empezaron a interpretar algunos cantos y danzas regionales. Cuando llegó el turno a las catalanas, la Madre se unió al corro de las danzantes y con ellas, sencilla, alegre, como una más, ejecutó primorosamente la vieja sardana, con tanta modestia y gracia, que todas quedaron entusiasmadas y edificadas.

Otro día, onomástico de la Madre, cuando el recreo estaba a punto de concluir, las más jóvenes de las Hermanitas la suplicaron que se dignara prolongar algunos minutos el tiempo de recreo. La Madre contestó: «¿Quieren dar cuenta a Dios de las palabras ociosas que podrán ser pronunciadas en estos minutos?».

---

(27) Reg. Mon. LIV, 19.

(28) J. Brémond.

(29) Sap. XI, 21.

Al poco sonaba la campana...

Estos dos episodios tienen su importancia. El recreo es necesario en la vida de las Hermanitas. El arco demasiado tenso acaba por romperse. La jornada fatigosa y pesada de las Hermanitas necesita de un rato de esparcimiento y de distracción. Es este un acto de Comunidad con virtud santificadora como cualquier otro. La Madre Teresa baila, por eso, la sardana. Pero ya no es tan santo el prolongar o acortar su tiempo a merced de la alegría o del humor del momento. Las Constituciones marcan para la recreación un tiempo determinado y ése es el tiempo querido por Dios. Todo cambio motivado por un capricho particular, supone un cierto distanciarse de la voluntad divina. Por eso la Madre Teresa aunque sea la fiesta de su onomástico la que se celebra en aquel recreo, hace sonar puntualmente la campana.

Fiel en guardar para el Señor todo su ser, la Santa defendía la ofrenda de su virginidad con las duras espinas de la mortificación voluntaria. En la Casa-Madre se conservan aún hoy, como preciosas reliquias, los instrumentos de penitencia que usaba la Santa. Si recordamos que su cuerpo estaba crucificado, desde hacía tantísimos años, por la enfermedad, resalta todavía más la generosidad de la Madre Teresa, que a los dolores de la naturaleza, añade por su cuenta la mortificación dura y difícil de los cilicios y de las disciplinas.

Consideró la Madre oportuno permitir a sus Hijas el uso de los tradicionales instrumentos de penitencia; fue, sin embargo, cuidadosa de que no hicieran de ellos un uso inmoderado. La asistencia a los ancianos im-

ponía a las Hermanas un dispendio grande de energías y les procuraba no escasas penitencias. Para compensar esta necesaria limitación de las mortificaciones dolorosas, les enseñó diligentemente la mortificación de los sentidos interiores y externos. Tuvo, con todo, grandísimo cuidado de que no cayeran en escrúpulos y exageraciones. Su conducta personal constituía en este extremo un ejemplo cumplido. Parca de gestos, reservada y compuesta en su persona, imponía respeto a su sola vista, cerrando paso a toda familiaridad inconveniente y, a pesar de todo, siempre se mostraba serena y con la sonrisa en los labios.

En este campo tan delicado sabía actuar a su debido tiempo, con la santa libertad que es propia de los hijos de Dios.

En cierta ocasión su hermana, la Madre María, tuvo que someterse a una intervención quirúrgica. Su delicada modestia, sin embargo, iba dando largas al asunto, llegando al punto de dañar casi irreparablemente su salud. La Santa lo supo. Sencilla y resuelta intervino ante su hermana: «María, el que ha hecho la cara ha hecho también todo el cuerpo».

Dos palabras medidas. Un golpe de ala que eleva el alma hacia la divinidad, para que en la visión sobrenatural de las cosas encuentre la confirmación de lo que decía el Apóstol: «todo es puro para los puros» ([30]).

De esta forma, libre, serena, fuerte, la Santa continúa adelante en el camino del deber. Ignora la esclavitud de la letra. La dirección del Espíritu Santo le hace ver que es el espíritu de la ley lo que cuenta y lo que

---

(30) «Omnia munda mundis». Tit. I,

merece ser obedecido puntualmente. Suya es aquella equilibrada lección de que, al encontrarse dos Hermanitas en una escalera, sepan mortificar la lengua y ofrecer a Dios el sacrificio de no detenerse a decir unas palabras, pero que no dejen de cambiarse una sonrisa, como señal de afecto sobrenatural, puesto que son hermanas.

Una de las religiosas puede por eso asegurarnos de la Santa que «gozosa de su vocación, la vivía intensamente» (31), y este juicio encontrará su complemento en las palabras de otra Hermanita: «En su vida ordinaria mostraba una prontitud, felicidad y alegría tal, que elevaba al nivel de la heroicidad toda su vida religiosa» (32).

---

(31) P.S.V. 250.

(32) Ibid. 289.

SUCCISA VIRESCIT (1)

El 10 de mayo se reunía en la Casa-Madre de Valencia, en sesión extraordinaria, el Capítulo General para deliberar sobre la petición de agregación, presentada por las «Hermanas de los Pobres Inválidos». Era ésta una fundación surgida en Santiago de Cuba y tenía Casas en el mismo Santiago, en La Habana, Puerto Príncipe, Santo Domingo, y otras localidades.

Capítulo de enorme importancia. Las decisiones que en él se firmasen habrían de tener enorme resonancia para el futuro del Instituto.

Dos meses antes de esta fecha, la Madre Fundadora había dirigido una circular a todas las Casas. En ella se hacía notar que la agregación de la fundación de Cuba, abría, sin más, todo el Nuevo Mundo al apostolado de las Hermanitas. Si inmenso era el campo de trabajo, mayor aún la necesidad existente en aquellas regiones, de asistencia a los pobres ancianos desamparados.

Europa continuaba viendo entonces, como en siglos precedentes, a una juventud que abandonaba el suelo patrio y pasaba a América con la ilusión del oro. América era el país soñado, la tierra donde la fortuna parecía preparada a dar su mano a todos los audaces que a

---

(1) Cortada, reverdece.

ella llegasen. La realidad, sin embargo, traía la más de las veces un amargo desengaño. En América, como en todas partes, la vida era dura y eran muy pocos los que lograban hacer realidad los sueños concebidos antes de embarcar. La mayor parte de los emigrados tenía que trabajar, y trabajar mucho para poder vivir. Con el paso de los años llegaban a faltar hasta las fuerzas del cuerpo y, poco a poco, sin fe, sin dinero, sin juventud, aquellos hombres no tenían ante sí, sino un porvenir de lágrimas y de abandono.

La situación de aquellos ancianos era más lastimosa que la que las Hermanitas veían a diario en los ancianos de España.

No era esta la primera vez que la Madre Teresa dirigía sus ojos a América. Hacía unos diez años que el Señor Arzobispo de Cuba, conocedor de la fundación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, había solicitado su ayuda; pero desgraciadamente no hubo en aquel entonces posibilidad de satisfacer los deseos de Su Excelencia.

El Sr. Arzobispo, pese a la negativa de la Madre Teresa, había continuado insistiendo. Ahora, tanto a la Fundadora como al Consejo General, les pareció llegado el momento de poder complacerle.

En la circular arriba mencionada escribía la Madre fundadora: «El Señor, que tan bueno se está mostrando con nosotras y que desde su fundación está colmando de bendiciones el Instituto, dándole una maravillosa fecundidad, de forma que en una docena de años, sacadas de la nada, contamos ya con 47 Casas, quiere ahora empujarlo allende los mares, abriendo

hasta el Nuevo Mundo a su difusión. Religiosas que se dedican a nuestros mismos oficios de caridad, piden y suplican que levantemos el manto de Nuestra Señora de los Desamparados, para que esta buena Madre que nos protege, las proteja también a ellas, que serán con nosotras una misma cosa, un mismo Instituto».

La circular había fijado para el día 10 de mayo, víspera de la festividad de la Virgen de los Desamparados, la fecha inaugural del Capítulo. Hubo un momento en que se pensó retrasarlo algún tiempo; en Játiva habían hecho su aparición algunos casos de cólera y todas las gentes de los contornos estaban presas de un formidable temor. El año anterior, la peste había hecho estragos en Francia y en Italia. ¿Se libraría España del contagio? La proximidad y los intercambios continuos con ambas naciones dejaban poco margen al optimismo.

Y vino la peste. Comenzó en la provincia de Alicante. Al poco tiempo se daban varios casos en la de Valencia. Con todo se abrigaba el optimismo de poder conjurar el contagio. Esto sucedía en el mes de abril.

En el mes de mayo la situación había mejorado. A Valencia acudieron las Madres de varias partes de España y pudieron gozar de la alegría de encontrarse reunidas en el ambiente sereno de la Casa-Madre. En las mentes de todas reverdecían los recuerdos felices de los años del Noviciado, los primeros propósitos, las viejas amistades, los anhelos comunes...

Por delegación del Sr. Arzobispo de Valencia, presidió las sesiones del Capítulo el P. Francisco. Cuando sus labios entonaron el «*Veni Creator*», las veintiocho

Madres Capitulares sintiéronse llenas de emoción, porque conocían que en este momento y en aquel espacioso salón del primer piso del Noviciado, comenzaba a tratarse un argumento de enorme trascendencia para la vida del Instituto.

Habían pasado 12 años y dos días, desde aquel 8 de mayo de 1873 en el que aquellas doce primeras novicias llegaban a las puertas de la ciudad de Valencia. ¡Quedaba atrás un largo camino!

El momento es excepcional. Hasta hoy el Instituto se ha movido, como quien dice, dentro de casa. Ahora trata de levantar el vuelo a las regiones de América. Nuevos horizontes de insospechada importancia se abrían ante sus ojos. Muy bien podrían aplicarse a la Fundadora aquellas palabras del Profeta: «Alza tus ojos a tu alrededor y mira; todos estos se han reunido y han venido a ti, tus hijos vendrán desde la lejanía y tus hijas surgirán de todas partes» (2).

Era verdad. Sus Hijas procedían de todas las partes de España y en nutrida falange se acercaban al Instituto, pidiendo ser admitidas entre las heroínas de la caridad cristiana. Sus hijos, sus queridos ancianos, venían desde lejos, desde todos los caminos del mundo y, si no todos, muchos sí venían como el pródigo de «aquel país lejano» (3), donde es fácil malbaratar las riquezas de gracia y de amor que nos ha entregado el Padre Celestial. Se diría que el mismo Señor, inclinándose hacia el humilde instrumento que Él mismo se había elegido para realizador de sus designios de cari-

---

(2) Ig. LX. 4.

(3) Luc. XV. 13.

dad, le repitiese la maravillosas promesas de su Amor infinito: «Verás entonces y nadarás en la abundancia; tu corazón se maravillará y se dilatará, cuando se vuelva a ti la plenitud del mar» (4).

El P. Francisco, conmovido también él, abrió el Capítulo con un breve discurso. Recordó la historia del Instituto desde su llegada a Valencia, relacionando el momento actual de la apertura del Capítulo, con la fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados que, en aquellos días precisamente, era objeto de una clamorosa manifestación de fe por haber sido declarada Patrona principal de la ciudad del Turia. El Padre Francisco veía en este continuado coincidir de los más salientes hechos del Instituto con la fiesta de la Virgen de los Desamparados, una señal indudable de que la Madre de Dios trataba de manifestar su deseo de ser Ella la Madre de todos los desamparados. Las religiosas de Cuba habían notado esta solicitud maternal de la Señora, y la petición de ser admitidas bajo su protección, había motivado aquella reunión extraordinaria. Exhortó a la prudencia, al espíritu de concordia, a las miras sobrenaturales. Insistió en que consideraran fríamente las dificultades que la empresa podía presentar, sin dejarse seducir por un ansia ambiciosa de grandeza y de expansión. Con todo —terminaba el P. Francisco—, no estaría de más si pensaran que cuando otros muchos, por bienes caducos, se exponían a los mayores peligros y pasaban a América, sería hermoso que las Hermanitas también lo hiciesen, llevadas allá

(4) Is. LX. 5.

por las alas de la caridad de Cristo y por su triunfo en las almas.

Este espíritu de concordia y de prudencia sobrenatural presidió todas las reuniones del Capítulo. El día 17 se clausuraba con la decisión de agregar al Instituto la Obra de las Hermanitas de los Pobres Inválidos. Entre las condiciones que se juzgaron necesarias, para una acertada vinculación de ambas instituciones, figuraba, en primer lugar, la de que, las Hermanitas de América aceptaran las Constituciones del Instituto español. Se exigía también un espacio de tres meses de prueba en calidad de Aspirantes y se dejaba a la Obra americana la libertad de conservar su propio Hábito. Por el momento, se agregaría únicamente la casa de Cuba. No se contaba con personal suficiente para emprender así, de improviso, una transformación de todas las casas de América. Quedaba esta tarea para un futuro próximo. Las Capitulares dieron un voto de confianza a la Madre Fundadora y a los miembros del Consejo, para que llevaran adelante los acuerdos que se juzgaren precisos, para la ultimación del asunto.

Decidida esta cuestión, que era la principal del Capítulo, las Madres tomaron otros varios acuerdos, orientados todos a intensificar la vida interior en el Instituto y en cada una de las Hermanas. La vida interior... Es hermoso notar esta preocupación de la Madre y de las Capitulares precisamente en este momento, cuando se trata de la expansión de la Obra. Era esa la mejor manera de asegurar el desarrollo y la fecundidad de la Obra en aquellos vastos continentes. No la gloria humana del Instituto, sino la mayor gloria de Dios es

lo que se había tenido en cuenta a la hora de rubricar la decisión de pasar al Nuevo Mundo.

El discurso del P. Francisco no había caído en tierra desierta...

* * *

Pocos días después de la clausura del Capítulo, la Santa abandonaba Valencia e iniciaba la Visita de algunas casas lejanas. Santander, Palencia, Burgos, marcan la ruta de esta nueva excursión apostólica de la Madre Teresa. La preparación y los trabajos del Capítulo la habían fatigado enormemente, y apenas llegó a Santander, se sintió enferma. No se dio por vencida y prosiguió hasta Palencia. El día 3 de junio iniciaba la Visita. Su gozo fue grande. Aquella casa, abierta desde hacía sólo cuatro años, podía considerarse como modelo: la Comunidad se encontraba en paz y conservaba alto el espíritu; los ancianos eran 33 mujeres y 22 hombres; estaban muy bien asistidos y contentos.

La Madre pretendía salir pronto. Pero la enfermedad arreció y por dos largas semanas la Santa se vio obligada a guardar cama.

A final de mes, comenzaron a llegar a Palencia noticias alarmantes sobre la multiplicación de los casos de cólera en las provincias de Alicante y Valencia. La Madre Teresa aligeró su salida hacia Burgos. Quería acabar lo más pronto posible su proyectado recorrido y llegar cuanto antes a Valencia.

Pero Dios disponía las cosas de otro modo. La estancia en Burgos, que se pensaba brevísima, se pro-

longó, durante dos meses completos, tal vez los más dolorosos en la vida de la Santa.

Dolores espasmódicos la postraron en el lecho, y mientras estaba así, reducida a la impotencia más absoluta, iba sabiendo, día tras día, que el cólera hacía estragos en Valencia. Quería levantarse y volar, hacia la Casa-Madre. Pero sus deseos topaban con la falta de fuerzas de su organismo y levantarse y caer eran una misma cosa. Por otra parte, ni los Superiores ni las Hermanitas la hubieran consentido marchar, pues el cordón sanitario, encargado de contener la expansión de la epidemia, había interceptado los caminos que conducían a Valencia.

En ausencia de la Madre Fundadora, la dirección de la Casa-Madre estaba encomendada a la Madre María. Como primera medida se tomó el acuerdo de cortar toda comunicación con el exterior.

Mas... uno de los ancianos acogidos se negó a aquella incomunicación. Tal vez movido por el deseo de saber noticias de los suyos, tal vez por la inestabilidad propia de sus años, o, quizá angustiado por aquella obligada clausura, lo cierto es que no hubo manera de disuadirle de sus ideas. Se le explicó el peligro a que se exponía, si salía de la Casa-Asilo. Se le dijo claramente una y mil veces, que no sería aceptado de nuevo, porque su retorno podía traer serios y graves daños a todos los ancianos. Se le quiso detener por la fuerza... Todo fue inútil. Salió. Pasaron los días. Del anciano no se tenía ninguna información. Se ignoraba totalmente la suerte que podía haber corrido. Hasta que una mañana, allí, en la puerta de la Casa-Asilo, estaba espe-

rando. El anciano pedía que se le admitiera. Las Hermanitas se lo negaban. El pobre hombre volvía a pedir: «Ábrame, Hermanita», y siempre la misma penosa respuesta: «No puede ser».

Las Hermanitas se consumían. La prudencia les aconsejaba evitar la relación con el exterior. La caridad les representaba la estampa de aquel miserable, acabado por el hambre y la tristeza, sentado a la puerta, decidido antes a morir que a alejarse de aquel lugar. Por fin... venció la caridad. La Hermana portera abrió la puerta y el anciano entró de nuevo en la casa. No entraba solo: con él, invisible, silencioso, entraba el cólera. La muerte se había enmascarado de viejo...

Rápida como una flecha, la peste comenzó aquí y allá a herir a los acogidos. De los ancianos pasó a las Hermanitas. En la esperanza de contener un tanto la velocidad del contagio, el P. Francisco y los médicos de confianza aconsejaron a la Madre María hacer uso de la vacuna anticolérico que el Dr. Ferrán acababa de inventar, precisamente en aquellos días. La Comunidad no acababa de decidirse. El cólera no conocía esperas. Aumentaban los apestados. Por fin, el 28 de junio, todos, a comenzar por la Madre María, se sometieron a la vacuna.

Fue un desastre total. Sea que los vacilos estuviesen ya latentes en el organismo, sea que la vacuna fuese mala, el remedio fue peor que la enfermedad y en lugar de aliviarla, la complicó. Se multiplicaron los contagiados. Los pocos que pudieron librarse de la peste fueron presa de una fiebre altísima, producida por la vacuna. Los brazos se les inflamaron monstruosa-

mente. Les resultaba imposible ayudar lo mas mínimo a las Hermanitas apestadas y a los ancianos con cólera.

La muerte imponía su cetro de dolor. Una agonía sucedía a otra y un muerto a otro. En sólo tres días murieron 15 entre Hermanas y novicias. La estadística de los ancianos es mejor pasarla en silencio.

Cuando al término de la mortandad se pudo cerrar el triste balance de aquellas jornadas trágicas, se constató que entre el 27 de junio y el 19 de julio, sólo en la Casa-Madre habían fallecido 24 Hermanitas y setenta ancianos.

Pero ni aún siquiera en medio de tanta desolación se pudo pensar que, por un momento, la Señora de los Desamparados se hubiese olvidado de sus protegidos.

Imposible a todas luces la postulación por los mercados y calles de la ciudad, despoblada por la muerte y el temor al contagio, las Hermanitas y los ancianitos habrían acabado por morir de hambre, si la Señora no hubiese inspirado a un grupo de amigos y bienhechores, a la cabeza de los cuales se encontraba el valeroso coronel Don José Pascual Navarro, la idea de suministrarles los alimentos y las medicinas necesarias. Las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, rememorando las mejores páginas de su inmortal historial caritativo, se ofrecieron desinteresadamente a asistir a los contagiados. Entre éstas se encontraba Sor Josefa Jornet. En Burgos las tinieblas de dolor y tristeza que angustiaban el corazón de la Madre Teresa, se vieron disipadas por un rayo de luz, al saber que la Madre María encontraba ayuda y consuelo en su otra hermana, la Hija de la Caridad.

El Triunfo de la Santa.

El verdadero ángel de la Providencia, esta vez como siempre, fue el P. Francisco. En la imposibilidad de asistir a todos los moribundos con la sola colaboración del Capellán de la Casa, solicitó y obtuvo la ayuda de algunos Padres de la Compañía de Jesús. Su trabajo fue enorme. Ni uno sólo, ni de las Hermanitas ni de los ancianos, murió sin recibir el Sacramento de la Extrema Unción. Resultaba imposible la administración del Santo Viático, porque el incontenible vómito exponía el Sacramento a irreverencia.

El P. Francisco logró también alejar de aquel inmenso foco de infección a los pocos ancianos libres del contagio. Para ellos encontró cobijo y acomodo en el Desierto de San Roque, en Burjasot, a cinco kilómetros de Valencia. Tuvo que afrontar las iras de la población, temerosas —y no en vano— de un posible esparcimiento de la peste. Más dura aún fue la lucha contra el sol de julio. Era mediodía. El trayecto tenían que hacerlo a pie. La tierra despedía fuego. Y lenta avanzaba, entre nubes de polvo y sudor, la caravana de los ancianos. El Padre Francisco hubiera deseado dar su brazo a todos. Al llegar a Burjasot, consumido por el trabajo y la fatiga, el Padre Francisco era un anciano más; pero, ¿no habría hecho el P. Francisco lo imposible por los pobres desamparados y por sus Hermanitas?

La epidemia no llamó únicamente a las puertas de la Casa-Madre. También entró por las de otras Casas. Siempre los mismos síntomas de fiebre, vómitos, delirios y muerte. Con todo, la gravedad del contagio no adquirió la trágica proporción que tuvo en Valencia.

Y la Madre Teresa continuaba en Burgos. Días de Purgatorio. Días de un dolor más agudo que la muerte. Días en los que el ansia incontenible de recibir información era sólo apagada de vez en cuando con noticias incompletas, contradictorias, pero a través de las cuales, era dado reconstruir la tragedia de los hechos que tenían lugar en la Casa-Madre. Días en los que se pudo oir a la Fundadora llegar al pie del Sagrario y decir y repetir: «Señor, me quedo sin novicias, me veo privada de las Hermanas».

Como Marta y María, que en la enfermedad de Lázaro se habían limitado a mandar a decir a Jesús: «Señor, el que Tú amas está enfermo» (5), así la Santa, con corazón confiado y lleno de suave delicadeza, exponía al Amigo divino su pena, su dolor, sin exigir nada, sin pretender cosa alguna, sin un lamento de amargura. Un simple exponer a Cristo su tribulación de la Casa Madre; un contar con su Corazón amantísimo; un confiar pleno en Él. Esta postura de la Madre nos deja ver su fisonomía espiritual: su fe inquebrantable y su amor confiado.

Escribiendo al P. Fundador, cuando todavía no conocía toda la verdad, decía: «Prueba grande nos ha mandado el Señor; si así ha sido servido, cúmplase su santa voluntad» (6).

Durante este tiempo la Santa se dirigió por una circular a todas las Casas del Instituto invitando a todas las Hermanitas y a los ancianos a dirigir sus plegarias a la Santísima Virgen y a los Santos Patronos de la

---

(5) Joan. XI, 3.

(6) 169.

Obra, para que intercedieran ante Dios a favor de todo el Instituto, y, particularmente en bien de la Casa Madre de Valencia. Es en este tiempo cuando la Madre Teresa pronunció, en nombre de todas las Hermanitas, el voto de celebrar siempre con toda solemnidad la Novena de preparación a la festividad de la Virgen del Carmen y el de ofrecer anualmente tres días de riguroso silencio y de ayuno a pan y agua.

Por fin el Señor se dignó prestar oídos a la plegaria. La violencia del mal comenzó a decaer en la segunda mitad del mes de julio. Con los primeros días de agosto la Casa Madre comenzaba a revivir. Pero, ¡Dios mío, qué reducida estaba la Comunidad! De las noventa y siete Religiosas con que contaba antes del doloroso flagelo, una buena parte había muerto y casi todo el resto se encontraba inutilizado todavía para el trabajo porque, convalecientes del cólera o extenuadas por las fatigas y las emociones, se veían obligadas a guardar cama.

Por la viña vigorosa y fecunda había pasado el Divino Agricultor. Su mano había podado los tallos que tenían fruto para que fructificasen todavía más.

La terrible poda no reprimió la vitalidad del Instituto ni retrasó los preparativos para el viaje a las Antillas. Además de la Casa de Santiago de Cuba, se les confiaba a las Hermanitas otra Casa en La Habana, regalo de una dama caritativa.

Tratándose de un viaje tan largo fue deseo de la Santa el que se diese a todas las Religiosas la libertad de manifestar sinceramente su voluntad de ir o no a América. Los ofrecimientos superaron con mucho a las necesidades. La Madre, según esto, descartó ante todo

a las que tenían los padres vivos y ancianos. Era este un pequeño gesto que nos revela toda la bondad del corazón de la Fundadora (7).

Las diez elegidas, entre las que se encontraban elementos de excepcional valía como Sor Gregoria de los Desamparados y Sor Ignacia de Santa Eulalia, que a continuación deberían desempeñar los puestos de mayor responsabilidad en el Instituto, se embarcaron en Valencia el día 14 de diciembre.

La Madre Teresa las acompañó hasta el barco. Subió a bordo. Estuvo con sus Hijas hasta los últimos minutos, y sólo cuando el buque levó anclas, se vio a la Madre separarse de aquellos pedazos de su corazón. La Madre Teresa sufre aquella despedida como si un desgarrón violento destrozara sus entrañas maternales. Advertía que aquellas Hijas no la volverían a ver más. Su falta de salud y lo largo del viaje, no la permitirían jamás efectuar en las Casas de América la visita frecuente que le gustaba realizar a todas las fundaciones de la patria.

Al comunicar a todas las Casas del Instituto la partida de las Hermanitas, la Santa solicita especiales oraciones por las viajeras, ya que «pobrecitas, pasarán las Navidades en el mar, sabe Dios cómo, aunque ellas salieron de ésta muy contentas y todas voluntarias, gracias a Dios» (8).

La Madre las seguía con el corazón y... con la pluma. A los doce días de abandonar las costas de Valencia, la Fundadora les manifestaba sus preocupacio-

---

(7) P.S.V. 283.

(8) 199.

nes por el viaje tan largo y penoso: «Dios sea bendito, ¡qué lágrimas me cuestan estas fundaciones!» (9). Las Hermanitas envían a la Madre, desde todos los puertos en que hacen escala, unas tarjetas de recuerdo. La Madre contesta a sus Hijas y así nace una estrecha correspondencia epistolar, que une Cuba con España; una correspondencia en la que, más que en las otras cartas escritas por la Santa, la Madre deja caer toda la ternura de su espíritu, para alivio y sostén de aquellas sus «pobrecitas», tan lejanas...

Aquel vástago, trasplantado al suelo americano, crecerá rápidamente. Hoy, a la distancia de poco más de setenta años de la partida de las diez primeras Hermanitas, no sólo en la República de Cuba, sino también en las de Méjico, Argentina, Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Puerto Rico, Venezuela, Brasil y República Dominicana, la magnífica floración de las Casas-Asilo de la Congregación de Hermanitas de los Ancianos Desamparados atestigua que aquellas lágrimas de la Madre no han quedado infecundas.

Se diría, que, desde este momento de la fundación en Cuba, se planteó una gran competencia entre las Casas de España y las de América. Si una Casa se abre en América, pronto encontrará réplica en la inauguración de otra en España. Crecen las Casas aquí y allá. Y con ese doble crecimiento se agigantan las preocupaciones de la Santa. Menos mal que los quebraderos de cabeza se veían ampliamente compensados, con la alegría de saber que todas ellas podían procurar paz y bien a un número, cada vez mayor, de pobres ancianos desamparados.

---

(9) 1908.

El 24 de agosto de 1887, la Sagrada Congregación publica un Decreto, sumamente laudatorio, con la aprobación definitiva del Instituto, concedida cinco días antes por Su Santidad León XIII. Por su parte, según el estilo de la Curia Romana, las Constituciones recibían la aprobación por diez años.

El gozo de la Santa fue muy grande. De su felicidad y alborozo es testigo la circular que, en esta ocasión, envió a todas sus Comunidades. Quería que todas juntas agradecieran cumplidamente a Dios por aquel beneficio singular.

La Madre Teresa cuenta a la sazón cuarenta y cuatro años, pero intuye que su carrera en este mundo concluirá pronto. La Obra, confiada a sus débiles manos por la misericordia de Dios, quedaba ahora garantizada y puesta a buen resguardo bajo la tutela de la Madre Iglesia. Cuando llegase la aprobación definitiva, cantaría con gusto su «Nunc dimittis».

Entre las nuevas casas abiertas a la luz, como flores de primavera, hay dos que merecen un especial recuerdo. Su importancia no sobrepasa a la de otras fundaciones. Tienen en su haber, sin embargo, un alto significado espiritual. En 1890 se inaugura la casa de Sigüenza, ciudad natal del P. Fundador. Al año siguiente se funda la Casa de Aytona, cuna de la Santa.

Por desgracia el tiempo no había ahorrado los estragos de muerte y soledad que lleva consigo. A la Madre Teresa, de sus seres queridos, sólo le queda su hermano Juan que, con su familia, habitaba la casa paterna. Estaba cerrada y vacía la casa de los abuelos maternos, situada en la misma calle de Barceloneta, frente

por frente a la morada de Juan. Aquellos muros viejos conservaban para la Madre Teresa el aroma de inolvidables recuerdos.

La última habitante de esta vivienda fue la tía Rosa. Aquí pasó los últimos años de su existencia, dedicada plenamente al retiro y a la oración. Al morir, dejó la casa en herencia a la Santa. Era natural que la Madre Teresa proyectara acomodar aquellas paredes a la obra de su Instituto.

Dificultades no faltaron, ciertamente. Después de todo, era natural que la adversidad se manifestara también en esta fundación de Aytona; porque el pan primero de todas las Casas-Asilo había sido siempre amasado con lágrimas.

Pero llegó la primavera de 1891 y, con la primavera, la alegría de la nueva fundación en el pueblo natal.

La Madre había comunicado la fecha y hora de su llegada únicamente a su hermano Juan. Hacían el viaje con la Fundadora su hermana, la Madre María, y otras tres Hermanitas. Era el 19 de abril.

La Madre Teresa tenía el propósito de entrar inadvertida en Aytona, por lo que pidió a Juan que saliera a recibirlas a Lérida. Sus cálculos se vinieron a tierra. El libro de las Fundaciones dice así: «Una hora de camino antes de llegar al pueblo se encontraron con más de cuarenta niños que salían a recibirlas y, como ellos decían, se adelantarían a dar la noticia. Les sorprendió mucho esta novedad y mas aún cuando, adelantando el camino vieron eran esperadas por varias personas de la familia; y más adelante, el pueblo en masa salía a darles la bienvenida, al tiempo que los jóvenes de la po-

blación lanzaban al vuelo las campanas, llenos de entusiasmo de ver que eran hijas del mismo pueblo las que iban a fundarles un asilo para bien de los ancianos desvalidos» (10).

Resulta conmovedor saber que en la otra parte de la Casa —que había pertenecido a los Palau y Quer— se establecieron y todavía están, las beneméritas hijas del P. Palau, las Terciarias Carmelitas. Según la finalidad del Instituto, las Terciarias han abierto un Colegio para niñas. De este modo, tío y sobrina, mediante sus respectivas Instituciones, continúan en la actualidad haciendo el bien a sus paisanos. Desde el amanecer hasta el ocaso de la vida, tío y sobrina velan la paz de su Hermanos de Aytona, para ganarles a todos para Dios.

Contemporáneamente a esta fundación, se abría otra en Liria, en las cercanías de Valencia. Esta casa llenó de alegría a todo el Instituto. El clima de aquella riente y fértil huerta a la orilla del Guadalaviar contribuyó en alto grado a restaurar la salud de la Madre. Sus Hijas abrigaron por un momento la esperanza de ver a la Madre Teresa, si no curada del todo, al menos en condiciones de poder continuar adelante todavía por mucho años, soportando el peso y la responsabilidad de su difícil puesto de Fundadora y Superiora General.

Para comenzar, las Hermanitas se establecieron en un pequeño edificio llamado Las Ventas. Pronto, sin embargo, por interés del Ayuntamiento, entusiasta de la Obra de las Hermanitas, se pudieron trasladar al an-

---

(10) L.F.V. 41.

tiguo Convento de Trinitarios, llamado «El Remedio», tomando este nombre del título de una venerada imagen de la Virgen que, bajo esta advocación, venía recibiendo culto desde siglos en la Iglesia aneja.

La Santa amó tiernamente esta Casa y esta iglesia. Los seculares muros hablaban un lenguaje de viejas crónicas. La Madre Teresa venía frecuentemente a esta Casa y su espíritu se esponjaba y su cuerpo encontraba nuevo vigor, mientras con paso silencioso recorría los vetustos claustros monacales. La Madre pensaba: «Cuántos santos habrán pasado por aquí» y no se imaginaba que ella misma era un nuevo anillo unido a la antigua cadena de santidad de aquel convento y que allí mismo, bajo la protección de la Señora del Perpetuo Socorro, Remedio del alma, había un día de emprender su viaje a la eternidad.

LA ÚLTIMA GRACIA

En el Capítulo General que se abrió en Valencia el 23 de abril de 1896, la Madre Teresa solicitó insistentemente que no se la eligiera nuevamente Superiora General. El año anterior no había podido visitar más que las Casas de Aytona y Zaragoza, mientras el excepcional desarrollo del Instituto, —decía ella— exigía que se colocara al frente de la Obra una Superiora rica de energías físicas y morales. Ella no alcanzaba ya nada. Deseaba ciertamente trabajar y mucho, pero su voluntad y sus deseos topaban con el obstáculo insuperable de su enfermedad, creciente cada día. Su presencia al frente del Instituto, no podía sino perjudicar a la vitalidad y expansión del mismo.

Esta vez la Madre predicó en desierto. Éstas y otras muchas razones no acabaron de convencer a las Capitulares. Podrá continuar haciéndose substituir por la Madre María en las Santas Visitas y en las Fundaciones; se le concederá una Asistente General; la acompañará siempre un Consejo General en el que la Madre pueda reposar sus preocupaciones y la responsabilidad de la dirección del Instituto; en esta línea, todo lo que se quiera. Pero ni pensar siquiera elegir a otra, mientras ella viva. Ella sola es la Madre. Se podría, tal vez, encontrar otra Superiora General, pero una Madre, no.

La Madre no se cambia. Por eso, para todas las Hermanitas, sus Hijas, ella será siempre la única, la insustituible, la Madre...

Crueles sin pretenderlo, con su obstinado afecto filial, imponen a la Santa nuevamente la cruz. La Madre las reprende con amor; pero al final tiene que comprender, que aquella es su cruz. Como la Madre es una sola, así también su cruz personal, su cruz propia, su cruz de Madre del Instituto es una y única, insustituible, y queriendo seguir en todo a Cristo, preciso es que lleve la cruz hasta el fin, hasta morir crucificada en ella.

En el viacrucis de nuestra vida podemos encontrar la piedad de los que bien nos quieren y la mano fuerte de un Cirineo, que nos alivie el peso de la Cruz. Su ayuda será pasajera, momentánea. Es necesario cargar de nuevo sobre las espaldas el duro leño y seguir, seguir siempre adelante, sin desfallecer, a pesar de que nuestro rostro conozca lo que es el polvo del camino que conduce al Calvario...

Volvió al trabajo con enérgica voluntad. A finales de agosto se trasladó a Palencia, para la inauguración del segundo Noviciado del Instituto.

Desde hacía dos años se venía sintiendo la necesidad de otro Noviciado. El número, siempre en aumento de las Novicias y la dificultad que encontraban las jóvenes de las regiones norteñas y occidentales de España, de acomodarse al clima caliente de Valencia, urgían la construcción de un segundo Noviciado en otra región de España.

La Madre Teresa puso toda su ilusión en esta empresa. Ella ideó el Noviciado, eligió el sitio, solicitó el

permiso de Roma y esperó tres años para obtener los permisos necesarios, logrando superar todas las dificultades. Era, pues, más que natural que la Madre no quisiera estar ausente en la solemne inauguración y que no se aviniera a las recomendaciones de sus Hijas, que deseaban ahorrarle el cansancio y las fatigas de tan largo trayecto.

El viaje transcurrió sin novedad; pero el 23 de agosto, en el momento en que tenía lugar la inauguración oficial del Noviciado y tomaban el Santo Hábito las seis primeras novicias... la Madre Teresa se encontraba en cama llena de dolores. Era su participación en el misterio de la Cruz «en la que está nuestra salvación, vida y resurrección» (1).

Una cosa semejante la había acontecido doce años antes, en la fiesta de San José de 1884, cuando se inauguraba el nuevo edificio del Noviciado en Valencia.

Sus condiciones de salud se agravaron muchísimo. Días de serias preocupaciones. Luego, mejoró. Después, volvió a recaer, y así, entre mejorías y recaídas, entre horas de esperanza y semanas de desconsuelo, su estancia se prolongó hasta octubre. Le cupo el consuelo de velar así los primeros pasos de su segundo Noviciado.

Pasó el invierno en Valencia, ocupada «en la marcha de la Congregación, no obstante que su enfermedad le estaba minando»; es testimonio de su sobrina, Sor Josefa de San Juan, que vivió junto a la Madre Teresa. Prosigue: «Activaba la correspondencia, oía las

---

(1) «In quo est salus vita et resurrectio nostra».

consultas y daba los consejos oportunos. Cuando ya no pudo actuar en el trabajo material, aumentaba el tiempo dedicado a la oración. Y recuerdo que ordinariamente cuando iba a visitarla la encontraba rezando» (2).

La sed de oración era habitual en la Madre. Ahora se aprovechaba de la obligada inactividad, a la que su falta de salud la tenía reducida, para calmar, en lo posible, aquella sed; en aquellos momentos, más que en sí misma, pensaba en sus Hijas, en sus ancianos, en el bien de las almas, en la prosperidad del Instituto.

Sor Josefa se aventuró un día a pedirle razón de tanta plegaria. La Madre le respondió: «Ahora no puedo ya dedicarme al trabajo material y por eso empleo todo el tiempo en pedir al Señor que ilumine a todas y que todas sean siempre observantes» (3).

Su solicitud maternal para con sus Hijas, su caridad generosa para con los ancianos, no fue nunca desmentida.

A las Hermanitas que cuidaban de los ancianos les recomendaba: «Que la comida sea buena, que esté calentita» (4). Ella, tan despreocupada de sí misma aún en medio de enfermedades, temía siempre que no se tratara con suficiente solicitud a los ancianitos. «A pesar de que estaba enferma, visitaba y asistía a los ancianos incluso en las altas horas de la noche» (5). Preocupada por sus almas —recordarán las Hermanas—

---

(2) P.S.V. 178.

(3) Ibid. Loc. cit.

(4) Ibid. 37.

(5) Ibid. 153.

«nos recomendaba siempre una exquisita prudencia, para no entorpecer la acción de la Gracia con nuestro celo indiscreto» (6).

Orar, ofrecer sus propias fatigas, sufrir por todos; estos son los medios que ella había utilizado y que había enseñado a sus Hijas, vivificándolo todo con la caridad. No había en la Madre nada de esa ordinaria y natural preocupación que consume interiormente a muchos enfermos. Ella se había entregado a Dios totalmente. No se pertenecía a sí misma. Hasta su último suspiro continuaría trabajando contenta, viendo que la candela de su existencia se consumía lentamente, ininterrumpidamente, cual se extingue sobre el altar la lamparilla que alumbra el Tabernáculo.

Un día escribe a la Superiora de la Casa de Cuba: «Nunca faltan en este mundo cosas desagradables, pero el Señor lo permite todo para que nos acordemos de Él, y tengamos algo que ofrecerle. Por eso, siempre nuestras obras han de ser hechas con recta intención, para que, si no les satisfacen a las criaturas, el Señor, que nos ha de juzgar, vea nuestro corazón» (7).

Estas frases reflejan la práctica sencilla, sensata, de su ascética; no solo palabras, sino la aceptación de los sufrimientos y la rectitud de intención.

Por medio de la correspondencia se mantenía en relación con todas las Casas del Instituto. Desde su puesto, inmóvil, conducía todos los hilos de la tupida red de Casas-Asilo que, desde España y las Canarias,

---

(6) Ibid. 154.

(7) 1918.

se extendía hasta Cuba y Puerto Rico, entraba en Colombia y estaba a punto de alcanzar el Perú, donde se preparaba una fundación. Las necesidades de cada Casa las tenía siempre en la memoria; claras y precisas las orientaciones que dictaba para cada problema; un consejo cualquiera, una consideración espiritual, una sugerencia. Servían para despertar en sus Hijas lejanas los propósitos de los años de formación.

«Siento mucho que ande triste —escribe a una Superiora— y no conviene que a esa tentación le de entrada, porque no trae nada bueno; cuénteme el motivo y haga lo posible por desecharla. Procure cumplir lo mejor que pueda con su obligación y haga que la cumplan las demás. Ponga lo que esté de su parte, que el Señor no la pedirá más» ([8]).

¡Cumplir con el deber! Con insistencia vuelve una y mil veces sobre este punto. No ignora que ese es el medio mejor y el más eficaz para conservar la paz interior y la serenidad de espíritu.

«Que todas sirvan a Dios con alegría y humildad», recomienda a otra Superiora ([9]). La Madre, adelantándose a sus Hijas, les da el ejemplo de su vida siempre inalterable, serena en medio de sus dolores, que aumentan de día en día.

Hubiera deseado poder trasladarse a Palencia, para dirigir la construcción de la iglesia del Noviciado; pero no podía. Las fuerzas le iban fallando. Los médicos le aconsejaron que se retirara a la cercana Casa de Masa-

---

(8) 1291.

(9) 1300.

rrochos, en pleno campo, esperando con ello algún mejoramiento, como ya había sucedido en otras ocasiones.

Por algunas semanas se sintió mejorada. Tenía, sin embargo, rigurosamente prohibido el subir y bajar las escaleras. La Madre Teresa sentía enormemente aquella prohibición, porque no le permitía visitar al Señor en la Capilla, que estaba en el piso bajo. Hubo quien lo advirtió y, sin decir nada a la Madre, mandó hacer un orificio en el pavimento que daba a la Capilla. La Santa lo agradeció muchísimo. Allí, de rodillas, pasaba muchas horas al día en adoración.

La mejoría fue pasajera. Hicieron pronto su aparición las hemoptisis, las toses, un fuerte catarro, que le obturaba las vías respiratorias... Síntomas todos de una inminente tuberculosis.

Se creyó que el clima de la Casa de Líria le convendría más. Ella dejó decidir, serena y abandonada. No se le ocultaba que sus pasos vacilantes habían emprendido ya el camino hacia la muerte. Sentía mucho verse morir lejos de la casa de Valencia. Pero era hora de obedecer, de dejar disponer a los otros, libremente, como ellos gustasen.

El catorce de mayo llegó a Líria. La acompañaban las Madres María Gregoria y, en calidad de enfermera, Sor Josefa de la Presentación. A ellas se unió también el Reverendo D. Serafín Castellanos, coadjutor de Masarrochos, para que no faltara a la Santa la asistencia de un sacerdote, en caso de que la muerte le alcanzara en el trayecto.

En Liria, como anteriormente en Masarrochos, pareció revivir. Al poco tiempo podía levantarse a diario,

recibir la Sgda. Comunión; asistir, al menos en las fiestas, a la Santa Misa desde la tribuna del Coro, a donde acudía frecuentemente y pasaba largas horas delante del Sagrario. Podía, incluso, hacer algún que otro breve paseo por el claustro.

¡Vuelta a florecer la esperanza en todas las Hermanitas! La fuerza de voluntad con que la Madre lograba dominar y hasta ocultar, en buena parte, sus sufrimientos, daba motivos para esta ilusión, del mismo modo que su externa complexión física, vigorosa y robusta, había celado muchos años su desmoronamiento interior...

Ella, sin embargo, no se hacía ilusiones. «Ya no Le visitaré más, ésta es la última vez» dijo a la Hermana, que la acompañaba a hacer la visita al Santísimo el día de S. Juan ([10]).

Y fue la última vez. Durante la noche se sintió muy mal. Su salud empeoraba por momentos. El 12 de julio, el P. Francisco le administró el Santo Viático. Desde este momento, dispensada de la ley del ayuno, pudo comulgar todos los días. Se confesaba, generalmente, a diario, y en los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía encontraba la fuerza para sufrir con inalterable paciencia. Su serenidad confortaba el dolor de las Hermanitas. Su recogimiento edificaba a todos los que tuvieron la suerte de tratarla aquellos días.

El Rvdo. Don Rafael Sandalius Vialcanet, Capellán de la Casa, que le llevaba todos los días la Comunión, depone en los Procesos: «Debió de sufrir mucho, a

---

(10) P.S.V. 61.

pesar de que ella todo lo soportaba con paciencia y no se quejaba nunca; la encontró siempre muy resignada y además contemplé con edificación cómo, a pesar de estar tan grave, sólo se preocupaba de los demás, de las Hermanitas y de sus Casas-Asilo» ([11]).

Se preparaba con detenimiento a recibir la Sgda. Eucaristía. Comulgaba «sentada en la cama, con su Hábito puesto encima y con un fervor y una humildad de la que todos quedábamos edificados» ([12]).

Sufría enormemente. Su aparato digestivo —al decir de los médicos— era todo una llaga. No podía tomar más que un poquito de clara de huevo. Un ardor intense le quemaba las entrañas. No había modo de extinguir aquel fuego. Dolores de cabeza muy fuertes la atormentaban día y noche... Y ningún quejido, ninguna lamentación, ni siquiera un gesto de cansancio. Fiel y leal hasta el fin libraba su última batalla bajo la mirada de la Señora de los Remedios, en aquella casa, en la que parecían aún resonar los rezos de sus antiguos monjes.

Cuando iba a recibir el Santo Viático llamó junto a sí a la Madre Gregoria. La madre quería despedirse de sus Hijas. Le pidió que comunicara a todas las Casas la noticia de que había recibido el Santo Viático y luego la rogó añadir lo siguiente: «Les bendice a todas y pide sus oraciones. Que por amor de Nuestro Señor Jesucristo la perdonen sus fragilidades y miserias, con las que ha podido darles mal ejemplo. Desea además, que

---

(11) Ibid. 55.

(12) Ibid. 56.

en su nombre les recomiende muy eficazmente la observancia de las Constituciones y de los votos y la diligencia en cuidar y asistir con toda solicitud y caridad a los ancianitos, que ellos nos llevarán al Cielo. Les advierte también que, a costa de cualquier sacrificio, las Hermanitas conserven la unión fraterna, estando llenas de deferencia las unas para con las otras, y que, despreciando respetos humanos y vanas consideraciones, se decidan a servir al Señor con toda sinceridad, perseverando en la santa vocación y evitando cualquier defecto que las pudiese entibiar en el servicio de Dios Nuestro Señor. Por orden suya les digo esto, en la seguridad de que desearan grabar profundamente en sus corazones estos consejos y que procuraran cumplirlos».

Palabras sencillas y grandiosas a un tiempo. Ellas compendian la vida de la Madre Teresa. Son el último adiós a las Hermanitas. El testamento espiritual de la Fundadora. La oración de la Santa...

Pero a pesar de estas palabras tan significativas, no llegaron las Hermanitas a perder la esperanza de conservar aún la vida de la Madre. Todas las casas elevaban oraciones, sin cesar. Y eran las Hermanitas, y eran los ancianos los que, con sus ruegos, querían conseguir de Dios esa gracia.

Mientras tanto, en Líria había un contínuo ir y venir de Religiosas. Todas corrían a postrarse a los pies de la Madre y a recibir de su mano la última bendición. Todas las Hermanitas hubieran venido a ver a su Fundadora por última vez. Pero la asistencia a los ancianitos no lo consentía. Con todo, fueron más de setenta las Superioras que pasaron por la casa de Líria.

A todas las acoge con serenidad y con cariño. Para todas tiene su palabra apropiada. A todas les manifiesta, más con su semblante que con su boca, el inmenso amor que las tiene. «Sepa que la ama mucho en el Señor su afectísima...», había sido la frase con que cerraba sus cartas. Era que el corazón salía espontáneo por su pluma. Hoy vuelve a decírselo a cada una cara a cara, con su sonrisa, con la atención con que les escucha, con el afecto con que les consuela.

Todas quedaron maravilladas y edificadas de su paz, de su tranquilidad, de aquel gozo inefable, que se le transparentaba en el rostro.

Sor Josefa de San Luis, que desde los siete años había estado junto a la Madre, obtuvo el permiso de entrar a saludarla. La encontró como de costumbre, pacífica, serena. La preguntó, «¿Cómo está, Madre?». La Madre contestó con una larga sonrisa: «Os dejaré en seguida; me voy al cielo» ([13]). Sor Josefa rompe a llorar. Las lágrimas, tanto tiempo contenidas, saltan a fuera y la Santa, pacientemente, se puso a consolar a su pequeña Hija. ¡Cuántas veces se repitió con unas y con otras esta escena! ¡Cuántas lágrimas se vertieron junto a aquel lecho de muerte, pese a todas las promesas hechas antes de entrar en la habitación, de que no harían sufrir a la Madre con sus lágrimas; La Madre María, dominándose a duras penas, tenía que repetir continuamente: «Hermanas, no es momento de llorar».

Desde Huesca vino para confortarla el P. Fundador. Vino también el Rvdo. D. Ezequiel Estévez, Capellán y Confesor de la Casa-Madre. Vinieron otros varios sa-

---

(13) P.S.V. 238.

cerdotes. Todos quedaban edificados al verla sufrir con tanta paciencia.

El P. Francisco, sin reparar en los rigores del verano, andaba y desandaba continuamente el trayecto entre Valencia y Líria. El 26 de julio la enferma se agravó mucho. El Padre Francisco juzgó llegado el momento y, asistido por el Padre Fundador, le dio la Extremaunción. La Madre acogió la decisión con manifiesta alegría: comenzaba allí su camino hacia el cielo. Con plenas facultades, con absoluta claridad mental, la Fundadora siguió devotamente la ceremonia.

«En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo —comenzó el Padre Francisco— extíngase en ti todo influjo del poder diábolico por la imposición de nuestras manos y por la invocación de la gloriosa y santa Madre de Dios la Virgen María, y de San José... Después, mojando su dedo en el óleo santo, añadió: «Por esta santa unción y por su piadosísima misericordia te perdone el Señor...» (14).

Grave, emocionado, el P. Francisco ungía, trazando el signo de la cruz, aquellos miembros que cincuenta y cuatro años antes, en el Bautismo, habían sido hechos templo de Dios.

«Effeta, esto es, ábrete», había pronunciado entonces el sacerdote, dirigiendo la voz a los oídos; y ahora, el P. Francisco cerraba el curso de la vida con estas otras palabras: «...te perdone el Señor todo cuanto has cometido de malo por medio del oído». «Así sea».

---

(14) Rito de la Extrema unción.

«En olor de suavidad» —había dicho el Sacerdote entonces— «vete, diablo, que está cercano el juicio de Dios»; y ahora, el P. Francisco insistía: «por esta Santa Unción y por su piadosísima misericordia, te perdone...».

Por si, a lo largo del camino de la vida, desde el amanecer hasta el ocaso, algún polvillo había podido oscurecer el esplendor del alma en gracia, la Iglesia ahora, materna y solícita, se apresura a purificar a su hija, para que su corazón pueda presentarse bello, limpio, luciente a la llamada del Esposo.

«*Quidquid deliquisti*». ¿En qué había faltado la Madre? Al repasar su vida todos la encontraban pura, transparente, límpida, inmaculada. Todos estaban convencidos de que la Santa volvía a la Casa del Padre, sin haber manchado la Cándida vestidura, que se le impusiera en el día de su Bautismo.

El Sacramento de la Extremaunción, purificándola, la fortificó para resistir vigilante la larga espera de las bodas. Sus condiciones de gravedad se hicieron estacionarias; pero sus dolores no se atenuaban lo más mínimo. «*Moram autem faciente Sponso...*» ([15]). La parábola evangélica se cubría de realidad en la carne de la Madre Teresa. El Esposo tardaba en llegar... y los amigos del Esposo eran llamados a otras partes por la voz de sus obligaciones. El Padre Fundador no podía prolongar más su ausencia de Huesca; con grande pena tuvo que marcharse. Esta decisión le dolía profundamente, pero ante el deber había que rendir las

---

(15) Matt; XXV, 5.

armas del sentimiento. Bendijo una vez más a la Madre, que había sabido realizar, de modo infinitamente superior a toda previsión, sus planes, sus ansias, sus proyectos de caridad. No, no se había engañado cuando, en los comienzos de la Obra, la había puesto al frente de las primeras Hermanitas y había juzgado que la Madre «valía mucho».

También los demás tuvieron que marcharse.

Recogida en oración, ella esperaba. Esperaba sin violentar al Esposo. Sin importunarle con sus llamadas nerviosas. Sin pedirle que viniera pronto. Sencillamente, esperaba. Él lo sabía; a ella le bastaba esto.

«Pidan al Señor que se cumpla siempre en mí su divina voluntad» ([16]). Estaba tranquila. Había vivido, como había enseñado: con Dios en el corazón, el pensamiento de la eternidad en la mente, el mundo bajo los pies. No tenía, no podía tener remordimientos.

Pero Dios, en su infinita bondad, intuía en el corazón de la Santa un deseo ardiente, jamás tal vez manifestado a los demás... Y quiso complacerla.

En los primeros días de agosto, un telegrama llegado de Roma trajo la noticia de que las Constituciones del Instituto acababan de recibir la aprobación definitiva.

En el lecho de muerte entonó un ferviente «Te Deum», y, entre lágrimas de alegría y de gratitud, junto con las Hermanitas no dejaba de dar gracias a Dios. Aquella casa tan entristecida, tan llena de lágrimas, rebosó de alegría. Casi sin saber lo que hacían, las Her-

---

(16) 1982.

manitas comenzaron a voltear todas las campanas de la Casa.

El repique inesperado, fuera de hora, sobresaltó a las gentes del pueblo. Se pensó que la Madre Fundadora había muerto; pero aquel sonar era demasiado alegre, esparcía notas demasiado sonoras, para que pudiera indicar una muerte, aunque fuese la de *una Santa*, como la voz popular ya la designaba. El pueblo corrió al Asilo y se alegraron todos con la buena nueva de la aprobación pontificia.

La Santa dictó entonces su última circular a las Casas todas del Instituto: «Encontrándome, como saben, cercana a la muerte y fortificada ya con los últimos Sacramentos, el Señor, tan bueno en sus misericordias, me concede el consuelo de recibir un telegrama de nuestro Agente en Roma, que anuncia la aprobación definitiva de nuestras Constituciones. Bendigamos al Señor por una gracia tan señalada, y, ya que me concede también la satisfacción de podérsela comunicar a ustedes, les recomiendo, una vez más, la fiel observancia de las mismas, para que de este modo Él nos conceda la gracia de reunirnos en el Cielo. Sor Teresa de Jesús Jornet».

¡El estilo de la Madre! Breve, concisa, directa, esta comunicación es palabra de mando para las Hermanitas. A las religiosas que la visitaron en aquellas últimas semanas, y en particular, a las Madres María y Gregoria, que le asistían continuamente, con una insistencia que dejaba ver bien claro la importancia que la Madre daba a sus palabras, les recomendó una y varias veces: «Cuiden con esmero a los ancianos, ténganse mucha

caridad y observen fielmente las Constituciones: en eso está nuestra santificación».

Era su poema de fidelidad y caridad. Su voz al recitarlo es modesta, llana, como conviene a una Hermanita. Así había vivido siempre y así permanece hasta la hora de la muerte.

Nadie llegó a formular externamente la pregunta, pero en su interior, todos cuantos veían el apagarse lento de la vida de la Madre, se interrogaban si la Señora no vendría a buscar a su hija en el día de su triunfo, el 15 de agosto. Estaban todos convencidos de que la muerte de la Madre tendría lugar en esta fecha. Sin embargo, la Madre Teresa, de haber adivinado estos pensamientos, habría podido responder haciendo suyas las palabras de su pequeña contemporánea y de su homónima de Lisieux: «¡Cómo! ¡Morir en un día de fiesta! No, no será así: las almas pequeñas no podrían imitar este ejemplo. En mi camino sólo hay cosas ordinarias; es necesario que todo lo que yo hago lo puedan hacer las almas pequeñas!».

Teresa de Jesús Jornet había sido la Fundadora de alma grande, pero tenía que ser también —no lo olvidemos— el modelo de la Hermanita. Por eso, si prescindimos de su misión particular, era preciso que su forma de santidad, en vida y en muerte, se desarrollase en una línea de sencillez suma, accesible a todas sus Hijas.

«Dicen los médicos —escribía la Madre Gregoria el 11 de agosto al Padre Fundador— que es como una lámpara que se va extinguiendo. Ruegue mucho al Señor que le de paciencia hasta el final, porque sufre muchísimo y sobre todo la sed es horrible. La pobrecita se va bien purificada».

Pocos días antes de morir tuvo un síncope. Creyéndola muerta, la Superiora de la Casa llamó a la comunidad, que se congregó en torno al lecho. Cuando la Madre volvió en sí, se vio rodeada de las Hermanitas. En el rostro de todas vio el dolor y la pena que tenían y, sonriendo, les dijo dulcemente: «No estoy muerta todavía».

Los últimos días apenas hablaba. Estaba recogida en Dios.

La noche del 25 de agosto, poco antes de las doce, preguntó a las dos Hermanas, que le velaban, qué hora era y cuándo le traerían al Señor. Le respondieron que eran cerca de las doce. La Madre les dijo entonces: «Bien, si no son las doce todavía, tomen alguna cosa, porque estarán cansadas». Luego, añadió: «He comulgado todos los días, pero mañana no podré hacerlo».

Al poco rato volvió a preguntar con viva ansiedad: «¿Cuándo me traen al Señor? ¿Qué hora es?».

— «Madre, es muy temprano. Apenas si será la una».

— « ¡Cuánto tardan en pasar las horas esta noche!».

Siguió un largo silencio. Sobre las tres, volvió a preguntar la hora. Preocupadas por la insistencia de aquellas preguntas, las dos Hermanas determinaron avisar a D. Ezequiel Estévez, el Capellán de la Casa-Madre, que se encontraba en Líria. Estaba despierto. Corrió a reconciliar a la moribunda. Se entretuvo mucho más que de ordinario. Cuando salió, se dirigió hacia la Capilla, para tomar el Sacramento y darle la Comunión.

Entonces, en un momento, sobre el rostro de la Madre aparecieron las señales del fin. Miró a su alrededor, abrazó con la mirada a las Hijas presentes, sonrió

como para dar el último adiós a todas, y después inclinó suavemente la cabeza: había muerto.

El Sacerdote estaba todavía en la escalera, cuando fue llamado a toda prisa. Corriendo, se acercó al lecho: inmóvil después de tanto sufrimiento, la Madre sonreía ya con el gozo de la Comunión eterna.

«Jesús, José, María, descanse en paz con vos el alma mía», susurraba la Madre María, reprimiendo su dolor.

Eran las tres y media. Las primeras luces del amanecer rasgaban el horizonte.

«Subvenite Sancti Dei, occurrite, Angeli Domini...» entonó con voz conmovida Don Ezequiel. La plegaria de la esperanza posaba su bálsamo en la herida recién abierta del alma de las Hermanitas. Estaban allí, en torno al cadáver de la Madre; pero la oración del sacerdote les decía que no todo había terminado, que los coros angélicos y la turba de los bienaventurados se aprestaba a acoger en sus manos el alma de la Madre y remontarla en vuelo veloz hasta el trono de Dios.

«Suscipiat te Christus, qui vocavit te...» La espera había sido larga; pero de repente había hecho su aparición el Esposo divino. La virgen Teresa estaba alerta y en su lámpara brillaba la luz...

Cuando, más tarde, vestida con el Santo Hábito con el Crucifijo y el rosario entre las manos, fue trasladada a la capilla ardiente, el sol brillaba ya en el cielo. Por un momento pareció que el cadáver de la Madre se iluminaba. «La vía de los Justos es como la luz que despunta y va creciendo hasta el día perfecto» ([17]).

---

(17) Prov. IV, 18.

GLORIA SIN OCASO

A la muerte de la Fundadora, el Instituto contaba con ciento tres Casas. Las Hermanitas, a las que la Santa había impuesto el Santo Hábito, sumaban mil doscientas sesenta. Algunas habían precedido a la Madre en su carrera al cielo. Los ancianos asistidos por ellas y los que habían acompañado hasta las puertas de la eternidad, ascendían a millares.

La noticia de la muerte de la Madre causó en todas las Casas-Asilo un dolor profundo. Sólo la certeza del gozo eterno mitigaba un tanto la amargura del llanto.

Las lágrimas no fueron tan sólo de las Hermanitas. También los ancianos lloraron y lloraron sin consuelo la pérdida de la que era su Madre venerada.

A Líria acudieron día y noche millares de personas de todos los pueblos de alrededor, con el ansia de contemplar por última vez el rostro de la Fundadora. Cuando, al pie del cadáver hincaban sus rodillas, sus labios murmuraban una plegaria no por la Madre, sino por ellos mismos, poniéndole a ella como intercesora ante Dios. Nadie dudaba de que la Madre estaba ya en el cielo. Las gentes sencillas tocaban objetos piadosos al cuerpo de la Fundadora, besaban el Santo Hábito y quedaban allí largo rato profundamente impresionadas.

En carta escrita por el Párroco de Líria al Padre Fundador se decía: «Apenas se tuvo noticia de su muerte, el pueblo entero invadió los claustros de «Los Remedios», derramando lágrimas y deseando ver el cadáver, para darle el último adiós. Se esforzaban y se apretaban para ponerse cerca de la Madre; y una vez que lo conseguían, no había manera de moverlos; tanto que me vi obligado a levantar la voz para pedirles moderación y tuve que cerrar las puertas para evitar la confusión».

Dos días después, se celebraron los funerales. El esplendor de los mismos fue inusitado, por la presencia de un numerosísimo clero y por la extraordinaria afluencia de gentes. Se cantó primero el Oficio de Difuntos. Luego, el P. Francisco celebró la Misa de Requiem, cantada por todos los sacerdotes. Durante toda la mañana ininterrumpidamente se celebró el Santo Sacrificio delante del cadáver.

Hacia el mediodía tuvo lugar el entierro. Tomaron parte, junto con el P. Francisco, hasta veinte sacerdotes. El fúnebre cortejo iba presidido por los treinta ancianitos de la Casa-Asilo de Líria. A éstos se unió una nutrida representación de ancianos de la Casa Madre de Valencia. Los ánimos de todos se conmovieron de emoción al ver desfilar aquella comitiva de ancianos y ancianas anhelosos de honrar a la Madre —¡la Madre de los ancianos desamparados!— con el tributo de su presencia y de sus lágrimas inconsolables. Detrás de ellos todas las Religiosas de la población, Hermanas de Santa Ana y Dominicas. Detrás de éstas, con velas encendidas, con los pies descalzos, una larga estela de

Hermanitas —sesenta entre novicias y profesas y veintidós Superioras— presididas por la madre María.

Llevado a espaldas de las mismas Hermanitas, el féretro avanzaba lento, por encima de aquel inmenso gentío. «Ha sido una cosa nunca vista», escribía el Párroco. A distancia de muchos años, todavía se hablaba de este día, como de un acontecimiento sin par, que había suscitado —según afirmó el Capellán del Asilo— «mayor animación y movimiento en el pueblo que el mismo día del Corpus Christi». Las Autoridades civiles y una muchedumbre inmensa cerraban el cortejo, unidos todos en un mismo dolor, todos impresionados ante aquella manifestación sin precedentes. Una vez más, como en tantas otras ocasiones, el nombre de la Santa servía para unir a todos y su último paso por el mundo era portador de concordia y de hermandad entre los hombres. Todos la llamaban «la Madre» y parecía que ella, encerrada en el negro féretro oía aquella llamada y dictaba su postrera lección: «Amaos todos como hermanos, hijos todos del mismo Padre, que está en los Cielos».

La comitiva se detuvo un momento ante la Iglesia Parroquial. La Santa Madre Iglesia salía ahora a las puertas del templo, a dar la despedida a su hija fiel.

De nuevo el cortejo se puso en marcha, camino del cementerio...

El Municipio había puesto a disposición de las Hermanitas una tumba de las mejores del cementerio. Faltando, por el momento, la piedra de mármol, el nicho fue cerrado con cal. El P. Francisco se abrió paso entre todos y, emocionado, pero dueño de sí, trazó con mano

firme en la cal estas palabras: «Sor Teresa de Jesús, Superiora General de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. R.I.P. 26 Agosto 1897». Se retiró luego hacia atrás y entonó el último responso. Pero ya no pudo más. Su voz se cortó en un suspiro. Las lágrimas acudieron a sus ojos y el párroco tuvo que terminar la oración.

Los venerados restos de la Madre Fundadora permanecieron sepultados en Líria hasta el mes de junio de 1904. Más tarde, siguiendo el vivo deseo de todas las Hermanitas, fueron trasladados a la Casa Madre de Valencia. Construida luego la nueva y amplia Iglesia, el 25 de agosto de 1913, víspera del decimosexto aniversario de la muerte de la Madre, sus restos fueron sepultados en un sepulcro del mármol blanco, levantado en la cripta.

Sobre la urna fue esculpida esta inscripción:

«Aquí reposan los restos mortales de la Rvdma. Madre Superiora General, Sor Teresa de Jesús Jornet e Ibars - Fundadora del Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. R.I.P. - Nació en Aytona el 9 de Enero de 1843 - Murió en Líria el 26 de Agosto de 1897».

En la misma cripta reposan, en austeras urnas de mármol negro, los restos de aquéllos que la divina Providencia quiso asociar a la Santa para que con ella compartiesen el «pondus diet et aestus» en la tierra y la recompensa eterna en los cielos: el Padre Fundador, Don Saturnino López Novoa, muerto el 12 de marzo de 1905 a la edad de setenta y cuatro años, y el Padre Cofundador, el Excmo. y Revdmo. Mons. Francisco

García López — ¡el Padre Francisco! —, fallecido el 30 de mayo de 1909 a los setenta y seis años.

* * *

Cuando los despojos mortales de la Madre fueron trasladados a Valencia, la Madre María, con aquella espontaneidad llena de afecto que la caracterizaba, se dirigió a su hermana y, como si se tratara de una persona todavía viva, le dijo: «Madre, sé el ángel y el guardián de esta Casa», emocionando con ello a todos los presentes.

¿Podía la Madre dejar de atender estas palabras? La historia del Instituto demuestra que, desde el cielo, ella continúa siendo el ángel tutelar y el centinela solícito, no sólo de la Casa de Valencia, sino de todas las Casas-Asilo del Instituto, en las que las Hermanitas perpetúan su misión de caridad.

La muerte de la Santa no detuvo el desarrollo de la Obra. Es cierto que la Madre le había dedicado todas su energías y su misma vida; pero la Obra, más que de ella, era de Dios y Dios la seguía protegiendo con su Providencia. Ésta es, precisamente, la gloria de los Santos: el ser elegidos por Dios como instrumentos dóciles de sus planes divinos.

El Instituto ha continuado la carrera veloz que inició ya con la Madre Teresa, su Fundadora y Superiora General. Las ciento tres Casas-Asilo, que la Santa legó como herencia de sus esfuerzos, veintiséis años después de la muerte de la Madre, en 1923, al cumplirse el cincuentenario de la fundación, habían ascendido a

ciento setenta y cuatro, con un total de 8.100 ancianos, asistidos por 1.960 Hermanitas, a las que había que sumar las 114 novicias que se encontraban en los Noviciados de Valencia y Palencia.

Hoy las Casas son 205. Los ancianos desamparados acogidos a la caridad del Instituto de la Santa Madre Teresa son actualmente 17.641 y 2.639 Hermanitas dedican toda su vida a la atención de estos pobres necesitados de pan, de afecto y de consuelo cristiano. Bajo la frialdad de las cifras rebulle un palpitar de vida, una llama inmensa de caridad que a Dios sólo es dado contemplar en su maravillosa heroicidad y hermosura.

* * *

Dos años después de la muerte de la Santa —durante los cuales el Instituto fue regido con grande prudencia y sabiduría por la Asistenta General, Madre Gregoria ([1])— fue elegida por el primer Capítulo General como Superiora del Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, la Madre María, hermana de la Madre Teresa. Había sido la primera conquista de la Fundadora, días antes de ir a Barbastro. Conquista, por cierto, nada fácil. Cuando Teresa le indicó por primera vez los planes de la nueva fundación, María, joven aún, llena de vida, respondió con desdén: «¡Déjame, dejame! ¿yo con los viejos? ¡imposible!». Y, sin embargo, con el tiempo había de ser la Madre

(1) En el Capítulo Oral de abril de 1897 había sido nuevamente elegida para el cargo de Asistenta la Madre María; pero, habiendo manifestado la S. Congregación el deseo de que los cargos más importantes del Instituto no estuviesen confiados a dos hermanas, renunció.

María el brazo derecho de la Santa. «La Madre Maestra» —como la llamaban las primeras generaciones de Hermanitas, por haber dirigido tantos años el Noviciado— fue la Madre de corazón grande, la de las realizaciones rápidas, el... ingeniero del Instituto. Abrió cerca de cincuenta nuevas Casas y dió impulso a las ya existentes, insistiendo, sobre todo, en la formación espiritual de las Hermanitas.

Por esta misma línea siguió la Madre Ignacia, tercera Superiora General. Su gobierno, además de la apertura de 18 casas en nueve años, se caracteriza por una mayor intensificación de la vida interior, preocupada siempre por la santificación de las religiosas y, a través de su apostolado, del progreso espiritual de los ancianitos.

De este modo, sin que las Hermanitas lo advirtieran, Dios las venía preparando a la gran prueba, al supremo sacrificio en que iba a ser inmolada la Iglesia de España. Durante el Generalato de la Madre Ignacia se celebró el quincuagésimo aniversario de la fundación del Instituto (1873-1923). Para mejor conmemorar una fecha tan señalada, la Madre Ignacia invitó a todas las Religiosas a intensificar más su espíritu de entrega en la asistencia a los ancianos, a estrechar más fuertemente los vínculos de la caridad fraterna, y a guardar con mayor fidelidad la observancia de las Constituciones. ¿Qué mayor homenaje se podía rendir a la Madre Teresa, que el recordar a las Hermanitas su testamento espiritual?

Esta alma pura, humilde, sacrificada, abnegada, debía abandonar la tierra en uno de los períodos más

trágicos de la historia de España y también del Instituto. Murió en Valencia el 11 de septiembre de 1936, mientras la Casa Madre era saqueada por las milicias marxistas. En los primeros días de la revolución, habiendo oído contar los martirios sufridos por otras Religiosas, mientras las Hermanitas continuaban siendo respetadas por todos, se había acercado al Sagrario y allí dejó escapar este lamento: «Señor, ¿no seremos dignas las Hermanitas de sufrir algo por Ti?».

Cuando la prueba golpeó furiosa a la puerta del Instituto, la Madre Ignacia franqueó la entrada serena y confiada en el Señor.

Murió en olor de santidad, ofreciendo su vida a Dios en reparación de las ofensas que se le hacían y por el bien del Instituto.

En 1923 fue elegida la cuarta Superiora General, la Madre María de San Juan Crisóstomo. Tres años más tarde, en 1926, pudo realizar el ardiente deseo de sus predecesoras y de todas las Hermanitas de América, pasando al Nuevo Mundo, para la Santa Visita.

El desarrollo del Instituto en Hispanoamérica había sido enorme. Su obra benéfica se extendía, aparte de las antiguas fundaciones del tiempo de la Santa, a Perú, Méjico, Bolivia, Argentina, Chile y Ecuador. La cruz no había faltado tampoco en estas fundaciones. Baste recordar aquí los sufrimientos que tuvieron que soportar las Hermanitas de las Casas de Méjico, durante la continuas persecuciones contra la Iglesia, que asolaron aquella cristianísima nación. En Méjico precisamente, víctima de su caridad para con los ancianos, derramó su sangre una Hermanita, Sor Bernabea

de San Pascual, Superiora de la Casa llamada de la Beneficencia. Un desgraciado, codicioso de la corta limosna que la caridad entregaba para los ancianos, la asesinó con un tiro de pistola el 5 de enero de 1910. La Hermanita cayó por tierra. Las pocas palabras que todavía pudo pronunciar fueron para perdonar a su asesino.

La visita de la Madre María de San Juan Crisóstomo sirvió para reforzar aún más la unión de todas las casas, en el momento en que la furia de la revolución estaba a punto de precipitarse sobre ellas.

Se dio cuenta en seguida de la necesidad de abrir dos Noviciados para las vocaciones americanas, que pronto se abrieron en La Habana y en Lima. El 18 de abril de 1931 la S. Congregación aprobaba la división del Instituto en Provincias. Cada Provincia fue puesta bajo la protección de un Patrono especial: Sagrado Corazón (Valencia), Virgen de los Desamparados (Zaragoza), San José (Palencia), Santa Marta (Madrid), San Rafael (Córdoba), Santa Teresa (La Habana), Inmaculada (Lima).

Esta decisión no pudo ser más providencial: cuatro días antes había sido proclamada la Segunda República española y con ella comenzaba un período de prueba para la Iglesia.

El catorce de mayo comenzaron a actuar las Superioras Provinciales y sus respectivos Consejos. Este mismo día, en nombre de la libertad, el fuego deshacía muchos de los conventos de nuestra nación. Cuando años más tarde estalló la guerra, la Casa Madre de Valencia quedó del todo incomunicada con las restantes

Casas del Instituto. La Providencia veló una vez más por la Obra, con aquella oportunísima división de Provincias.

Durante la guerra nacional, las Hermanitas de la zona roja vivieron jornadas de inmensa tribulación; pero supieron estar siempre a la altura de su vocación religiosa y de su misión de caridad. Hambre y sed, malos tratos, cárceles, desprecios e injurias... fueron el precio con que les pagaron su voluntad inquebrantable de no separarse de sus queridos ancianos. La Vice-Superiora General y la Superiora de Valencia fueron encerradas en una prisión.

Y llegó la sangre. Por el inmenso «crimen» de haber consagrado su vida a Dios y a la asistencia de los ancianos desamparados, mueren bárbaramente asesinadas cuatro Hermanitas: Sus nombres, escritos con luz de estrellas, merecen ser recordados en estas páginas: Sor Cristina del Espíritu Santo, Sor Pascualina de la Asunción, Sor Josefa de San Juan de Dios, Sor Dolores de Santa Eulalia. Las dos primeras, de la Casa-Asilo de Barbastro; las otras dos, de la Casa-Asilo de Requena.

Este bautismo de sangre puede ser considerado como la consagración definitiva de las heroínas de la caridad, que son todas las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Los años que siguen al martirio, han sido de un progreso y una expansión de la Obra verdaderamente maravillosos. No entra en nuestros planes el trazar la historia del Instituto. No podemos, con todo, pasar por alto los nombres de las tres Superioras Generales que vinieron después de las ya mencionadas: Madre Juana de Santa Teresa, Madre María de los Án-

geles, y la actual Superiora General Madre Mercedes del Niño Jesús.

A ellas les cabe el honor y la gloria de haber iniciado, proseguido y ver terminada felizmente la Causa de Beatificación de su Fundadora, la Madre Teresa de Jesús Jornet e Ibars.

* * *

«Recuerdo muy bien —deponía en el Proceso Sor María de la Virgen de Guadalupe— las muchas veces que oí decir a la Madre Teresa, que fuéramos religiosas santas y sencillas, sin desear cosas extraordinarias, sino que hiciéramos sencillamente la voluntad de Dios; y que si aparecía con el tiempo en el Instituto alguna santa, no se gastase, para elevarlas a los altares, el dinero que debíamos emplear siempre en socorrer a los ancianitos, a los que debíamos considerar siempre y en todo momento como los propietarios de los bienes del Instituto» (2).

Declaración interesante. En ella encontramos la explicación del retraso con que se inician los procesos relativos a la Beatificación de la Madre Teresa.

Dóciles a sus recomendaciones, las Hermanitas se han esforzado siempre en ser «religiosas santas y sencillas». Quien trata a las Hermanitas advierte al momento el tono de sencillez y de bondad evangélica que ponen en todas sus cosas, su modestia, su porte humilde y dulce, su gran espíritu de sacrificio, su alegría siempre dispuesta a reir y siempre igualmente come-

(2) P.S.V. 10.

dida. Con estas virtudes crean para sus ancianos un ambiente de verdadera familia, lleno de paz, de suavidad, de alegría. Quien llega a las Casas de las Hermanitas observa en seguida en ellas un trato delicado, un recóndito perfume de virtud, que todo lo invade, y en cada una de las religiosas, un alma abnegada «escondida interiormente, con Cristo en Dios».

De esta manera, con este estilo, la Hijas de la Madre Teresa continúan prodigando caridad a los ancianos desamparados «sin otro impulso en este amor, que el ver representados en ellos (en los ancianos) al mismo Cristo», sintiéndose en cada momento estrechamente unidas «con aquéllas a las que un mismo idéntico amor a Cristo y a sus pobres ha vinculado» en una misma Congregación religiosa.

¡Misión hermosa la de la Hermanita! ¡Misión sublime, repetimos, haciendo nuestras las palabras del que fue Nuncio Apostólico en España y hoy es Cardenal Protector del Instituto, su Eminencia Reverendísima Cayetano Cicognani, que ha tenido, como ningún otro, ocasión de conocer profundamente y valorar la Obra y el espíritu de las Hermanitas:

«En el Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados reina un espíritu de sencillez y de humildad no común, profundo sentido de la observancia, deseo constante de perfección mediante la más generosa asistencia a los ancianos... Las Hermanitas de los Ancianos Desamparados cumplen su misión de caridad cristiana sin ostentación ninguna y, siguiendo las enseñanzas de la Madre Fundadora, con santa alegría, a pesar que, desde el punto de vista humano, su misión

es tan poco agradable y casi sin ninguna satisfacción externa».

La cita esta sacada de la Carta Postulatoria con la que el entonces Nuncio Apostólico en Madrid une su voz a las muchas que, desde España e Hispano-América, se elevaron para implorar de Su Santidad el Papa Pío XII la introducción de la Causa de Beatificación de la Madre Jornet.

Así pues, no obstante las recomendaciones en contrario de la Madre Teresa, llega la hora en que Dios se complace en retirar el velo, que escondía las virtudes heróicas de su humilde sierva, para hacer patente a todo el mundo el brillo de su santidad. Dios tiene derecho a la gloria y los santos son la gloria más espléndida de Dios.

La conmemoración del primer Centenario del nacimiento de la Madre Teresa, el 9 de enero de 1943, —que las Hermanitas se habían propuesto celebrar, según el espíritu de la Fundadora, con un adelanto mayor en la humildad, en la entrega al sacrificio y con una más solícita caridad— trajo consecuencias insospechadas. Parece como si el Señor, complacido con aquellos santos propósitos hubiera querido aprovechar la ocasión, para testimoniar que su palabra es siempre fiel a las promesas empeñadas de exaltar a los que se humillan y rebajan.

La vitalidad de la Obra revelaba a todos bien claramente la buena semilla, que había dejado caer de sus manos la Madre Teresa. Muchos habían sentido también muy de cerca la intercesión de la Fundadora ante el Trono de Dios y tenían ardientes deseos de rendir

público testimonio de su agradecimiento. Bastó, pues, que se comenzasen a dar los primeros pasos, para que un coro unánime se elevase en aplausos a la iniciativa, impulsase la ejecución y prestase su contribución a la idea.

El Proceso Ordinario se hace en Valencia desde el 23 de abril de 1945 al 7 de marzo de 1946. Mientras tanto, las Cartas Postulatorias llegaban de todas partes a la Ciudad Eterna. Eran 359, de extraordinario valor tanto por la autoridad de los que las escribían, como por el contenido, altamente laudatorio para la Madre Teresa y su Obra: cinco Eminentísimos Cardenales, diecisiete Sres. Arzobispos y Nuncios Apostólicos, cincuenta Señores Obispos, y un gran número de Abades, Superiores Generales, Provinciales de varias Órdenes y Congregaciones, Rectores de Universidades y de Seminarios, etc., a los que se unían las súplicas de algunos Jefes de Estado, como los Presidentes del Perú, Bolivia, Cuba y numerosos Embajadores, Ministros, personalidades civiles y militares... Todos unánimes en el elogio a la humilde Fundadora de las beneméritas Hermanitas y en la petición de que su Causa de Beatificación se introdujese.

El 27 de junio de 1952 el Santo Padre se dignaba firmar el Decreto de Introducción de la Causa. Si comparamos la rapidez con que se ha desarrollado este proceso con la marcha que, habitualmente, llevan los demás, apreciaremos que su estudio se ha realizado en un tiempo mínimo. Los hombres parecían interesados en ganar el tiempo perdido...

Pero era necesaria la intervención divina. Los milagros obrados por la intercesión de la Santa serían el

sello divino requerido, para confirmar la creencia de los hombres en la santidad de la Madre Teresa.

Y los milagros llegaron. Los elegidos para el Proceso de Beatificación fueron éstos:

Doña María de la Encarnación Reyes Gutiérrez, enferma de una úlcera varicosa en la pierna izquierda, desde hacía 15 años, con un extenso eczema suérico, dada por incurable por los médicos, el 14 de marzo de 1950 recibió de las Hermanitas una estampa de la Madre Teresa. La recomendaron que se encomendara con fe a la intercesión de la Fundadora. La enferma tomó entre sus manos la estampa, la aplicó sobre su llaga dolorida e instantáneamente se sintió curada. Los dolores desaparecieron al momento. La úlcera se había cicatrizado. La pierna aparecía perfectamente normal.

El segundo milagro fue realizado en la persona de Doña María Martín Molina, afectada desde hacía 35 años por varices ulcerosas y elefancia en la pierna derecha. Sus condiciones se agravaron el 30 de julio de 1952 al ir de Albolote a Puente Genil en el tren. Al día siguiente, a las tres de la tarde, pasan por la casa donde estaba la enferma las Hermanitas, a hacer la postulación. En la conversación se enteran del estado de la enferma. Las Hermanitas ofrecen a la paciente una estampa de la Madre, con la recomendación de invocar fervorosamente su intercesión. La señora aplica la estampa sobre su pierna enferma, mientras pide con fervor su curación por mediación de la Madre Teresa. Poco después advierte que ya puede mover libremente su pierna derecha, que desde años mantenía una posición rígida. «¡Oh, Madre Teresa de Jesús! ¡Oh, Herma-

nitas del alma! ¡En qué momento más propicio habéis venido!», exclama fuera de sí, llena de alegría. ¡Estaba totalmente curada!

Reconocidas las virtudes heróicas de la Madre Teresa de Jesús Jornet y aprobados los milagros atribuidos a su intercesión, estaba ya todo dispuesto para proceder a la sesión del «tuto», último paso necesario para decretar la Beatificación de la Sierva de Dios.

Pero antes de que despuntara el alba de este feliz día, la Divina Providencia permitió que, en el corazón del Instituto, en la Casa-Madre de Valencia, se viviesen unas jornadas de desolación y de angustia. Tal vez, en los planes divinos, estas lágrimas habrían de ser con las que se comprara la gloria de la Beatificación de la Madre. Tal vez —¿por qué no?— todo fue permitido, para dar ocasión a experimentar de una forma tangible y directa la protección de la Fundadora, ahora que todo estaba a punto para su exaltación.

En la noche del 14 de octubre de 1957, el Turia se desbordaba. Valencia era toda ella una inmensa balsa de agua y barro. La Casa-Madre, por su proximidad al río, se vio rápidamente invadida por las aguas desatadas. En aquellas horas todos reposaban y las pocas Hermanitas que velaban el sueño de los ancianos no advirtieron que las aguas habían empezado a inundar los pisos bajos. Al poco tiempo, las bestias de las cuadras y los animales del establo, sorprendidos por la inundación, comenzaron a hacer un ruido indescriptible. Las Hermanitas trataron de aliviar aquella situación. Faltaba la luz. La tormenta asustaba a los ancianos. En la Casa había 400, en su mayoría inválidos, y 200 entre

novicias y Hermanas. Urgía obrar, hacer algo, subir a los pisos más altos todo aquello que se pudiera sustraer al empuje del agua.

En silencio, veloces, con el pensamiento en Dios pidiendo su auxilio, las Hermanitas ponen manos a la obra. En la planta baja, afortunadamente, habitan pocas ancianas; pero están inválidas. Las Hermanas se precipitan a socorrerlas, las despiertan, las cogen entre sus brazos y, con el agua a la cintura, emprenden el difícil acceso a los pisos superiores... Todo se creía terminado en la parte baja del edificio, cuando, de repente se acuerdan de un pobre anciano ciego, sordo y mudo, que descansa en una pequeña habitación. Corren las Hermanas; pero el pobre, asustado, sin saber el por qué de aquel repentino sobresalto, se niega a moverse. ¡Dios mio! ¿qué hacer? No ve. No oye. No entiende nada. Y no quiere moverse de donde está, preso del pánico. Las Hermanitas, angustiadas, no aciertan a hacerle entender el peligro que corren todos. ¡Una idea feliz, repentina, ilumina a una de las Hermanas! Coge un cubo de agua, lo arroja a los pies del anciano, este entiende lo que sucede a su alrededor y, humilde, dócil, se deja llevar por las Hermanas.

En la duda de que el Capellán pueda llegar a tiempo, una de las Hermanas corre a la Capilla, donde el agua avanza incontenible. Temblorosa por la emoción, abre el Sagrario y coge con sus manos el copón con las Hostias consagradas. Cuando se vuelve para salir, el agua ha cubierto ya todo el paso; el presbiterio es un lago siempre creciente; las escaleras del altar están todas cubiertas... Hay un momento de incertidumbre angus-

tioso. El agua sube sin parar... La invocación a Jesús, que sus manos acarician por vez primera, sube sin embargo, mas alta y más fuerte que todas las aguas. Y encuentra la forma de salvar la Eucaristía: junto al comulgatorio de las Religiosas, en una pequeña ventana abierta al lado de las gradas del altar, hay una Hermana, a la que es posible entregar el sagrado Depósito. Luego, por esa misma ventanilla, logra pasar la Hermana y ponerse a salvo. La odisea —¡terrible odisea!— ha terminado.

Mientras tanto, las demás Hermanas se fatigan en transportar a los ancianos del primero al segundo piso. A las tres de la mañana, todo el mundo —Hermanas y Ancianos— están finalmente juntos. El Capellán les da la absolución y les distribuye la Comunión en forma de Viático. Nadie sabe hasta dónde llegara el furor de la incontenible marea. El peligro es evidente; su gravedad, máxima. Y, sin embargo, nadie grita, nadie se lamenta, todos conservan la calma, todos oran. ¡Algo maravilloso! La serenidad, la tranquilidad, la fortaleza de la Madre Teresa aletea en el ambiente...

Al día siguiente, festividad de Santa Teresa, debía tener lugar la Vestición de las postulantes y la Profesión de las novicias. Pero, ¿y en estas condiciones? Todos estaban allí aglomerados, mojados, sin más alimento que un poco de pan, algo de queso, y sin una gota de agua que poder beber. ¡Pues precisamente por esto se debe hacer la ceremonia! La Madre General piensa: si hemos de morir, que las novicias mueran con los santos Votos; que las postulantes sonrían a la muerte vestidas con el Santo Hábito. ¡Magnífico acto

de fe que brotaba, sin duda de una intensa y robusta vida sobrenatural!

Pese a la mísera condición a que se ven reducidas, la ceremonia fue solemne como nunca; quizá la más sugestiva, la más conmovedora de cuantas se habían celebrado en aquella Casa-Madre. El celebrante quiso pronunciar una plática, pero todo quedó en un llanto de emoción.

Tres días duró el peligro. Tres días se vivió en la más estrecha penuria. Tres días pudo Dios contemplar, una vez más complacido, la capacidad de sacrificio de aquellas Hermanitas infatigables, aliviando a los pobres ancianos. Hoy más que nunca se sentían seguras sobre la senda de caridad trazada por la Santa.

Por fin, las aguas comenzaron a descender. Pero dejaban tras de sí los destrozos, el fango, los daños incalculables. De la numerosa familia de la Casa-Madre todos, sin embargo, se habían salvado. Era patente que la Madre Teresa, en el Cielo, no olvidaba, que en el día del traslado de sus restos mortales de Liria a Valencia, ella había sido nombrada ángel y guardiana de aquella su Casa.

Esta protección de la Santa fue todavía más evidente al saberse la noticia de que, tanto el escultor como el tipógrafo, a los que se había encomendado diversos trabajos para el día de la Beatificación, habían logrado poner a salvo todo lo referente a la Beata, mientras padecían diversos daños otros muchos encargos.

La Madre Teresa, protectora y Madre en la hora de la prueba, lo será también en la hora del triunfo, de su

triunfo, y para siempre. Ella quiso que este momento de triunfo no llegara jamás; pero aquí Dios se ha encargado de corregir la plana a la Madre Teresa, para que nosotros podamos admirar en ella, en la Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, —permítasenos hacer una vez más nuestras las palabras del Eminentísimo Cardenal Protector— «un ejemplo admirable de vida escondida y de caridad inmensa... En estos tiempos en que las teorías materialistas han proclamado con tanta insistencia el desprecio y la desaparición de los ancianos, porque son un peso para la sociedad, la gloria de los altares concedida a la Madre Teresa de Jesús Jornet, hará patente una vez más, a los ojos de todos, el espíritu de caridad cristiana y de humanidad de la Iglesia» ([3]).

---

(3) Loc. cit.

BIBLIOGRAFÍA

Positio super causae introductione - *Sacra Rituum Congreg. - Romae 1950.*

Positio super virtutibus - *Sacra Rituum Congreg. - Romae 1955.*

Nova super virtutibus - *Sacra Rituum Congreg. - Romae 1955.*

Novissima super virtutibus - *Sacra Rituum Congreg. - Romae 1956.*

Positio super validitate - *Sacra Rituum Congreg. - Romae 1954.*

Positio super non cultu - *Sacra Rituum Congr. - Romae 1952.*

Positio super miraculis - *Sacra Rituum Congreg. - Romae 1957.*

Libros de Fundación y Visitas - *Copias auténticas, presentadas en los Procesos.*

Cartas autenticas, 2 volúmenes, *presentadas en los Procesos.*

Constituciones de las Hermanitas, etc. - *Valencia 1930, pp. 158.*

La Madre Teresa de Jesús Jornet e Ibars, por el *Rvdo. D. Joaquin Pelayo Toranzo - Manuscrito, 1955, pp. 578.*

Bodas de Oro. Memoria - *Por el mismo autor - Santander, 1923, pp. 498.*

La Fundadora de las Hermanitas etc. - *Valencia, 1943 pp. 149. M. Teresa de Jesús Jornet e Ibars - Manuscrito - Valencia, 1955, pp. 19.*

Estas obras están citadas con las siguientes siglas:
P.S.C. - Positio super causae introductione;
P.S.V. - Positio super virtutibus;
P.S.M. - Positio super miraculis;
L.F.V. - Libros de Fundación y Visitas.

Las Cartas están citadas según el orden progresivo que, numéricamente, tienen en los 2 volúmenes presentados para los Procesos.

ÍNDICE

Prólogo 7
Pórtico 11
La primera gracia 17
Todo árbol bueno da buenos frutos 21
Maduración 33
Años de prueba 41
El camino verdadero 55
Coincidencias providenciales 73
Vestición y adiós a Barbastro 83
Los comienzos en Valencia 101
Lágrimas y sonrisas 115
Entre sus queridos ancianos 131
Madre de almas 145
Síntesis 163
Fermentación 173
Una fundación agitada 185
Luces y sombras 197
Burgos. La fundación del Niño 209
Este año nos toca la cruz 219
«Te daré un nombre nuevo» 227
La fundadora 239
Magisterio perenne 257
El modelo 275
Succisa virescit 295
La última gracia 315
Gloria sin ocaso 333
Bibliografía 353